

MAX

BARRY

LEXICÓN

NOVELA

Lectulandia

En algún lugar a las afueras de Arlington, Virginia, existe una escuela exclusiva a cuyos estudiantes no se les enseña historia, geografía o matemáticas, al menos en el sentido habitual.

Se les enseña a persuadir, a emplear el lenguaje para manipular mentes, a utilizar las palabras como armas. A estos estudiantes se los llama «poetas», y aquel que se gradúe con una mejor puntuación podrá entrar en una organización anónima que actúa con un propósito desconocido.

La joven Emily Ruff lleva una vida tranquila en San Francisco cuando de pronto atrae la atención de los reclutadores de la organización. Emily promete y todo apunta a que llegará a convertirse en uno de los talentos más prodigiosos de la organización, hasta el día en que comete un error catastrófico.

Mientras, en Australia, en una ciudad tóxica llamada Broken Hill, un hombre llamado Wil Parke parece ser inmune a las palabras y puede convertirse en la clave heroica de lo que tiene todo el aspecto de ser una guerra secreta.

Lectulandia

Max Barry

Lexicón

ePub r1.0

Edusav 17.05.14

Título original: *Lexicon*
Max Barry, 2013
Traducción: Daniel Hernández Chambers
Retoque de cubierta: Edusav

Editor digital: Edusav
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Jen, otra vez

*Toda historia escrita es
marcas sobre una página.
Las mismas marcas,
repetidas, solo
que dispuestas de modo diferente.*

[I]

Poetas

Cuando Ra, el más grande de todos los dioses, fue creado, su padre le dio un nombre secreto, uno tan horrible que no hubo hombre alguno que osase intentar averiguarlo, y tan preñado de poder que todos los otros dioses desearon conocerlo y poseerlo como él.

F. H. BROOKSBANK,
La historia de Ra e Isis

[U N O]

—Está despertándose.

—Siempre pasa lo mismo con los ojos.

El mundo estaba borroso. Sentía algo presionándole el ojo derecho. Murmuró algo sin sentido:

—... der.

—¡Mierda!

—Coge el...

—Es demasiado tarde, olvídale. Sácaselo.

—No es demasiado tarde. Sujétalo. —En su campo de visión cobró forma una figura. Percibió un olor a alcohol y a orina rancia—. ¿Wil? ¿Puedes oírme?

Se llevó la mano a la cara para tratar de apartar de un manotazo lo que fuera que le estaba presionando.

—Cógele la...

Unos dedos se cerraron en torno a su muñeca.

—Wil, es muy importante que no te toques la cara.

—¿Por qué está consciente?

—No lo sé.

—La has jodido de alguna manera.

—No. Pásame eso.

Un crujido. Dijo:

—Ehhh. Ehhh.

—Deja de moverte. —Notó el aliento en su oído, cálido e íntimo—. Hay una aguja en tu globo ocular. No te muevas.

No se movió. Algo vibró. Algo electrónico.

—Ah, mierda, mierda.

—¿Qué?

—Están aquí.

—¿Ya?

—Dos de ellos, según pone. Tenemos que irnos.

—Ya estoy dentro.

—No puedes hacerlo mientras está consciente. Le vas a freír el cerebro.

—Puede que no.

Él dijo:

—Porr favooooor, nu ma maten.

El ruido de unos broches que se abrían.

—Lo estoy haciendo.

—No puedes hacerlo mientras está consciente, y no tenemos tiempo, y puede que

ni siquiera sea el tipo correcto.

—Si no vas a ayudarme, apártate a un lado.

Wil dijo:

—Nece... necesito... estornudar.

—Estornudar sería algo malo en este momento, Wil. —Sintió una presión en el pecho. Su visión se oscureció. Su globo ocular se movió ligeramente—. Esto puede que te duela.

Un tijeretazo. Un leve zumbido electrónico. Un clavo enorme le taladró el cerebro.

Gritó.

—¡Lo estás friendo!

—No pasa nada, Wil. No pasa nada.

—Está... puaj, está sangrando por el ojo.

—Wil, necesito que respondas a unas pocas preguntas. Es importante que me digas la verdad. ¿Lo comprendes?

No, no, no...

—Primera pregunta: ¿te describirías a ti mismo más como una persona de perros o una de gatos?

¿Qué...?

—Vamos, Wil. ¿Perro o gato?

—No puedo leer esto. Por eso es por lo que no lo hacemos cuando están conscientes.

—Responde a la pregunta. El dolor cesa cuando contestas.

¡P... ro!, gritó. ¡P... ro, por favor, perro!

—¿Ha dicho «perro»?

—Sí. Intentaba decir «perro».

—Bien. Muy bien. Una pregunta menos. ¿Cuál es tu color favorito?

Se oyó un pitido.

—¡Mierda! ¡Oh, no me jodas!

—¿Qué?

—¡Woolf está aquí!

—Eso no puede ser.

—¡Es lo que dice aquí!

—Déjame ver.

¡Azul!, chilló en silencio.

—Ha respondido. ¿Lo ves?

—¡Sí, lo he visto! ¿Y a quién le importa? Tenemos que irnos. ¡Tenemos que largarnos!

—Wil, quiero que pienses en un número entre uno y cien.

—Oh, mierda.

—El número que tú quieras. Vamos.

No sé...

—Concéntrate, Wil.

—Woolf se nos viene encima y tú estás perdiendo el tiempo en una exploración con el tipo equivocado. Piensa en lo que estás haciendo.

Cuatro, elijo el cuatro...

—Cuatro.

—Ya lo he visto.

—Eso está bien, Wil. Solo quedan dos preguntas. ¿Amas a tu familia?

Sí, no, ¿qué clase de...?

—No está centrado.

No tengo... Supongo que sí. Quiero decir, sí, todo el mundo ama...

—Espera, espera. De acuerdo. Lo veo. Jesús, esto es raro.

—Una pregunta más. ¿Por qué lo hiciste?

¿Qué...? Yo no...

—Es una pregunta sencilla, Wil. ¿Por qué lo hiciste?

¿Hice qué... hice qué... qué... qué...?

—Está al límite. Al límite por ocho partes distintas. Tendría que intentar hacer una interpretación del significado.

No sé a qué se refiere no hice nada lo juro nunca le he hecho nada a nadie excepto a una chica que conocí una vez...

—Ahí.

—Sí. Sí, de acuerdo.

Una mano se cerró sobre su boca. La presión en su globo ocular se intensificó y se transformó en una succión. Le estaban tirando del globo ocular. No: era la aguja, que estaba siendo retirada. Puede que soltase un chillido. Entonces el dolor cesó. Unas manos tiraron de él hacia arriba. No podía ver. Lloró por su ojo maltratado. Pero seguía estando ahí. Estaba ahí.

Unas siluetas borrosas surgieron amenazantes entre la niebla.

—¿Qué...? —dijo Wil.

—*Coarg medicity nighten comense* —dijo la figura más alta—. Salta a la pata coja.

Wil lo miró con los ojos entrecerrados, confuso.

—Eh —dijo la figura más baja—. Tal vez sí sea él.

Llenaron un lavabo con agua y le empujaron para que metiera el rostro. Salió a la superficie jadeando.

—No le empapes la ropa —dijo el hombre alto.

Estaba en un aseo. Un aeropuerto. Había desembarcado del avión de las 15.05 de Chicago, en el que el asiento del pasillo lo había ocupado un tipo enorme con camisa hawaiana al que Wil no había querido despertar. En un primer momento, el aseo parecía estar cerrado por el servicio de limpieza, pero el mozo había retirado el cartel y Wil se había lanzado agradecido hacia allí. Se había dirigido al urinario, se había bajado la bragueta y había experimentado una gran sensación de alivio.

La puerta se había abierto. Había entrado un tipo alto con una chaqueta color beis. Había media docena de urinarios y Wil estaba en un extremo, pero aquel hombre se decidió por el que estaba justo a su lado. Pasó un momento y el tipo alto no orinaba. Wil, que lo hacía a gran velocidad, sintió una punzada de compasión. Alguna vez le había pasado lo mismo. La puerta se había abierto de nuevo. Un segundo hombre entró y cerró la puerta con pestillo.

Wil se subió la bragueta. Miró al hombre que estaba a su lado y pensó que fuera lo que fuese lo que estaba pasando allí, fuera cual fuese el peligro que implicaba que un hombre entrase en unos aseos públicos y cerrase la puerta por dentro con pestillo, al menos Wil y el tipo alto estaban juntos y podían ayudarse (lo cual, al pensarlo en perspectiva, resultaba cómico). Al menos eran dos contra uno. Entonces se dio cuenta de que la mirada de Don Vejiga Tímida era tranquila y sus ojos eran profundos y la verdad era que hermosos, pero lo más llamativo era su tranquilidad, una tranquilidad que denotaba una falta de sorpresa por la situación, y Don Vejiga Tímida le había agarrado la cabeza y lo había empujado contra la pared. Luego vino el dolor, y las preguntas.

—Hay que limpiarle esa sangre del pelo —dijo el hombre bajo. Frotó la cara de Wil con varias toallas de papel—. Su ojo tiene un aspecto horrible.

—Si se acercan lo suficiente para verle los ojos, vamos a tener problemas más importantes que eso.

El tipo alto estaba secándose las manos concienzudamente con una pequeña toalla blanca, dedo por dedo. Era delgado y de piel oscura, y a Wil sus ojos ya no le parecían tan hermosos. Lo que percibía ahora en ellos era una sensación de frialdad, de persona desalmada. Como si aquellos ojos pudieran presenciar cosas terribles y no apartar la mirada.

—¿Qué, Wil, estás con nosotros? ¿Puedes caminar y hablar?

—Que te... den —respondió. Las palabras no sonaron como había pretendido. La cabeza le daba vueltas.

—Bien —dijo el tipo alto—. Mira, este es el trato. Necesitamos salir de este aeropuerto en el mínimo espacio de tiempo y causando el mínimo alboroto posible. Quiero tu cooperación en eso. Si no la recibo, voy a hacer que lo pases mal. No porque tenga nada contra ti en particular, sino porque necesito que estés motivado. ¿Lo entiendes?

—Yo no soy... —buscó la expresión adecuada: ¿rico?, ¿objetivo de secuestro?—
... nadie. Soy un carpintero. Hago terrazas. Balcones. Cenadores.

—Sí, por eso es por lo que estás aquí, tu inimitable trabajo con los cenadores. Puedes dejar de actuar. Sabemos quién eres. Y ellos saben quién eres, y están aquí, así que vamos a largarnos mientras todavía podamos.

Se tomó un momento para elegir sus palabras, porque le daba la impresión de que solo le quedaba una oportunidad:

—Mi nombre es Wil Parke. Soy carpintero. Tengo novia y me está esperando a la salida para recogerme. No sé quién creen que soy, ni por qué me han metido un... una cosa en mi ojo, pero no soy nadie. Les prometo que no soy nadie.

El hombre más bajo había estado guardando su equipo en una mochila marrón, y ahora se la colgó al hombro y escudriñó la cara de Wil. Tenía poco pelo y una expresión de inquietud en las cejas. Wil podría haberle tomado por un contable si la situación fuese distinta.

—Les digo una cosa —murmuró Wil—. Me meteré en uno de esos reservados y cerraré la puerta. Veinte minutos. Esperaré veinte minutos. Será como si nunca nos hubiésemos visto.

El tipo bajo echó una mirada a su compañero.

—Yo no soy el que buscan —dijo Wil—. No soy el que buscan.

—El problema con ese plan tuyo, Wil —dijo el hombre alto—, es que si te quedas aquí, dentro de veinte minutos estarás muerto. Si vas a reunirte con tu novia, en la que lamento mucho decirte que ya no puedes confiar, también estarás muerto. Si haces cualquier otra cosa que no sea acompañarnos ahora mismo, rápido y colaborando, estarás, me temo, muerto. Puede que no lo parezca, pero nosotros somos los únicos que podemos salvarte de eso. —Sus ojos buscaron los de Wil—. De todos modos, me doy cuenta de que esto no te está resultando muy persuasivo, así que permíteme que utilice un método más directo. —Se abrió la chaqueta: apoyada contra su costado, apuntando hacia abajo en el interior de su funda, había una pequeña escopeta. Aquello no tenía sentido, porque estaban en un aeropuerto—. Ven o te descerrajaré un tiro en tus jodidos riñones.

—Sí —dijo Wil—. De acuerdo, me ha convencido. Colaboraré. —La clave estaba en salir de los aseos. El aeropuerto estaba lleno de seguridad. En cuanto estuviese fuera, un empujón, un grito, echar a correr: ese sería su plan de huida.

—No —dijo el hombre bajo.

—No —confirmó el alto—. Lo veo. Métele una dosis.

Una puerta se abrió. Al otro lado había un mundo de colores poco definidos y sonidos apagados, como si algo estuviera taponando los oídos de Wil, y también sus ojos, y posiblemente su cerebro. Sacudió la cabeza para intentar conseguir un poco de

claridad, pero el mundo se hizo más oscuro y pareció molestarse y no paraba quieto. Al mundo no le gustaba que lo sacudiesen. Ahora lo comprendió. No volvería a sacudirlo. Sentía que sus pies se deslizaban alejándose de él como si llevase puestos unos patines, alargó el brazo en busca de una pared a la que sujetarse. La pared soltó un improperio y le clavó los dedos en el brazo, por lo que supuso que probablemente no era una pared. Puede que fuese una persona.

—Le has metido demasiado —dijo la persona.

—Mejor estar seguro que tener que lamentarlo —dijo otra. Eran malas personas, recordó Wil. Le estaban secuestrando. Eso le hizo enfadarse, aunque de un modo técnico, como si estuviera proclamando su opinión por principios. Trató de mantenerse sobre sus pies deslizantes.

—¡Jesús! —masculló alguien, el tipo alto de ojos tranquilos. A Wil no le gustaba. Había olvidado el motivo. No. El motivo era el secuestro—. Camina.

Caminó, con resentimiento. Había hechos importantes en su cerebro, pero no conseguía dar con ellos. Todo se movía. Un torrente de gente surgió a su alrededor. Todo el mundo iba a alguna parte. Wil había estado dirigiéndose a alguna parte. A encontrarse con alguien. A su izquierda, un pájaro pio. O un teléfono. El hombre bajo entrecerró los ojos para mirar una pantalla.

—Raine.

—¿Dónde?

—Llegadas nacionales. Ahí delante. —A Wil aquella idea le resultó divertida: *rain* significa «lluvia». ¿Estaba lloviendo en la terminal?—. ¿Conocemos a algún Raine?

—Sí. Una chica. Nueva.

—Mierda —dijo el tipo bajo—. Odio disparar a chicas.

—Acabas por acostumbrarte —dijo el alto.

Una pareja joven pasó junto a ellos, cogiéndose de la mano. Amantes. El concepto le sonó familiar.

—Por aquí —dijo el hombre alto, haciendo girar a Wil hacia el interior de una librería. Se encontró frente a una estantería en la que un cartel anunciaba NOVEDADES. Sus pies continuaban deslizándose, así que estiró la mano para agarrarse y sintió un dolor agudo.

—¿Problemas?

—Puede que no sea nada —murmuró el tipo alto—, o puede que sea Raine, pasando justo ahora por detrás de nosotros, con un vestido azul veraniego.

Un reflejo se deslizó sobre las cubiertas satinadas de los libros. Wil estaba intentando averiguar qué era lo que le había pinchado. Era un cable suelto del cartel de NOVEDADES. Lo interesante del asunto era que el pinchazo había servido para aclarar la neblina que había dentro de su cabeza.

—La zona más ajetreada de cualquier tienda es siempre la de novedades —dijo el tipo alto—. Eso es lo que atrae a la gente. No lo mejor. Lo nuevo. ¿Por qué crees que es eso, Wil?

Wil se pinchó a sí mismo con el cable. Fue un gesto demasiado vacilante, apenas lo notó, así que lo intentó otra vez, ahora con más fuerza. En esta ocasión una cuchillada de dolor atravesó su mente. Recordó agujas y preguntas. Su novia, Cecilia, estaba fuera en un todoterreno blanco. Estaría en un aparcamiento de dos minutos, lo habían organizado así. Él llegaba tarde, por culpa de aquellos tipos.

—Creo que estamos a salvo —dijo el hombre bajo.

—Asegúrate. —El tipo bajo se alejó—. De acuerdo, Wil —le dijo el hombre alto—. Dentro de un momento, vamos a cruzar el vestíbulo y a bajar unas escaleras. Pasaremos junto a unos cuantos aviones de pasajeros y luego subiremos a uno de doce plazas, bonito y cómodo. Habrá refrigerios. Y bebidas, si tienes sed. —El tipo lo miró fijamente—. ¿Me sigues?

Wil lanzó sus manos contra la cara del hombre. No había planeado qué hacer después, así que continuó agarrándole la cabeza y tambaleándose hacia atrás hasta que tropezó con un expositor de cartón. Los dos cayeron en una maraña de chaqueta beis y libros esparcidos por doquier. «Corre», pensó Wil, y sí, esa era una idea sólida. Se concentró en sus pies y corrió hacia la salida. En el cristal vio a un tipo de mirada enloquecida y se dio cuenta de que era su propio reflejo. Oyó gritos y voces de alarma, puede que del tipo alto, que se estaría levantando y tenía una escopeta (ahora lo recordó). Una escopeta, eso no era algo que uno pudiera pensar en olvidar así como así.

Llegó tambaleándose a un océano de rostros atemorizados y bocas abiertas. Le costaba recordar qué era lo que estaba haciendo. Sus piernas amenazaron con traicionarle, pero el movimiento le sentaba bien, ayudaba a aclarar su mente. Vio unas escaleras mecánicas y avanzó a grandes zancadas hacia ellas. Su espalda se erizaba al pensar en posibles impactos de bala, pero la gente que había en el aeropuerto se portaba de maravilla apartándose de su camino, prácticamente saltando para quitarse de en medio, lo cual era de agradecer. Alcanzó las escaleras, pero sus pies siguieron patinando y cayó boca arriba. El techo se deslizó lentamente ante sus ojos. Allí arriba, los azulejos estaban llenos de suciedad. Resultaban asquerosos. Se sentó al recordar a Cecilia. Y también la escopeta. Y, ahora que pensaba en ello, ¿qué tal un poco de seguridad? ¿Dónde se habían metido los de seguridad? Porque aquello era un aeropuerto. ¡Era un aeropuerto! Se aferró a la barandilla para incorporarse y echar un vistazo en busca de algún agente de seguridad, pero las rodillas se le fueron en direcciones opuestas y cayó rodando hasta la planta inferior. Distintas partes de su cuerpo telegrafiaron señales de protesta desde puntos muy lejanos. Se levantó. El sudor se le metía en los ojos. Porque la niebla que había dentro de su cabeza no era

bastante; también necesitaba tener la vista borrosa. Pero podía distinguir una luz, lo que significaba una salida, lo que significaba «Cecilia», así que echó a correr. Alguien gritó. La luz aumentó. El aire helado estalló a su alrededor como si se hubiera zambullido en un lago de montaña, y llenó sus pulmones con él. Vio nieve. Estaba nevando. Copos que parecían minúsculas estrellas.

—¡Ayuda, un tipo con una pistola! —le dijo a un hombre que parecía un policía, pero que al pensarlo un poco más se le antojó un tipo que dirigía las maniobras de los taxis. Autobuses de color naranja. Plazas de aparcamiento para autobuses.

Las plazas donde se podía aparcar gratuitamente durante unos minutos quedaban un poco más allá. Estuvo a punto de estamparse contra una familia que empujaba varios carritos de maletas y el hombre intentó sujetarle por la chaqueta, pero siguió corriendo sin detenerse, y ahora comenzaba a verle sentido a lo de correr; empezaba a recordar cómo coordinar las diferentes piezas de su cuerpo. Miró hacia atrás por encima de su hombro y un poste se interpuso en su camino.

Notó el sabor a sangre. Alguien le preguntó si se encontraba bien, un chico que se sacaba unos auriculares del pelo. Wil lo miró fijamente. No entendía la pregunta. Se había chocado contra un poste y todos sus pensamientos se habían roto en pedazos. Los buscó a tientas y encontró el de Cecilia. Incorporó su cuerpo como si fuese un barco hundido resurgiendo de las profundidades y apartó a un lado al chico de un empujón, echó a correr hacia delante mientras el chaval le lanzaba una retahíla de insultos. Al fin lo vio, el coche de Cecilia, una fortaleza blanca sobre ruedas con una pegatina de VIRGINIA ES PARA AMANTES en el cristal trasero. La alegría condujo sus pasos. Abrió de un tirón la puerta y se desplomó en el interior. Nunca se había sentido tan orgulloso.

—¡Lo conseguí! —dijo entre jadeos. Y cerró los ojos.

—¿Wil?

Miró a Cecilia.

—¿Qué?

Empezó a sentirse inseguro, porque el rostro de Cecilia se le antojaba extraño. Y entonces se dio cuenta, con una fuente de terror que surgía de algún lugar no identificado y terminaba en sus testículos: no debería estar allí. No debería haber dirigido a unos tipos armados hasta su novia. Era un error estúpido. Se cabreó consigo mismo y se sintió desesperado, porque le había costado mucho llegar hasta allí y ahora tenía que salir corriendo otra vez.

—¿Wil, qué ocurre? —Los dedos de ella se le acercaron—. Te sangra la nariz.

Había una diminuta arruga en su frente, una que él conocía muy bien y que le apenaba dejar atrás.

—Me he chocado contra un poste. —Tanteó en busca de la palanca para abrir la puerta. Cuanto más tiempo estaba allí sentado, más densa se hacía la niebla.

—¡Espera! ¿Adónde vas?

—Lejos. Tengo que...

—¡Siéntate!

—Tengo que irme.

—¡Entonces te llevaré con el coche! ¡Quédate en el asiento!

Esa era una buena idea. Conducir.

—Sí.

—¿Te quedarás si pongo el coche en marcha?

—Sí.

La mano de Cecilia se movió hacia el contacto.

—De acuerdo. Solo... quédate aquí. Te llevaré a un hospital o algo así. ¿Vale?

—Sí. —Se sintió aliviado. Su cuerpo se volvió pesado. Se preguntó si pasaría algo por dejarse arrastrar hasta la inconsciencia. Aunque ahora parecía algo que no estaba en sus manos. Cecilia le llevaría a algún lugar seguro. Aquel coche era como un tanque; ya antes lo había comentado en tono burlón, porque el vehículo era muy grande y ella era muy pequeña, pero ambos resultaban igualmente agresivos, y ahora el coche los salvaría. Bien podía cerrar los ojos durante un momento.

Cuando los abrió de nuevo, Cecilia le estaba mirando. Parpadeó. Tuvo la impresión de que se había quedado dormido.

—¿Por qué...? —Se incorporó hasta quedar sentado.

—Chsss.

—¿Nos estamos moviendo? —No se estaban moviendo—. ¿Por qué no nos estamos moviendo?

—Quédate en tu asiento, hasta que lleguen —dijo Cecilia—. Eso es lo único importante.

Se giró en su asiento. El cristal estaba empañado. No podía ver qué había en el exterior.

—Cecilia. Pon el coche en marcha. Ahora.

Ella se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Era un gesto que hacía cuando se esforzaba por recordar algo. Wil pudo verla en un extremo de una habitación, hablando con alguien, y ahora ella le relataba un recuerdo:

—¿Te acuerdas del día en el que conociste a mis padres? Te pusiste de los nervios porque creías que íbamos a llegar tarde. Pero no lo hicimos. No llegamos tarde, Wil.

Wil pasó la mano por la ventanilla para quitar la condensación y distinguió a unos hombres con trajes marrones corriendo hacia él.

—¡Arranca! ¡Cil! ¡Arranca el coche!

—Esto es como entonces —dijo ella—. Todo va a salir bien.

Él se abalanzó sobre ella, intentando alcanzar el contacto.

—¿Dónde están las llaves?!

—No las tengo.

—¿Qué?

—Ya no las tengo. —Posó una mano sobre su muslo—. Simplemente quédate un momento conmigo. ¿No es preciosa la nieve?

—Cil —dijo Wil—. Cil.

Percibió algo oscuro moviéndose y la puerta se abrió. Unas manos le sujetaron. Luchó contra ellas, pero eran más fuertes que él y le sacaron del vehículo, al frío. Lanzó sus puños en todas direcciones hasta que algo duro explotó contra la base de su cabeza, y entonces alguien cargó con él a hombros. Entre una cosa y otra debía de haber pasado el tiempo, porque ahora estaba más oscuro. El dolor se extendía por su cabeza en oleadas. Veía el asfalto y el aleteo del faldón de una chaqueta.

—Mierda —dijo alguien, con tono de frustración—. Olvídate del avión. Ya no pueden esperarnos más.

—¿Que me olvide del avión? ¿Y entonces qué?

—Al otro lado de esos edificios hay un sendero. Nos llevará hasta la autopista.

—¿Vamos a ir en coche? ¿Estás de broma? Cerrarán la autopista.

—No si somos rápidos.

—¿No si somos...? —dijo el tipo más bajo—. ¡Estamos jodidos! ¡Estamos jodidos porque no te dio la gana de largarnos cuando te lo dije!

—Calla —dijo el hombre alto. Se quedaron quietos. El viento sopló durante un rato. Luego Wil sintió que corrían y oyó el ruido de un motor, un coche que se detenía—. ¡Fuera! —escuchó al hombre, y a continuación lo metieron dentro de un coche pequeño. El tipo bajo entró detrás de él. Una bola de discoteca colgaba del espejo retrovisor. Una hilera de animales de peluche con ojos enormes y negros le sonreía desde el salpicadero. Un conejo azul sostenía una bandera sujeta a un palillo, la bandera de un país que Wil no reconoció. Pensó que podría clavarle aquel palillo a alguien en la cara. Extendió el brazo para cogerlo, pero el tipo bajo se le adelantó.

—No —le dijo, confiscando el conejo.

El motor aceleró.

—¿Cómo te fue con tu novia, Wil? —preguntó el hombre alto. Hizo girar el coche al pasar junto a una columna marcada con el símbolo D3, que Wil reconoció como parte del aparcamiento—. ¿Estás preparado para considerar la posibilidad de que sabemos lo que nos hacemos?

—Esto es un error —dijo el otro hombre—. Deberíamos seguir a pie.

—El coche está bien.

—No está bien. Nada está bien. —Tenía una pequeña ametralladora en su regazo. De algún modo, Wil no se había fijado hasta entonces en ella—. Woolf estaba tras nosotros desde el principio. Lo sabían.

—No lo sabían.

—Brontë...

—Cierra la boca.

—¡Brontë nos ha jodido! —dijo el tipo bajo—. ¡Nos ha jodido y tú no quieres admitirlo!

El hombre alto dirigió el coche hacia un grupo de hangares y de edificios de poca altura con aspecto de almacenes. A medida que se aproximaban, el viento arreciaba más y más, escupiendo hielo por los embudos que formaban sus paredes. El coche se estremecía. Wil, apretujado entre los dos tipos, se recostaba sobre uno y luego sobre el otro.

—Este coche da asco —dijo el más bajo.

En el resplandor que había ante ellos surgió una figura pequeña y amenazante. Una chica con un vestido azul. El viento le agitaba el pelo, pero ella estaba muy quieta.

El hombre bajo se inclinó hacia delante:

—¿Es Raine?

—Creo que sí.

—Atropéllala.

El motor emitió un quejido. La figura de la chica aumentó de tamaño en el parabrisas. Wil distinguió flores en su vestido. Flores amarillas.

—¡Atropéllala!

—¡Oh, mierda! —dijo el hombre alto, tan bajo que casi no pudo oírse, y el coche comenzó a aullar. El mundo se transformó. Wil cayó hacia un lado. Algo se movió más allá del cristal. Una criatura, un gigante de ojos ardientes y dientes plateados, se abalanzó sobre ellos. El coche se dobló y giró. Wil comprendió que los dientes de la criatura eran una rejilla, y los ojos unos faros, porque la criatura era un vehículo todoterreno. Destrozó la parte frontal del coche y rugió y lo zarandeó y se estampó contra el muro de ladrillo. Wil se cubrió la cabeza con los brazos, porque todo se estaba rompiendo.

Oyó gruñidos. Algo que se arrastraba. El repiqueteo del motor al enfriarse. Levantó la cabeza. Los zapatos del hombre alto estaban desapareciendo a través de un agujero dentado donde antes había estado el parabrisas. El tipo bajo estaba forcejeando con su puerta, pero de un modo que le hizo pensar a Wil que tenía problemas en conseguir que sus manos hicieran lo que quería. El interior del coche había adquirido una forma extraña. Trató de apartar algo de su hombro, pero resultó ser el techo.

La puerta del hombre bajo chirrió y se atascó. El hombre alto apareció al otro lado y la abrió dando un tirón. El bajo se arrastró afuera y miró a Wil:

—Vamos.

Wil negó con la cabeza.

El otro murmuró una maldición. Se alejó y el rostro del tipo alto surgió en primer plano:

—Eh, Wil. Wil. Echa un vistazo a tu derecha. Inclínate un poco hacia delante. ¿Lo ves?

La ventanilla lateral era una tela de araña medio destrozada, pero más allá pudo ver el vehículo que los había atacado. Era un todoterreno blanco. Su parte frontal estaba incrustada contra el muro y salía vapor entre las ruedas delanteras. En una pegatina en el cristal trasero se podía leer: VIRGINIA ES PARA AMANTES.

—Tu novia acaba de intentar matarnos, Wil. Ha chocado directamente contra nosotros. Y no estoy seguro de si puedes verlo desde ahí, pero ni siquiera se tomó un momento para ponerse el cinturón. Eso indica lo concentrada que estaba. ¿La ves, Wil?

—No —dijo. Pero sí podía.

—Sí, y ahora necesitas salir del coche, porque hay más en el lugar de donde ella ha venido. Siempre hay más.

Salió del coche. Pretendía golpear a aquel tipo en la mandíbula, tumbarlo y tal vez matarlo a puñetazos, observar cómo aquellos ojos suyos se quedaban ciegos, pero algo se enlazó en torno a sus muñecas. Para cuando se dio cuenta de que el tipo bajo le estaba colocando unas esposas de plástico blanco, ya estaba hecho. El hombre alto lo empujó hacia delante.

—Camina.

—¡No! ¡No! ¡Cecilia!

—Está muerta —dijo el hombre—. Más rápido.

—Te mataré —dijo Wil.

El otro tipo corría delante de ellos, acunando su metralleta en sus brazos. Su cabeza se movía de un lado a otro. Probablemente estaba intentando localizar a aquella chica, a la que llamaban Raine. La chica que había permanecido quieta como si estuviera clavada al asfalto, como si pudiera detener un coche con la mirada.

—Hay una furgoneta en ese hangar de ahí —dijo—. Puede que tenga las llaves puestas.

Un grupo de hombres con cascos y monos de faena se les acercó. El tipo bajo les gritó que se tumbasen y no se moviesen. El alto abrió la puerta de una furgoneta blanca y metió a Wil dentro. Wil se giró en el asiento para que cuando el hombre le siguiese, pudiera darle una patada en la boca y hacer que se tragase los dientes, pero un destello azul en el retrovisor lateral captó su atención. Lo miró fijamente. Había algo azul agachado debajo de un camión cisterna. Un vestido azul.

La puerta de la furgoneta se abrió y el hombre bajo entró y miró a Wil:

—¿Qué?

Wil no dijo nada. El hombre alto encendió el motor. Se había deslizado en el

asiento del conductor sin que Wil se diese cuenta.

—Aguarda un momento —dijo el bajo—. Este ha visto algo.

El alto le dirigió una mirada:

—¿Has visto algo?

—No —contestó.

—Mierda —dijo el otro, y saltó fuera del vehículo. Wil oyó sus pisadas. No quería mirar hacia el espejo retrovisor porque el tipo alto le estaba vigilando, pero miró una vez y ya no había nada allí. Transcurrieron unos segundos. Se escuchó un ruido. La chica del vestido azul cruzó de pronto junto a la ventanilla de Wil con la melena ondeando al viento, asustándole. Hubo un martilleo de disparos. La chica se desplomó como un pelele.

—No te muevas —le dijo el tipo alto a Wil.

El otro rodeó la furgoneta y los miró. Del cañón de su arma salía humo. Miró hacia la chica y soltó una carcajada:

—¡Le he dado!

Wil podía ver los ojos de la chica. Estaba tumbada boca abajo, con el pelo cubriéndole la cara, pero aun así podía ver que sus ojos eran del mismo azul que su vestido. Una mancha de sangre oscura se extendía por el asfalto.

—¡Joder que si le he dado! —dijo el hombre—. ¡Ya te digo! ¡Me he cargado a una poetisa!

Su compañero puso en marcha el motor.

—Vámonos.

El otro gesticuló: espera. Se acercó a la chica, manteniendo el arma apuntada hacia ella, como si hubiera alguna posibilidad de que se levantara. Ella no se movió. Llegó hasta donde estaba y le dio con la punta de su zapato.

Los ojos de la chica se movieron.

—*Contrex helo siq rattrak* —dijo, o algo parecido—. Dispárate a ti mismo.

El tipo se llevó la punta de su arma a la barbilla y apretó el gatillo. Su cabeza salió disparada hacia atrás. El hombre alto abrió de una patada la puerta de la furgoneta y levantó su escopeta hasta la altura de su hombro. La descargó sobre la chica. Su cuerpo se contorsionó. El hombre avanzó unos pasos, sacó el cartucho vacío y disparó otra vez. Un trueno retumbó por el hangar.

Para cuando regresó a la furgoneta, Wil estaba casi fuera.

—Adentro —dijo el tipo. Sus ojos rebosaban de muerte y Wil percibió con claridad que no pensaba andarse con medias tintas. Ambos compartieron el mismo pensamiento. Wil volvió a sentarse en el vehículo, con las manos esposadas apretadas contra su espalda. El hombre dio marcha atrás, esquivó los dos cadáveres y aceleró internándose en la noche. No habló ni miró hacia Wil. Wil observó sin ningún atisbo de esperanza cómo los edificios se iban sucediendo uno tras otro: podría haber tenido

una opción de escapar, pero ya había pasado.

EL PISTOLERO DEL AEROPUERTO

«NO TENÍA NADA POR LO QUE VIVIR»

PORTLAND, INFORME OFICIAL: El empleado de mantenimiento que disparó a dos personas causándoles la muerte antes de quitarse su propia vida y provocando el cierre del Aeropuerto Internacional de Portland durante ocho horas, sufría una depresión como consecuencia de la ruptura de su matrimonio, según confirmaron ayer fuentes familiares y de su círculo de amistades.

Amelio González, 37, le dijo a un amigo que no tenía nada por lo que vivir después de que hace tres meses una sentencia judicial le adjudicase la custodia total de sus dos hijos, de 11 y 7 años de edad, a su ex esposa, Melinda González.

Se cree que González requirió asistencia médica y se le prescribieron medicamentos antidepresivos.

Sus compañeros de trabajo reciben con incredulidad sus actos, y le describen como una persona amistosa y generosa que con frecuencia ayudaba a todo el que lo necesitase.

«Amelio era un tipo agradable», dijo de él Jerome Webber, que trabajó con González en el mantenimiento de aeronaves durante dos años antes del incidente. «Un tanto callado, pero cualquiera estaría afectado si le pasase lo que a él. Es la última persona que podrías imaginar que haría algo así».

La empresa para la que trabajaba defendió sus políticas de contratación, argumentando que todos los empleados están sujetos a controles psicológicos de manera regular. González realizó uno de esos controles hace apenas cuatro semanas.

«Estamos haciendo todo lo que está en nuestra mano para llegar al fondo de esto», dijo George Aftercock, jefe de seguridad del Aeropuerto Internacional de Portland. «Queremos saber cómo es posible que un empleado modelo pueda de repente perder la cabeza así».

Amelio González disparó el sábado a dos personas. Se cree que una tercera persona, una mujer, falleció en un accidente de tráfico mientras trataba de huir. Los nombres de las víctimas todavía no han sido hecho públicos.

Un altercado anterior, en el que un hombre cruzó corriendo el vestíbulo de Llegadas en un visible estado de nervios, fue considerado en un primer momento como relacionado con el tiroteo, pero posteriormente se ha confirmado que no existía conexión entre ambos sucesos.

Post #16

En respuesta a: www.nationstates.org/topic—8724511-post-16.html

En mi ciudad gastamos 1,6 billones de dólares en un nuevo sistema de venta de billetes para trenes. Cambiamos los billetes de papel por tarjetas dotadas de un chip, y ahora puede saberse en qué punto un pasajero se sube a un tren y en qué punto se baja. Así que aquí va mi pregunta: ¿cómo es que eso cuesta 1,6 billones?

La gente dice que es porque el gobierno es incompetente, y estoy de acuerdo. Pero esto está ocurriendo en todas partes. Todas las redes de transporte están adquiriendo esas tarjetas «inteligentes», los supermercados solicitan tus datos, los aeropuertos están instalando cámaras de reconocimiento facial. Esas cámaras no funcionan cuando alguien intenta evitarlas. Por ejemplo, pueden ser burladas utilizando unas gafas. Sabemos que no son efectivas como dispositivos antiterroristas, pero aun así continuamos instalándolas.

Todo esto (las tarjetas inteligentes, los sistemas de identificación personal, la tecnología de seguimiento de vehículos para evitar congestiones de tráfico) funciona horriblemente en lo que se supone que debería hacer bien. Solo sirve para seguirnos el rastro al resto de nosotros, al 99,9% que utilizamos las tarjetas inteligentes o lo que sea y dejamos que nos sigan el rastro porque es lo más sencillo.

No soy un fanático de la privacidad, y no es que me moleste demasiado que esas organizaciones quieran saber dónde voy y qué compro. Pero lo que sí me preocupa es lo mucho que se esfuerzan por obtener esa información, la cantidad de dinero que se están gastando en ello y el hecho de que nunca admiten que es eso lo que realmente quieren. Eso significa que esa información debe de ser realmente valiosa por algún motivo, y yo solo me pregunto para quién y por qué.

[D O S]

—Hummm —dijo el hombre con la gorra de camionero—. Creo... no... dame solo un segundo...

—Tómese su tiempo, caballero —dijo Emily—. La reina no se va a ninguna parte. Está muy a gusto ahí abajo, en todo su esplendor. Le puede esperar todo el día. —Le sonrió a un tipo que estaba detrás del camionero. El hombre le devolvió la sonrisa, recordó a su esposa y frunció el ceño. *Olvídate de ese, entonces.*

—En la izquierda —dijo una mujer con una sudadera en la que se leía I LOVE SAN FRANCISCO. Sus ojos se movieron rápidamente hacia Emily—. Me parece.

—¿Usted cree? —preguntó el camionero.

—Estoy casi segura.

Emily le dedicó un guiño a la mujer. *Lo tienes.* La mujer apretó los labios, satisfecha.

—No sé —dijo el camionero—. Yo estaba pensando en el centro.

—La reina se mueve con rapidez, caballero. No le avergüence no poder seguir su ritmo. Haga un intento.

—Centro —dijo el tipo, porque «haga un intento» significaba «ya es suficiente, Benny». Benny no era camionero, por supuesto que no. Había encontrado aquella gorra en un callejón. Si se la encasquetaba bien en la cabeza, y con su barba descuidada color arena, podía dar el pego.

—¿Está seguro? Esa señorita le ha dado un consejo.

—No, definitivamente en el centro.

—Como usted diga, caballero. —Emily le dio la vuelta a la carta del centro. De entre el gentío brotó un murmullo—. Lo siento, señor. Se le ha escapado. —Hacía falta un poco de maña para pasar la reina de la derecha a la izquierda, lo que se denomina una rotación mexicana, pero Emily lo había hecho—. Está en la izquierda, como dijo la señorita. Debería haberle hecho caso. Tiene usted buen ojo, señora. Muy bueno. —Extendió los naipes, los recogió y se los pasó de una mano a otra, rápido pero no demasiado. Partes de su auditorio comenzaron a alejarse. Emily se colocó un mechón de pelo rubio detrás de la oreja. Llevaba puesto un sombrero flexible de colores a cuadros, pero cada dos por tres tenía que echárselo hacia atrás porque era muy grande y se le caía hasta taparle los ojos—. ¿Quiere probar, señorita? Son solo dos dólares. Es la cosa más simple del mundo, si tiene buen ojo.

La mujer titubeó. Con ella solo podrían conseguir una partida. Emily a veces permitía que alguien ganase la primera para hacerle querer jugar otra vez, y luego otra y otra. Pero eso solo funcionaba con un cierto tipo de personas. Aun así, eran dos dólares. Dos dólares estaba bien.

—Yo jugaré.

El que había hablado era un hombre joven de pelo largo vestido con un traje barato tirando a negro y una corbata amarillo pálido. Del bolsillo de su camisa colgaba una tarjeta de plástico. Había cuatro, otros dos chicos y una chica, todos con el mismo aspecto, como estudiantes de universidad realizando un trabajo de verano. Vendedores, quizá, de algo barato y engañoso. No eran policías. Eso podía distinguirlo. Los polis eran una amenaza constante en los muelles. Sonrió abiertamente. La mujer de la sudadera se estaba apartando, pero eso no importaba. El tipo del traje barato era un objetivo mejor. Mucho mejor.

—De acuerdo, señor. Dé un paso adelante. Creo que me ha hecho un favor. Esa señorita podría haberme limpiado.

—Yo podría limpiarte —dijo el tipo.

—Ja, ja. Un fanfarrón. No me importa, caballero. Hable tanto como le plazca. No hay premio por hablar. La partida, sin embargo, cuesta dos dólares.

El joven dejó caer dos billetes sobre la mesa plegable de Emily. A ella le resultaba un tipo irritante, aunque no tenía claro por qué: personas como él, tan arrogantes, delante de un público expectante, valían oro. Perdían y doblaban la apuesta una y otra vez. Tenías que dejarles ganar de tanto en tanto, para que no explotasen y te acusasen de hacer trampas. Pero si eras inteligente, estarían jugando todo el día. Lo hacían porque, una vez que habían empezado, su orgullo no les permitía marcharse. Emily le había sacado ciento ochenta dólares a un tío como aquel hacía menos de dos meses, la mayor parte en la última partida. El cuello se le había hinchado y los ojos se le habían humedecido, y ella pudo ver lo mucho que deseaba golpearla. Pero había una multitud a su alrededor. Esa noche había cenado.

Tiró la reina y dos ases a la mesa.

—Cójala si puede. —Le dio la vuelta a los naipes y comenzó a cambiarlos de posición—. A la reina le encanta hacer ejercicio. Siempre se da un paseo matinal. El problema es: ¿adónde va? —El joven ni siquiera estaba mirando las cartas—. Es difícil ganar si no mira, caballero. Realmente complicado. —Su tarjeta de identificación decía: ¡HOLA! ¡ME LLAMO LEE! Y debajo: AGENTE ADMINISTRATIVO PARA CUESTIONARIOS—. Lee, ¿es eso? Tiene que ser muy bueno si puede seguir a la reina sin mirarla, Lee. Realmente bueno.

—Lo soy —dijo él, sonriendo. No había apartado los ojos de ella.

Emily decidió arrebatarle los dos dólares. Y si se arriesgaba otra vez, le quitaría eso también. Le preguntaría si quería doblar la apuesta y le sacaría el dinero sin piedad y sin permitirle ganar ni una sola vez, porque Lee era un capullo.

Se oyó un murmullo. Emily movía las cartas demasiado rápido, sin miramientos. Se detuvo. Retiró sus manos. Escuchó una risita colectiva y algunos aplausos. Tenía la respiración acelerada.

—Bien —dijo—, vamos a ver lo bueno que es, Lee.

Él aún no había mirado las cartas. El tipo que estaba tras él, a su derecha, otro de los prospectores de mercado, le dirigió a Emily una sonrisa brillante, como si acabase de reparar en ella. El tercer chico le susurró a la chica:

—Me alegro de estar justo donde quiero estar, justo a tu derecha, en el mejor lugar posible.

Y la chica asintió y dijo:

—Sí, tienes mucha razón.

—En la derecha —dijo Lee.

Error.

—¿Está seguro de eso? ¿Quiere tomarse un momento para pensar? —Pero sus manos ya se estaban moviendo, impacientes por proclamar su victoria—. Es su última oportunidad de...

—La reina es la de la derecha —dijo Lee.

Y cuando Emily tocó los naipes, sintió que sus dedos se deslizaban debajo y hacia la derecha. Su mano izquierda salió disparada con el único propósito de atraer la atención, y la derecha deslizó una carta debajo de la otra.

Se oyeron aplausos dispersos. Emily miró fijamente la mesa. La reina de corazones estaba a la derecha. Ella las había cambiado. En el último momento, las había cambiado. ¿Por qué lo había hecho?

—Bien hecho, señor. —Percibió que Benny balanceaba su peso de una pierna a la otra, mirando a su alrededor en busca de policías y, sin duda, preguntándose qué diablos hacía—. Felicidades. —Se llevó la mano a la bolsa donde guardaba el dinero. Dos pavos. Había una diferencia de cuatro entre ganar o perder. Eso era una comida. Un pago por una dosis nocturna de placer químico. Le tendió los billetes, y cuando Lee los cogió ella sintió una sensación de dolor. Lee los guardó en su cartera. La chica echó un vistazo a su reloj, un aparato de plástico brillante. Uno de los otros chicos bostezó—. ¿Juega otra vez? ¿Qué tal si doblamos la apuesta? A un hombre como usted le gusta jugar por dinero de verdad, ¿me equivoco? —Estaba tensando la cuerda, podía oír la tirantez en su propia voz, porque se daba cuenta de que lo había perdido.

—No, gracias. —Parecía aburrido—. No hay nada aquí para mí.

—¿Qué cojones? —dijo Benny.

Ella siguió caminando, encorvada, con su mochila de Pikachu a la espalda y el sombrero bamboleándose. El sol se estaba ocultando, pero la acera irradiaba calor en oleadas.

—No quiero hablar de ello.

—Nunca se le deja a un tipo como ese ganar la primera partida. —Benny cargaba con la mesa—. Si te gana, se acabó. A esos no les importa la pasta. Lo que les

importa es ganarte. Le has dado lo que quería.

—He girado la carta equivocada, ¿vale? He girado la carta que no era.

—Ese tío iba a jugar. —Benny le dio una patada a una botella de plástico, que salió disparada por la acera y cayó a la calzada, donde un coche la aplastó con un crujido—. Le habríamos sacado veinte fácilmente. Puede que cincuenta.

—Sí, vale.

Benny se paró. Y Emily también. Benny era un buen tipo. Hasta que dejaba de serlo.

—¿Te estás tomando esto en serio?

—Sí, Benny —respondió, tirándole del brazo.

—Cincuenta pavos.

—Sí. Cincuenta pavos. —Sintió que sus ojos se abrían como platos. Eso haría que Benny se enfureciese, pero no pudo evitarlo. A veces era perversa.

—¿Qué?

—Vamos. —Tiró de nuevo de su brazo, pero parecía de piedra—. Vamos a buscar algo de comer. Te prepararé algo.

—Que te jodan.

—Benny...

—¡Que te jodan! —Se soltó de ella y dejó caer la mesa al suelo. Sus puños se cerraron. Un hombre que pasaba cerca miró a Emily y luego a Benny, y luego apartó la mirada. *Muchas gracias, colega*—. ¡Aléjate de mí!

—Venga, Benny.

Benny dio un paso adelante. Emily se estremeció. Cuando Benny pegaba, lo hacía con ganas.

—No me sigas a casa.

—Vale —dijo ella—. Joder, vale. —Esperó hasta que la expresión de violencia desapareció y extendió su mano abierta—. Por lo menos dame mi dinero. Hoy he conseguido ciento veinte: dame la mitad. —Entonces echó a correr, porque los ojos de Benny dejaron claro que le había sacado otra vez de quicio. Su mochila de Pikachu rebotaba contra su espalda. El sombrero se le cayó pero no se detuvo a recogerlo. Cuando alcanzó la esquina, Benny estaba media manzana más atrás. La había seguido, pero no muy lejos. Emily se alegró de tener todavía su mochila. Llevaba la chaqueta dentro.

Durmió en Gleeson's Park, debajo de un seto en el que la gente no solía fijarse y que contaba con una vía de escape a cada lado. Se despertó por culpa de un griterío a medianoche, pero no se trataba de nadie que ella conociera y estaba demasiado lejos para suponer una amenaza. Cerró los ojos y se quedó dormida escuchando «joder» e «hijo de perra».

Y entonces amaneció y un borracho estaba orinando sobre sus piernas.

Se apartó gateando:

—Eh, colega. Colega.

El tipo retrocedió tambaleándose.

—Lo siento. —Apenas logró pronunciar las palabras.

Emily hizo un examen de reconocimiento. Salpicaduras en sus pantalones y en sus botas.

—Tío, ¿qué coño?

—No... *tavia*... visto.

—Joder —dijo Emily. Sacó su mochila del seto y se fue en busca de un aseo.

Había un baño público en un extremo del parque. No era un lugar al que ella iría si podía evitarlo, pero el sol estaba saliendo y sus pantalones estaban empapados de orina. Dio una vuelta al bloque de ladrillo cargando con las botas en la mano hasta que se convenció de que el lugar estaba desierto, luego se plantó en la entrada y se detuvo a pensar. Solo había una salida, ese era el problema de los aseos públicos. Una única salida, y daba igual lo fuerte que gritases, nadie vendría a echarte una mano. Pero entró. Comprobó el pestillo, por si acaso lo habían reparado desde la última vez que había estado allí. No. Se quitó los pantalones y los metió junto con los calcetines debajo de un grifo. El aire recargado le hizo cosquillas en la piel. No dejó de lanzar miradas hacia la entrada, porque su situación era verdaderamente arriesgada si a alguien le daba por entrar, pero nadie lo hizo, así que se animó y levantó la pierna para lavársela bajo el grifo. El dispensador de toallas de papel estaba vacío, por lo que no tuvo más remedio que secarse con recuadros de papel higiénico.

Abrió su mochila. Tal vez se hubieran materializado algunas prendas de ropa mejores mientras ella no miraba. No. Cerró la bolsa y escurrió sus vaqueros lo mejor que pudo. Lo que le hubiera gustado hacer era sacarlos al parque y ponerlos a secar sobre la hierba mientras ella se tumbaba a tomar el sol, con las piernas desnudas y los ojos cerrados. Solo absorbiendo rayos solares. Ella y sus pantalones. En otra ocasión, quizás. En otro mundo. Empezó a ponerse los vaqueros empapados.

Mientras avanzaba por la calle Fleet, su estómago emitió una señal de protesta. Era demasiado temprano para los comedores benéficos. Pensó en ir en busca de algún amigo. O puede que Benny se hubiera calmado. Se mordió el labio. Le apetecía una McMuffin.

Entonces lo vio: Lee, el del pelo largo y el traje barato, Lee, el que se había llevado sus dos dólares. Estaba plantado en una esquina de la calle, con una carpeta en la mano, saliéndoles al paso a los viandantes con una sonrisa fingida. «Trabaja

realizando estudios de mercado», recordó Emily; lo había visto en su tarjeta de identificación. Lo observó. Le daba la impresión de que aquel tipo le debía algo.

Cuando se le acercó, los ojos del joven se apartaron del hombre al que estaba entrevistando y se posaron un instante en ella.

—Me debes un desayuno —le soltó Emily.

—Muchísimas gracias —le dijo Lee al tipo—. Le agradezco su tiempo. —Anotó algo en su carpeta y pasó la hoja. Cuando terminó de escribir, le dedicó una sonrisa a Emily—: Eres la timadora.

—Te dejé ganar —repuso ella—. Me diste lástima. Cómprame una McMuffin.

—¿Me dejaste ganar?

—¡Venga! Soy una profesional. Nadie me gana una partida a no ser que yo le deje ganar —explicó con una sonrisa. Era difícil saber si le estaba funcionando—. Lo justo, es justo. Tengo hambre.

—Habría pensado que una profesional podría pagarse su propia McMuffin.

—Claro —contestó Emily—, pero te voy a dejar pagar porque me gusta tu careto.

Lee parecía divertido. Aquella era la primera expresión agradable que Emily veía en su rostro.

—Vale. —Guardó su bolígrafo dentro de la carpeta—. ¿Sabes qué? Sí que te voy a comprar una McMuffin.

—Dos McMuffin —dijo ella.

Dio un mordisco y le supo tan bien como había imaginado. En el lado opuesto de la mesa de formica, Lee estaba sentado con los brazos extendidos sobre el respaldo del asiento. En el exterior, unos chiquillos chillaban y se perseguían unos a otros por un parque de juegos. ¿Quién se llevaba a los niños al McDonald's a desayunar? No debería estar juzgando a nadie. Le dio un trago a su café.

—Estás hambrienta —dijo Lee.

—Una mala época. —Continuó masticando su sándwich—. Es la economía.

Lee no estaba comiendo nada.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—De verdad.

—Dieciocho. —Tenía dieciséis.

—Pareces joven para estar sola.

Ella se encogió de hombros mientras desempaquetaba la siguiente McMuffin. Lee le había comprado tres, además del café y unas patatas fritas.

—Estoy bien. No hay problema. ¿Cuántos años tienes tú?

Lee contempló cómo devoraba el sándwich.

—¿Por qué querías una McMuffin?

—No he comido desde hace un día entero, más o menos.

—Me refiero a una McMuffin en particular.

—Me gustan.

—¿Por qué?

Emily le clavó la mirada. Era una pregunta estúpida.

—Me gustan.

—De acuerdo. —Lee apartó los ojos de ella por primera vez.

Emily no quería hablar sobre sí misma.

—¿De dónde eres? No de por aquí.

—¿Cómo lo sabes?

—Es un don.

—Bueno —aceptó él—, tienes razón. Viajo. De ciudad en ciudad.

—¿Pidiéndole a la gente que rellene un cuestionario?

—Así es.

—Se te debe de dar muy bien —dijo Emily—. Tienes que tener un talento realmente bueno para conseguir que la gente te rellene un cuestionario. —La expresión de Lee no varió. Emily no sabía por qué intentaba hacerle rabiar. Al fin y al cabo él le había comprado algo de comer. Pero aun así. No le gustaba. Hacía falta algo más que unas McMuffins para cambiar eso—. ¿Qué te ha traído a San Francisco?

—Tú.

—¿Oh, sí? —Esperaba que aquello no fuese a convertirse en una situación de la que tuviera que salir huyendo. Ya había tenido bastantes carreras. Se tragó el último trozo de McMuffin y empezó con las patatas, porque le pareció buena idea comérselas antes de tener que echar a correr.

—No tú en particular. Sino gente como tú. Estoy buscando a gente que sea persuasiva e intransigente.

—Pues bingo —dijo ella, aunque no sabía qué significaba «intransigente».

—Por desgracia, suspendiste.

—¿Suspendí?

—Dejaste que me llevase tu dinero.

—Eh. Eso fue una victoria por lástima. Ya te lo he dicho antes. ¿Quieres intentarlo otra vez?

Lee sonrió.

—Lo digo con sinceridad, no me ganarás otra vez. —Y lo decía en serio.

—Ehh... —dijo él—. De acuerdo, te digo una cosa: te daré otra oportunidad.

Benny tenía sus cartas. Pero podía conseguir otras, y entonces provocaría a ese tipo hasta que apostase cien, le pediría que se los mostrase, y en cuanto los billetes tocasen la mesa los cogería y saldría por piernas. Iría a buscar a Benny y se burlaría

de él un rato. *¿Decías que al tío ese le podíamos sacar veinte pavos, eso fue lo que dijiste?* Le encantaba la mirada que ponía cuando le llevaba dinero. *¿Dijiste que quizá podíamos sacarle cincuenta?*

—Deja que me termine el café, luego podemos ir a la tienda de ahí enfrente...

—No con cartas. Es un tipo de prueba diferente.

—Oh —dudó Emily—. ¿Como por ejemplo?

—Como que no me la chupes.

Emily se quedó sorprendida, pero la expresión del rostro de Lee no había cambiado, así que no estaba segura de haberle oído bien.

Había mucha gente a su alrededor, así que la situación no suponía un peligro inmediato. Pero necesitaría encontrar la forma de salir de allí ella sola.

—En realidad, mi trabajo no consiste en administrar cuestionarios. Mi trabajo es probar a la gente. Piensa en ello como en una entrevista de trabajo que no sabes que estás realizando.

Emily se tragó la última patata.

—Bueno, gracias por pensar en mí, pero ¿sabes?, me gusta lo que hago ahora. Gracias, de todos modos. —Se bebió los restos del café—. Gracias por el desayuno.

Alargó el brazo para coger su mochila.

—La paga merece la pena.

Dudó.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto quieres?

—Ahora me estoy sacando quinientos al día —dijo, aunque aquello era una mentira enorme, por supuesto. Se estaba sacando entre cero y doscientos dólares al día, y eso lo tenía que compartir con Benny.

—Esto sería más que eso.

—¿Cuánto más? —Se dio cuenta de que se estaba equivocando. ¿En qué estaba pensando? El tipo tenía un reloj de plástico. La llevaría a algún cuartucho asqueroso y cerraría con llave. No existía el trabajo—. Mira, ¿sabes qué?, no me interesa.

Lee se llevó una mano al bolsillo y abrió su cartera. El día anterior Emily se había percatado de que no tenía más de veinte dólares. Lee abrió la cremallera de uno de los compartimentos y lanzó varios billetes sobre la mesa. Emily se quedó mirándolos fijamente. Había un montón.

—Nos ponemos ropa barata porque resultaría raro si nos pusiéramos en una esquina con trajes de diez mil dólares.

—Ya veo —dijo Emily, a pesar de que en realidad no le estaba prestando mucha atención.

—Suelta tu mochila.

Emily lo miró. Al parecer saltaba a la vista que había pensado en coger el dinero

y echar a correr como si le persiguiera el diablo. Soltó la bolsa.

—Recibes un billete de primera clase para ir a nuestras oficinas centrales en Washington. Pasas allí una semana, haciendo una serie de exámenes. Si apruebas, te conviertes en aprendiz con un salario inicial de sesenta mil dólares. Suspendes y te mandamos de vuelta a casa con un sobre con cinco mil pavos por tu tiempo. ¿Qué tal te suena eso?

—A timo.

Lee se echó a reír.

—Lo sé. La verdad es que suena a timo. Yo pensé lo mismo cuando me lo ofrecieron.

Emily no podía dejar de mirar el dinero que había sobre la mesa. No quería hacerlo, pero era algo irresistible.

—Fuiste al colegio —dijo Lee—. Quiero decir en algún momento. Y no te sentías a gusto allí. Querían enseñarte cosas que a ti no te interesaban. Fechas y matemáticas y banalidades sobre presidentes muertos. No te enseñaban persuasión. Tu capacidad de persuadir es la más importante para conseguir calidad de vida, y ellos no la tocaron para nada. Pues bien, nosotros sí lo hacemos. Y estamos buscando estudiantes con un talento natural.

—De acuerdo —dijo—. Me interesa. Acepto un billete de primera.

Lee sonrió. Emily recordó su comentario de un momento antes. Tal vez lo había entendido mal. Él debía de querer que se la chupase a cambio del billete de avión. Eso tenía sentido. Se preguntó si existía realmente un puesto de trabajo. De una manera un tanto extraña, Lee resultaba creíble.

—Enséñame algo —pidió—. Algo oficial.

Él deslizó una tarjeta por encima de la mesa. Su nombre completo era Lee Bob Black. Emily se la guardó en su mochila, sintiéndose algo mejor. Aquella tarjeta le daba la posibilidad de llamar al jefe de Lee y explicarle lo que le había pedido hacer a cambio de un empleo. Esperaba que se tratase de una gran empresa, de esas que odian la mala publicidad. Deseó que existiera de verdad un puesto de trabajo, porque a ella se le daría estupendamente bien.

—Ahora ya sabes quién soy —dijo Lee—. Pero ¿quién eres tú?

—Emily.

—¿Te gustan más los gatos o los perros?

—¿Qué?

—¿Gatos o perros? ¿Qué prefieres?

—¿Y a ti qué te importa?

Lee hizo un mohín.

—Solo trato de conversar.

—Odio los gatos. Son demasiado furtivos.

—Ja. —Se rio Lee—. ¿Cuál es tu color favorito?

—¿Esta es tu idea de una conversación?

—Solo responde a la pregunta.

—Solo estoy diciendo que, como alguien que se dedica a darle cuerda a la gente, lo haces fatal, Black —dijo Emily.

—Cierra los ojos y escoge un número entre el uno y el cien.

—¿Eso es parte de tus cuestionarios?

—Sí.

—¿Me estás examinando? ¿Esta es la prueba?

—Parte de ella.

—No voy a cerrar los ojos. Treinta y tres.

—¿Amas a tu familia?

Emily no se movió.

—¿Lo preguntas en serio? ¿Crees que estaría aquí si tuviera una buena familia?

—Estuvo a punto de levantarse, pero no lo hizo—. No.

—Muy bien —murmuró Lee—. Última pregunta: ¿por qué lo hiciste?

Ella lo miró fijamente.

—No te inventes una respuesta —le advirtió—. Lo sabré, y eso invalidará la prueba.

—Es una pregunta estúpida, ¿no te parece?

—¿Por qué lo dices?

—Ni siquiera sabes qué estás preguntando. Solo quieres hacerme creer que lo sabes.

Lee se encogió de hombros.

—Esto no se parece a un examen.

—Es un test de personalidad.

—¿Es Cienciología?

—No.

—¿Amway?

—Te prometo que no es Amway. No es nada de lo que hayas oído hablar. Estás a punto, Emily. ¿Cuál es tu respuesta?

—¿A tu pregunta estúpida?

—No tienes que creértelo. Solo tienes que responder honestamente.

—Vale —dijo Emily—. Lo hice porque me apeteció hacerlo.

Lee asintió.

—Hay una cosa decepcionante en este trabajo. La gente siempre resulta ser menos interesante de lo que uno espera. —Antes de que Emily pudiera decidir si acababa de recibir un insulto, Lee profirió una retahíla de palabras que la envolvieron y se disiparon. Se sintió aturdida—. Ve a los aseos —dijo Lee—. Espérame dentro.

Emily se acercó al mostrador. Se estaba separando de su mochila, pero no tenía importancia. Lee se la cuidaría. Le pidió a un chico que estaba detrás de la caja registradora la llave de los aseos y el tipo le puso mala cara, pero se la entregó. Dentro solo había un reservado. Cerró la tapa del retrete y se sentó encima.

Un momento después la puerta se abrió y Lee entró, hablando por un teléfono móvil. Emily sintió que su corazón se agitaba. Lee era bastante atractivo. A medida que se le conocía, sus rasgos parecían más hermosos. Incluso le gustaba su pelo. Sintió que lo amaba.

—Sí —murmuró Lee al teléfono—. Pero, bueno, ya que estamos aquí vamos a darle una oportunidad más. —Se detuvo delante de ella. Emily observó cómo se bajaba la bragueta. Sintió que se hallaba en un lugar interesante. Estaba allí, pero al mismo tiempo se sentía lejos. Todo resultaba curioso y divertido. Lee sostuvo el teléfono con el hombro e introdujo su mano en sus pantalones para sacarse el pene. Era más grande de lo que ella había imaginado. Lo vio menearse y curvarse hacia arriba delante mismo de sus ojos—. En realidad estoy con ella en este preciso momento —dijo Lee—. Por un momento he creído que había algo. —Tapó el teléfono con la mano—: Métetela en la boca.

Emily cogió el pene en su mano. Abrió la boca. Y pensó: «Espera, ¿qué?».

—Lo sé —decía Lee—. Siempre igual. —Soltó una carcajada. Su pene se estremeció en la mano de Emily.

Le dio un puñetazo en los testículos. Lee soltó un alarido. Emily intentó darle una patada, pero como él se había doblado por la cintura y estaba echándose hacia atrás solo le acertó en la rodilla o en el codo o algo así. Corrió hacia la puerta y la abrió de golpe. Varias cabezas se volvieron hacia ella.

—¡Un perverso! —chilló—. ¡Hay un perverso ahí dentro! —Recogió su mochila. Ni una sola persona se había movido—. ¡Un perverso! —volvió a gritar, y salió a escape.

En el callejón, unos chicos con gorras de béisbol estaban pasando droga o componiendo letras de canciones o lo que fuera, y uno de ellos dio unos pasos hacia ella con las manos extendidas. Emily corrió para esquivarlo, con la mochila balanceándose a su espalda. Rebasó tres manzanas antes de sentirse lo suficientemente a salvo como para detenerse y comprobar si Lee la seguía. No. Dejó caer un momento su mochila y puso las manos en las rodillas para coger aire. Había gente pasando a su lado. ¿Qué era lo que acababa de ocurrir? Recordaba los detalles pero no tenían ningún sentido. No sabía qué era lo que había estado pensando.

Levantó la mirada. Lee avanzaba hacia ella arrastrando los pies, con una mano en la entrepierna y el rostro descompuesto en una expresión de dolor. Emily se irguió. Al

otro lado de la calle vio a una chica de melena larga y castaña, vestida con un traje barato, saltando a la calzada, esquivando un coche y corriendo luego hacia ella a través del tráfico. Por el ángulo en que se movía, su intención no era alcanzarla sino más bien acorralarla, obligarla a ir hacia el este, y eso hizo que todas las alarmas saltasen en la mente de Emily, porque cuando alguien hacía algo así era porque había otros. Estiró el cuello y descubrió a dos chicos con carpetas y trajes corriendo directamente hacia ella.

—¡Socorro! —gritó, pero no se dirigía a nadie en particular, y nadie fue a socorrerla.

Distinguió la boca de una callejuela y se lanzó hacia ella. Se le resbaló la mochila y el pánico le hizo dejar que se le cayera al suelo, lo cual era un auténtico desastre, porque sin su bolsa no tenía nada. Tendría que depender de la gente. Pasó al lado de la puerta giratoria de un bloque de oficinas y vio emerger a una pareja vestida elegantemente, como en un anuncio, y se le ocurrió meterse dentro, en el mundo cálido, limpio y seguro del que ellos habían salido. Pero eso nunca funcionaría. Terminaría con ella siendo echada a patadas por un guardia de seguridad encargado de proteger aquel mundo de gente como ella. Siguió corriendo. La calle giraba y se inclinaba para transformarse en una entrada de vehículos. Eso no era bueno, nada bueno. La calle terminaba en una puerta metálica cerrada y pintada con el cartel de DEJEN LIBRE ZONA DE CARGA. Empezó a retroceder por donde había venido, pero sus perseguidores ya estaban allí. Uno de los chicos tenía su mochila de Pikachu. Emily se metió una mano en el bolsillo.

—Tengo un espray antivioladores. —Caminó hacia atrás hasta que su espalda dio contra la puerta. Pensó en todas aquellas ventanas de oficinas: seguramente habría alguien mirando hacia el callejón. Tal vez si gritaba... Tal vez... si existieran los ángeles.

—Para un segundo —dijo la chica—. Recupera el aliento.

A su lado, Lee se dobló por la cintura y escupió al suelo.

—Alejaos de mí.

—Perdona por la persecución. Lo que ocurre es que no queríamos perderte, de verdad.

—Os joderé —dijo Emily.

—Tranquila. —La chica sonrió enigmáticamente—. Tranquila, Emily. Has aprobado.

MEMO

Para: Todo el personal

De: Cameron Winters

¡Hola, chicos! Solo un mensaje rápido para deciros que sí que nos van a pagar las horas extra del día 29, o sea que hay paga doble para todos los eventuales.

¡Muchas gracias a la dirección!

Yo estaré fuera durante el puente, así que Melanie será la encargada. ¡También el día que cumple los 18 (sábado)! Uy, perdón, Melanie, ¡¡se me ha escapado!!!

Otra cosa, ¡por favor, por favor! Tened cuidado con a quién le dais la llave del aseo. Se nos metió una yonqui y un hombre se tropezó con ella dentro, la chica montó un jaleo y asustó a los clientes. ¡Está claro que eso no da buena imagen!

Paz,

xCx

[T R E S]

Las ruedas de la furgoneta patinaron en el carril de entrada a la autopista y el interior se inundó con la luz de un camión enorme que se les venía encima.

—¡Joder! —dijo el hombre alto.

Se oyó el estruendo de un claxon. Wil notó una sensación de ingravidez, una especie de rendición por parte del vehículo ante las fuerzas de la naturaleza, pero entonces las ruedas se aferraron al asfalto y se enderezaron entre las líneas que delimitaban el carril. La bocina del camión siguió sonando.

Se preguntó cuánto daño se haría si abría de una patada la puerta y saltaba a aquella velocidad. Probablemente mucho. Tenía las manos esposadas.

—Joder —repitió el tipo, y luego permaneció un momento en silencio—. ¡Joder! Wil no dijo nada.

—¿Cómo te llamas?

—Wil Parke.

—¡No me refiero a ahora! ¡Antes!

—No sé a qué se refiere.

—Cuando vivías en Broken Hill, Australia. ¿Cómo te llamabas entonces?

—Nunca he vivido en...

—¡Detecto tu acento!

—Me crie en Australia. En Melbourne. Pero nunca he estado en Broken Hill.

El hombre dio un volantazo y la furgoneta cruzó tres carriles para detenerse en el carril de emergencia. Tiró del freno de mano, cogió la escopeta y trató de sacar a Wil del vehículo a rastras. Wil ofreció resistencia y el tipo le golpeó dos veces con la culata hasta que logró hacerle salir tambaleándose. Cuando se incorporó, tenía el cañón del arma delante mismo de los ojos.

—Crees que si no eres el que quiero, te dejaré ir —dijo el hombre—. Pero lo cierto es que, si no eres el tipo que estoy buscando, voy a pegarte un tiro y dejar tu cadáver en la nieve.

—Soy el que busca.

—Hace dieciocho meses, ¿dónde vivías?

—En Broken Hill.

—¿Dónde en Broken Hill?

Un coche zumbó al pasar junto a ellos.

—En Main Street.

—¡Me cago en la puta! —dijo el hombre alto.

—Dígame lo que quiere. No tengo ni idea de lo que quiere.

El otro se puso en cuclillas.

—Conduces un Taurus. Llevas ocho meses en Estados Unidos. Un año antes de

eso, vivías en Broken Hill. Tenías un perro.

Wil se estremeció.

Un camión pasó a su lado y despidió varios fragmentos de hielo del asfalto.

—No eres el que busco —dijo, negando con la cabeza—. Bueno, pues qué cojones.

—Lo siento mucho.

—Olvídalo —dijo el hombre, incorporándose—. Levanta. Y date la vuelta.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

Wil se levantó, con cautela.

—Vuélvete.

Obedeció.

—Camina.

—¿Hacia dónde?

—No importa. Aléjate de la carretera.

—De acuerdo, vamos a reconsiderar un poco la situación.

—Si no caminas, te disparo aquí mismo.

—¡No voy a internarme en el bosque para que pueda dispararme ahí!

—Bien —dijo el otro, y se oyó un crujido que hizo que Wil empezase a caminar. Sus zapatos se hundían en la nieve. No le llegaba más allá del tobillo, pero avanzó como si le cubriese hasta las rodillas—. Más rápido.

—Lo intento.

—Y yo estoy intentando no dispararte —dijo el hombre—. Pero se me está haciendo jodidamente difícil.

Avanzó dando grandes zancadas a través de un manto de nieve cada vez más profundo. Su mente se había convertido en una vasta extensión blanca. Un paisaje nevado, vacío de planes que terminasen con él aún vivo.

—Gira a la derecha. Estás intentando volver hacia la carretera.

Giró. Delante había unos árboles, un pequeño bosquecillo. Le iba a disparar en el bosque. Su cuerpo desaparecería bajo la nevada. Cuando llegase la primavera, lo mordisquearían los zorros. Lo encontrarían unos Boy Scouts que le pincharían con palos.

—Para. Aquí vale.

—¡No me dispare por la espalda! —Se volvió con esfuerzo. El otro estaba a unos tres metros, inalcanzable con toda aquella nieve—. Déjeme aquí. No puedo llegar rápidamente a ningún lado. Tendrá tiempo de largarse.

El tipo levantó la escopeta hasta apoyar la culata contra su hombro.

—¡Al menos tenga... la maldita educación... Espere! ¡Dígame por qué! ¡Dígame por qué! ¡No puede dispararme y ya está! En el aseo, me dijo que saltase a la pata

coja, ¡y no lo hice! Eso significa algo, ¿no es así?

—No.

—¡No me dispare a la cara!

El otro resopló.

—Vale. Date la vuelta.

—¡De acuerdo! ¡Vale! Solo deje que... —Levantó un pie de la nieve y volvió a bajarlo. Estaba moqueando—. ¡Hijo de puta!

—Te voy a disparar dentro de cinco segundos —dijo el hombre alto—. Colócate como quieras en ese espacio de tiempo.

Wil se dejó caer al suelo, porque ya no tenía la más mínima importancia.

—Lo siento, Cecilia. Lamento que hayas muerto. Nunca te dije que te quería y debería haberlo hecho. Es solo la palabra. Las palabras desnudas que no podía decir, y debería haber dicho. —Iba a desmayarse. El tipo le dispararía a su cuerpo inconsciente sobre un lecho de nieve. Probablemente sería mejor así.

Transcurrieron los segundos. Alzó la cabeza. El tipo seguía allí.

—¿Qué has dicho?

—Ehh... yo... nunca le dije a Cecilia que la amaba. Tendría que haber pronunciado esas palabras.

—Has dicho «palabras desnudas».

El silencio se alargó hasta que Wil no pudo contenerse:

—¿Va a dispararme?

—Me lo estoy pensando.

Notó que se le estremecían las entrañas.

El otro bajó el arma.

—Te hizo olvidar —dijo—. Realmente no sabes quién eres.

Wil se sentó en la nieve, mientras sus dientes castañeteaban.

—Nuevo plan —dijo el hombre—. Vuelve a la furgoneta.

El mundo era una sucesión de carriles de salida, gasolineras iluminadas con luz amarillenta y árboles vestidos de nieve. Los limpiaparabrisas producían un ruido constante. Wil sentía que el ojo le palpitaba. La ventanilla del conductor estaba medio arrancada y dejaba entrar una ventolera.

El tipo le echó un vistazo:

—¿Te encuentras bien? Estás pálido. —Gesticuló para indicarle—: La cara.

En teoría, la nieve acumulada a los lados de la autopista tendría casi un metro de grosor. Existía la posibilidad de que sobreviviera al salto. Y después: revolverse en la nieve; oír el freno de la furgoneta; la puerta al abrirse. La perspectiva no era muy buena.

El tipo movió uno de los controles del salpicadero.

—La calefacción no funciona. Necesito llevar la ventanilla abierta para que el parabrisas no se empañe.

En la práctica, era casi imposible que pudiera abrir la puerta con los pies. En la práctica, no iba a ir a ninguna parte hasta que aquel tipo decidiera parar.

—La verdad es que pareces hipoglucémico.

Podría liarse a patadas. Podía tratar de provocar un accidente. El problema era que el otro tipo llevaba puesto el cinturón de seguridad y Wil no. Por lo tanto, en un accidente lo más probable era que Wil resultase peor parado. Aquel era un plan que solo serviría como último recurso.

—Para ya con eso —le espetó el hombre—. No vas a ir a ninguna parte, así que deja de pensar en ello.

Wil miró hacia el exterior por la ventanilla.

—Pararé en la próxima gasolinera —dijo el otro—. Para comprarte golosinas.

Giraron hacia el resplandor de una gasolinera y pararon en el surtidor más alejado de la tienda.

—Bien —dijo el hombre—. Antes de bajar, vamos a establecer unas cuantas normas. —Chasqueó los dedos, porque Wil tenía la mirada fija en la tienda—. Nada de salir corriendo. Nada de gritar pidiendo ayuda. Nada de vocalizar mensajes secretos al cajero, ni mirar directamente a las cámaras de seguridad, ni decir que tienes que ir al aseo y encerrarte luego dentro, etcétera, etcétera. Si haces cualquiera de esas cosas, me obligarás a usar esto —le dio unos golpecitos a la escopeta, cuyo cañón asomaba junto a sus pies—. ¿Entendido?

—Sí.

—No a ti. A ti te necesito. He contado tres personas ahí dentro. ¿Quieres que dispare a tres personas?

—No.

—Yo tampoco. Así que no me hagas disparar a tres personas. —Hizo girar un dedo—. Date la vuelta.

—¿Qué?

—Para que pueda soltarte las manos.

Notó que sus ataduras se soltaban. Movié los brazos hacia delante pese a la protesta de sus músculos y se frotó las muñecas. Se sintió mucho más optimista ahora que tenía las manos libres.

—¿Alguna pregunta? —dijo el hombre.

—¿Quién es usted?

—Tom.

—¿Qué?

—Me llamo Tom —dijo el otro—. Me has preguntado quién soy. Soy Tom.

Wil no dijo nada.

—Vamos a por esas golosinas —dijo Tom, y abrió la puerta.

Había otros tres coches en los surtidores de la gasolinera: dos turismos y una camioneta desvencijada con matrícula de Tejas y una bandera confederada extendida sobre el cristal trasero. En el parabarroques había una pegatina en la que se podía leer: ¿No encuentras trabajo? AGRADÉCESELO A UN INMIGRANTE ILEGAL. Wil había creído que Tom querría llenar el depósito, pero este se dirigió a la tienda. Las puertas de cristal se abrieron y pasaron al interior. Se oía música. El aire olía a dulce. Tom pisó con fuerza para sacudirse los zapatos.

—Uah —dijo, sin dirigirse a nadie en particular—. ¡Esta noche es fría!

Wil vio revistas y chocolatinas. Un cartel ofrecía un perrito caliente y un granizado por solo dos dólares. ¿Cómo podía estar secuestrado junto a una oferta como esa? No le cuadraba. No debería temer por su vida mientras estaba en un supermercado mirando perritos calientes. Pero miró a Tom, y Tom todavía estaba allí, con una escopeta no demasiado bien disimulada debajo de la chaqueta, y Wil sintió náuseas y volvió a mirar los perritos calientes. Aquel tipo había estado a punto de dispararle. Solo habían faltado unos segundos para que le hubiera esparcido los sesos sobre la nieve. Cecilia estaba muerta. «Solo tienes que ponerte a gritar —pensó—. ¿Qué es lo peor que podría ocurrir?». Sabía la respuesta. Pero resultaba tentador mientras contemplaba los perritos calientes.

—Vamos —dijo Tom—. Coge lo que quieras. —Le señaló con un gesto el pasillo de las golosinas.

Wil avanzó hacia una enorme pirámide de Pringles picantes. Cuando miró hacia atrás, Tom se había situado frente a la estantería de las revistas, donde un tipo con un sombrero rojo a cuadros miraba con recelo a unas mujeres dentro de envoltorios de plástico.

—Hola —dijo Tom—. ¿Esa camioneta de ahí es suya?

Wil miró de nuevo los paquetes de Pringles. Cerró su mano en torno a uno de ellos. Era firme y familiar al tacto, y no hizo nada inesperado, cosa que agradeció. Miró otra vez hacia Tom, que parecía no estar prestándole ninguna atención, por lo que siguió adelante, y entonces surgió un estante entre ambos y Wil quedó oculto. Sintió que le dominaba el deseo de sentarse, de cubrirse con los productos expuestos y hacerse un pequeño fuerte con ellos. Siguió andando. Cogió una bolsa de huevos de chocolate. Y entonces vio la coleta de una mujer balanceándose delante de él, por encima de las bolsas verdes y rojas de golosinas.

Cerró los ojos. Tom iba a llevarlo a alguna granja abandonada y matarlo. Estaba claro. Lo encontrarían dentro de ocho años, enterrado debajo de unos rosales, un

esqueleto más entre los tantos que había en el infierno de Washington. Porque Tom era un psicópata. O tal vez no: tal vez Tom formaba parte de alguna clase de grupo de ideología política, algo un poco más profesional y terrorista, pero la cuestión principal era que Tom mataba a personas. Tom le había disparado a una chica con un vestido azul, y había recargado su arma y le había vuelto a disparar, y Cecilia había muerto, y aunque posiblemente eso no era culpa de Tom, no al menos directamente, la idea que había que sacar en conclusión era que cerca de Tom siempre había alguien que moría. Wil tenía que escapar o también él moriría. Se sintió en calma. Era positivo establecer los hechos. Eso le permitía tomar decisiones. Hablaría con aquella mujer. Lo lamentaba, pero iba a involucrarla. Le susurraría un mensaje, y si las cosas se ponían feas, la defendería. Eso era lo mejor que podía ofrecer.

Abrió los ojos. Estaba seguro de que Tom le estaba vigilando de algún modo, y por supuesto, al mirar a su alrededor encontró un espejo en la esquina y Tom se reflejaba en él. Estaba haciendo gestos de asentimiento hacia el tipo del sombrero, que ahora, por alguna razón, le mostraba un teléfono móvil. Wil fingió estar seleccionando unas patatas fritas.

La coleta de la mujer se balanceó hacia el extremo opuesto del pasillo, donde un león de cartón ofrecía Coca-Cola gratis por cada compra superior a los cuatro dólares. Aquel león podía servirle de pantalla si calculaba bien el tiempo. Podía adelantar a la mujer y hablar allí con ella sin ser visto durante un instante perfecto. Empezó a moverse. A medio camino, la coleta de la mujer se detuvo y Wil tuvo que pararse también y mirar un expositor de pilas para hacer tiempo. Echó una mirada al espejo. Tom continuaba hablando con el otro hombre. A Wil no se le ocurría qué podía estar contándole Tom a aquel tipo. La coleta se movió. Wil se movió. Descubrió un segundo espejo de seguridad y pensó que quizás el león no le ocultaría tan completamente como había creído, pero no le llevaría más de un segundo murmurar «me han secuestrado, socorro, tiene un arma, llame a la policía», y ahora estaba convencido de hacerlo. Había tomado la decisión de no acabar enterrado bajo un rosal. Dobló la esquina.

Había una niña allí, de cinco o seis años. Estaba mirando el león de cartón. Wil se quedó quieto. La mujer apareció por la esquina.

—Caitlin. Ven aquí. —La chiquilla corrió hacia su madre.

Wil no se movió. Pasaron a su lado y se dirigieron hacia el siguiente pasillo.

—Mami —dijo la niña—, ¿por qué ese hombre estaba triste?

—Chsss —ordenó la mujer.

Caminó de vuelta hacia la furgoneta. Al parecer iba a permitir que aquel hijo de perra lo llevase a cualquier sitio y lo matase. En ese punto era donde se hallaba ahora mismo. Se sentía furioso, por alguna razón.

—A la furgoneta no —dijo Tom—. Cambiamos de coche. —E hizo un gesto con la cabeza hacia la camioneta.

—Oh —se extrañó Wil.

Tom agitó las llaves.

—Les has salvado la vida. —Abrió la camioneta—. Has tomado la decisión correcta.

El interior apestaba a cigarrillos. En el salpicadero había un muñequito de cabeza oscilante con la cara de alguien que Wil no reconoció. Algún político. Tom tiró de la puerta y el sonido seco que hizo al cerrarse se le antojó a Wil el de una tumba al ser sellada.

El motor rugió y el aire brotó de los conductos.

—¡Ajá! —exclamó Tom—. Tenemos calefacción.

—Le ha comprado la camioneta a ese tipo —dijo Wil.

—Hemos hecho un intercambio. —Tom echó marcha atrás con cuidado. Pareció satisfecho con el sonido del motor y empezaron a dejar atrás los surtidores de gasolina y la furgoneta de mantenimiento del aeropuerto.

—Intercambio —repitió Wil—. ¿Ese tío estaba de acuerdo en cambiar los vehículos?

—Sí. —Tom dedicó un momento a comprobar el tráfico y luego aceleró por el carril de entrada a la autopista. Se metió una mano en el bolsillo de su chaqueta para buscar algo—. También me ha dado su móvil.

Wil se quedó mirando el aparato.

—Ya veo.

—Sí —dijo Tom—. Para hacer más atractivo el cambio.

Entraron de nuevo en la autopista. El cumpleaños de Cecilia era la semana siguiente. Wil había estado retrasando el momento de ir de compras. «Dame el dinero y ya está», había dicho ella, y él había pensado que tal vez lo haría así, porque era muy difícil dar con algo que le gustase. Pero podría habersele ocurrido algo. Aún le quedaba una semana. Podría haber encontrado exactamente lo que ella quería.

Recordó a Rain plantada en mitad de la calle. Las extrañas palabras que había escupido entre sus dientes ensangrentados. El hombre bajo llevándose el arma a su propia barbilla. Él no entendía nada de eso. Quizá Tom fuese un asesino en serie, o un terrorista, o un agente encubierto del gobierno, o cualquier otra cosa, pero fuera lo que fuese, debía querer algo. Wil tenía que ir de compras.

—¿Adónde vamos?

Tom no respondió.

—¿Quién era esa chica?

El motor de la camioneta rugía. Las ruedas chapoteaban sobre la carretera

mojada.

—¿Por qué se disparó su amigo a sí mismo?

—Cállate —dijo Tom—. No pienso hablar contigo.

—Fue usted quien vino a por mí. Debe de quererme para algo.

—No para conversar.

—Entonces, ¿para qué?

Tom permaneció en silencio.

—¿Por qué dijo que era una poetisa? Su amigo dijo: «Me he cargado a una poetisa».

Tom sacó el móvil del bolsillo. Marcó un número y se lo colocó en el oído, sujetándolo con el hombro.

—Soy yo. ¿Dónde estás? —Wil contempló cómo la cabeza de la figura del salpicadero se balanceaba a uno y otro lado—. He escapado. Brecht no lo ha conseguido. —Hubo un silencio—. Por culpa de Woolf. Porque la cabrona de Woolf apareció cinco segundos después de que estableciéramos contacto. —Wil oyó una voz metálica chillando desde el teléfono, una voz de hombre, pero que no le era familiar—. ¡Bien, pues a joderse! ¿De quién coño es la culpa? Solo dime dónde podemos encontrarnos. Quiero salir de la autopista. —Resopló—. Vale. Estaremos allí. —Dejó caer el móvil en el interior de su bolsillo.

—¿Quién es Woolf? —preguntó Wil.

—Una mala persona —dijo Tom—. Una persona muy muy mala.

—¿Como Rain?

—Sí.

—¿Woolf también es una poetisa?

—Eso es —respondió Tom, mientras adelantaba a otro coche.

—Y cuando dice «poetisa» —dijo Wil, aprovechando que Tom parecía dispuesto a responder a sus preguntas—, ¿eso es algo así como el nombre de su organización, o se refiere...?

—Me refiero a que se le dan bien las palabras —contestó Tom—. Ahora cállate.

—Solo estoy intentando comprender.

—Tú no tienes que comprender nada. Solo tienes que sentarte ahí y no hacer ninguna estupidez mientras yo me encargo de ti. Eso es lo que necesitas hacer. Mira, entiendo que ha sido una noche confusa. Y ahora no haces más que preguntarte «¿cómo es posible?», y «¿por qué hizo eso?». Pero no voy a responderte a esas preguntas, Wil, porque no dispones del contexto necesario para comprender las respuestas. Eres como un niño preguntando cómo es posible que lo vea si tiene los ojos cerrados. Límitate a aceptar que está ocurriendo.

—¿Puede darme ese contexto?

—No —dijo Tom—. Cállate.

Wil guardó silencio un momento.

—¿Por qué le disparó a esa chica?

—Tenía que hacerlo.

—Ella estaba tirada en el suelo —repuso Wil—. Ya estaba medio muerta.

—Era peligrosa, aunque estuviera allí tirada, medio muerta.

Wil no dijo nada.

—De acuerdo —dijo entonces Tom—. ¿Te enteraste del incendio de hace un par de meses en un club de Roma? ¿Ese en el que murió un buen puñado de gente? Fue cosa de Raine. Y lo hizo porque pensaba que una de esas personas podías ser tú.

—¿Rain quería matarme?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque hace dieciocho meses sobreviviste a algo a lo que no deberías haber sobrevivido.

—¿En Broken Hill?

—Sí.

—No lo recuerdo.

—No.

—¿Qué fue?

—¿Qué?

—Lo que debería haberme matado.

—Algo malo —dijo Tom—. Algo que no debería haberse difundido.

—¿Se refiere a algo químico? Hubo gente que murió en un vertido químico en Broken Hill hace dieciocho meses.

—Claro. Algo químico.

—Entonces, ¿por qué le importa?

—Porque ha vuelto a pasar.

—¿Y yo puedo pararlo?

—Sí.

—Eso no tiene sentido.

—Eso es porque en realidad no se trata de un vertido químico —dijo Tom.

—¿Es una palabra?

Tom lo miró.

—Antes, en la nieve, le llamó la atención algo que dije sobre las palabras. Y dijo que Woolf y Rain son poetisas porque se les dan bien las palabras.

Tom estuvo un momento en silencio.

—Vale. Es una palabra.

—Que debería haberme matado.

—Sí.

—No comprendo cómo puede tratarse de una palabra.

—Eso es porque no sabes lo que son las palabras.

—Son sonidos.

—No, no lo son. Tú y yo no nos estamos gruñendo el uno al otro. Transmitimos significados. En este mismo instante están teniendo lugar cambios neuroquímicos en tu cerebro, por efecto de mis palabras.

Wil le escuchó en silencio.

—Como ya he dicho —repitió Tom—, no conoces la base.

Se sentía perdido, no entendía nada.

—Nadie vive ya en Broken Hill. Desde el vertido.

—No.

—¿Por qué Cecilia intentó matarme?

—Es complicado.

—¿Era una poetisa?

—No.

—Entonces... ¿por qué?

—Raine le hizo hacerlo.

—¿Rain le hizo hacerlo?

—No... Kathleen Raine, con una «e» al final. Escribía poemas sobre la naturaleza. Vivió en Inglaterra entre 1908 y 2003.

—¿Y... ha regresado?

Tom le dirigió una mirada.

—¿Lo preguntas en serio?

—¿Qué?

—Utilizan los nombres. Los de poetas famosos.

—Oh —dijo Wil.

—No son zombis.

—Vale. Creía...

Continuaron en silencio durante un rato.

—¿Woolf es...?

—Virginia Woolf —contestó Tom.

—¿Virginia Woolf está intentando matarme?

—Entre otros. Pero Woolf es por la que nos tenemos que preocupar.

—¿Por qué se disparó su amigo? ¿Por las palabras?

—Hemos terminado con la conversación —dijo Tom, con tono de sentencia.

Wil cerró la boca. La carretera se iba desprendiendo de la oscuridad y ellos avanzaban por ella.

EL CLUB ITALIANO «INFERNO» IGNORÓ LAS NORMAS DE PREVENCIÓN DE INCENDIOS

ROMA: El exceso de asistentes contribuyó a la muerte de 24 personas en un popular club italiano, según apuntan los primeros informes.

El fuego, que se cree provocado por algún cable defectuoso, arrasó el Club Paradiso alrededor de las diez de la noche del sábado, cuando el local estaba lleno de gente.

De acuerdo con los informes de la prensa italiana se produjeron aglomeraciones en las salidas de una de las plantas del club, de tal modo que el público no pudo escapar y se ahogó a causa del humo. Se cree que las dos docenas de personas que había en esa zona han fallecido.

Mariastella Gallioni, 18, logró escapar de una sala adyacente y afirmó haber visto una puerta bloqueada con cuerpos. «Había dos hombres [intentando salir] pero no se movían. Estaban bloqueando la salida. Nadie podía pasar por allí».

El Paradiso había sido renovado por completo recientemente y había obtenido un certificado de prevención de incendios. La corrupción entre los inspectores del gobierno italiano es un hecho notablemente conocido.

La policía ha prometido llevar a cabo una concienzuda investigación.

[C U A T R O]

Emily esperaba que en cualquier momento alguien la sacase de un tirón de la cola para preguntarle qué creía que estaba haciendo intentando subir a bordo con los pasajeros de primera clase. Pero cuando llegó hasta la puerta de embarque y mostró su tarjeta, la agente del servicio de tierra le sonrió:

—Que tenga usted un buen vuelo, señorita Ruff.

—Gracias. —Se ajustó la correa de la mochila, con gesto abochornado.

Los demás pasajeros de primera clase vestían trajes elegantes y blusas caras, mientras que Emily llevaba puestos unos vaqueros en los que un tipo había orinado el día anterior. No había caído en la cuenta de que todo el mundo iría tan bien arreglado y tan limpio.

—¡Señorita Ruff! —dijo el azafato, ya en el avión, como si hubiera estado esperándola—. Según nuestra base de datos esta es la primera vez que nos hace usted el honor de volar con nuestra compañía. No puede ser verdad. —Le hizo señas para que le siguiera y la guio entre hileras de tronos de cuero—. Cuidaré de usted con especial dedicación. —Se inclinó hacia ella y le susurró, lo suficientemente alto para que llegase a los oídos de todos—: Nos hace falta tener más pasajeras jóvenes y hermosas.

Emily pensó que se estaba burlando de ella. Pero no lo hacía. Pertener a la primera clase resultaba algo extraño.

—Póngase cómoda —dijo el azafato— mientras le busco la mejor galleta de chocolate que ha probado jamás.

—Vale —dijo. Fue a colocar su bolsa en el compartimento correspondiente y el azafato puso una expresión de horror y se la cogió.

Emily se deslizó en su asiento. Había dormido en lugares más pequeños que aquel asiento. A su derecha había una mujer con unas gafas de sol enormes, un vaso alto en una mano y una revista en la otra. Le dirigió una sonrisa a Emily y ella le respondió de igual modo, tras lo cual, la mujer volvió a concentrarse en su revista.

Aquello estaba bien, pensó. Estaba muy bien.

Oyó un tintineo y extendió los brazos en busca de su mochila.

—Lo lamento mucho —susurró el azafato, mientras colocaba un vaso de agua en el apoyabrazos. El tintineo lo habían causado los cubitos de hielo—. No era mi intención despertarla.

Emily miró el vaso. Cuando había oído el ruido, la primera idea que había acudido a su mente era la de alguien orinando.

Desembarcó. Así era como lo llamaban: «desembarcar». Nunca antes había escuchado esa palabra. Se desabrochó el cinturón y le invadió una sensación de tristeza. Quería quedarse en aquel pequeño reino de primera clase.

Le había dejado una nota a un amigo para que se la pasase a Benny. ¿La habría leído ya? ¿Estaría enfadado? ¿La estaría echando de menos? Eso no le importaba tanto como había imaginado. Se había dado cuenta de ello mientras contemplaba el oculto mundo bañado de luz solar que había sobre las nubes: estaba dejando atrás a Benny. Y eso era algo bueno. Se sentía como lo había hecho dos años antes, cuando se había marchado de una casa que se venía abajo, con la mochila de Pikachu a cuestas y las amenazas y profecías de su madre rebotándole en la espalda, y cuanto más caminaba, mejor se sentía. Benny no había supuesto una mejoría. En realidad no. Se empezaba a dar cuenta de ello, ahora que había gente que cargaba con su mochila y le acercaba algo de beber mientras ella dormía. Comenzaba a ver que, sin Benny, podría llegar a ser mucho más de lo que era.

El azafato le tocó en el brazo cuando salía del avión.

—Muchas gracias.

—Muchas gracias a usted —respondió Emily.

En Llegadas había un chófer, con su uniforme y su gorra, que sostenía un cartel en el que se leía EMILY RUFF.

—Yo soy Emily —dijo ella.

El hombre extendió el brazo hacia su mochila. Emily dudó un instante, pero le dejó cogerla; necesitaba acostumbrarse a esas cosas.

—Me alegro mucho de conocerla, señorita. Tengo un coche enfrente de la terminal. ¿Ha disfrutado del vuelo?

—Sí.

Emily se acopló al ritmo de los pasos del hombre. Se sentía un poco tonta por llevar una mochila de Pikachu. Resultaba ridícula en el carro que iba empujando el chófer. Pero a él no parecía importarle. La gente se volvía a mirarla, una chica desharrapada con un chófer uniformado, y ella trataba de no sonreír para no echarlo a perder.

El hombre le aguantó la puerta. Fuera había luz y hacía frío. Una limusina gigante de color negro brillante esperaba junto a la acera. El chófer abrió la puerta trasera y Emily entró como si fuera lo más normal del mundo.

¿Quería algo de beber? ¿O ver la tele? Porque podía hacerlo. Había espacio suficiente para que se tumbase. Podría incluso vivir allí dentro.

El chófer ocupó su asiento y los cierres de las puertas emitieron un sonido seco.

—No hay previsión de lluvia. Ha venido en un buen día.

—Me pareció que era un buen día, sí —dijo ella—. Lo presentía.

Condujeron durante cuarenta minutos y se detuvieron frente a unas enormes verjas de acero. A través de los cristales oscuros de la limusina, Emily distinguió una extensión de hierba y unos árboles gigantescos. El conductor habló con alguien que ocupaba una garita de vigilancia y las puertas se abrieron. Conforme avanzaban colina arriba, fue surgiendo ante ellos un edificio.

—Es un antiguo convento —dijo el chófer—. Durante más de cien años aquí solo han vivido monjas. —El coche se deslizó frente al edificio por un sendero de gravilla que crujía bajo los neumáticos. Un hombre bajó una escalinata para dirigirse hacia ellos. Un conserje. Eso es lo que era—. Precioso, ¿verdad?

—Sí.

—Desde este momento ellos se harán cargo de usted. —El chófer se volvió en su asiento para mirarla. Eso le gustó, ese modo en el que la gente se volvía hacia ella para hablarle—. Le deseo la mejor de las suertes con los exámenes, señorita.

El conserje la guio hasta una estancia de techos altos y paredes cubiertas de paneles de madera y miles de libros. Una sala de lectura, supuso Emily. Porque había oído que existían, y no se le ocurría qué otra utilidad podía tener aquella habitación. Tal vez ninguna. Quizás, una vez que alcanzaba un cierto tamaño, un edificio tenía más habitaciones de las que necesitaba. Colocó la mochila entre sus tobillos y trató de relajarse. De vez en cuando oía el ruido de una puerta al cerrarse, ¡pom!, y rumores de conversaciones, y risas que llegaban flotando desde algún pasillo en alguna parte de la casa. Empezaba a tener ganas de orinar.

Unos tacones resonaron en el corredor. La puerta emitió un ligero clac al abrirse. Durante un segundo, Emily pensó que se trataba de una monja, pero no era más que una mujer vestida con un traje azul oscuro. Era en su cerebro donde estaban las monjas. La mujer era delgada, tendría unos treinta y cinco años, el pelo oscuro y unas gafas de montura elegante. Avanzó hacia Emily con la mano extendida y los dedos hacia abajo. Un saludo de señoritas. Emily se levantó para estrechársela.

—Hola, Emily. Muchísimas gracias por unirme a nosotros. Yo soy Charlotte.

—Hola —contestó Emily.

Charlotte se acomodó en una silla y Emily regresó a la suya. Le pareció que estaban muy lejos una de la otra. Entre ambas se extendía una alfombra, como el mapa de un mundo aún no descubierto.

—Enseguida te mostraré tu habitación —dijo Charlotte—. Pero, primero, estoy segura de que tendrás algunas preguntas que hacerme.

Sí tenía. Por ejemplo, «¿de qué diablos iba el tal Lee?», y, «¿por qué yo?», y, «¿aquellos exámenes, qué eran exactamente?». Pero no las formuló. Porque la cuestión era que si esas preguntas tenían malas respuestas iba a resultarle realmente

decepcionante.

—Esta semana sois seis —dijo Charlotte, decidiendo responder las preguntas que Emily no había formulado—. Seis solicitantes, me refiero. Cada uno de vosotros tiene su propia habitación, por supuesto. La tuya da al East Wood, creo que te gustará. Hay un comedor central, donde os servirán las comidas, y encontrarás también una zona de recreo al final del vestíbulo, y una sala de estar al lado. Entre un examen y otro, puedes explorar la finca a tu gusto. Es un recinto maravilloso. En su tiempo fue un convento.

—Eso he oído.

—Si sales del Sector de los Nuevos, puede que tropieces con alguno de nuestros actuales estudiantes yendo a sus clases. Han recibido instrucciones de no hablar contigo, así que, por favor, no lo interpretes como una falta de educación —explicó con una sonrisa.

—De acuerdo —dijo Emily.

—Debo pedirte que cumplas dos normas durante el período de exámenes. No debes abandonar el recinto, ni usar ningún teléfono. Estas normas son muy importantes. ¿Las consideras aceptables?

—Sí.

—¡Bien! —Charlotte se dio una palmada en el regazo, como si quisiera que un gato se le subiera para recostarse allí—. Muy bien, pues. Durante lo que queda del día, puedes simplemente ir poniéndote cómoda. Conoce a tus compañeros y disfruta de las instalaciones. Las pruebas comenzarán por la mañana.

—Tengo una pregunta que hacer —dijo Emily—. ¿Dónde está la trampa?

Charlotte arqueó las cejas. Tenía unas buenas cejas. Como látigos.

—¿Perdón?

—Bueno... —Emily hizo un gesto para abarcar la estancia en la que se hallaban—. Esto es increíblemente bueno. Quiero decir, se lo agradezco, pero si me van a pedir que me afeite la cabeza o que me quite la ropa o algo así, me gustaría saberlo.

Charlotte reprimió una sonrisa al contestar:

—No somos una secta, te lo prometo. Somos una escuela. Traemos aquí a los mejores y a los más brillantes para ayudarles a alcanzar todo su potencial.

—Ya —dijo Emily.

—No pareces convencida.

—Esto no se parece a una escuela.

—En realidad, se parece mucho a una escuela. Puede que pienses lo contrario porque tu experiencia se ha limitado a las granjas de niños que monta el gobierno. —Se inclinó hacia delante y susurró con aire conspiratorio—: Para mí, esas sí que no parecen escuelas.

Emily no estaba segura de cómo responder a eso, y Charlotte se puso en pie:

—¡Bien! Deja que te enseñe tu habitación.

Emily cogió su mochila y dijo:

—Todavía creo que hay alguna trampa.

Charlotte frunció los labios.

—Si tiene que haber una, digamos que es que solo admitimos a los que aprueban los exámenes. Y son difíciles.

—Yo aprobaré.

—Bien —sonrió Charlotte—, pues en ese caso no hay trampa.

Emily la siguió por pasillos cuyas paredes estaban cubiertas por paneles de madera y salas de techos altísimos. Nunca había visto tantos arcos. Charlotte tamborileó con la uña en una puerta:

—Mi despacho. —Había una placa de metal grabada con el nombre de C. BRONTË—. Ven a verme con cualquier pregunta o cualquier preocupación que tengas, de día o de noche.

Había más pasillos. Emily pudo ver, a través de unos ventanales altos y laminados, a varios chicos con uniformes azul oscuro, gorra y chaqueta. Después de todo, puede que sí pareciese una escuela.

Charlotte se detuvo frente a una pesada puerta de madera.

—Esta es tu habitación.

Había una cama pequeña, una ventana grande terminada en un arco, un viejo escritorio con una silla de respaldo alto. Las paredes eran de piedra y tenían trozos desgastados por efecto de las palmas de las manos de decenas de monjas.

—Alguno de los otros está por aquí —dijo Charlotte—. Pero dejaré que te tomes tu tiempo para conocerlos. —Sonrió con una mano sobre el pomo de la puerta—. Llamarán para la cena a las seis.

La puerta se cerró y Emily dejó caer su mochila. Fue a la ventana y estudió su mecanismo hasta que averiguó cómo se abría dividiéndola en dos paneles. Se asomó afuera y la brisa le tiró del pelo. La palabra «bosque» era apropiada. Los árboles parecían columnas. Una podría perderse allí dentro. O encontrar una casa de chocolate y una bruja.

Necesitaba ir al aseo. Y tendría que encontrar a alguno de los otros chicos y comprobar la competencia que iba a tener. Pero se quedó allí un rato contemplando los árboles, porque incluso si todo aquel asunto resultaba ser alguna clase de timo, aquel momento en particular era muy agradable.

Orinó, se lavó las manos y estudió su reflejo en el espejo. Su pelo parecía de paja. Llevaba puesta una ropa cuya apariencia empeoraba a medida que aumentaba el

atractivo del lugar en el que se hallaba, y tampoco es que pudiera decir que olía precisamente bien. Pero, aparte de eso, no parecía completamente fuera de lugar. Podría llegar a creer que era una persona que orinaba con regularidad en aseos con el techo a cuatro metros de altura. Y que luego salía a pasear a caballo.

—Relájate —le dijo al espejo, porque la mirada que vio en sus ojos era de tensión.

Siguió el sonido de la televisión hasta una estancia pequeña con sofás y cojines y un chico recostado sobre ellos. Se sentó erguido al verla entrar. Tenía el pelo muy rizado, vestía ropa nueva y tenía el cuello de la camisa vuelto hacia arriba. Si ambos tenían algo en común, Emily no podía verlo.

Los ojos del chico la inspeccionaron de arriba abajo. Probablemente él estaba pensando lo mismo que ella.

—¿Qué hay? —dijo el chico.

—Hola, ¿quién eres tú?

—Un tío. En un sofá. —Sonrió y Emily le odió inmediatamente—. ¿Estás aquí para los exámenes?

—Sí.

—¿Acabas de llegar?

—Sí.

—¿Desde dónde?

—San Francisco.

—Vale —dijo él—. Y, eh, ¿de dónde en San Francisco? —Volvió a sonreír. ¿A qué venía lo del cuello vuelto hacia arriba?

—La calle. —El chico la miró sin comprender—. La calle, ya sabes, la calle.

Él negó con la cabeza.

—No sé.

—Sí, ya lo veo.

—Lo siento. No pretendo ofenderte. Quiero decir, ¿qué es lo que... eh... haces? —Giró el dedo para indicar la habitación—. No te traen aquí sin ninguna razón.

—Soy maga. Hago espectáculos.

—¿En serio? No me parece el tipo de persona que se dedica a eso.

—Y tú a mí no me parece alguien que sepa una mierda de nada —repuso Emily, porque empezaba a sentirse un tanto intimidada por la palabrería del otro—. ¿Por qué estás tú aquí?

El chico esbozó una amplia sonrisa. Sus dientes brillaban de tal forma que llamaban la atención.

—El campeonato de debates de las escuelas de Nueva Inglaterra. Las finales. —Esperó en vano una respuesta y luego añadió—: Soy bueno.

—¿Ah, sí? —dijo ella.

Se duchó y volvió a vestirse. De donde ella venía, no pasaba nada por vestir la misma ropa durante varios días seguidos; eso significaba que estabas ocupado aprovechando las oportunidades que te brindaba la vida. Pero se daba cuenta de que allí iba a tener que afrontar de otro modo el asunto. Al menos se puso la chaqueta, que era afelpada y tenía unos pequeños pines de los que se solía reír si alguien los mencionaba, pero que en secreto le parecían geniales. Se cepilló el pelo hasta que la mayoría de los nudos desaparecieron y lo sujetó con pinzas para retirarlo de su rostro. Recordó de pronto que le quedaba algún resto de maquillaje en su bolsa y se las apañó para darle a sus ojos un cierto aspecto brumoso. El desodorante lo había perdido en alguna parte. Pero se había enjabonado en la ducha. Lo cierto era que olía mejor de lo que lo había hecho en una buena temporada.

Se oyó una campana. Una campana de verdad, un instrumento musical. Abrió la puerta y descubrió varias caras asomándose al pasillo. Todas esas caras eran jóvenes, y la mayoría femeninas.

—¡Hora del puchero! —dijo una chica de color en el lado opuesto del pasillo, y hubo un coro de risas.

La mesa del comedor estaba dispuesta para siete comensales, con un mantel del tamaño de una sábana que, sin embargo, dejaba todavía varios kilómetros de resplandeciente madera en ambos extremos. El chico del pelo rizado entró bromeando con una chica a la que Emily no conocía y fue a sentarse frente a ella. Pensó que el chico la miraría, pero no lo hizo, así que se concentró en tratar de entender la función de las diversas piezas de la cubertería. Una niña de no más de diez años se sentó a su lado. Emily le dijo hola y la niña le respondió tímidamente. En el otro lado se sentó una chica guapa de pelo rubio como los ángeles. El chico del pelo rizado miró a la chica rubia y luego apartó la mirada y Emily pensó: «Vale, lo que tú quieras».

Charlotte, que a Emily aún se le antojaba una especie de monja, rodeó la mesa intercambiando unas pocas frases con cada uno de ellos. Les sirvieron el pan. Después una sopa. La niña de diez años se quedó mirando fijamente sus cucharas y Emily intentó ayudarla con suposiciones basadas en lo que los demás utilizaban.

—Me encanta tu chaqueta —dijo la chica rubia y angelical—. Es muy auténtica.

—Oh —respondió ella—. A mí me gustan tus orejas.

—¿Mis orejas?

Emily lo había dicho con intención de insultar, pero ahora se daba cuenta de que la otra hablaba en serio. Realmente había pretendido hacerle un cumplido sobre su chaqueta.

—Sí, son como las de un hada. —Le dio con el codo a la niña pequeña y añadió—: Orejas de hada, ¿a que sí?

—Sí.

—Vaya —dijo la chica—. Bueno, gracias.

Había bandejas de plata con pequeños trozos de carne y pan y pasta y alguna otra cosa. Cogió una solo para poner fin a aquella conversación. Resultó no estar malo. Raro, pero no malo. Así podría describirse también todo lo que le había ocurrido a lo largo de aquel día.

Charlotte se levantó y dio un breve discurso sobre lo feliz que se sentía por tenerlos allí y les dijo que esperaba que supieran aprovechar la oportunidad porque cada uno de ellos tenía un gran potencial y la Academia estaba empeñada en sacarlo a la superficie. Luego les dijo que debían dormir bien porque las primeras pruebas darían comienzo temprano, y el chico de pelo rizado preguntó en qué iban a consistir, a lo que Charlotte sonrió y dijo que obtendrían la respuesta por la mañana. Esas fueron sus palabras: «Obtendréis la respuesta por la mañana». En el mundo de Emily, si hablabas de esa forma, te patearían la cabeza, pero ella empezaba a disfrutar de ello. En los muelles, con su sombrero flexible puesto, utilizaba palabras para conseguir que la gente sonriera y se le acercase y le diera dos dólares sin preocuparse demasiado por haberlos perdido. Las palabras adecuadas eran lo que marcaba la diferencia entre una buena comida y una mala y escasa. Y había descubierto que lo que mejor funcionaba para eso no eran acciones o discusiones, sino palabras que por alguna razón producían un efecto en el cerebro de la gente y le divertían. Juegos de palabras, y exageraciones y cosas que eran a un tiempo ciertas y no tan ciertas. «Obtendréis la respuesta por la mañana». Palabras de ese estilo.

Más tarde, regresaron en fila a sus cuartos y Emily se cepilló los dientes al lado de una chica de Conneticut. Todos llevaban pijama, menos ella.

De camino a la cama, le llegó una voz flotando por el pasillo:

—Buenas noches, chica del umbral.

—Buenas noches, chico del sofá.

Cerró la puerta sin poder dar crédito a lo que acababa de decir. Aquel chico suponía problemas. Pero de los buenos.

Por la mañana, se sentaron en una sala y les entregaron unos cuestionarios. Emily reconoció las primeras preguntas: ¿le gustaban los gatos o los perros? ¿Cuál era su color favorito? ¿Amaba a su familia? Incluso la pregunta rara estaba allí: ¿Por qué lo hiciste? Estaba en lo alto de una página, y el resto lo ocupaba una infinidad de líneas en blanco.

—Por favor, responded con absoluta sinceridad —dijo Charlotte, avanzando entre sus pupitres. Sus tacones producían un eco que rebotaba entre el suelo y el techo—. Cualquier cosa que sea menos que eso no os dará buen resultado.

Le preguntaban por sus películas preferidas. Y las canciones. Y los libros. No

había leído un libro desde que tenía ocho años. Echó un vistazo a su alrededor. La niña de diez años estaba tres mesas detrás de ella. Sus pies ni siquiera alcanzaban el suelo. Emily hizo girar el bolígrafo y escribió: *La princesa Lily salva el mundo*. Era el único que podía recordar.

Charlotte recogió las hojas y desapareció durante un rato. Los demás se inclinaron sobre sus mesas y compararon respuestas. Emily se fijó en un hombre que había en el pasillo, alto y de piel morena, con ojos duros como rocas, que les observaba a través de la cristalera. Por algún motivo, se puso nerviosa y apartó la mirada, y cuando volvió a mirar el hombre ya no estaba allí.

Charlotte regresó con una televisión montada en un carrito.

—Vais a ver una serie de imágenes que pasan a gran velocidad. Una de ellas será de algún tipo de comida. Tenéis que apuntar el nombre de esa comida. ¿Alguna pregunta? —Miró a su alrededor—. Muy bien. Buena suerte.

Emily cogió su bolígrafo. Charlotte pulsó un botón en el aparato de vídeo y en la pantalla apareció un texto, SERIE 1-1, y a continuación desapareció. Durante un momento la imagen permaneció en negro. Luego se sucedió un revoltijo de imágenes que terminó enseguida. Emily parpadeó. En la pantalla ahora ponía: FIN DE LA SERIE 1-1. Las cabezas se inclinaron sobre las mesas. Emily miró su hoja de papel. Las imágenes habían pasado mucho más rápido de lo que había esperado. ¿Qué era lo que había visto? Una cara sonriente. Una familia en torno a una mesa. Gente besándose. Hierba. Una vaca. ¿Un vaso de leche? No estaba segura. Y eso era extraño, porque era muy observadora. Sus ojos eran rápidos. Así que ¿por qué no estaba segura de lo de la leche? Paseó la mirada a su alrededor. Todos los demás estaban escribiendo. Se mordisqueó el labio y escribió: LECHE.

—Dejad los bolígrafos, por favor.

Emily volvió a mirar a su alrededor. El chico del pelo rizado estaba a su derecha y había escrito SUSHI. Le invadió una sensación de frío. ¿Había visto sushi? Tal vez. Miró a su izquierda. La chica de aspecto angelical había escrito lo mismo: SUSHI.

Charlotte recorrió los pupitres.

—Sí —dijo al pasar por el del chico que estaba en primera fila—. Sí. Sí. —Se detuvo al lado de Emily—: No. —Emily resopló—. Sí. Sí. No.

Emily se volvió para ver quién más la había cagado. Era la niña de diez años, que parecía desolada. Antes de que escondiera su hoja, Emily tuvo tiempo de ver lo que había escrito: LECHE.

—Segunda serie —dijo Charlotte.

Obviamente, lo que había hecho mal era dejarse confundir por las demás imágenes. Un desayuno, una vaca, y había habido un vaso, pero vacío. Su cerebro lo había llenado. Era demasiado imaginativa. Y la razón por la que no había visto el sushi era porque no tenía ni jodida idea del aspecto que tenía el sushi. Ahora más o

menos lo recordaba. Pero no era exactamente una comida que le resultase familiar. Los demás probablemente comían sushi dos veces por semana, con caviar y codornices y lo que hubiera habido en aquellas galletitas del día anterior. Paté. Eso. La siguiente la haría bien.

Aparecieron nuevas imágenes y la pantalla volvió a negro. El pánico se apoderó de ella. Había visto un plátano. Sin duda, un plátano. Pero también un sol, que tenía cierto parecido con un plátano, y al principio había creído distinguir algo que podría haber sido un pescado. Sin ninguna duda, había visto palmeras y un océano. No estaba segura del pescado. Ni del plátano. El plátano podría ser un recuerdo visual del sol. ¿Qué pintaban las palmeras? ¿Era una imagen aleatoria, o pretendía hacerle pensar en pescado? Apretó el bolígrafo y escribió: PESCADO.

—Respuestas, por favor.

Emily miró a ambos lados. El chico de pelo rizado había escrito: PLÁTANO. La chica angelical: PLÁTANO. La niña pequeña: PESCADO.

—Sí. Sí. Sí. —Charlotte llegó hasta ella—. No.

Se había pasado de lista. Debería haber confiado en su instinto. No quería mirar al chico de pelo rizado, pero no pudo evitarlo. Tenía los ojos cerrados, como si estuviera concentrándose, aclarando su mente. «Capullo», pensó. Pero tal vez ella debiera hacer lo mismo.

—Tercera serie.

La pantalla vomitó imágenes. En esta ocasión hablaban, lo cual cogió a Emily por sorpresa. Un hombre dijo «Rojo», y una señora mayor reía a carcajadas, ¿y eso era una fresa? No, una mancha de sangre. Las imágenes cesaron. Definitivamente había visto un cono de helado. Lo anotó antes de que tuviera tiempo de pensárselo dos veces. Cubrió su hoja de papel con las manos y clavó la mirada en la chica que tenía delante.

El chico de pelo rizado dejó el bolígrafo sobre la mesa. Emily no podía ver su hoja, así que vocalizó: «¿Helado?». El chico arqueó las cejas y Emily no supo qué quería decir con eso. Sintió el deseo urgente de coger su bolígrafo y escribir otra cosa. Pero no había visto nada aparte de un helado.

—Respuestas, por favor.

El chico apartó las manos: FRESA.

—Mierda —dijo Emily. No se molestó en mirar a los demás. Charlotte llegó hasta ella y confirmó que se había equivocado, otra vez. Hubo otros dos noes: además de ella y de la niña pequeña, un chico delgado de la última fila también se había hecho un lío. Emily se alegró, aunque al mismo tiempo estaba furiosa. Si le repartieran diez dólares a cada uno de los presentes en aquella habitación y le dieran dos horas de margen, Emily tendría todo el dinero. Si los soltasen en la calle sin un centavo y sin ningún lugar donde dormir, ella sería la única que seguiría sana y salva

veinticuatro horas más tarde. Sin embargo, aquellas pruebas le estaban haciendo sentirse como una imbécil.

—Cuarta serie.

«Que te jodan», pensó Emily. Miró la pantalla, pero no tenía ánimos de concentrarse. Fue la secuencia más larga hasta el momento. Cuando llegó a su fin, bajó la mirada al papel y pensó: «No tengo ni idea».

La chica que tenía delante soltó un enorme estornudo. Aquello era el tipo de cosa que Benny hacía cuando Emily necesitaba una breve distracción, y sin pensar en lo que hacía, miró a su derecha. Bajo el brazo del chico de pelo rizado pudo leer: ALB. El resto quedaba oculto por el brazo.

—Jesús —dijo la chica angelical.

Alguien soltó una risita.

—Silencio —ordenó Charlotte.

A Emily no se le ocurría ninguna comida que empezase con ALB. Su mente solo le ofrecía ALBÓNDIGA, pero estaba segura de no haber visto eso. Si no se le ocurría otra palabra en cinco segundos, escribiría ALBÓNDIGA. Charlotte abrió la boca y Emily garabateó: ALBARICOQUE.

—Respuestas, por favor.

Emily miró a su derecha. Sí.

Charlotte comenzó a recorrer los pupitres:

—Sí. Sí. Sí. —Para cuando llegaba a Emily, ella se había percatado de un problema. El chico había escrito ALBARICOQUES. A ella le faltaba una «s». Charlotte se detuvo. Emily permaneció en silencio. «Vamos», pensó, «albaricoque, albaricoques, ¿qué diferencia hay?»—. Sí —dijo Charlotte.

Su rostro se iluminó. Eso era lo que tendría que haber hecho desde el principio. Era así como lo había conseguido todo en su vida: esquivando las normas. No debería haberlo olvidado.

—Sí. Sí. No. —Charlotte fue hasta el televisor y lo apagó—. Gracias. Con esto termina la primera prueba. Aprovechad el resto del día. —La gente empezó a hablar mientras se levantaba de sus asientos—. Gertie, quédate aquí, por favor.

Emily miró a la niña pequeña. La expresión de su rostro era de desolación, por lo que Emily se inclinó hacia ella:

—Solo es una prueba estúpida. —Se había equivocado con respecto a su edad. Gertie no tenía ni siquiera los diez años—. No te preocupes.

—Emily Ruff —dijo Charlotte—. Tú puedes salir.

—Eres demasiado joven —dijo Emily—. Yo ya estuve aquí hace un par de años y lo suspendí todo. El año que viene lo clavarás.

Gertie le dirigió una mirada esperanzada.

—Gracias, Emily —dijo Charlotte.

Le hizo un guiño a Gertie al salir, el tipo de gesto que le gustaba a la gente en los muelles.

—Pensaba que eras historia —le dijo el chico de pelo rizado.

Emily estaba pasando frente a la habitación del chico, pero ahora se detuvo. Estaba tirado en su cama. La chica angelical estaba dentro, con la espalda apoyada en la pared de piedra.

—Solo precalentaba —respondió. Se disponía a marcharse cuando la chica se apartó de la pared y dijo:

—Eh, quiero tu opinión. ¿Por qué crees que los profesores de este sitio tienen nombres falsos?

Emily la miró, confundida.

—Charlotte Brontë. Hay un profesor que se llama Robert Lowell y también un Paul Auster. ¿Te has fijado en el panel del vestíbulo? Dice que antes de Brontë, la directora era Margaret Atwood —señaló con las cejas arqueadas.

—¿Y...? —preguntó Emily.

—Son poetas famosos —dijo el chico—. Poetas famosos muertos, la mayoría. —Le dirigió una mirada divertida a la chica angelical—: No lo sabía.

—Como si yo fuese a sentarme ahí a memorizar nombres de poetas —repuso Emily—. Por eso es por lo que voy a destrozaros en los exámenes, porque todo lo que sabéis es inútil.

El chico esbozó una amplia sonrisa y la chica dijo:

—No pasa nada. —Lo dijo en un tono que hizo que Emily quisiera pegarle—. Y la escuela no tiene nombre. Solo la llaman «la Academia». Un poco raro, ¿verdad?

—Tú eres un poco rara —le soltó Emily.

Gertie no volvió.

—Los exámenes son eliminatorios —dijo el chico de pelo rizado, con la boca llena de pan de centeno. Estaban almorzando y él había ocupado la silla de Gertie—. Suspende uno y estás fuera. Puedes ir haciendo tus maletas.

Emily estaba untando un bollo con mantequilla y detuvo el gesto de su mano a medio camino.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Nadie. Me lo he imaginado. Es obvio, ¿no te parece? —dijo el otro, sin dejar de masticar.

Charlotte apareció durante el almuerzo y miró a Emily de un modo que a ella no le

gustó en absoluto. Luego se fue. Emily continuó comiendo, pero la comida formó una bola en su estómago. Más tarde, Charlotte y otro profesor la estaban esperando en el pasillo. Eso le recordó San Francisco, donde dabas un paso en la puerta de la casa donde habías pasado la noche y te dabas de bruces con dos prostitutas delgaduchas, con las caderas marcadas y los labios como culos de gato, temblando de rabia por cualquier agravio. Una deuda o algo que habías hecho.

Charlotte le hizo una seña para que se acercase:

—Emily, por favor.

Sus tacones resonaron por el pasillo.

Al llegar a su despacho, le indicó una silla. La habitación era más grande de lo que Emily había pensado. Tenía puertas que conectaban con otras estancias, en una de las cuales debía de dormir Charlotte, puesto que le había dicho que podía ir a verla en cualquier momento del día. Había una única ventana, que daba a un patio, y una mesa desordenada sobre la que había un jarrón con flores frescas.

—Estoy decepcionada.

—¿Lo está? —preguntó Emily.

—Te ofrecimos una gran oportunidad. Nunca sabrás cómo de grande.

—No sé de qué está hablando.

—La sala de exámenes está vigilada.

—Entiendo —dijo Emily. Hubo un silencio—. O sea, que está diciendo que he hecho algo mal.

—¿Trampas? Sí. Eso estuvo mal.

—Bueno, pues debería haberlo dicho. Debería haber dicho: «En realidad tenemos tres normas, la tercera es no hacer trampas».

—¿Crees que es necesario decir eso?

—Ese tío que me envió aquí desde San Francisco, Lee, sabía que yo engaño a la gente. Eso es lo que hago. Soy una timadora. ¿Me traen aquí pero de repente no puedo hacer trampas? Nunca me advirtieron.

—Dije que las respuestas sinceras eran algo esencial.

—En la prueba anterior. No en la del vídeo.

—No vamos a discutir eso ahora —sentenció Charlotte—. Está de camino un conductor para recogerte. Por favor, coge tus cosas.

—Bien —exclamó Emily—, que les jodan.

—Puede que te hayan prometido una compensación por tu tiempo aquí. Desgraciadamente no va a ser así como consecuencia de tus trampas.

—Zorra.

La expresión del rostro de Charlotte no varió un ápice. Emily había esperado algún tipo de reacción por parte de alguien con aspecto tan monacal. Había dado por supuesto que Charlotte estaba furiosa, del modo en que lo hace la gente cuando

rompes una de sus normas impuestas, pero lo cierto era que a Charlotte no parecía importarle.

—Puedes irte.

—Olvídese del conductor. No quiero nada de ustedes. —Se puso en pie.

—El aeropuerto está a treinta kilómetros. El conductor...

—Que le jodan al conductor —dijo.

Fue a su habitación y metió la ropa en su mochila de Pikachu. Hasta ese momento lo único que había sentido era rabia, pero de pronto estaba destrozada y temblaba, y lloraba. Se colocó la bolsa al hombro y salió al pasillo.

—¡Eh! —la llamó el chico de pelo rizado—. ¿Qué ha pasado? ¿Adónde vas?

No le contestó y él no la siguió.

No se veía al conductor por ninguna parte, así que empezó a arrastrar sus pies por el sendero. Había alrededor de mil ventanas que daban a su espalda, e imaginó unos ojos en cada una de ellas. Pero era una tontería, pues lo cierto era que a nadie le importaría si ella se iba. Se habría marchado dentro de cinco minutos y todos se olvidarían de su existencia, porque aquel lugar tenía más sentido sin ella.

A mitad de sendero oyó el crujido de las ruedas de un coche sobre la gravilla.

—¿Emily Ruff?

—No quiero un conductor.

—No soy... —Oyó el freno de mano y la puerta, que se abría—. No soy un chófer. —Era el hombre alto que había visto a través del cristal durante el examen—. Me llamo Eliot. Por favor, vuelve a la casa.

—Me han expulsado.

—Para un segundo. Quieta ahí.

Se paró. El hombre la inspeccionó con la mirada. Había algo en él que lo hacía difícil de analizar, una sensación de tranquilidad que lo envolvía.

—Hiciste trampas. Tu defensa es que nadie te dijo que no podías hacerlas. Estoy de acuerdo. Vuelve a la casa.

—No quiero volver a la casa.

—¿Por qué no?

—Porque no voy a conseguirlo, ¿vale? Está bastante claro que todo el mundo ahí dentro menos yo es increíblemente listo y sabe, por ejemplo, los nombres de poetas, así que... Gracias por la oportunidad. —Empezó a caminar de nuevo y el hombre se acopló al ritmo de sus pasos.

—Hay dos tipos de exámenes. El primero prueba tu capacidad para resistir la persuasión. El segundo mide tu capacidad para persuadir. Este segundo tipo es más importante. Y por lo que he visto, eso se te da bien.

—Charlotte ha dicho...

—No depende de Charlotte.

Emily miró hacia la escuela. Resultaba tentador.

—Sería una lástima no descubrir nunca de lo que eres capaz. Esa es mi opinión —dijo el hombre, encogiéndose de hombros.

—Vale, está bien —aceptó.

Regresó a su habitación y descargó su mochila. Pensó que no iba a tener que esperar demasiado, y tenía razón. El chico de pelo rizado entró y le lanzó una mirada de enfado:

—Pensaba que te habías largado.

—He cambiado de idea.

—¿O alguien te ha hecho cambiarla? —El chico cruzó los brazos—. Solo cogen a uno de nosotros.

La chica angelical apareció en el umbral de la habitación justo cuando Emily preguntaba:

—¿Solo cogen a uno?

—Nunca he oído que digan eso —dijo la chica.

—El último día, si queda más de un candidato, tienes que persuadir a los demás para que se vayan. Así es como funciona.

—Nunca he oído que digan eso —repitió la chica—, y aprovecho para darte otra vez la bienvenida, Emily.

—Eres una idiota —dijo el chico.

—Y tú eres tonto del culo —le replicó la chica.

El chico clavó la mirada en ella:

—Podrías largarte ahora mismo. Apuesto a que eres muy persuasiva, con gente que conoce a tus padres. Seguro que eres la reina del consejo de estudiantes. Pero solo estás aquí porque se supone que esto es lo mejor, y eso es lo que las niñas hacen. Hacen lo mejor de lo mejor.

Las mejillas de la chica echaron fuego.

—¿Se supone que eso me va a hacer renunciar?

—Ya sé cómo hacerte renunciar. Haré que tu papá te llame y te diga que te echa de menos.

La chica se volvió y se fue. Emily oyó sus pisadas alejándose por el pasillo y miró al chico.

—Esta escuela es mía —dijo el chaval.

A la mañana siguiente, temprano, Charlotte la llevó al centro de la ciudad. Apenas habló durante el trayecto, y como Emily seguía bastante cabreada, llegaron a su

destino en silencio. Charlotte metió el coche en un aparcamiento y apagó el motor. Emily se quitó el cinturón, pero Charlotte no se movió.

—Eliot considera que merece la pena insistir contigo —dijo Charlotte, mirándola a través del espejo retrovisor—. A mí me parece que no tiene sentido. Pero de vez en cuando él ve cosas que los demás no.

Emily mantuvo la boca cerrada.

—Normalmente este examen lo administra un miembro del personal de escala inferior. —Charlotte abrió la guantera y se puso unas grandes gafas de sol que le dieron un aspecto elegante y sexy, para nada como el de una monja—. Pero ya que hay quien dice que rebasas de potencial, quería verlo por mí misma.

Llevó a Emily a una esquina cualquiera, en la que había una pequeña tienda de comestibles, un puesto de periódicos y un perro atado a un poste de NO APARCAR. Emily imaginó que una de esas cosas era importante. Charlotte echó una mirada a su reloj. Era temprano pero el sol empezaba a asomar por encima de los edificios y parecía entusiasmado de estar allí. Si iban a estar allí mucho rato, Emily debería quitarse la chaqueta.

—Nuestro propósito hoy es probar tu léxico —dijo Charlotte—. Con eso me refiero a tu colección de palabras útiles. —Aquello no sirvió para aclararle nada a Emily—. ¿Estás preparada?

—Claro —dijo.

Las gafas de sol de Charlotte se fijaron en la acera opuesta, que estaba desierta. Esperaron.

—Una puta es «alguien que desea». La palabra es protoindoeuropea. Tiene el mismo origen que la palabra «amor». ¿Lo sabías?

—No.

—Hoy en día, la palabra se utiliza para describir a cualquier persona que puede ser persuadida. Principalmente, para tener sexo a cambio de dinero. Pero también de un modo más general. Una persona puede «putearse» realizando cualquier tipo de acto poco placentero a cambio de una recompensa. —Emily cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro—. Un término similar es «prosélito». Se utiliza típicamente en un sentido religioso para referirse a una persona que se convierte de una fe a otra. Igual que una puta, un prosélito es persuadido de realizar un acto. La diferencia consiste en que una puta hace lo que sabe que está mal a cambio de una recompensa, mientras que un prosélito hace lo que le han persuadido a creer que es lo correcto. —Miró a Emily—. Tienes que permanecer dentro de un espacio de un metro desde el punto donde te encuentras ahora. Si vas más allá, suspendes el examen. Tienes que persuadir a gente que veas en el otro lado de la calle para que crucen a este lado. No puedes utilizar el mismo método de persuasión más de una vez por persona o grupo. Cada persona o grupo que no consigas persuadir supone un fallo. Con tres fallos,

termina el examen. Empiezas ahora.

Emily la miró fijamente. Charlotte hizo un gesto con la cabeza hacia la acera opuesta. Había una chica en chándal corriendo. Durante un instante, Emily se quedó paralizada. Y entonces gritó:

—¡Eh! ¡Hola! —Agitó los brazos. La chica se quitó unos auriculares de los oídos—. ¿Puedes venir aquí? ¿Por favor? ¡Es muy importante!

La mujer pareció molesta, pero dejó de correr, echó un vistazo al tráfico y empezó a cruzar la calle.

—Citación anónima verbal indefinida —dijo Charlotte, retirándose hacia la sombra que proyectaba el toldo de una tienda de ropa—. Uno.

La mujer en chándal llegó hasta ella. Era rubia y estaba sudando.

—¿Sí?

—Perdona —dijo Emily—. Creí que eras otra persona.

La mujer le dirigió una mirada despectiva y volvió a colocarse los auriculares. Emily sintió que la nuca se le humedecía de sudor.

—¿Cuántos necesito para aprobar?

—Me temo que no puedo divulgar ese dato. Pero, por si te interesa, el récord está en treinta y seis.

—¡Jesús!

—Fue Eliot, de hecho. Atención, por favor. Aquí viene otro.

Emily se quitó la chaqueta y la dejó caer al suelo.

—¡John! —gritó—. ¡John! ¡Eh, John!

El hombre de la acera de enfrente se detuvo. Cuando se dio cuenta de que se dirigía a él, pareció divertido y negó con la cabeza.

—¿Qué? —Emily se llevó la mano al oído—. ¡No te oigo, John!

—¡Yo no soy John!

—¿Qué?

—¡No soy...! —El hombre se dio por vencido y cruzó hacia ella.

—Citación verbal por nombre —dijo Charlotte—. Dos.

Tres mujeres se bajaron de un coche, hablando y riendo entre ellas.

—¡Eh! ¡Vestidos gratis! —aulló Emily—. ¡Para los tres primeros clientes! —Las mujeres giraron la cabeza y Emily señaló hacia la tienda de ropa—. ¡Hasta doscientos dólares por cliente!

—Promesa verbal de recompensa material por delegación. Tres.

El hombre llegó hasta ella, con una sonrisa agradable.

—Me parece que me has confundido con otra persona.

—Oh, es verdad. —Por encima del hombro del tipo distinguió a una mujer llevando de la mano a un niño hacia la tienda de comestibles—. Lo siento. ¡Señora! ¡Señora! ¡Necesito decirle una cosa sobre su hijo! —La mujer miró hacia ella y luego

apartó la mirada—. ¡Señora, a su hijo le pasa algo!

—¿Has dicho vestidos gratis? —le preguntó una de las tres mujeres. Tenía un pendiente en la nariz y un maquillaje exagerado.

—¡Señora! —siguió gritando Emily—. ¡Hay un problema realmente grave con su hijo! ¡No estoy bromeando!

La mujer entró en la tienda y Emily sintió que la tensión se le acumulaba en la nuca: la mujer le había oído pero había decidido ignorarle.

Miró a Charlotte.

—Eso solo es un fallo, ¿verdad? Porque iban juntos.

—Correcto. Un fallo.

—No veo ningún cartel —dijo la mujer del maquillaje—. ¿Solo tenemos que entrar, o...?

—Sí. Entren.

El hombre se estaba alejando con gesto decepcionado. Emily supuso que quería ser John. Pero en la acera opuesta vio que se aproximaba una pandilla de chavales en edad escolar con pantalones bombachos y camisetas sin mangas. Abrió la boca, pero se dio cuenta de que estaba a punto de reutilizar un método e hincó una rodilla en el suelo.

—¡Ay! ¡Mierda! ¡Ay! —Los chavales giraron la cabeza hacia ella. Emily fingió intentar levantarse—. ¡Mierda! ¡Ayuda!

A las ocho y media se quitó la camiseta. Debajo llevaba un simple sujetador. Dudó un instante y luego se lo quitó también. Se le erizó la piel. Saludó a un grupo de chicos que la miraban boquiabiertos desde el otro lado de la calle. Se miraron los unos a los otros, se rieron y empezaron a cruzar, estando a punto de ser atropellados por un coche. Emily le lanzó una mirada a Charlotte:

—Esto está permitido, ¿verdad?

—Invitación sexual no verbal. Diecinueve.

A Emily le pareció distinguir un cierto tono en su voz.

—¿Está decepcionada?

—En realidad —contestó Charlotte—, me sorprende que hayas esperado tanto.

—¡No te lo pierdas! —exclamó uno de los chicos, con una risita. Se agruparon a dos o tres metros de ella, en el borde mismo de la acera, como si tuvieran miedo de acercarse más.

—Eh —les dijo—, hacedme un favor. Id a esa esquina de allí y no dejéis que nadie pase. Obligadles a venir por este lado.

—¿Para qué? —preguntó uno.

Otro dijo:

—Prefiero quedarme y mirarte las tetas.

Eso les divirtió durante un momento. Eran unos críos.

—Haré que os merezca la pena.

Se acercaba un hombre, un tipo enorme con la cabeza rapada y una camiseta negra.

—¡Os gustará! ¡Será algo personal! —No tenía ni idea de lo que estaba diciendo.

Los chicos cruzaron la calle y Emily volvió a ponerse la camiseta para no romper la norma de no utilizar dos veces una misma técnica.

—Espero que seas consciente de que si tus enviados redirigen a más de un grupo de personas eso contará como una duplicación del método de persuasión, y, por lo tanto, será un fallo.

—Oh, mierda.

Los chicos estaban conversando animadamente con el tipo de la cabeza rapada y señalando hacia ella. Detrás de ellos apareció un grupo de mujeres mayores.

—¡Mierda!

—Veinte —dijo Charlotte al ver que el hombre cruzaba la calle—. Persuasión por delegación.

—¡Ya es suficiente! —les gritó Emily a los chavales—. ¡Ahora largaos! —Pero ellos estaban concentrados en el grupo de mujeres—. ¡Seréis... capullos!

El tipo de la cabeza rapada llegó hasta ella. Su cara mostraba desconfianza; Emily no tenía ni idea de lo que los chavales le habían dicho. Se dio cuenta de que su sujetador seguía tirado en el suelo. Se había olvidado de él.

—¿Estás bien?

—Me han atacado. —Recogió el sujetador y lo sostuvo contra su pecho—. Esos chicos de allí.

Mientras el tipo les daba unos mamporros a los chavales, ella se puso de nuevo el sujetador y se sacó la melena, que había quedado atrapada por el cuello de su camiseta. Las mujeres habían retrocedido hasta la esquina más alejada y estaban esperando a que cambiase el semáforo. Por lo demás, la acera estaba desierta. Tenía un minuto de descanso.

Charlotte dijo:

—Desvío por amenaza física. Veintiuno.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Emily, porque acababa de ver a un par de mujeres de mediana edad aproximándose—. ¡Es Demi Moore! —Las dos mujeres se detuvieron. Emily señaló a Charlotte—. ¿Puede darme un autógrafo?

Charlotte frunció los labios.

—El parecido existe —dijo Emily.

—Atracción por... famoso fingido, supongo. Veintidós.

—¿Cuánto hacía falta para aprobar?

Las gafas de sol de Charlotte se posaron sobre ella:

—Cinco.

—Cinco —repitió Emily. Se sintió bien. Una adolescente con unos auriculares enormes dobló la esquina y avanzó por la acera. Emily no tenía ni remota idea de lo que iba a decirle a aquella chavala, pero algo le diría. Abrió la boca.

¡CONOCE A TUS AMIGOS!

Pregunta 6/10: ¿Te gustan los gatos o los perros?

- ¡Gato!
- ¡Perro!

Siguiente pregunta →

¡Envía este cuestionario a tus amigos!

¡Comprueba los resultados de tus amigos!

Dale ME GUSTA a Conoce a tus amigos

[C I N C O]

Dejaron la autopista y atravesaron una serie de pueblos hundidos bajo un manto de nieve. Wil se quedó dormido sin pretenderlo y despertó acuciado por pesadillas llenas de armas, sangre y chicas muertas. Tenía la barbilla manchada de babas. Bajo la luz de los focos, la carretera brillaba un instante y volvía a desvanecerse, tragada por la noche espesa como una manta.

—¿Dónde estamos?

—A salvo —repuso Tom, escudriñando la carretera—. Casi.

Estaban frenando. Las luces de la camioneta iluminaron un sendero y Wil vio una valla de alambre y postes de madera, y un cartel en el que se leía: VENTA DE GANADO MCCORMACK E HIJOS. El vehículo se detuvo y el motor emitió un sonido similar a unas gárgaras.

—Hummm —murmuró Tom.

—¿Qué?

—¿Confías en mí?

—¿Que si confío en usted?

—He formulado mal la frase —dijo Tom—. Quiero decir, ¿si te digo que tu vida depende de que hagas exactamente lo que yo te diga, sin titubeos, puedo confiar en que lo harás?

—Claro —respondió Wil, e inmediatamente después, como aquello no había sonado muy convincente, añadió—: Tal vez.

—Eso no es suficiente. Un «tal vez» puede dejarte «tal vez» vivo.

—Tenía entendido que íbamos a reunirnos con sus amigos.

—Así es.

—Entonces, ¿dónde está el problema?

Tom miró fijamente el cartel.

—Nada. No hay ningún problema. —Movió con brusquedad la palanca de cambios y la camioneta se adentró en el sendero, que estaba cubierto de barro. Se percibía claramente el rastro oscuro de unas ruedas. Tom hizo avanzar el vehículo unos cien metros y luego se detuvo en una bifurcación. A la izquierda, el camino desaparecía en la oscuridad. A la derecha se veía una bombilla desnuda en un poste. Dentro del círculo iluminado no había nada más que barro. Tom giró hacia allí y las ruedas se deslizaron un momento hasta conseguir la tracción necesaria.

—¿Qué lugar es este?

Vieron una valla metálica al lado del sendero durante un rato, pero al poco desapareció y penetraron en un terreno extenso cubierto de barro. Daba la extraña impresión de que el suelo había sido masticado. Llegaron hasta el poste de la bombilla y se detuvieron. El motor permaneció al ralentí. Tom pulsó un botón y los

cierres de las puertas bajaron automáticamente. Levantó la escopeta del suelo y la colocó sobre su regazo.

—¿Qué estamos haciendo?

—Silencio.

No había ningún ruido aparte del que producía el motor.

—¿Debería tener yo una pistola?

Tom le echó una mirada.

—Si estamos en peligro, y hago lo que usted diga, entonces ¿qué tal si me da un arma?

—Eso incrementaría el peligro —dijo Tom, mientras escudriñaba la oscuridad—. Para mí.

Wil detectó movimiento en la penumbra. Un hombre apareció corriendo hacia ellos y agitando los brazos. El viento le hinchaba la chaqueta. Tenía el pelo largo y despeinado. Llegó hasta la camioneta y dio una palmada en el capó con una amplia sonrisa. La ventanilla de Wil zumbó al bajar.

—¡Eh! ¡Dios mío! —exclamó—. ¿Es él? ¿De verdad este tipo es él?

—¿Dónde están los otros? —preguntó Tom.

—Dentro —contestó el tipo, sin apartar los ojos de Wil—. Dios santo, no puedo creer que lo hayas encontrado.

—¿Dentro... de qué?

—Hay una casa. —E hizo un gesto hacia la oscuridad, con los ojos aún fijos en Wil—. Bajad. Os llevaré adentro.

—¿Dónde puedo dejar la camioneta?

—No te preocupes por eso. Déjala aquí. Nos habremos ido dentro de diez minutos. —El tipo probó a abrir la puerta de Wil—. En marcha.

—¿Por qué venías corriendo así?

—¡Estoy excitado, Eliot! ¡Estoy de los nervios! —Volvió a tratar de abrir la puerta—. ¡Para esto es para lo que hemos estado trabajando! ¡Esto nos da una jodida oportunidad! —Mientras hablaba, sonreía ampliamente.

Tom giró su cabeza para inspeccionar la oscuridad. Wil no sabía qué estaba buscando.

—Tenemos el avión. Está lleno de combustible y esperándonos en una pista ahí detrás. Tenemos medicamentos, tenemos una jodida sonda gigantesca, en veinte minutos estaremos volando y abriéndole a este tío la cabeza. —Miró a Wil—: No es nada personal. Pero necesitamos lo que tienes ahí dentro más que tú. —Intentó darle unos golpecitos con los nudillos en la cabeza—. ¡Tío! ¡Podría darte un beso!

—¿Te das cuenta del exceso de emoción que estás mostrando? —le espetó Tom.

El tipo de pelo largo lo miró, y acto seguido se lanzó sobre Wil y le agarró la cabeza, arañándole la piel. Introdujo los hombros por la ventanilla y sus zapatos

aporrearon la puerta. Tom pisó el acelerador y el vehículo avanzó dando tumbos. El otro soltó un grito y se resbaló, y por un segundo Wil creyó que iba a sacarlo a rastras de la camioneta. Pero entonces los dedos del tipo perdieron agarre en su cabeza y su cuello y su atacante desapareció.

—¡Joder! —exclamó—. ¿Qué está pasando?

—Algo malo —repuso Tom.

—¿Ese es amigo suyo?

—No. En este momento, no.

Algo metálico brilló delante de ellos. Era una valla, del mismo estilo que la que habían visto en el sendero por el que habían llegado hasta allí. Durante un segundo, Wil creyó que Tom iba a intentar atravesarla, pero lo que hizo fue girar y dar un semicírculo. La valla parecía no tener fin.

—Ah, ya entiendo —masculló Tom—. Estamos en un corral.

—¿Un corral?

—Para el ganado. —Giró la camioneta hasta que quedaron frente al poste con la bombilla. El tipo de pelo largo brotó del círculo de luz y avanzó arrastrando los pies hacia ellos. Tom cambió de marcha y las ruedas giraron sobre el barro.

—¡Oh! —chilló Wil—. ¡Eh, espera, no!

La figura del tipo aumentó de tamaño en el parabrisas. En el último momento, Tom viró a la izquierda y el cuerpo del hombre impactó contra el lateral del vehículo. Bajo el resplandor rojizo de las luces traseras, Wil pudo ver que se ponía en pie y volvía a avanzar hacia ellos entre el barro.

—Ha atropellado a su amigo —dijo. Tom dio un frenazo y Wil se agarró y lo miró—. ¿Qué está haciendo? —Tom no respondió—. Su amigo viene hacia aquí.

—Deja de llamarlo mi amigo.

—Bueno, ese cabrón se nos viene encima. Está a menos de diez metros.

Tom echó una mirada al espejo retrovisor.

—En serio. Es hora de largarse.

El otro dio un golpe en el cristal trasero. Corrió hacia la puerta de Wil y trató de abrirla con una mano. La otra colgaba en un ángulo antinatural. Soltó un alarido de frustración y sus dedos arañaron el cristal mientras sus ojos buscaban a Wil con una mirada de ansia.

—El sendero es un embudo —dijo Tom.

—Entonces... —El tipo de fuera arremetió con su cabeza contra el cristal—. Intentemos algo, ¿de acuerdo? —Tom no respondió y el otro golpeó de nuevo la ventanilla—. Por favor, Tom. No me haga estar aquí sentado mirando como este tío se mata a golpes contra la ventana.

Delante de ellos surgió una luz que hizo que Wil se cubriera los ojos con la mano. Algo pareció toser y gruñir.

—Ajá —murmuró Tom.

—¿Qué es eso?

—Un camión. —Tom puso la marcha atrás y apoyó un codo en el respaldo de su asiento—. Un camión grande. —Frente a ellos, la luz se estremeció, el rugido aumentó de volumen hasta convertirse en un estruendo. El hombre del pelo largo cayó al barro y se incorporó otra vez. Dieron media vuelta y Tom lanzó la camioneta hacia delante.

Mientras se alejaban del sendero dando botes, Wil distinguió cómo la oscuridad cobraba forma. Se trataba de un vehículo de transporte de animales, del tamaño de una casa y con una rejilla en el morro que parecía una sonrisa burlona. Escupía humo por dos tubos de escape colocados sobre la cabina. Al adentrarse en el corral, la luz iluminó unas letras brillantes y rojas en su parte frontal: FIEL BETHANY.

—¡Tenemos que salir de aquí! —Los faros alumbraban la valla de metal—. ¿Podemos atravesarla?

—No —dijo Tom, y dio un volantazo.

—¿Cómo lo sabe? Puede que consigamos romper...

—Si pudiéramos, habrían elegido otro sitio. —La silueta del camión ocupaba todo el parabrisas. Tom aceleró directamente hacia él.

—¿Qué está... qué está...? ¡Dios mío! —Wil trató de cubrirse con las manos.

Tom dio un nuevo volantazo y la camioneta dio un salto. El camión les cerró el paso y todo se inclinó y empezó a girar. Luego las ruedas recuperaron la tracción y Tom aceleró hacia el sendero y la libertad que había más allá, pero diez segundos más tarde pisó de nuevo el freno.

Wil, que estaba inclinado hacia delante, se golpeó contra el salpicadero y cayó hacia atrás. La camioneta se paró donde daba comienzo el sendero. Había lo que parecía terrones de tierra entre el barro. De gran tamaño. Vio que eran gente. Tres personas sentadas.

—¿Quiénes son? —Miró a Tom—. ¿Poetas?

—No.

—¿Por qué están ahí sentados, sin moverse?

Había una mujer con el pelo negro y cortado a lo *garçon*. Detrás de ella había un chico joven y un hombre mayor de pelo blanco. Miraban fijamente la camioneta, inmóviles, con los rostros iluminados por los faros.

De pronto aumentó la luz dentro de la cabina. Wil se volvió y vio que el camión había dado un giro completo y avanzaba ahora con estruendo hacia ellos.

—¡Zorra! —masculló Tom, apretando los dientes—. ¡Maldita zorra asesina!

—¡Tom! ¡El camión! —Tom pisó el acelerador, pero no tenía puesta ninguna marcha—. ¡El camión, Tom!

Tom giró el volante y aceleraron a lo largo de la valla, de vuelta hacia el interior

del corral. Ganaron velocidad y pasaron junto a las ruedas del camión. El hombre de pelo largo surgió ante ellos y Tom dio otro volantazo, pero iban demasiado rápido y el tipo rebotó contra el capó y voló por encima del techo. Por delante apareció un nuevo tramo de valla. Daba la impresión de que Tom se disponía a intentar atravesarla, pero Wil sabía que no podía ser así, porque acababa de decir que era imposible, y justo entonces comprendió que sí pensaba hacerlo y cerró los ojos.

El mundo desapareció. Wil se transformó en objeto. Algo sin control sobre sus movimientos. El suelo giró y, sin previo aviso, le golpeó. Después todo quedó en silencio.

Tragó saliva. Parpadeó. Eso podía hacerlo. Intentó mover la cabeza, pero la gravedad parecía haber cambiado de dirección. Tiraba de él hacia un lado. Trató de frotarse los ojos y su mano no acertó a hacerlo. Había muchas cosas que parecían estar mal y Wil no estaba seguro de por dónde empezar.

—Peta —dijo Tom. Estaba inclinado sobre el volante. También él debía de tener problemas con la gravedad, porque estaba por encima de la cabeza de Wil. Tal vez por eso se aferraba al volante.

Una luz alumbró el salpicadero y Wil recordó que esa luz no era algo bueno. Luchó con el cierre de su cinturón de seguridad, logró abrirlo y cayó contra su puerta. La ventanilla estaba pintada de blanco. Tardó un momento en identificar aquella pintura con nieve. Nieve en el suelo. La camioneta estaba caída sobre un lado. Probó a abrir la puerta, por si acaso, pero el suelo no se movió.

—Tenemos que irnos. —Se dio cuenta de que Tom no estaba agarrándose al volante. Era el volante el que se había soltado de su sitio y había caído sobre él—. ¿Está bien? ¿Qué hago?

—Peta.

Puso un pie en el salpicadero y se estiró para pasar sobre el cuerpo de Tom y alcanzar la puerta del conductor. Al hacerlo, su hombro dio contra la cara del otro y su rodilla contra sus costillas, y Tom soltó un gruñido. Pero Wil consiguió sacar los brazos por la ventanilla y alzó su cuerpo a pulso hacia el aire nocturno y gélido. El camión estaba girando y sus faros dibujaban un arco en el suelo.

—Eh, Tom. Voy a tirar de usted.

Tom negó con la cabeza.

—¡Venga! Tiene que salir de ahí. —El foco de luz cayó sobre él y levantó la mirada. Una silueta se recortaba delante del camión de transporte. El hombre. Los brazos le colgaban a ambos lados y arrastraba una pierna. Llegó al boquete que habían hecho en la valla del corral y comenzó a escalar entre los hierros con dificultad—. ¡Ese tipo se está acercando!

—Peta. —Tom inclinó su cabeza hacia el suelo del coche y Wil vio la culata de la escopeta. Eso era lo que trataba de decir: escopeta.

—No voy a disparar a nadie. Deje que lo ayude.

—Peta.

El hombre superó el tramó de valla caída y empezó a avanzar lentamente entre la nieve. Wil se dio cuenta de que pronto avanzaría con mayor rapidez, porque la camioneta había apartado la nieve en su caída. En aquel punto la nieve era roja por efecto de las luces traseras del vehículo.

—Cóge... la —dijo Tom.

—¡No! —El hombre llegó a la parte trasera de la camioneta y trató de escalar. Wil oyó el roce de sus zapatos sobre el tubo de escape—. ¡No voy a matarlo!

Primero apareció una mano y luego la cabeza del tipo de pelo largo.

—Mierda —exclamó Wil. Cogió la escopeta y la levantó para apoyar la culata contra su hombro—. ¡Quieto, capullo!

—Dis... pa... ale —dijo Tom.

El torso del hombre subió por el borde del lateral. Alzó una pierna y Wil distinguió en sus pantalones vaqueros una mancha oscura de sangre y la tela rasgada aquí y allá. El hombre se estiró con esfuerzo. Su pierna resbaló y empezó de nuevo a tratar de subirla.

—¡Deja de escalar!

—Bo... tón —balbuceó Tom— de segur... dad en el lado.

—Soy australiano: ¡sé usar un arma! —Soltó una mano de la escopeta y la cerró en un puño para hacer circular la sangre—. ¡Quieto ahí, hijo de puta!

El tipo se alzó sobre una pierna y sostuvo el equilibrio con torpeza. Tenía el rostro cubierto de barro y sangre. Parecía absorto y concentrado, como si no le preocupase lo más mínimo el hecho de que Wil le estuviese apuntando con un arma. Empezó a desplazarse sobre el lateral de la camioneta.

—¡Joder! —exclamó Wil, y apretó el gatillo. La escopeta produjo un estallido. El hombre cayó al suelo y Wil soltó el arma sin pensar lo que hacía—. ¡Me cago en la puta!

—Bien —dijo Tom.

El motor del camión bramó y sus tubos de escape emitieron un siseo. Las ruedas comenzaron a girar.

—Ahora —pidió Tom—. Ayúdame, por favor.

Wil extendió los brazos hacia él y le agarró por la muñeca. Cuando consiguió sacarlo, el camión estaba ya muy cerca. Saltaron hacia las sombras que proyectaba la camioneta y empezaron a avanzar a grandes zancadas por la nieve. Cuando Wil salió de la sombra del vehículo, la suya propia se extendió ante él, alargada, delgada y afilada en los bordes, recortándose como algo vulnerable. El suelo tembló. Oyó un crujido metálico y pensó: «Ha pasado la valla, está a diez metros de nosotros». No le hacía falta darse la vuelta para verificarlo, pero lo hizo de todos modos. Dando botes,

el camión arremetió contra la camioneta e impactó con ella, lanzándola hacia un lado. La simple idea de echar a correr se le antojó de repente estúpida, pues aquel vehículo era grande como una montaña. Iba a pasarle por encima, hiciera lo que hiciese.

Tom le agarró de una oreja. El camión chocó contra un banco de nieve y levantó una oleada. Wil no había tenido en cuenta el factor de la nieve: eso haría que el camión avanzase más despacio. Comprendió que podía sobrevivir, o que podría haberlo hecho si hubiera pensado en ello diez segundos antes. El vehículo siguió avanzando, levantando a su paso cortinas de nieve. Luego frenó y se paró. Las ruedas giraron sin moverse. Wil estiró el brazo y tocó el parachoques.

Tom escaló por la rejilla frontal y levantó su escopeta. Wil pudo ver que el conductor era una mujer. De unos cuarenta y pocos años. Con gafas y aspecto de empollona. Desde luego, no se parecía en nada al tipo de persona que habría imaginado que intentaría matarle con un camión de transporte de animales. La mujer miró a Tom con una expresión de estar moderadamente abstraída y trató de coger una pistola que había en el salpicadero.

Tom disparó a través del parabrisas. Wil apartó la mirada. Bajo la luz, la nieve parecía un manto de diamantes. Millones de diamantes diminutos.

Tom saltó a su lado.

—Muévete.

Avanzó a trompicones entre la nieve. Ninguno de los dos habló. Más allá de donde alcanzaban los faros del camión, la nieve les cubrió hasta la cintura. Al respirar, el aliento de Wil formaba nubecillas de vapor, y, al fin, murmuró:

—No puedo seguir.

Tom lo miró y Wil distinguió algo terrible en su cara. El otro desvió la mirada hacia el corral y, a continuación, se sentó con cierta brusquedad. Se puso a sacar balas de un bolsillo de su chaqueta y cargar la escopeta con ellas.

Wil se sentó a su lado, jadeando. El camión estaba a unos quinientos metros, con los faros encendidos. Podía distinguir el agujero en el parabrisas.

—¿Esa era Woolf?

Tom lo miró sin comprender.

—¿Qué?

—Esa mujer.

—No.

—Oh.

—Si hubiera sido Woolf, ahora mismo yo estaría llorando de alegría.

—Oh.

—Tu ciudad, Broken Hill, eso lo hizo Woolf. No fue un vertido químico. Fue Woolf. Me pondría a dar brincos de felicidad si esa hubiera sido Woolf.

—Lo pillo —dijo Wil.

—No era Woolf —murmuró Tom—. No era Woolf.

Quedaron en silencio, sin que nada se moviera excepto el viento.

—¿Conocía a la mujer del camión?

—Sí.

—¿Por qué intentó matarnos?

Tom no contestó.

Wil se estremeció.

—Tengo frío.

Tom dejó caer el arma y se abalanzó sobre él. Wil soltó un grito y cayó hacia atrás, y Tom le agarró de la camiseta y tiró de él para levantarlo y luego volvió a empujarlo al suelo.

—¿Qué? —balbuceó Wil.

Tom cogió un puñado de nieve y lo aplastó contra la boca de Wil.

—¿Tienes frío? ¿Tienes frío?

Le soltó, y para cuando Wil se incorporó y quedó sentado, Tom había recuperado su posición anterior y miraba hacia el camión. Wil se quitó la nieve de la cara.

—Lo siento.

—Tienes que ser mejor que eso —masculló Tom—. Tienes que merecer la pena.

Wil cruzó los brazos, se metió las manos en las axilas y levantó la mirada al cielo.

—Hasta ahora, no vales una mierda.

—De acuerdo, mire, yo no pedí que me secuestrasen.

—Que te salvarsen. Es otra forma de decirlo.

—No pedí que me salvarsen.

—Vete, entonces.

—No estoy diciendo que quiera irme.

—Lárgate. A ver cuánto duras.

—No estoy diciendo eso.

—Eres un jodido inútil —dijo Tom.

—Le he disparado a un tipo. Quiero decir, no es por exagerar mi contribución, pero acabo de pegarle un jodido tiro a un tío.

Tom resopló.

—Y le he sacado a usted de la camioneta. —Una profunda sensación de frío se instaló en su cuerpo. Abrió la boca para darle trabajo a los músculos de su mandíbula—. No atropelló a esa gente.

Tom lo miró.

—Podríamos haber escapado. Solo tenía que pasar por encima de ellos.

—Sí, claro —murmuró Tom.

—¿Por qué no lo hizo? —Tom no respondió—. A la mujer sí le disparó.

—Brontë.

—¿Qué?

—Su nombre era Brontë.

—¿Como... Charlotte Brontë? ¿Una poetisa? Creía que eran realmente poetas. De nuevo, Tom no contestó.

—Vale —dijo Wil—. Ya lo pillo. Ese tío le llamó Eliot. Usted es Tom Eliot, ¿es eso? T. S. Eliot. Usted es un poeta.

Tom suspiró.

—Lo era.

—¿Era un poeta? ¿Qué es ahora?

—No estoy seguro —dijo Tom—. Un ex poeta, supongo.

—¿Por qué sus amigos se han vuelto malos?

—Estaban comprometidos.

—¿Qué significa eso?

—Woolf los había captado.

—¿Qué...?

—Significa que es muy persuasiva.

—¿Persuasiva? ¿Es persuasiva?

—Ya te lo dije, los poetas son buenos con las palabras. —Tom se puso en pie y la nieve se desprendió de su chaqueta—. Hora de irse.

—¿Me está diciendo que Woolf los persuadió para que nos matasen? O sea, como si les hubiera dicho: «Eh, ¿qué tal si atrapáis a vuestro colega, Tom Eliot, en un corral y lo atropelláis con un camión?». ¿Algo así? ¿Y ellos lo hicieron? ¿Porque es una persona persuasiva?

—He dicho muy persuasiva. Levántate.

En todas direcciones no se veía nada más que nieve.

—¿Adónde vamos?

—Se me ha ocurrido una idea —dijo Tom—. Puede que el avión esté aquí de verdad.

Atravesaron la negrura y la nieve con dificultad hasta que Wil ya no sentía nada. Sus terminaciones nerviosas se retiraron a algún lugar en lo profundo de su ser, un lugar donde todavía existía un poco de calor. Su nariz era un mero recuerdo. No solo nunca antes había tenido tanto frío, sino que ni siquiera había podido imaginar que un frío semejante fuese posible. Empezó a desear que los poetas dieran con ellos, porque cualquier cosa que ocurriese entonces sería al menos algo cálido.

Tropezó y estuvo a punto de caer.

—¡Ajá! —exclamó Tom, aunque Wil no podía verlo—. Una pista de despegue. Probemos... por aquí.

Unos minutos después las estrellas empezaron a desaparecer y oyó ruidos. Tom le

cogió del brazo y descubrió unas escaleras. En lo alto de ellas notó que el aire era distinto. Más cálido. ¡Dios santo, más cálido!

—Siéntate —le dijo Tom—. Y no hagas nada.

Se derrumbó en el suelo, rodeó sus piernas con sus brazos y apretó el rostro contra ellos. Tom armaba jaleo unos metros por delante de donde él estaba, tocando botones y palancas. Después de un rato, Wil empezó a sentirse vivo y levantó la cabeza. Un resplandor amarillo surgía de lo que imaginó que era la cabina. Se masajeó los pies. ¿Podía uno congelarse con tanta rapidez? Porque le daba la impresión de que los tenía congelados. Decidió ponerse a caminar para salvar sus pies.

La cabina era un habitáculo estrecho y lleno de instrumentos, con un único asiento rodeado de paneles en negro. Tom estaba allí sentado y se había puesto el cinturón de seguridad.

—¿Puede hacer que esto vuele? —le preguntó Wil.

—No se trata de neurocirugía.

—Ni siquiera puede ver hacia dónde ir. Ahí fuera está oscuro como un agujero negro.

—Tendré que suponer que ya estamos enfilados en la dirección correcta —dijo Tom—, y conducir en línea recta.

—Oh —dijo Wil.

Tom pasó el pulgar por la esfera de un instrumento y terminó por posarlo sobre un botón negro y desgastado.

—Creo que estamos listos para irnos.

—¿Solo lo cree?

—Hace algún tiempo que no hago esto.

—Ha dicho que no era neurocirugía.

—Y no lo es. Pero el castigo por los errores es muy alto.

—Quizá deberíamos pensarlo.

Tom esperó un momento y Wil creyó que estaba reconsiderando la situación. Luego se dio cuenta de que lo que estaba haciendo era observar algo. Siguió la dirección de su mirada, pero no vio nada aparte del cielo nocturno. Una de las estrellas se estaba moviendo.

—¿Qué es eso? —preguntó antes de contestarse a sí mismo—: Un helicóptero.

—Sí. Ve y siéntate. —Tom pulsó el botón y sonó un *clic*—. Hummm.

—¿Se suponía que eso tenía que pasar? —Tom no le contestó, pero la respuesta era obvia—. ¿Han saboteado el avión? ¿Cree que han...?

—¿Te puedes callar de una puta vez?

Tom murmuró algo para sí mismo mientras escudriñaba los controles. Delante de ellos, la estrella aumentó de tamaño y el suelo debajo de ella comenzó a centellear.

Un foco de luz recorrió la nieve.

—Se está acercando.

—¡Sal de aquí!

—Solo digo...

—¡Fuera de la cabina!

Avanzó a tientas entre la oscuridad hasta llegar a los asientos. Se dejó caer en uno de ellos y buscó el cinturón. Durante un rato no ocurrió nada. Giró la cabeza para mirar hacia atrás y distinguió varias formas en sombra. Había algo en los asientos. No podía aguantarse quieto, así que se levantó y avanzó hacia aquellas formas. Encontró una maleta de metal que emitía un tenue destello. Deslizó sus manos por su superficie y dio con los cierres.

No veía nada, por lo que se conformó con explorar el interior con los dedos. Tocó algo que tintineó. Sintió el tacto de la tela. Localizó algo con forma de tubo y trató de sacarlo, pero estaba sujeto y no pudo. Sacó la maleta del asiento y la llevó hacia la parte delantera del avión. Cuando el resplandor de la cabina le permitió ver, inspeccionó el contenido. Había piezas de algún equipo que no supo reconocer. Otras, en cambio, sí. Jeringuillas. Brocas de taladro. En el centro, con la hoja dentro de una funda de plástico, había un escalpelo.

Cuando entró en la cabina, Tom estaba tumbado en el suelo y con medio cuerpo oculto bajo el panel de instrumentos. Wil mostró el escalpelo.

—¿Qué es esto?

—Ahora no, Wil.

—Mire esto.

Tom asomó la cabeza. La expresión de su cara no cambió. Volvió a desaparecer otra vez bajo el panel.

—¿Qué iban a hacerme? —Tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima del estruendo del helicóptero—. Ese tipo dijo que iban a abrirme la cabeza. Eso es lo que dijo. Abrirme la cabeza. Y estoy empezando a preguntar, Tom, si eso era solo una forma de hablar.

—¿Puedes callarte de una vez?

—¿Iban a matarme?

—Te mataré ahora mismo si no te largas de aquí.

Wil dio un paso adelante con el escalpelo. No pensaba clavárselo a Tom, solo quería que le tomase en serio. Pero la mano de Tom salió disparada y le agarró de la muñeca, arrebatándole el escalpelo. Lo lanzó luego hacia el fondo, le dirigió a Wil una mirada condescendiente y se colocó de nuevo en el asiento del piloto.

—Me debe una respuesta —dijo Wil.

—Íbamos a hacer lo que fuese necesario —repuso Tom, mientras encendía una hilera de interruptores—. Si podíamos conseguir la palabra que destruyó Broken Hill

sin necesidad de abrirte la cabeza, genial. Lo haríamos así. Si no, de otra manera. Eso es mejor que lo que los otros quieren hacerte.

—Pues no suena a que sea algo mejor que nada.

—Conozco a Woolf —dijo Tom—. La conozco desde que ella tenía dieciséis años. Créeme, esto es mejor. Ahora, siéntate de una vez.

El parabrisas se llenó de luz y Wil levantó el brazo para taparse la cara. El foco había localizado el avión. Bajo aquel resplandor, la pista parecía hecha de cristal negro. El estruendo de las aspas era como un trueno.

—Bueno, ahora puedo ver dónde vamos —dijo Tom, pulsando el botón que antes no había funcionado. Los motores emitieron un sonido seco y un leve zumbido comenzó a aumentar de potencia. Algo encima de la cabeza de Wil sonó *tuac tuac tuac*. El avión empezó a moverse pesadamente hacia delante.

—Nos están disparando. ¿Nos están disparando?

—Sí.

Ganaban velocidad.

—Sabe que ahí encima hay un helicóptero.

—Lo sé.

—Entonces, incluso si conseguimos despegar, ¿cómo vamos a escapar de ese helicóptero? —El ímpetu de la nave tiró de él y tuvo que aferrarse al respaldo del asiento de Tom. Iba a arrepentirse de no haberse sentado, pero no pensaba moverse de allí—. ¿Cómo escapamos del helicóptero, Tom?

—Los aviones van más rápido que los helicópteros. —Tom tiró de la palanca y comenzaron a ascender.

SEIS MUERTOS EN UN SUICIDIO RITUAL

MONTANA: El martes pasado la policía descubrió en un rancho aislado en las afueras de Missoula los cuerpos de seis personas, víctimas de lo que parece ser un suicidio pactado.

Entre los fallecidos se encontraba el propietario, Colm McCormack, de 46 años, conocido ranchero de la zona, y su esposa, Maureen McCormack, de 44. En noviembre pasado, Colm McCormack se había presentado sin éxito a las elecciones para la Delegación local.

No se han hecho públicos más detalles del suceso.

[S E I S]

Se extendió el rumor de que Kerry había ganado en New Hampshire. Iba a ser el candidato demócrata para la presidencia.

—Ahí lo tenéis —dijo Sashona, jugueteando con el extremo de sus rizos de rastafari—. Cuatro años más con Bush.

Emily estaba sentada en la última fila. No solía participar en aquellas conversaciones. Era un tanto solitaria.

—¿Por qué tendríamos que apoyar a Bush? —planteó un chico—. Kerry está a favor de los medios; nos vendría mejor.

«Porque Bush está polarizando los votos», pensó Emily.

—Porque Bush está polarizando los votos —dijo Sashona.

Tenía dieciséis clases a la semana. En el tiempo restante, se suponía que debía estudiar y practicar. Pero no en otros alumnos. Eso era una norma. Durante su primer día, vestida con un uniforme que todavía olía al envoltorio de plástico, había recibido una lección por parte de Charlotte en su despacho. Había muchas normas, y Charlotte se las había explicado una por una, en detalle y con paciencia, como si Emily sufriera algún retraso mental. Al principio pensó que era porque Charlotte tenía resentimientos hacia ella, pero a medida que la explicación avanzaba se dio cuenta de que no era así. Lo que pasaba era que Charlotte la consideraba simplemente una estúpida.

—Esta es una norma no negociable de la escuela —dijo Charlotte—. En realidad, de la organización al completo. Si la rompes, no se aceptarán excusas. No habrá segundas oportunidades. ¿Estoy siendo lo bastante clara?

—Está siendo lo bastante clara —dijo Emily.

En ese punto, no sabía aún lo que significaba «practicar». Le llevó varios meses averiguarlo. Creía que iban a enseñarle persuasión, pero en lugar de ello, recibió clases de filosofía, psicología, sociología, y de la historia del lenguaje. Cuando todavía estaba en San Francisco, Lee le había dicho que la escuela era diferente a cualquier otra porque en ella se enseñaban cosas interesantes y útiles, pero, para Emily, había sido una broma. La gramática no era algo interesante. No resultaba útil saber de dónde procedían las palabras. Y nadie lo explicó. No le ofrecieron una visión de conjunto. Ni un mapa. En las clases había entre ocho y doce alumnos de edades muy diversas, y todos ellos iban más adelantados que Emily y no formulaban las preguntas que a ella se le antojaban obvias. Tuvo que quedarse despierta por las noches, con la mirada fija en los libros de texto intentando descubrir por qué razón aquellas materias eran importantes.

Aprendió la jerarquía de las necesidades de Maslow, que era el orden en el que la gente busca satisfacer distintos tipos de deseos (comida, seguridad, amor, estatus, enriquecimiento intelectual). Aprendió que el predominio sobre el deseo de la gente de adquirir conocimientos recibía el nombre de «influencia social informativa», mientras que el predominio sobre el deseo de la gente de gustar a otros recibía el de «influencia social normativa». Aprendió que se podía clasificar la personalidad de una persona en una categoría de entre 228 categorías psicográficas a partir de la observación y de un reducido número de preguntas bien dirigidas, y que eso se denominaba «segmentación».

—Creía que esto iba a ser más chulo —se quejó a Eliot. Eliot ejercía de profesor a tiempo parcial y daba unas cuantas clases avanzadas en las que ella no estaba incluida. Siempre que Emily veía su coche aparcado en la entrada, se dirigía a su despacho, porque era el único con el que se podía mostrar sincera—. Creía que sería algo así como magia.

Eliot estaba ocupado con unos papeles. Pero Emily imaginaba que tenía una cierta obligación de atenderla, puesto que, básicamente, era culpa suya que ella siguiera en la escuela.

—Lo siento —dijo Eliot—. En el nivel en el que estás, se trata solo de libros.

—¿Cuándo pasa a ser como magia?

—Cuando terminas los libros.

Para cuando terminaba el año, empezó a ver hacia dónde se dirigía la información que recibía. No estaba aprendiendo persuasión, todavía estaba inmersa en Platón y en neurolingüística y en las raíces políticas de la Revolución rusa, pero comenzaba a captar las conexiones entre todo ello. Un día tuvo que diseccionar un cerebro humano, y mientras contemplaba con los ojos desorbitados el lóbulo frontal y deslizaba el escalpelo a través de la carne para separar la función motora de la toma de decisiones, y la memoria de los sistemas de recompensa, pensó: «¡Eh!». Porque ahora sabía lo que la carne hacía.

Jugaba al fútbol. Los alumnos tenían que practicar algún deporte, fútbol, baloncesto o waterpolo, y como no era alta y odiaba los bañadores, optó por el fútbol. Los miércoles por la tarde se juntaba con otras chicas y perseguía un balón por el campo, con espinilleras bajo unas calcetas color púrpura que le llegaban hasta las rodillas, el pelo recogido hacia atrás y una camiseta amarilla hinchándose al correr. Las chicas eran de edades diferentes, así que los partidos consistían principalmente en patear el balón hacia las más mayores y animarlas luego a gritos. La excepción era Sashona, que pese a tener la misma edad que Emily, era fuerte y ágil y poseía unos hombros

que parecían arietes. Se suponía que el fútbol no debía ser un deporte de contacto, pero los hombros de Sashona lanzaban a cualquier rival al suelo. Cuando marcaba un gol, levantaba el puño, sin sonreír, como si estuviera satisfecha pero no sorprendida, y aunque a Emily no le gustaba mucho el fútbol, aquel gesto sí le resultaba terriblemente impresionante. Quería ser tan buena en algo como Sashona lo era jugando al fútbol.

Por las noches, se sentaba frente a la ventana de su habitación con un montón de libros apilados sobre su escritorio. Estudiaba con el pelo sujeto con varias pinzas y la corbata del uniforme desanudada. No disfrutaba mucho con la lectura, pero le gustaba el hecho de que los libros fuesen pistas. Cada uno era una pieza de un puzle. Incluso cuando no parecían encajar entre sí, le revelaban un poco más del cuadro que estaba creando.

Un día, mientras exploraba un pasillo que siempre había dado por hecho que no llevaba a ninguna parte, descubrió una biblioteca secreta. No sabía si en realidad era secreta, pero lo cierto era que no estaba indicada, y nunca vio a nadie más allí. Era muy pequeña, con unas estanterías tan altas que necesitó una escalera de madera para alcanzarlas. Los libros que había en los estantes más altos eran antiguos. La primera vez que abrió uno de los volúmenes, las páginas se deshicieron en sus manos, así que, después de eso, procuró tener más cuidado. Se le ocurrió que tal vez no estaría permitido que ella estuviera allí, pero Charlotte no lo había incluido en su detallada lista de normas, y aquellos libros antiguos resultaron ser interesantes, así que se quedó.

Una estantería estaba ocupada por historias de desastres. Probablemente habría algún sistema de clasificación que se le escapaba, pero el punto en común parecía ser el hecho de que había muerto mucha gente. Después de ojear unos cuantos libros se dio cuenta de que todos contaban la misma historia. Sucedió en lugares distintos, en Sumeria y en México y en países de los que nunca había oído hablar, y los detalles variaban, pero el fondo era el mismo. Un grupo de gente (a veces se les llamaba hechiceros, y a veces demonios, y otras no eran más que gente ordinaria) dominaba un reino o una nación o algo semejante. En cuatro de los libros, habían empezado a construir algo impresionante, como un palacio de cristal o la pirámide más grande del mundo. Después ocurrió algo malo y la gente murió y todo el mundo comenzó a hablar en lenguas distintas. La historia le resultaba vagamente familiar a Emily, pero no consiguió situarla hasta que dio con un libro en el que lo que la gente construía era una torre llamada Babel.

Le pareció oír un ruido y se quedó inmóvil. Pero el ruido estaba lejos. De repente se vio a sí misma: sentada en el suelo de una biblioteca, con una chaqueta y una falda plisada, el pelo recogido con cintas azul marino, leyendo libros viejos. Antes de ir a aquella escuela, siempre que veía a chicas con aquella pinta (chicas que llevaban

cintas en el pelo y disfrutaban leyendo libros) había pensado que pertenecía a alguna especie diferente. Había creído que unos muros la separaban de ellas. Y, sin embargo, allí estaba, al otro lado de aquellos muros, y no sabía cómo había llegado hasta allí. No se sentía como una persona distinta. Simplemente estaba en un lugar diferente.

En el comedor hacían unos batidos de chocolate excelentes. Emily cogió la costumbre de pasarse por allí después de la clase de Macroeconomía y llevarse un batido a una zona soleada que estaba en un lateral del edificio, para sentarse tranquilamente a leer. El vaso era cómicamente enorme. Siempre sentía una ligera sensación de malestar al terminárselo, pero seguía yendo a por más.

Un día pasó al lado de un chico sentado a una de las mesas exteriores con un ordenador portátil. Lo había visto por los pasillos, pero él era mayor, así que no iban a ninguna clase juntos. Él iba más avanzado. Emily le echó una mirada rápida, y luego otra, porque era bastante atractivo.

Al día siguiente el chico estaba allí otra vez, y en esta ocasión levantó la mirada cuando ella pasó junto a él. Sus ojos se fijaron en el gigantesco batido que ella llevaba. Emily continuó hasta su rincón soleado, pero no logró concentrarse en la lectura.

Un día después, el chico la vio acercarse, se estiró y se apartó el pelo de los ojos.

—Tienes sed, ¿eh?

Ella sonrió, porque había estado pensando en decir algo y lo único que se le había ocurrido era «¡Qué sed tengo!».

—Sí —dijo—. Estoy sedienta. —Y continuó hacia su rincón.

El miércoles, compró un batido de más y lo puso sobre la mesa. Los ojos del chico, grises y mullidos como almohadas, mostraron su sorpresa.

—Me dio la impresión de que tú también tenías sed. —Y se alejó, satisfecha consigo misma.

El jueves no le llevó batido. Lo había planeado así. Simplemente pasó a su lado y siguió adelante. Hubo un momento terrible durante el que pensó que él no diría nada: tal vez estuviera demasiado concentrado en su ordenador y ni siquiera se hubiese fijado en ella. ¿Debería pasar otra vez, o eso resultaría demasiado humillante?

—Eh, espera —dijo el chico. Emily se detuvo—. Gracias por el batido de ayer.

—De nada.

Se quedó allí, sonriendo, deseando que la conversación no hubiese terminado ya.

—Nunca me ha dado por tomar batidos. Pero estos están buenos.

—Mejor que buenos —dijo ella—. Me he hecho una adicta —añadió, y dio un sorbo de la cañita.

El chico se reclinó en su silla.

—¿Quieres sentarte?

—Tengo un montón de cosas que leer. Gracias, de todas maneras. Puede que en otra ocasión. —Se alejó, y él no intentó detenerla, lo que resultó un tanto decepcionante. Tampoco fue a buscarla más tarde. Pero no pasaba nada. Emily estaba jugando a un juego de largo recorrido. Estaba siendo traviesa: lo que estaba haciendo era «practicar». Estaba intentando persuadir a otro estudiante. Pero solo un poco, nada que fuera a meterle en problemas. Lo cierto era que, si uno se fijaba, la gente trataba de persuadir a otros todo el tiempo. Eso era lo único que hacían.

Al día siguiente, se dirigió hacia su rincón soleado sin llevar un batido. El corazón le latía con fuerza, porque si el chico se daba cuenta y no respondía, Emily habría dado un espectáculo penoso. Pero al doblar la esquina vio que el ordenador portátil estaba cerrado y que sobre la mesa había dos batidos. El chico sonrió y le hizo un gesto para que se sentase, y Emily obedeció.

Su nombre era Jeremy Lattern. Había querido ser empleado de un zoo. Su familia poseía una casa diminuta en Brooklyn, pero su madre se había dedicado a rescatar animales: conejos, ratones, patos y perros y hasta dos pollos. Uno de los pollos estaba loco. Corría en círculos, haciendo ruidos como si se estuviera ahogando. Sus padres habían querido deshacerse de él, pero Jeremy solicitó que se apiadasen de él. Creía que podía curarlo. Se imaginaba a aquel pollo haciéndose amigo suyo, y a la gente diciendo: «Jeremy es el único que puede acercarse a ese pollo». Pero eso nunca sucedió. Un día el animal lo atacó y le picoteó en la cara, y su padre le retorció el cuello. Así fue como se hizo la pequeña cicatriz que tenía cerca del ojo izquierdo, y decidió abandonar su inclinación hacia la zoología.

Emily le contó que su familia era canadiense y que ella creció amando el hockey. Describió cómo, cuando tenía seis años, su padre la llevó a ver un partido y le aterrorizó la brutalidad con que se comportaba la multitud. Se produjo un incidente, una pelea entre jugadores sobre la pista de hielo, y ella se volvió hacia su padre en busca de protección, pero descubrió en su cara una expresión monstruosa. De camino a casa, él le preguntó si se había divertido y dijo que sí, pero, desde entonces, cada vez que veía hockey en televisión, se ponía mala.

Era mentira, por supuesto. No se le podía contar a otro alumno nada que fuera cierto sobre uno mismo. No era exactamente una norma; era algo obvio. Emily estaba en su segundo año y estaba aprendiendo que se podía dividir a la gente en diferentes grupos psicográficos basándose en el modo en que funcionaba su cerebro. El segmento 107, por ejemplo, era una personalidad introvertida motivada por la intuición y el miedo: esa gente tomaba decisiones basadas en el deseo de evitar el peor resultado posible, los colores primarios le resultaban tranquilizadores, y, cuando se le pedía que escogiera un número al azar, se decantaba por uno pequeño, que se le antojaba menos vulnerable. Si sabías que alguien pertenecía al segmento 107, sabías

cómo persuadirlo, o, al menos, qué técnicas de persuasión tenían mayores posibilidades de funcionar con esa persona. Eso no se diferenciaba mucho de lo que Emily siempre había hecho, sin pensar demasiado en ello: uno desarrollaba una capacidad para intuir lo que alguien deseaba o temía y lo utilizaba para atraerle. Era lo mismo, solo que con más teoría. Y por eso era por lo que uno no debía hablar de sí mismo, y por lo que los estudiantes más antiguos se mostraban tan distantes e inescrutables: para evitar ser identificados. Para protegerse contra la persuasión, uno tenía que esconder quién era. Pero Emily sospechaba que eso no se le daba muy bien. Suponía que, de forma inadvertida, dejaba caer todo un puñado de pistas para alguien como Jeremy Lattern cada vez que abría la boca, o se cortaba el pelo o elegía una sudadera. Imaginaba que la razón por la que la escuela tenía una norma de no practicar, era porque a veces la gente lo hacía.

—Cuéntame qué te enseñan —dijo—. Dame un anticipo de lo que me voy a encontrar.

Ahora tomaban granizados. Habían ido más allá de los batidos. La ventaja de los granizados era que tenías que salir del recinto de la escuela. Los martes y los viernes, si hacía buen tiempo, recorrían el kilómetro y pico hasta el 7-Eleven más cercano. A Emily le gustaba caminar al lado de Jeremy Lattern, porque los coches pasaban zumbando y quizá los conductores dieran por hecho que eran novios.

—Usas un lenguaje muy directo —dijo Jeremy—. No pides. Ordenas. Es un instinto muy útil.

—Entonces dime para qué estoy aprendiendo latín.

—No puedo.

—¿Siempre sigues las normas?

—Sí.

—Bah —dijo ella, derrotada.

—Las normas son importantes. Lo que nos enseñan aquí es peligroso.

—Lo que te enseñan a ti es peligroso. Lo que me enseñan a mí es latín. Colega, no te estoy pidiendo que me cuentes secretos de Estado. Solo dame algo. Una cosa.

Jeremy colocó la tapa del granizado y metió la cañita a través del plástico.

—Bah —repitió Emily. Caminaron hasta la entrada de la tienda y se colocaron en la cola detrás de un muchacho que iba a pagar la gasolina. El hombre que había detrás del mostrador estaba quedándose calvo, tendría unos cincuenta y pocos años y era paquistaní o algo parecido. Emily le dio con el codo a Jeremy—. ¿Qué segmento es ese tío? —Su amigo no respondió—. Creo que ciento dieciocho. ¿Tengo razón? Vamos, estoy haciendo segmentación. Puedes contestar a mi pregunta.

—Puede que ciento setenta.

Ella no había pensado en ese, pero al instante vio que tenía sentido.

—¿Has visto? No ha sido tan malo. ¿Ahora qué? ¿Qué hacemos una vez que sabemos que es un ciento setenta?

—Pagamos nuestros granizados —dijo Jeremy.

De vez en cuando pasaba el rato con Jeremy en su habitación. En una ocasión puso chicle en el pestillo de la puerta antes de salir y volvió cuando sabía que él tenía clase. Fue a su librería y sacó tres volúmenes a los que les había echado el ojo. Estaba sentada en la cama, concentrada en la lectura de *Métodos Sociográficos*, cuando la puerta se abrió. Jeremy estaba delante de ella, con una mano en el pomo. Emily nunca lo había visto tan enfadado:

—Dame eso.

—No —dijo ella, y se sentó encima del libro.

—¿Sabes lo que harán...?

Intentó coger el libro y ella se resistió, ingeniárselas para que él se le cayese encima. El aliento de Jeremy le rozó el rostro. Dejó que el volumen se deslizase y fuese a parar al suelo con un golpe seco. Jeremy levantó una mano y la dejó colgando en el aire un momento antes de bajarla y posarla sobre el pecho de ella. Emily respiró hondo y él apartó la mano.

—Sigue —dijo ella.

—No puedo.

—Sí puedes.

Jeremy se echó a un lado.

—No está permitido.

—¡Venga! —exclamó Emily.

—No se nos permite estar juntos. —Era una norma. Confraternización—. No es seguro.

—¿Para quién?

—Para ninguno de nosotros.

Emily lo miró fijamente, pero él se limitó a decir:

—Lo siento.

Ella se le acercó más. Tocó su camisa blanca. Se había pasado un montón de tiempo imaginando que se la quitaba.

—No se lo contaré a nadie. —Le acarició el pecho a través de la tela, pero entonces la mano de Jeremy se cerró en torno a la suya.

—Lo siento.

—¿A qué viene la norma de confraternización? —le preguntó a Eliot. Paseaba por su despacho, toqueteando el lomo de algunos libros como si tal cosa. Eliot levantó la

vista de sus papeles. En un principio, Emily había ido allí a preguntar: «¿Por qué no puedo tener relaciones sexuales?». Porque, aunque fuese por una vez, le gustaría ver a Eliot sorprendido u ofendido. O cualquier otra cosa, de hecho. Solo para probar que era humano. Pero luego no se había atrevido.

—A los alumnos no se les permite mantener relaciones entre sí.

—Sé cuál es la norma. Estoy preguntando el porqué.

—Sabes por qué.

Emily suspiró:

—Porque si permites que alguien te conozca bien, ese alguien puede persuadirte. Pero eso es algo increíblemente frío, Eliot. —Fue a la ventana y, en el exterior, observó los saltitos de un gorrión por el tejado de pizarra—. Esa no es forma de vivir. —Eliot no contestó—. ¿Está diciéndome que, durante el resto de mi vida, no voy a poder tener una relación con otra persona de la organización?

—Sí.

—¿Se da cuenta de lo deprimente que es eso? —Eliot no dijo nada—. ¿Y qué hay de... ya sabe, relaciones puramente físicas?

—No hay diferencia.

—Es completamente diferente. Las relaciones, de acuerdo, lo entiendo. Pero no si se trata solo de sexo.

—No existe «solo sexo». Se llama intimidad por una razón.

—Eso es una palabra —protestó Emily—. Una coincidencia.

—«Y el hombre conoció a Eva, su esposa, y ella concibió y dio a luz a Caín».

Fíjate en el uso de la palabra «conocer» en este contexto.

—Eso es de hace tres mil años. Está hablando de la Biblia.

—Exacto. El concepto no es algo nuevo.

Emily negó con la cabeza en un gesto de frustración.

—¿Alguna vez lo ha hecho?

—¿Hecho qué?

—Romper la norma —dijo ella—. Confraternizar.

—No.

—No le creo. —Le creía, pero quería ponerle a prueba—. Tiene que haber pensado en ello. ¿Y con Charlotte? Hay algo entre ustedes dos. Sus pies siempre apuntan hacia ella. Y ella se queda muy quieta cuando usted está cerca. Es como cuando estamos portándonos mal en clase y ella intenta no enfadarse. Se queda muy quieta cuando está intentando controlar sus emociones.

—Necesito concentrarme en el trabajo, si no te importa. —Su voz sonó completamente serena.

—Creo que Charlotte quiere confraternizar con usted —dijo Emily—. Lo desea.

—Fuera.

—¡Ya me voy! —Al salir, se encontraba más frustrada que nunca antes.

Cumplió dieciocho años. Permaneció tumbada en su cama un rato, pensando en lo que eso significaba. ¿Significaba algo? Se levantó y fue a clase, y, por supuesto, nadie sabía que era su cumpleaños. A la hora del almuerzo, fue al 7-Eleven con Jeremy, dudando durante todo el camino si decírselo o no. Al final, mientras llenaba su vaso de granizado, dijo:

—Hoy cumplo dieciocho.

Jeremy puso cara de sorpresa. Aquel era el tipo de información que se suponía que nadie en la escuela debía compartir con los demás.

—No te he comprado nada.

—Lo sé. Solo quería decírtelo.

Jeremy se quedó en silencio mientras iban hacia el mostrador. Emily le dirigió una sonrisa al hombre.

—Hoy es mi cumpleaños.

—¡Vaya!

—¡Por fin soy libre! —Se inclinó sobre el mostrador con una enorme sonrisa en sus labios—. Libre para darlo todo y vivir una vida larga y feliz.

—¿Sabes qué? —dijo el hombre—. Te doy el granizado gratis.

—Oh, no —dijo ella.

—Feliz cumpleaños —insistió el tipo, ofreciéndole el vaso—. Eres una buena chica.

Cuando salían de la tienda, Jeremy la cogió del brazo:

—¿«Darlo» todo? ¿Por fin «libre»?

Emily sonrió, pero Jeremy estaba serio. Tiró de ella hasta un banco que había al lado de la carretera y la hizo sentarse mientras él permanecía de pie, con el ceño fruncido. Emily sintió unas cosquillas en el estómago, una sensación de mareo y de emoción al mismo tiempo.

—No puedes hacer eso.

—He conseguido un granizado. Un simple granizado gratis.

—Lo que has hecho es una grave violación de las normas.

—¡Venga! ¡Ni que una «sugerencia de palabra» fuese una verdadera técnica! Apuesto a que eso no es nada comparado con lo que tú puedes hacer.

—Esa no es la cuestión.

—¿Todo esto es porque ese tío me ha dado un regalo y tú no?

—¿Te crees que las normas no son para ti? Pues sí que lo son. No puedes practicar. No fuera de la escuela. No con ese tipo. Ni conmigo.

—¿Contigo? ¿Cuándo he practicado contigo? —Le dio con la punta del zapato—. ¡Ni que yo pudiera suponer un peligro para ti! Tú vas a graduarte el año que viene y

yo no sé nada. ¡Vamos! Siéntate. Bébete el granizado. Es mi cumpleaños.

—Prométeme que no volverás a hacerlo nunca.

—Vale. ¡Vale, Jeremy! Solo estaba jugando.

Un momento después, Jeremy accedió a sentarse. Emily apoyó la cabeza en su hombro. Se sentía muy próxima a él.

—Prometo no convertirte en mi esclavo de pensamiento —dijo, y notó que Jeremy sonreía un poco. Pero lo cierto era que había pensado en ello.

El martes siguiente, esperó alrededor de la verja de la escuela pero Jeremy no se presentó para su paseo con granizado. Emily regresó hacia el edificio arrastrando los pies. Debía de haber ocurrido algo. Alguna clase. Jeremy cada vez estaba más ocupado. Pero al pasar por los jardines lo vio allí, holgazaneando con sus amigos, con las perneras de los pantalones remangadas para bañarse de sol. Estaban hablando tal y como lo solían hacer los alumnos más antiguos, ninguno se reía ni apenas se movía, y cada frase que decían destilaba ironía y varias capas de significación, o eso, al menos, supuso Emily. Se detuvo y algunas de las cabezas se giraron hacia ella. Jeremy la miró y luego desvió la mirada. Ella siguió andando.

Comprendió que no podían ser vistos juntos demasiado a menudo. No podían estar unidos. Lo sabía. Llegó a su habitación, se sentó ante su escritorio y abrió un libro. Si movía ligeramente la cabeza, podría mirar hacia abajo y ver a Jeremy y a su pequeño grupo de amigos presumidos. Pero no lo hizo. De vez en cuando se echaba hacia atrás y estiraba los brazos, o jugueteaba con su pelo, porque sabía que él también podía verla a ella.

De tanto en tanto veía a alumnos con una cinta anudada en las muñecas. La cinta era roja o blanca: si era roja, significaba que el alumno era de último curso y estaba realizando su examen final. La norma era no hablar con ese alumno, ni tampoco mirarlo demasiado fijamente, aunque Emily, por supuesto, lo hacía, porque un día sería ella la que llevase esa cinta roja y quería saber lo que significaba. Una vez había visto a un chico con la cinta roja construyendo una casa con naipes en el vestíbulo principal. Estuvo allí durante dos días, haciendo la casa más y más alta mientras él adelgazaba y en su rostro se grababa una expresión de angustia permanente, hasta el punto de que la gente evitaba pasar por el vestíbulo para no causar corrientes de aire. Luego, una mañana, los naipes ya no estaban y el chico tampoco. Emily nunca averiguó qué había pasado, si había aprobado o suspendido. Otra noche, se despertó al oír una extraña campana y al asomarse a la ventana descubrió a una chica tirando de una vaca por el sendero de entrada. Y una vaca de verdad. Emily fue incapaz de encontrarle ningún sentido.

A finales de su segundo año, encontró una hoja de papel que habían introducido por debajo de su puerta, notificándole un cambio de aula para la asignatura de Lenguas Mecánicas de Nivel Superior. Pero cuando se presentó, resultó ser la única alumna. El profesor, un hombre de poca estatura y calva incipiente llamado Brecht, le entregó una cinta blanca.

—Felicidades. Estás preparada para tu examen de primer ciclo.

Sintiéndose excitada, Emily se ató la cinta alrededor de la muñeca izquierda.

Brecht le dijo que tenía que conseguir que en la pantalla de un ordenador apareciese la palabra «hola». Sonaba a algo que podría hacer en un momento, con un comando como PRINT o ECHO. Pero Brecht le dijo que no podía salir del aula hasta que lo hubiese hecho. Emily se sentó sobre una caja de cartón, porque aquello parecía más una cripta que un aula, con todos aquellos ordenadores prehistóricos, y abrió un portátil.

La trampa consistía en que el portátil no funcionaba. Recorrió la estancia, comprobando enchufes y baterías. Encontró un monitor que se encendía, pero tenía la entrada de la gráfica de vídeo quemada. Descubrió que todo lo que había en el aula estaba así, sabotado en puntos clave.

Montó una máquina al estilo de Frankenstein, a partir de las tripas de otras. Tenía un disco duro y un monitor, y se encendía, pero no hacía nada más. Tenía un cursor que parpadeaba en la pantalla, pero se negaba a responder a las órdenes que le enviaba desde el teclado. También el sistema operativo estaba sabotado.

Su vejiga empezó a avisarle. Se había bebido media botella de agua antes de entrar y ahora comprendía que no había sido una buena idea. Su nuevo objetivo era terminar aquella prueba antes de que tuviera que orinar en una bolsa. Descubrió un problema en el Bios y después un agujero en el arranque. Para cuando llegó al sistema operativo, ya sabía lo que iba a encontrar: todos los comandos útiles estaban rotos. Comenzó a buscar virus. Había uno en cada nivel. Un defecto deliberado en cada capa de software que se interponía entre la pantalla y el comando ECHO. Había muchísimas capas, parecía una locura la cantidad de código que yacía detrás de ese comando. Antes nunca había reparado en ello. Había *scripts*, bibliotecas, módulos y compiladores y códigos de ensamblaje, cada uno construido encima del anterior. Técnicamente, nada de eso era esencial; podías alcanzar el mismo objetivo construyendo circuitos de forma manual y moviendo cables, manipulando píxeles uno a uno. Pero lo que aquellas capas hacían era destilar ese poder en comandos. Te permitían hacer que los electrones fluyeran y las puertas lógicas se cerrasen, que el fósforo brillase y el metal se magnetizase, todo ello solo al teclear unas palabras.

Terminó su monstruo de silicio y fue a buscar a Brecht. El profesor miró la palabra

«HOLA» que aparecía en la pantalla e hizo un gesto de asentimiento, tras lo cual comenzó a desmontar la máquina. Emily se sintió un poco triste. Estaba aprendiendo que las personas no eran más que máquinas, y, en cierto modo, también a las máquinas las veía como personas.

Durante la semana siguiente tuvo que ser cuidadosa al acercarse a otros alumnos, por si acaso llevaban una cinta blanca. Algunos de los estudiantes desaparecían durante días, y algunos no volvían, lo que Emily interpretaba como que habían suspendido. Antes no se había fijado en ello, porque las clases no se basaban en la edad, pero había más alumnos de cursos inferiores que de los superiores. Muchos más.

Después de los exámenes había dos semanas de vacaciones, durante las cuales la mayoría de los alumnos regresó a sus casas. Eso dejó a Emily con la escuela prácticamente para ella sola. Estaba aburrida e inquieta, así que empezó a tramar formas de colarse en las habitaciones de los demás para poder aprender algo. Pasó el tiempo con una de las otras pocas alumnas que se quedaron en la escuela durante las vacaciones, una chica con ojos de cordero, flequillo oscuro y un aire permanente de desdén. Antes aquella chica no le había caído nada bien a Emily, porque era mayor que ella y pasaba mucho rato rondando a Jeremy, pero ahora era la única persona que quedaba que podría enseñarle algo. Emily se cortó el pelo como lo llevaba ella y adoptó su forma de caminar, que era una especie de dejarse llevar, como si la arrastrase el viento por los pasillos de un millón de poemas lacrimógenos. Aquello no resultó tan satisfactorio como había esperado, puesto que la chica no se mostró más abierta, de manera que Emily se quedó con un estúpido corte de pelo a cambio de nada. Pero descubrió que la chica dedicaba una hora a natación todos los días. Así que se coló en los vestuarios y le robó su llave.

La habitación de la chica era como la suya: una cama individual, un escritorio de madera, una silla y una ventana que daba a los jardines. Pero sus libros eran completamente diferentes. La chica tenía *Persuasión en Europa Central* y *Psicográfica Moderna*, y un libro pequeño de color amarillo que Emily había visto que solían llevar consigo los alumnos de cursos superiores y siempre le había intrigado, titulado *Guturales*. Pero, de forma decepcionante, ese resultó estar lleno de fragmentos de palabras sin ninguna explicación ni contexto. Sacó de la estantería un tomo con un título atractivo, *La Lingüística de la Magia*, y ese estaba mejor. Era una lección de historia sobre cómo la gente había, una vez, creído en la magia literal, en magos y brujas y hechizos. La gente no le decía a un extraño su verdadero nombre, por si acaso el extraño era un hechicero, porque una vez que un hechicero te conocía, podía dominarte. Tenías que proteger esa información. Y si veías a alguien que parecía un hechicero, tenías que desviar la mirada e intentar cubrirte los oídos antes de que pudiera apoderarse de tu voluntad. De ahí era de donde procedían palabras

como «encantado», «hechizado», «fascinado», «embrujaado», «embelesado» y «dominado».

Todo aquello parecía peculiar y divertido, pero a medida que el libro avanzaba hacia la actualidad, nada cambiaba. La gente continuaba cayendo bajo la influencia de las técnicas de persuasión, especialmente cuando hacía pública información sobre sí misma que permitía que otros identificasen su tipo de personalidad (su nombre verdadero, básicamente), y los vectores de ataque en los que se basaban esas técnicas eran, principalmente, auditivos y visuales. Pero nadie pensaba en ello como si fuera magia. Era solo sentirse atraído por una buena frase o estar distraído, o *marketing* inteligente. Hasta las palabras eran las mismas. La gente aún se quedaba fascinada y encantada, hechizada y estupefacta, se olvidaban de sí mismos y se dejaban llevar. Solo que ya no pensaban que hubiera nada mágico en ello.

Cuando las clases comenzaron de nuevo, los profesores empezaron a enseñarle palabras a Emily. Nadie le explicó para qué eran. Simplemente, Charlotte entregó a cada uno un sobre.

—Estudid estas palabras en privado —les dijo—. No podéis compartirlas, nunca, con nadie. Repetidlas para vosotros mismos delante de un espejo, cinco veces cada palabra, todas las noches.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Sashona, pero Charlotte se limitó a poner su sonrisa fingida, como si la pregunta fuese graciosa.

Emily cogió el sobre marcado con su nombre y se lo llevó a su habitación. Dentro había tres hojas de papel. JUSTITRACT. MEGRANCE. VARTIX. Resultaba difícil leerlas. Su cerebro no paraba de deslizarse en la dirección errónea. Quizás era porque eran demasiado parecidas a palabras reales. Las estudió. Se colocó delante del espejo y contempló su propio reflejo.

—Varrrrrrtttt —dijo. Se suponía que era «Vartix», pero por alguna razón la palabra tardó mucho en brotar de su boca, como si el tiempo se estirase y se volviera borroso, y no solo el tiempo, sino todo: las paredes, y el espejo, y el aire mismo, todo había entrado en un proceso lento de desintegración que Emily podía ver y sentir con cada molécula de su ser. Sintió miedo, porque no quería ver qué había por debajo del mundo. El sonido de su voz se quebró en pedazos y el silencio que había entre cada uno de esos pedazos se congeló. Entonces recuperó la consciencia. Se dio cuenta de ello al pensar en perspectiva. Notó un hormigueo en los dedos de los pies y de las manos. Cerró la boca. Tenía baba en la barbilla. Sentía una especie de magulladura en el cerebro. Fue hasta su cama y se sentó en ella. Devolvió las palabras al sobre, porque no pensaba ni por asomo repetir aquello.

Sin embargo, después de un rato, volvió frente al espejo. Su mente se sublevó. No

quería recibir nuevas magulladuras. Pero Emily se impuso.

—Varrrrrrttt —dijo.

—Nos han dado palabras —le contó a Jeremy en la hierba. Últimamente se preocupaba menos de que los vieran juntos, porque él iba a graduarse pronto, así que, ¿qué podían hacerle?—. Tenemos que leerlas en voz alta para nosotros mismos.

—¿Cómo ha ido?

—Mal.

Jeremy sonrió.

—Las palabras de atención son las peores.

Emily vio de pronto la oportunidad de sonsacarle algo:

—¿Palabras de atención? ¿Hay tipos? —Sabía que no iba a responderle—. ¿Cuáles son los otros? ¿Para qué sirven las palabras de atención?

—Lo aprenderás muy pronto.

—Quiero saberlo ahora. —Pero lo cierto era que acababa de comprender para qué servían. «Palabras de atención». Una sola palabra no era suficiente. Ni tan siquiera para un segmento en particular. El cerebro poseía defensas, filtros que habían evolucionado a lo largo de millones de años para protegerse contra la manipulación. El primero era el de la percepción, el proceso de embudo por el que un océano de datos sensoriales se reduce a unos pocos paquetes de datos clave que merecen ser estudiados por la corteza cerebral. Cuando los datos atraviesan el filtro de la percepción es cuando reciben «atención». Y Emily se dio cuenta de que debía de ser igual todo el rato: tenían que haber palabras para atacar cada filtro. Había palabras de atención, y después quizá recibirían palabras de deseo y palabras de lógica, y palabras de urgencia, y palabras de comando. Eso era lo que le estaban enseñando. Cómo crear una cadena de palabras que anularían los filtros uno por uno, abriendo cada cerrojo mental de seguridad hasta que la última puerta de la mente se abría de par en par.

Esa noche fue a cepillarse los dientes y en los aseos encontró a Sashona, vestida con un pijama de raso de color azul.

—¿Aún lo estás haciendo?

—¿Haciendo qué?

—Las palabras. Ya sabes.

—Ah. Sí. —Sashona dejó escapar un largo y dramático suspiro—. Es repugnante, ¿a que sí?

—Mucho —dijo Emily.

—Será mejor que haya una buena razón para ello —comentó Sashona, echándose el pelo hacia atrás—. Si no, me voy a mosquear.

Emily asintió. A ella le parecía bastante obvio que la razón era incrementar la resistencia. Durante este semestre estaba dando clases de teatro, hinchaba sus pulmones y le gritaba a la gente con una voz que nacía de sus entrañas y que la profesora llamaba «proyección energética». Todo se debía a que las personas eran animales, analógicos más que binarios, y en la naturaleza todo sucedía por grados. Las personas podían ser parcialmente persuadidas. Podían ser aturdidas para que bajasen la guardia. Así, tenías que practicar diciendo las palabras para que, si alguna vez alguien te las decía a ti, tuvieras al menos una oportunidad.

—No puedo recordar las mías —dijo Sashona—. No paran de escaparse de mi mente.

Sashona se fue y Emily se cepilló los dientes. Mientras regresaba a su habitación, oyó el rumor de la televisión y vio que Sashona estaba en el salón de recreo. Dudó un momento, pensando en lo que la chica le había contado. Eso de que no podía recordar sus palabras. Fue hasta la puerta de la habitación de Sashona y probó el pomo, que giró bajo la presión de su mano.

El interior estaba súper ordenado. Fue a la estantería y se puso de puntillas para inspeccionar los libros. *Debate Socrático* sobresalía apenas un centímetro, pero llevaban un tiempo sin estudiar ese libro. Emily lo sacó del estante, lo cogió por el lomo y lo agitó. Las páginas se abrieron y tres hojas de papel cayeron al suelo. Tres palabras.

Cerró el libro y lo devolvió a su sitio. Estaba temblando. Al salir al pasillo estaba segura de que alguien la vería y le preguntaría qué estaba haciendo. ¿Qué iba a decir? No lo sabía. No tenía ni idea. Solo tenía curiosidad.

Pero en el pasillo no había nadie. Cerró la puerta de la habitación de Sashona y fue a la suya. Se subió a la cama y se quedó allí, pensando en las palabras de la chica.

Con el tiempo, encontró cinco grupos más de palabras. No es que los buscase, exactamente. Pero si alguien dejaba su habitación sin cerrar cuando iba al aseo, ella se daba cuenta. Y entonces podía colarse en esa habitación y comprobar si algún objeto daba la impresión de estar escondiendo palabras en su interior. No pretendía utilizarlas para nada. Pero las palabras eran poderosas, y estaban allí, así que ella les prestaba atención. Era una oportunista.

Resultaba extraño cuánta gente dejaba sus palabras en lugares obvios. Emily comprendió que aquellas palabras no podían destruirse, porque resbalaban de tu mente: cuando intentaba recordar alguna de las suyas, su cerebro le ofrecía variantes, como «fertix», que no significaban nada. Necesitaba tener un archivo permanente en algún lugar. Pero había roto las suyas en pedazos y había numerado esos pedazos en el dorso, y luego había escondido el código para volver a unirlos en los márgenes de varios libros de texto. Daba la impresión de que todos los demás habían metido las

suyas en libros o cajones, o debajo del colchón, o, en el caso de un chico, en el bolsillo de sus pantalones. Emily no podía entender que alguien dejase algo que podía dañarle en un escondite tan fácil de encontrar.

—Lo sé todo —le dijo a Jeremy—. Ya lo he entendido. Así que, buenas noticias, no necesito darte más la lata con preguntas.

Jeremy la miró. Estaba jugando al baloncesto. O practicando baloncesto. Tenían toda la pista interior vacía para ellos dos. Jeremy estaba realizando lanzamientos desde la línea de tiros libres, una y otra vez. Emily contemplaba sus relucientes pantalones cortos.

—Érase una vez, hace mucho tiempo, existían los hechiceros —dijo—. En realidad no eran más que unos tipos que sabían algo de persuasión. Y a algunos de ellos les fue muy bien, gobernaron reinos y fundaron religiones, etcétera, pero también de vez en cuando fueron quemados en la hoguera por muchedumbres airadas, o les cortaron la cabeza, o los ahogaron mientras los sometían a pruebas de brujería. Así que, en algún momento durante los últimos siglos, quizás en realidad incluso durante los últimos cincuenta años o algo así, esa gente se organizó. Para solucionar el problema de que los quemasen en la hoguera. Y... —Abrió los brazos en un gesto elocuente—. Aquí estamos. Ya no se cortan cabezas.

Jeremy lanzó la pelota, que pasó por el aro con un leve *zum*.

—Además, las palabras son cada vez mejores —prosiguió Emily—. Creo que hace quinientos años las palabras clave eran cosas como «bendecir». Identificadores tribales. Basados en el hecho de que confiamos en las personas que piensan como nosotros y que creen las mismas cosas. Lo cual es un comienzo, pero, obviamente, no es lo que tú haces. No es lo que Eliot y Brontë hacen. Así que la organización tiene que haber estado creando palabras clave. Construyéndolas, una encima de otra. Como hacemos con el código informático. Primero te ganas la confianza de un segmento con palabras débiles. No demasiada confianza, solo la suficiente para enseñarles a creer en una palabra clave más fuerte. Aclarar y repetir. —Emily se echó hacia atrás y se apoyó en los codos—. Bastante simple. La verdad es que no entiendo por qué pensaste que no podías contármelo.

—¿Todo eso te lo han enseñado los profesores? —le preguntó Jeremy—. ¿O estás haciendo suposiciones?

—Ja —dijo ella—. Acabas de confirmarlo. Ahora mismo.

—Bah —repuso Jeremy, lanzando otra vez la pelota.

—Me han enseñado parte de ello.

Jeremy volvió a su posición, botando la pelota.

—¿Qué es una palabra?

—¿Eh?

—Te crees muy inteligente: dime qué es una palabra.

—Una unidad de significado.

—¿Qué es significado?

—Eh... Significado es una abstracción de características comunes a la clase de objetos a la que se aplica. El significado de «pelota» es el conjunto de características comunes a las pelotas, por ejemplo, redonda, que bota, y que suele verse en manos de chicos que llevan pantalones cortos.

Jeremy regresó a la línea de tiros libres, sin decir nada. Emily imaginó que su respuesta había sido errónea, o, al menos, no del todo correcta.

—¿Te refieres desde una perspectiva neurológica? De acuerdo. Una palabra es una receta. Una receta para una reacción neuroquímica en particular. Cuando digo «pelota», tu cerebro convierte la palabra en significado, y eso es una acción física. Puedes ver cómo sucede en un electroencefalograma. Lo que estamos haciendo, o mejor debería decir, lo que tú estás haciendo, puesto que a mí nadie me ha enseñado ninguna palabra buena de verdad, es verter recetas en el cerebro de la gente para causar reacciones neuroquímicas que tumben los filtros. Para maniar esos filtros durante el tiempo suficiente para deslizar a través de ellos una instrucción. Y eso lo haces formulando una cadena de palabras creada para el segmento psicográfico de esa persona en particular. Probablemente, palabras que fueron creadas hace décadas y desde entonces han sido fortalecidas. Y se trata de una cadena de palabras porque el cerebro tiene capas y capas de defensas, y para que la instrucción las atraviese, todas esas capas tienen que ser deshabilitadas a la vez.

—¿Cómo sabes eso? —inquirió Jeremy.

—¿Crees que soy inteligente?

—Creo que das miedo —dijo él.

Mientras él se duchaba, Emily lo esperó fuera, sentada en un banco de madera. Desde allí tenía una perspectiva perfecta de una de las zonas de aparcamiento, la que estaba al otro lado del campo de fútbol y que estaba reservada para los profesores, y en ese momento vio aparecer cuatro vehículos negros, uno detrás de otro. De ellos salieron varias personas vestidas con traje. Emily se levantó del banco y comenzó a caminar para acercarse, porque le resultaba curioso, pero uno de los hombres giró la cabeza hacia ella y de repente Emily sintió mucho frío y se detuvo.

El grupo entró en el edificio y ella regresó al banco. Al poco, Jeremy salió de los vestuarios, oliendo a gel de ducha.

—¿Estás bien?

Emily negó con la cabeza.

—Acabo de ver a unos tipos. Poetas, supongo. —Jeremy miró los coches—. Uno era muy mayor. Con el pelo blanco, y la piel bronceada.

—Ah —dijo el chico—. Sí. Ese es Yeats.

—Los profesores están ahí dentro, en alguna parte. ¿Sabes? Son como paredes de ladrillo, pero puedes ver que hay algo detrás de la pared. Ese tipo tenía ojos de tiburón. No había nada en ellos. Solo... ojos. —Emily movió su cabeza a un lado y a otro—. Los yonquis tienen los ojos así, si tienen un mal viaje. Me ha asustado un poco.

—Ven a mi habitación —dijo Jeremy—. Quédate un rato conmigo.

—Vale. —Pero todavía no estaba preparada para moverse.

—En serio, no te preocupes por Yeats. Nunca hablarás con él.

—¿Por qué no?

—Porque ese tío está a un millón de kilómetros por encima de nosotros. Es la cabeza de la organización.

Jeremy estaba a punto de graduarse. Emily siempre había sabido que acabaría por ocurrir. Pero él pasó al último curso y ella ya no podía pretender que el día de su graduación pertenecía a un futuro muy lejano. Jeremy empezó a poner excusas para no acompañarla a comprar granizados. Ya no le veía jugar a baloncesto. Y cuando ella llamaba a su puerta, él siempre estaba enfrascado en sus libros, con cara de cansancio, y eso le hacía sentirse estúpida por haberle interrumpido.

—Suspende el examen —le dijo—. Quédate otro año. Entonces estaríamos casi en el mismo nivel. Podríamos incluso estudiar juntos.

—No puedo suspender, Emily.

Emily se levantó de la cama, enfadada, porque su comentario solo había sido una broma. O tal vez no, pero aun así se había enfadado. Comenzó a mirar en los cajones, buscando algo interesante. Pero, por supuesto, no había nada, porque Jeremy Lattern no tenía efectos personales. Desde luego, no había palabras escondidas. Ya las había buscado un par de veces. Solo por curiosidad. No siempre había sido así: recordaba haber visto un pequeño robot de juguete con los brazos rojos. Jeremy se había desprendido de él en algún momento desde que ella lo había conocido. Eso era lo que la gente hacía en aquella escuela. Se encogían cada vez más hasta que ya no quedaba en ellos nada interesante.

Fue hacia él y le puso las manos sobre los hombros. Jeremy se puso tenso.

—Relájate. Es un masaje. Un masaje terapéutico. —Le amasó los músculos hasta que sintió cómo se relajaban. Pero cuando subió las manos hacia su cuello, él volvió a ponerse tenso—. ¡Deja de resistirte! Estoy ayudándote.

Jeremy se relajó y Emily deslizó los dedos por su cabello. Le frotó la nuca con los pulgares. Después de un rato, Jeremy soltó el bolígrafo. Llevaba un buen rato sin pasar una página del libro que estaba estudiando. Emily recorrió su espalda con la yema de sus dedos.

—Quítate la camisa para que pueda masajearte la espalda.

Él no respondió y Emily se mordisqueó el labio. Aquello quizás había sido demasiado obvio.

—No puedes concentrarte si estás tenso y distraído. No puedes pretender que no estás hecho de biología. —Apretó los pulgares contra sus hombros—. Tienes un déficit en una de tus necesidades, así que tienes que satisfacerlo. Eso es lo que dice Maslow. No puedes avanzar a necesidades más elevadas hasta que hayas satisfecho las necesidades básicas.

Jeremy levantó la mirada hacia ella y Emily dijo:

—Me gustaría tener sexo contigo, si tú quieres.

Los ojos de Jeremy resultaban inescrutables, y dijo:

—Vale.

Emily sonrió, pero Jeremy no, así que ella dejó de hacerlo. Él se levantó de la silla, con aspecto de estar concentrado intentando resolver un puzle. Emily le desabotonó la camisa, los dedos le temblaban y estaba segura de que él lo había notado. Sintió que él le ponía las manos en la cintura. Le abrió la camisa y contempló su pecho, suave y sin vello, que desprendía su aroma de un modo poderoso. Besó su piel. Luego estiró el cuello para alcanzar sus labios, pero él apartó la cara. Así que no iba a haber besos. Jeremy le quitó la chaqueta. Emily se tumbó boca arriba sobre la cama y él se puso encima de ella. Su rostro no dejaba traslucir sus sentimientos. Su respiración era más acelerada, eso era lo único. Emily intentó comportarse como él, no reaccionar cuando su mano se deslizó por su estómago, pero, antes de que pudiera detenerlo, un sonido brotó de su interior. Los ojos de Jeremy se posaron en los suyos durante un fragmento de segundo antes de volver a apartarse.

—Estoy bien —dijo Emily, y tiró de él para apretarlo más contra su propio cuerpo. Notó su erección y tuvo un momento de pánico. No era virgen, pero había pasado mucho tiempo desde entonces y ahora todo era diferente. Él continuó ejerciendo presión sobre ella. El cuerpo de Emily se encendió con un montón de minúsculas estrellas y recordó cómo funcionaba aquello. Extendió su brazo y le tocó a través del pantalón, haciéndole emitir un gruñido. A ella le gustó eso, y volvió a apretarle.

La mano de Jeremy tanteó la forma de colarse por su falda. Ella levantó la cintura, bajó la cremallera y apartó todo aquel conjunto de tela. Los dedos de él empujaron su carne y soltó un pequeño jadeo. Jeremy dudó. Emily quiso cogerle la mano y obligarle a que la tocara. Le quitó los pantalones y Jeremy hundió el rostro en su hombro. Los dedos de él encontraron lo que buscaban. La posición era algo incómoda, ella solo podía apretarle. Pero la presión era extraordinaria. La vibración comenzó en sus piernas. Los dientes empezaron a castañetearle. Casi se echó a reír, pero no habría sido apropiado, no podía hacer eso. Él gruñó de nuevo, un leve aviso,

pero ella lo ignoró y entonces él eyaculó entre sus dedos. Lo hizo en silencio. Emily experimentó una sensación de triunfo. El movimiento de los dedos de Jeremy se intensificó y ella sintió que su cuerpo se dejaba arrastrar con la marea de su victoria. Sus pies patearon en el aire una vez.

Emily permaneció inmóvil mientras él jadeaba con la cara hundida entre su pelo. Ella percibía el olor de su sudor. Un momento después, Jeremy levantó la cabeza y Emily distinguió las endorfinas en sus pupilas. Jeremy se hizo a un lado y ella utilizó un extremo de la sábana para limpiarse y luego volvió a tumbarse junto a él. Jeremy no dijo nada, así que ella se quedó contemplando el techo hasta que notó que su respiración se relajaba hasta adquirir un ritmo pausado, unos veinte o treinta minutos, y entonces, cuando no había riesgo, le rodeó con su brazo.

Al día siguiente fue a clase y nadie lo sabía. Era un tesoro secreto. Se sentó en la última fila y pensó: «He tenido una relación sexual con Jeremy Lattern».

La clase era Métodos Subvisuales, una clase que a ella le gustaba, pero su mente no dejaba de divagar. En los momentos más inesperados le parecía detectar el olor de Jeremy. Tal vez parte de él estuviera aún en ella. Le gustó esa idea.

De pronto surgió una idea en su cabeza: «Jeremy es un trece». Parpadeó. No sabía de dónde había salido esa idea. Ya antes había pensado en el segmento al que podía pertenecer Jeremy y había creído que probablemente fuese un noventa y cuatro. Su comportamiento cuadraba casi a la perfección, y le había estado observando con detalle. Pero ahora sentía algo diferente. El noventa y cuatro era un disfraz. Era un trece.

Después de las clases, decidió llevarle un granizado a su habitación. Él pasaría toda la tarde estudiando y no iba a tener tiempo para ella, lo sabía. No le molestaría y no esperaría que nada hubiese cambiado entre ellos. Pero le compraría un granizado.

De camino a la salida, se dio cuenta de que la habitación de Eliot estaba abierta. Dudó. Hacía meses que no lo veía y había esperado con ganas su siguiente visita, pero en aquel momento probablemente sería mejor esquivarle. Porque quizás Eliot supiera lo ocurrido solo con mirarla. Pero entonces el profesor salió de su despacho y ya era demasiado tarde para esconderse.

—¡Eh! —lo saludó—. ¿Ocupado? Parece ocupado.

—Sí. Me voy ya. Pero puedes acompañarme hasta el coche.

—Vale. —Se acopló al ritmo de sus pasos y caminaron un rato en silencio. Emily pasó de estar preocupada por la posibilidad de que Eliot adivinase lo ocurrido a estar decepcionada porque no lo hacía—. ¿Cómo va todo?

—¿Cómo va todo?

—Sí.

—Todo va bien.

—Bien. —Pasaron al lado de un grupo de chicos que holgazaneaban en el jardín y que rápidamente cambiaron de postura y se pusieron rectos. Eliot era muy respetado en la escuela. Todos creían que daba clase con tan poca frecuencia porque el resto del tiempo la organización le requería para que realizase asuntos misteriosos y extraordinarios—. He estado pensando en mi nombre. Mi nombre de poeta, me refiero, cuando me gradúe. Y decidí que quiero ser Emily Dickinson.

—Tú no puedes ser Dickinson.

—Así podría mantener mi nombre de pila. Y también porque ella escribió unos poemas sobre la muerte realmente buenos. Es, literalmente, la única poetisa a la que no odio.

—Ya tenemos una Emily Dickinson.

—Oh.

—Además, los recién graduados no reciben el nombre de poetas de fama mundial —dijo Eliot—. Serás alguien de quien nunca has oído hablar.

—¿Hay una lista entre la que pueda elegir?

—No.

—¡Anda que no son ustedes duros de pelar!

Llegaron a la puerta principal y bajaron la escalinata.

—Bueno, ya nos veremos —dijo Emily.

Eliot se detuvo y la miró:

—Estás más feliz.

—¿Qué?

—Pareces feliz.

Emily se encogió de hombros.

—Es un hermoso día, Eliot, ¿qué quiere que le diga? —El profesor no contestó—. Debería salir más —insistió ella, y se alejó. Pudo sentir que él estaba a punto de llamarla. Lo averiguaría todo. Pero no lo hizo, y la tensión que sentía se desvaneció, y cuando llegó a la verja del recinto de la escuela, iba canturreando.

Compró dos granizados y faltó poco para que la atropellase un coche al cruzar la calle para volver a la escuela. Los mantuvo en equilibrio en el pliegue de su brazo y llamó con los nudillos a la puerta de Jeremy. Cuando él contestó desde dentro, la abrió empujando con la cadera.

—¡Refrescos!

Jeremy miró los granizados, pero su expresión no era tan feliz como ella había imaginado.

—Gracias, Emily —dijo ella misma.

—Gracias.

Dejó el granizado sobre su escritorio y apoyó el trasero contra la pared. Su intención había sido entregarle la bebida y marcharse, pero ahora no quería hacerlo.

—¿Cómo va el estudio?

—Lento.

Asintió.

—Te dejo para que sigas con ello.

—Gracias.

—A no ser que quieras hacer una pausa —sugirió, levantando las cejas.

—Eso no puede volver a ocurrir.

—¿Qué es lo que no puede volver a ocurrir?

—Ya sabes a qué me refiero. —Jeremy bajó la voz—: No deberíamos haberlo hecho. Yo no debería haberlo hecho.

—Bueno, te perdono. —Trató de mantener un tono alegre, pero su corazón se estaba hundiendo más allá de su estómago. Lo había visto venir, ¿no era cierto? Prácticamente lo había provocado ella misma. Pero ahora se sentía desolada.

—Si se enterasen, me expulsarían.

—Nos expulsarían a los dos.

—Sí, pero... —Jeremy dio unos toquitos con sus dedos sobre los libros—. Este es mi último examen. No puedo cagarla. —Emily lo miró fijamente—. Lo comprendes, ¿verdad? Tengo que hacer esto. Lo siento.

—¿En serio lo sientes? —repuso ella.

—Creo que eres una persona genial...

Emily le tiró su granizado, que le explotó en la cabeza, lanzando líquido rojo y trocitos de hielo por todas partes, salpicando sus libros y sus apuntes. Jeremy se quedó petrificado, goteando granizado. Emily dio un portazo al salir.

Tenía fútbol y no estaba con ánimo para jugar. Se quedó plantada en la zona de defensa, sin buscar en ningún momento la pelota. Sashona, que formaba parte del equipo contrario, concentró sus ataques en el lado que defendía Emily, para sacarle partido a su apatía. Una de las veces pasó a su lado sin que ella se moviese siquiera, y después de marcar gol, le removió el pelo.

La siguiente vez que Sashona se lanzó hacia ella, con el balón rodando ante ella, Emily decidió tumbarla. Se movió para interceptarla y el rostro de Sashona se puso tenso de un modo que Emily comprendió que debía esperar el golpe de sus hombros. Una palabra burbujeó hasta sus labios, una de las palabras de atención que había descubierto en la habitación de Sashona. «*Kassonin*». Esa era la palabra. Sería suficiente para patearle el cerebro el tiempo necesario para poder derribarla, y la utilizaría porque no la había utilizado con Jeremy, incluso aunque había podido

hacerlo, porque él, igual que Sashona, era un trece. *Kassonin, zorra*. Tenía la cabeza llena de sangre. *Cómete mis hombros*.

Chocaron. Para cuando Emily volvió a ponerse en pie, Sashona corría de vuelta a su campo con el puño en alto. Había marcado gol mientras Emily yacía en el suelo.

—¡Mierda! —dijo Emily, y Sashona se echó a reír.

Necesitaba estar a solas durante un rato, así que en lugar de cambiarse, se dirigió hacia la salida. Estaba ya casi allí cuando oyó pasos a su espalda. Jeremy corría hacia ella.

—¡Eh! ¡Espera!

Emily no quería, pero una parte diminuta y estúpida de su ser pensó: «Puede que haya cambiado de idea». Jeremy la alcanzó, con la respiración agitada. Se había duchado y se había puesto una camisa limpia. Tenía las mejillas sonrosadas.

—No acabemos esto de esta manera.

—¿Qué?

—Hemos sido amigos durante dos años. No quiero...

—Bah —le espetó ella en cuanto escuchó la palabra «amigos». Echó a andar y él dio unas zancadas para colocarse a su lado.

—No puedes contárselo a nadie.

Ella no respondió.

—Te expulsarán. Ya lo han hecho antes. Te mandarán a tu puta casa.

—Puede que tú me hayas obligado a hacerlo —dijo—. Puede que te aprovecharas de mí, con tus palabras.

Jeremy se quedó parado, y cuando Emily llegó a la verja, le gritó:

—¡¿Cómo te atreves?! —Emily se estremeció, porque la voz de Jeremy estaba cargada de rabia. Siguió caminando. No iba a acusarle de nada, ¿es que no se daba cuenta? Solo quería que sintiese algo—. ¡Vuelve! ¡Vuelve aquí! —Había bastante tráfico, pero Emily logró esquivarlo y llegar al otro lado de la calle. Una furgoneta hizo sonar el claxon. Se volvió y lo vio en el exterior de la verja, con el rostro enrojecido—. ¡No se te ocurra decir nada!

—¡Oblígame!

Jeremy saltó a la calzada. Emily recordó a Benny, en San Francisco: había sido un tipo divertido y amable hasta que ella le sacó de quicio.

—Quieto —le dijo. Jeremy la conocía. Sabía cuál era su segmento. Estaba a punto de graduarse y podía hacerle hacer lo que él quisiera—. ¡Lo siento! ¡No se lo diré a nadie! —Jeremy estaba en mitad de la calle, detenido entre los carriles, con una expresión de ira grabada en la cara. Esperó a que pasase un coche, miró a su derecha y corrió hacia ella. Emily gritó—: ¡*Kassonin!*

La cabeza de Jeremy se sacudió con un espasmo. Se detuvo. Durante un momento

pareció un niño pequeño. Luego volvió en sí. Emily alcanzó a distinguir la conmoción en sus ojos, se sentía ultrajado y tenía miedo. La expresión de su rostro la dejó paralizada. Entonces un coche se lo llevó por delante. Emily chilló, pero no pudo oír su propia voz por encima del chirrido de las ruedas.

Quiso ir al hospital pero no se lo permitieron. Tuvo que quedarse en el salón, el mismo lugar donde Charlotte la había entrevistado la primera vez que había llegado allí, encogida en el mismo sillón.

Al final, Eliot entró en el salón, con un abrigo largo. Emily abrió la boca para preguntarle por Jeremy, pero vio la respuesta en su cara. Se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar.

—Dime qué fue lo que ocurrió.

Emily negó con la cabeza, sin levantar la vista. Eliot cruzó la alfombra y le levantó la barbilla.

—No —dijo ella, y trató de cubrirse los oídos. El profesor le apartó las manos y habló, y Emily perdió el contacto con su mente. Cuando volvió en sí, Eliot estaba sentado en el sillón frente a ella, al otro lado de la alfombra, con los ojos cubiertos de oscuridad. Emily cerró la boca y tragó saliva. Tenía la garganta seca.

—Tu tiempo aquí ha terminado —dijo.

—Por favor, no me echen. Por favor.

Eliot se puso en pie. Ella empezó a llorar otra vez, pero los ojos del profesor no mostraron ninguna lástima al salir de la estancia.

EL ESTUDIANTE FALLECIDO
«SALTÓ EN MITAD DE LA CALLE»

Según la policía, el estudiante que murió al ser atropellado el viernes por un vehículo en la Avenida Montebury trataba de cruzar la calle por una zona donde no había semáforo ni paso de peatones.

La conductora, una mujer de 39 años, de Orange, avanzaba a una velocidad muy próxima al límite permitido, de acuerdo con el informe policial.

Con toda probabilidad el incidente reanimará las solicitudes para que se instale un semáforo o un cruce peatonal, pues esa zona ha sido escenario de varios accidentes. El área había sido objeto de estudio para su mejora en el Plan de Seguridad Peatonal del Departamento de Transportes, pero las obras quedaron en suspenso el año pasado debido a la oposición local.

Se cree que el estudiante estaba realizando sus exámenes finales en un colegio exclusivo de Williamsburg. Su nombre y demás datos no se han divulgado.

[II]

Broken Hill

Ulises, que en un primer momento había evitado identificarse, y luego había dado un nombre falso e imposible, ahora revela el verdadero, con todo detalle: él es Ulises, saqueador de ciudades, hijo de Laertes, que vive en Ítaca. La mención de Ulises de su verdadero nombre actúa como un fogonazo de luz para el gigante ciego, que ahora comprende una anterior predicción relacionada con su pérdida de visión. El Cíclope, ilustrado, no responde con piedras esta vez, sino con la fuerza de las palabras. Polifemo es capaz, por fin, de doblegar el lenguaje a sus necesidades, y repite con cuidado, palabra por palabra, el nombre de Ulises, el epíteto, el patronímico y su país de origen, cuando le ruega a su padre, Poseidón, que lo castigue.

Deborah Levine Gera

*Ideas de la Antigua Grecia sobre el habla,
el lenguaje y la Civilización*

Posted: Hace 22 minutos Ver conversación

Bueno, lo que pasó es que hace dos semanas acudí a una entrevista de trabajo y los tipos giraron un portátil para que pudiera ver la pantalla y me soltaron: «¿Este eres tú?». Y lo que había allí era todo lo que yo había publicado hace AÑOS, fotos mías colgado, borracho, aquellas largas diatribas adolescentes sobre cualquier estupidez, ya sabes.

Así que no hace falta decir que no conseguí el trabajo.

De modo que antes de ESTA entrevista lo borré TODO, borré lo de Facebook, lo de Twitter, todo lo que pude encontrar. Me presento allí y lo primero que me preguntan es si tengo Facebook. Digo que no. Me preguntan si tengo alguna web de la facultad, LinkedIn, cualquier cosa. Digo que no. Se miran el uno al otro y me sueltan que a su empresa le gusta «sentirse a gusto» con el background de los nuevos empleados, pero parece que yo no tengo ninguno. No es que me digan que he hecho algo malo, pero cuando alguien no tiene Facebook, da la impresión de que tiene algo que ocultar.

En serio, no hay forma de ganar en esto.

[U N O]

El avión se elevó y Wil supuso que el helicóptero les dispararía, o chocaría contra ellos, o explotaría sin razón aparente, quién sabe. Pero los minutos pasaron sin que ocurriera nada aparte del zumbido monótono de los motores y la noche extendiéndose ante ellos.

—¿Estamos a salvo? —le preguntó a Tom, o a T. S. Eliot, o quienquiera que fuera, y Eliot no dijo nada, pero Wil pensó que sí lo estaban. El agotamiento le venció de golpe: pasó de temer por su vida a querer echarse a dormir de un minuto para otro—. Voy a sentarme, ¿de acuerdo?

Salió de la cabina y se derrumbó en uno de los asientos. Pensó que debería abrocharse el cinturón, pero el cinturón estaba demasiado lejos.

Abrió los ojos y descubrió que le envolvía la luz del día. El mundo se sacudió y se estremeció. Se aferró a los reposabrazos, con la cabeza rebosando de sueños apenas recordados. Una chica con palabras malas. Un canguro. Los motores aullaban. Más allá de las ventanillas redondas vio nieve y los postes de madera de una valla que parecía estar muy cerca y moverse demasiado rápido. La nota que emitían los motores cambió y empezaron a reducir la velocidad. El mundo frenó y luego se detuvo. Eliot salió de la cabina, abrió un panel en el fuselaje y giró la manivela de la puerta.

—¿Dónde estamos?

Eliot continuó girando la manivela. La puerta se transformó en una serie de escalones que descendió al trote.

Wil se puso en pie. No le atraía la idea de salir de nuevo a la nieve, pero lo hizo. Eliot estaba a un lado de la carretera, orinando. Wil miró a su alrededor. El asfalto dibujaba una línea que se extendía hasta donde alcanzaba su vista, flanqueada por postes eléctricos. No había nada más.

—Buen aterrizaje —dijo. No obtuvo respuesta por parte de Eliot, aparte de un continuo chorro de orina—. ¿Dónde estamos?

Eliot se subió la bragueta y recorrió unos pocos metros de la carretera. Wil lo siguió. Se dio cuenta de que el avión era muy moderno, elegante y limpio, con las alas curvadas hacia arriba. También era sorprendentemente grande, aunque tal vez esa impresión la causase el hecho de que estaba en una carretera, un lugar donde no debía estar.

Se detuvo junto a Eliot y se metió las manos en los bolsillos. Al respirar, su aliento formaba nubecillas de vapor.

—¿Ahora qué?

—Me voy a subir al próximo coche que venga por la carretera. Luego voy a tomar algo de desayunar. Beicon, si puede ser. Mucho beicon.

Wil se sacudió la nieve que le cubría las botas.

—Bien.

—Eso por lo que a mí concierne. Tú puedes hacer lo que te dé la gana.

Wil le miró con los ojos entrecerrados:

—¿Cómo dice?

—Hemos acabado. Hasta aquí. Tú ve por tu lado, y yo iré por el mío.

—¿Qué?

—Se acabó.

—Pero los poetas... Woolf... ¿todavía quiere matarme?

—Oh, sí.

—Entonces tenemos que escondernos. Buscar a más amigos suyos.

—Ya no hay más amigos.

Wil lo miró fijamente:

—¿No?

—No.

—¿Quiere decir que toda su, qué, resistencia o lo que fuese, fue eliminada ayer?
¿Todos?

—Sí.

—¿No tiene una célula en otra ciudad o...?

—No.

—¡Dios mío! —resopló Wil—. Entonces necesitamos mantenernos juntos.

—Hummm —murmuró Eliot.

—Ella también va detrás de usted, ¿no es eso? Woolf le quiere muerto.

—Sí.

—¿Y entonces?

—Desde tu punto de vista, soy alguien que puede mantenerte con vida. Pero desde mi punto de vista, tú eres un inútil saco de mierda. No me ayudas en absoluto.

—¡Dijo que yo era importante! ¡Tiene que averiguar por qué soy inmune! ¡A las palabras!

—Eso era antes —dijo Eliot—. Las circunstancias han cambiado.

—Me voy con usted —repuso Wil—. Adonde sea que vaya, yo voy también.

—No, no vienes.

—No puede detenerme. Su vudú de palabras no funciona conmigo, ¿verdad que no? Así que, ¿cómo piensa deten...?

Eliot le mostró una pistola. No dio la impresión de que la sacase de ninguna parte. Simplemente la tenía en su mano.

A Wil le escocían los ojos.

—¿Ves? —Eliot retiró el arma—. Hay muchos tipos de persuasión.

Miró de nuevo hacia el horizonte.

El aliento de Wil siguió convirtiéndose en vapor.

—De acuerdo. Vale. —La rabia se acumulaba en su interior y no sabía qué hacer con ella—. Bien. ¿Así están las cosas? —Caminó de vuelta hacia el avión. No tenía ni idea de qué estaba haciendo, pero, fuera lo que fuese, lo haría en un lugar menos frío. Eso podía hacerlo. A mitad de las escaleras, se volvió y gritó—: ¿Qué ocurrió en Broken Hill? Woolf mató a todo el mundo, ¿verdad? —Eliot permaneció inmóvil—. ¡Sí! ¡Así que usted vaya a esconderse mientras ella nos hace a todos los demás lo que le gusta hacer! ¡Haga eso, sí! —Se estremeció y subió el resto de la escalera, pateando en los escalones.

Eliot se quedó en la carretera, vigilando el horizonte. El faldón de la chaqueta aleteaba alrededor de sus piernas. Estimó que Wil volvería a salir del avión en unos cinco minutos. Ese sería el punto en el que su miedo de ser abandonado sobrepasaría su deseo fisiológico de estar caliente. Le vendría bien que un coche apareciese antes de ese momento. De ese modo, Eliot podría dominar al conductor y largarse de allí para no volver a ver a Wil nunca más.

El viento le agujoneaba las mejillas. No pudo resistir la comparación por más tiempo: la última vez que había estado en una situación parecida, esperando y observando lo que aparecía en el horizonte, con una pistola y deseando no necesitarla. Había pasado poco más de un año. Entonces estaba en las afueras de Broken Hill.

Puso el aire acondicionado a toda potencia, pero no supuso ninguna diferencia: el sol resultaba abrasador a través del parabrisas, lo estaba asando debajo de su camisa. El chico al que había recogido en el aeropuerto, Campbell, se retorció y se soltó la corbata, y al final se quitó la chaqueta de lino y la colgó del respaldo de su asiento.

—El sol parece más grande —dijo—. ¿Puede serlo?

—Es el ozono —dijo Eliot—. Hay un agujero.

—¿Te has acostumbrado a ello?

—Todavía no.

—Cuando salí de Washington, estábamos a doce grados —dijo el chico, remangándose la camisa—. Doce —insistió, y miró a Eliot—. ¿Echas de menos Washington?

—Voy de vez en cuando.

—Sí, pero... —El chico miró por la ventanilla el terreno árido por el que pasaban—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí, en total? ¿Tres meses?

—Siete.

—Sí. —Hizo un gesto de asentimiento—. Por supuesto. Bueno, después de esto podrás irte a casa —dijo, con una sonrisa.

Eliot lo miró.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno. ¿Por qué?

—¿Cuánto sabes de lo que estás haciendo?

—Todo. —Se rio el chico—. Eliot, me han dado un informe completo. Me he pasado seis semanas en un curso de preparación intensiva. Me seleccionaron por mi talento. Sé lo que estoy haciendo.

Eliot no dijo nada.

—Hace cuatro meses, Virginia Woolf suelta una palabra desnuda en Broken Hill, Australia, ciudad que cuenta con una población de tres mil personas. Ahora la población es cero. La historia oficial: una explosión en la planta de refinería que provoca un escape tóxico de consecuencias catastróficas. La ciudad está ahora rodeada por una valla en un radio de ocho kilómetros. Unos carteles de advertencia prometen una muerte segura a todo el que traspase esa valla. Lo gracioso es que esos carteles no mienten. La gente a la que enviamos allí, no vuelve a salir. De ahí la teoría de que la palabra todavía está en la zona. —Se sacó la camisa de la cinturilla de los pantalones y la agitó para abanicarse—. Una locura, ¿verdad? Que una palabra pueda persistir. Colgada en el aire, como un eco.

—No puede.

—Y, entonces, ¿qué? Porque allí dentro hay algo malo, y no es un vertido tóxico.

Eliot estuvo a punto de no decirlo:

—Tal vez sea Woolf.

—Hummm —dijo el chico—. Ya, nadie cree realmente que eso sea plausible, Eliot. Todos estamos bastante seguros de que Woolf está muerta. —Dio unos toquecitos con aire distraído en el cristal de la ventanilla—. Tenemos un satélite enfocado hacia esa ciudad. Hemos sacado imágenes desde cien ángulos distintos. Nada se mueve allí.

Eliot condujo un rato en silencio.

—Soy el mejor que hay, defensivamente hablando —siguió el chico—. No me malinterpretes, no es que quiera alardear de ello. Pero esa es la razón por la que estoy aquí. Fui seleccionado porque no puedo ser subyugado. No va a haber ningún problema.

—Supongo que te das cuenta de que estás apostando tu vida.

—Me doy cuenta.

Eliot le dirigió una mirada. «Veintiuno», pensó.

—¿Quién te eligió? ¿Yeats?

—He tenido el honor de hablar con Yeats, sí.

—No tienes que hacer esto.

Ahora fue el chico quien lo miró a él. «Dame una señal —pensó Eliot—, y

pasaremos de largo Broken Hill, Campbell, seguiremos hasta llegar a un aeropuerto. Para cuando anochezca ya estaremos en otro país. ¿Alguna vez has pensado en renunciar, Campbell? ¿En largarte, simplemente? Y déjame que te pregunte una cosa más: ¿Te has dado cuenta de que hay algo en Yeats que no está bien? Como ¿algo muerto? ¿Lo has notado?».

El chico apartó la mirada.

—Llevas demasiado tiempo en el desierto, Eliot.

Eliot contempló la carretera infinita.

—En eso tienes razón —dijo.

Condujo hasta la valla de tela metálica y apagó el motor. Permanecieron un momento en silencio, mirando los carteles. CONTAMINACIÓN. TÓXICA. NO TRASPASAR. MUERTE. Calaveras y gruesas líneas rojas. El calor presionaba como una mano.

—Son palabras, ¿no es cierto? —dijo el chico—. Palabras de miedo. —Se soltó el cinturón de seguridad—. Necesito salir de este coche.

En el exterior no hacía más fresco, pero al menos el aire se movía, arrastrando consigo polvo y arena. La carretera estaba bloqueada con una maraña de alambre de espino. A derecha e izquierda, la valla de tela metálica se extendía hacia el horizonte, con carteles colgando de ella a cada pocos metros. Unos cuantos arbustos enanos sobresalían de la tierra rojiza. El paisaje continuaba igual hasta donde alcanzaba la vista.

Eliot tenía cortaalambres en el maletero, por si acaso, pero nada había cambiado desde la última vez que había estado allí: el alambre serpenteaba por la carretera, pero no estaba fijo al suelo. No era necesario que lo estuviera. El chico tenía razón: eran las palabras las que mantenían a la gente fuera de allí. Eliot cogió el alambre y lo arrastró hacia un lado.

El chico estaba tratando de envolver su cabeza con su chaqueta de lino.

—Tengo una gorra ahí detrás —dijo Eliot—. Llévatela.

—No hace falta.

—Llévate la gorra. —Abrió la puerta trasera y sacó la gorra y una botella de agua.

—Vale. Gracias. —El chico se colocó la gorra. En la parte frontal se leía: EL TRUENO DEL CONFÍN DEL MUNDO. Eliot se la había comprado a un vendedor callejero en Adelaida—. ¿Qué tal me queda?

—¿Llevas un teléfono vía satélite?

—Sí.

—Llámame.

—Funciona. Lo comprobé en el aeropuerto. Te llamaré cuando llegue a la ciudad.

—Llámame ahora.

El chico sacó el teléfono y tecleó. El de Eliot empezó a sonar.

—¿De acuerdo? —preguntó el chico.

—Llevarás una batería de repuesto.

—Sí.

—¿Y la principal está llena?

—Está bien.

—¿Está llena?

—Mira. —El otro le mostró la pantalla—. ¿Ves la pequeña batería? Sé cómo usar un teléfono.

—Llámame en cuanto dejes de verme con nitidez. A partir de ahí mantén la línea abierta. Si la llamada se corta, sigue intentándolo hasta que consigas conectar.

—Lo haré.

—¿Cuál es tu segmento?

—¡¿Qué?!

—¿Es noventa y tres?

La expresión del chico se volvió vacía. Los entrenaban para hacer eso. El chico estaba pensando en alguna otra cosa: algo feliz, o algo triste, o algo traumático, solo él lo sabía. Se suponía que eso evitaba que pudieran leerle la mente, añadiendo ruido a su expresión facial.

—Eres un noventa y tres.

—Mierda —dijo el chico—. Se supone que no puedes hacer eso. ¿Por qué lo haces?

—Para tu protección.

—No importa. No puedo ser subyugado. ¿Quieres probarme? Adelante.

Eliot pensó en ello un momento. No dudaba de que el chico fuese bueno. Pero lo más probable era que hubiese hecho la mayor parte de su trabajo en un ambiente relativamente controlado. Si Eliot se le abalanzaba encima, le ponía una pistola en la boca y le gritaba palabras... Bueno, no era exactamente lo mismo.

—No te preocupes por mí —dijo el chico—. Estoy listo para entrar ahí.

—No asumas ningún riesgo. Si algo no te da buena espina, no investigues. Aléjate, simplemente. No tenemos por qué hacerlo todo hoy.

El chico se ajustó la gorra. Pensaba que Eliot estaba loco, por supuesto.

—Bueno, pues voy a hacerlo.

—Buena suerte —asintió Eliot.

—Eh —le dijo el otro—. Gracias.

Rodeó la alambrada y empezó a avanzar por la carretera.

Con la distancia, el cuerpo del chico parecía temblar entre el aire caliente que ascendía desde el asfalto. Pronto resultó difícil distinguirlo, su silueta se confundía

con las corrientes de aire. Eliot observaba con una mano a modo de visera para protegerse del sol.

Sonó su teléfono móvil

—Gracias por la gorra —dijo el chico—. Ahora me alegro de tenerla.

—De nada.

—En serio, nunca he pasado tanto calor.

—¿Puedes ver los arrabales de la ciudad?

—Todavía no.

—Deberían estar cerca.

—Sí, lo sé. He estudiado a fondo los mapas.

Guardaron silencio. El sol golpeaba la cabeza de Eliot. Debería meterse en el coche. Esperaría unos minutos para hacerlo. Cuando el chico llegase a la ciudad.

—Le diste clase en la Academia. A Virginia Woolf. Eso he oído. ¿Es cierto? —El chico jadeaba un poco—. Tenemos que estar una hora al teléfono, Eliot, así que podemos hablar. ¡Dios! —Sopló—. Este calor es insoportable. —Eliot le oyó dar un trago de agua de la botella.

—Sí, le di clase a Woolf.

—¿Lo viste venir? En algún momento, quiero decir. ¿Alguna vez tuviste la sensación de que ella podría...?

—Podría ¿qué?

—Volverse loca —dijo el chico—. Aniquilar una ciudad entera. No pretendo ofender tu capacidad de observación, que es, claramente, muy buena. Solo me estoy preguntando cómo es posible que algo así se pase por alto. ¿Sabes? No fuiste solo tú. Fue todo el mundo. Se supone que conocemos a la gente.

—Hay un riesgo en entrenar a cualquiera. En el caso de Woolf, su potencial parecía justificarlo. —Se encogió de hombros, aunque no había nadie allí para verle hacerlo—. Nos equivocamos.

—Nunca llegué a conocerla. Ya se había ido cuando yo empecé. —Tosió—. Había sido expulsada, quiero decir. Desterrada. Lo que fuera. Hay muchísimo polvo. El viento... Creo que veo la refinería.

—Mantén los ojos abiertos.

El chico soltó una carcajada que se convirtió en una nueva tos.

—En serio, me estás poniendo nervioso sin ningún motivo. Aquí no hay nadie.

Eliot no dijo nada.

—¿Sabes lo que hago? ¿En la organización? Estoy en el Departamento Digital. Servicios web. ¿Sabes a lo que me refiero?

—La verdad es que no.

—Deberías. Ahí es donde radica todo ahora mismo. Deja que te lo cuente. Que te ponga al corriente.

—Bien —aceptó Eliot.

—Bueno, no tienes por qué seguirme la corriente. No me importa. Solo te estoy ofreciendo una visión de lo que el propio Yeats ha llamado, y cito, el mayor vector de ataque desde la imprenta, fin de la cita.

—Bien.

—La organización está cambiando, Eliot. Ya no se trata de los periódicos y la televisión. Eso pertenece a la vieja escuela. Ha quedado obsoleto. Y vosotros, los más viejos, si no tenéis cuidado, os quedaréis también obsoletos. No querrás ser obsoleto, ¿verdad?

—No.

—No. Entonces, deja que te eche una mano. —El chico empezó a jadear durante un rato—. La clave de la Web es que es interactiva. Esa es la diferencia. En la red, si alguien visita tu página ya puedes realizar un pequeño sondeo. Dice: «Eh, ¿qué piensas sobre los recortes de impuestos?». Y la gente responde y nos muestra su segmento. La primera ventaja la tenemos ahí mismo. No estás solo haciendo proselitismo, o hablando en el vacío. Estás recibiendo datos. Pero aquí viene la parte verdaderamente inteligente. Tu página no es estática. Se regenera dinámicamente. ¿Sabes lo que eso significa?

—No.

—Significa que la página tiene un aspecto diferente para cada persona. Digamos que eliges la opción de la encuesta que dice que estás a favor de los recortes en impuestos. Pues bien, ahora en tu ordenador hay una *cookie* y cuando vuelvas a entrar en la página, los artículos que verás en ella tratarán sobre cómo está gastando el gobierno tu dinero. La página está seleccionando contenido basándose en lo que tú quieres. Quiero decir, no en lo que tú quieres. En lo que te hará enfadarte. Lo que captará tu atención y reforzará tus creencias, y te hará confiar en la página. Y si dijiste que estabas en contra de los recortes en impuestos, te mostraremos historias de Republicanos bloqueando los programas sociales o lo que sea. Funciona en todas direcciones. Tu página está hecha de espejos que reflejan los pensamientos de todo el mundo. Es genial, ¿a que sí?

—Sí, genial.

—Y ni siquiera hemos empezado a hablar de palabras clave. Esto es solo el principio. La tercera ventaja principal: la gente que utiliza una página como esta tiende a incrementar su dependencia de ella. De repente todas esas fuentes de información, las que no están enmarcando cada historia en términos de las más profundas creencias del usuario, empiezan a parecer confusas y extrañas. Empiezan a parecer parciales, en realidad, lo cual es hasta gracioso. Así que ahora tienes a un usuario que no solo confía en ti, sino del que eres su mayor fuente de información sobre lo que está ocurriendo en el mundo. ¡Bum! Ese tío es tuyo. Puedes decirle lo

que quieras y nadie te contradice. Es... —El chico tragó aire—. ¡Oh, mierda!

—¿Qué pasa?

—Me parece que estoy viendo un cuerpo.

—¿No sabías que habría cuerpos?

—Lo sabía. Claro que lo sabía. Pero saberlo y verlo son dos... ¡Oh, qué asco! Es desagradable.

—Llevan cuatro meses al sol.

—Sí. Se nota.

—¿Es solo huesos o...?

—Principalmente huesos —dijo el chico—. Esa es la parte desagradable. — Durante un rato, Eliot no escuchó nada más que su respiración—. ¡Puaj! Están por todas partes.

—Me estabas hablando del Departamento Digital.

—¿Cómo crees que murieron? —Su voz sonaba ahogada, como si estuviera cubriéndose la boca con la manga de su camisa—. ¿La palabra desnuda les reventó el jodido cerebro? ¿Como un aneurisma? Porque no da la impresión de que muriesen por un aneurisma.

—¿Por qué no?

—Están en grupos. Como si se arrastrasen para juntarse y luego muriesen.

Eliot permaneció en silencio.

—Bueno... sí, lo del Departamento Digital. —La voz del chico flaqueó—. Cuarta ventaja. Podemos susurrar. Un problema con los viejos medios de comunicación siempre ha sido que no podemos controlar quién está mirando. Hay una autoselección: la gente no ve programas que van en contra de sus creencias, pero aun así sigues teniendo personas del segmento equivocado que sí los miran. Y esas personas piensan que estás vendiéndoles basura, por supuesto, porque lo estás haciendo, y a veces montan un enorme jaleo sobre ello, y eso le llega al segmento que sí es tu objetivo. Entonces tienes una herida en tu mensaje. En el Departamento Digital, ese problema desaparece. Puedes decirle cosas a un usuario y nadie más puede oírlas, porque el mensaje está generado dinámicamente para ese usuario en concreto. Para el siguiente usuario la página tiene un aspecto diferente. Resultado final: tienes a personas de distintos segmentos y todas ellas están de acuerdo en nada, literalmente nada, excepto en que la página es una fuente genial de información imparcial. —Tomó aire—. Estoy pasando al lado de unas casas. Casas feas y horribles.

—¿Estás bien?

—Sí. Bien. Solo tengo calor.

—Descansa un poco si lo necesitas.

—¿Por qué crees que están en grupos?

—No lo sé.

—¿Crees que podrían ser familias? Como si... ¿hubieran tenido tiempo para localizar a la gente a la que amaban?

—Tal vez.

—No creo que sea eso. Algo en la forma... No sé. Pero no lo sé. —Sonó una especie de arañazo en el teléfono—. Necesito beber algo.

—Descansa.

El chico tragó agua.

—No. Quiero acabar con esto. —Hizo un silencio—. Bueno... eso es el Departamento Digital. Muy guay, ¿verdad que sí?

—Me hace preguntarme por qué nos preocupamos de todo lo demás.

—Eh. Sí. Bueno, tenemos un problema con los usuarios no identificados. Alguien visita nuestra página por primera vez, y no tenemos ni idea de quién es. No sabemos qué mostrarle. Podemos hacer suposiciones basadas en dónde están geográficamente y en el software que están utilizando. Pero eso está lejos de ser óptimo. Estamos mejorando. ¿Sabes algo acerca de las redes sociales?

—No.

—Estás... Necesitas estar al día, Eliot. Es el futuro. Todo el mundo está creando páginas para sí mismos. Imagínate a cien millones de personas rellenando encuestas y tecleando sus programas favoritos de televisión y sus inclinaciones políticas, día tras día. Es el mayor perfil de datos de la historia. Y es algo voluntario. Esa es la parte graciosa. La gente se opone a realizar un censo, pero dale una página web donde rellenar su perfil y se pasarán el día entero diciéndote quiénes son. Lo cual es... bueno... para nosotros... obviamente...

—¿Qué ocurre?

—Hay un... Ah, no pasa nada.

—¿Qué es?

—Una gasolinera. El lugar está quemado. Hay coches por todas partes. Y uno está... sí, uno está volcado. No está... uf... no está mal, ¿eh, Eliot? ¿Una palabra que puede volcar coches? —Se rio con estruendo—. Eso es neurolingüística jodidamente impresionante, ¿no te parece?

—¿Hay cuerpos?

—¡Claro que hay cuerpos! ¡Estoy hundido hasta las rodillas en cadáveres! ¡Da por hecho que hay cuerpos a no ser que te diga lo contrario!

—Entendido.

Campbell jadeó:

—No estoy hasta las rodillas. Lo... siento, estoy exagerando. Pero hay un montón. Muchísimos. —Tragó saliva varias veces—. ¿Cómo puede haber tantos? Quiero decir, ¿qué hizo? ¿Cómo pudo matar a todo el mundo?

—Descansa.

—¡Joder!

—Campbell. Necesitas calmarte.

—Veo el hospital. Está calle arriba. La calle que está jodidamente llena de cadáveres.

—Puedes dar la vuelta. No es necesario que lo hagas hoy.

El chico cogió aire y su voz sonó trémula:

—Sí, tengo que hacerlo, Eliot.

—No es tan importante. Olvídate de Yeats.

Se oyó un sonido extraño, como si se sorbiera la nariz. Luego Eliot lo identificó con una risa.

—Definitivamente llevas demasiado tiempo fuera, Eliot. Sin duda. «Olvídate de Yeats». ¡Joder, tío! —Cogió aire—. Hay montones de daños por aquí. Los coches están subidos a la acera. Lo vi en las imágenes por satélite, pero de cerca es... más real, supongo. En la pantalla del ordenador solo parecían estar mal aparcados. Como si todo el mundo hubiera tenido mucha prisa. Pero... chocaron contra cosas. Todos están... todos están en un sitio concreto por una razón. —Tragó saliva—. Estoy casi en el hospital. Parece... más pequeño... de lo que esperaba, en realidad. Como una biblioteca. Veo la entrada de Urgencias. Hay una ambulancia delante. Me refiero a una furgoneta. Una furgoneta paramédica, encima de la acera. La entrada de Urgencias es toda de cristal, pero no puedo ver el interior. —Eliot oyó que el chico se detenía—. Está muy oscuro ahí dentro. O sucio, o algo. —Titubeó—. Voy a rodear el edificio para ir a la entrada principal, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Es solo que no creo que sea necesario pasar por esa habitación negra si hay otra forma de entrar.

—Estoy de acuerdo.

—Vale. Estoy subiendo hacia la puerta principal. Mierda. Ni siquiera sé si esto es mejor.

—Dime qué ves.

—Cuerpos. Cuerpos disecados, amontonados contra el cristal. Pero, al menos, puedo ver el interior. Estoy delante de la puerta. Hay...

—¿Qué? —Esperó—. ¿Campbell?

—Se oye un sonido.

—¿Qué clase de sonido?

—No lo sé. Cállate un segundo, déjame escuchar. —Pasó un minuto—. Es como un zumbido.

—¿Una persona?

—No. Como una máquina. Algo eléctrico. Pero eso no puede ser. Aquí no hay

electricidad. No es demasiado alto. Voy a abrir la puerta. —Se oyó una especie de raspadura. Eliot oyó que el chico tenía una arcada—. ¡Me cago en la puta!

—¿Qué pasa?

—El olor.

—Párate. No te muevas de donde estás.

—De acuerdo. De acuerdo. Me he detenido.

—Mira a tu alrededor. Cuéntamelo todo.

—Sillas. Mostrador de recepción. Mierda en las paredes.

—¿Mierda?

—Me refiero a cosas. Anuncios. Vacúnate. Ocho de cada diez madres sufren de depresión posparto. ¿Cuándo te hiciste un análisis de próstata?

—¿Qué pasa con el sonido?

—Oh. Sí, son moscas. Diez billones de moscas.

—Quédate ahí un momento.

Pasó el tiempo.

—Ella no está aquí, Eliot. Te lo dije. Si hubiera algo más grande que una ardilla moviéndose por aquí, lo sabríamos.

—Un conejo. En Australia no hay ardillas.

—¿No...? —El chico estalló en una carcajada—. ¿No hay ardillas? ¿Me tomas el pelo?

—No.

—¡Joder, entonces a lo mejor me mudo a vivir aquí! ¡Esto empieza a parecer el puto paraíso!

—Que no se te vaya la cabeza.

La respiración del chico se volvió áspera e irregular.

—Tienes razón. Tienes razón. —Se tranquilizó—. Voy a entrar. —Se oyó un chirrido. El sonido ambiente cambió, se volvió más espeso—. Estoy dentro.

—Cuéntamelo todo.

—Hay líneas en el suelo. Líneas de colores. Tío... Bueno, supongo que seguiré la roja. De Urgencias. Hay montones de cadáveres... Es difícil esquivarlos. ¡Jesucristo! Nunca voy a poder quitarme este olor de encima. —Ruido de pies arrastrándose—. Los cuerpos mantienen las puertas abiertas. Estoy en un pasillo. Cada vez está más oscuro. Las... oh... sí, las luces no funcionan. Solo lo estoy confirmando. Hay...

—¿Qué?

—Hay un cráneo con un hacha clavada.

—¿Un hacha?

—Sí. Un hacha roja. Del sistema antiincendios. Observo la caja de la pared de donde la sacaron. Alguien rompió el cristal y sacó el hacha y la hundió en la cabeza de este tipo. ¿Eh? ¿Eliot?

—¿Sí?

—Voy a coger el hacha. ¿De acuerdo? Solo... Me sentiría mejor si la llevase encima. Así que voy a dejar el teléfono un momento para coger el hacha.

—De acuerdo.

El teléfono produjo un sonido seco. Eliot oyó al chico gruñendo, y luego un breve chillido.

—¿Estás ahí?

—Estoy aquí.

—La tengo —dijo el chico, riéndose—. Acabo de sacar una jodida hacha de una cabeza. —Resopló—. Me siento mejor. Me siento eufórico. Eh. Se me ha ocurrido una idea. Voy a hacer una foto y te la envío.

—¿Con tu teléfono?

—Sí.

—¿Puedes hacerla sin colgar la llamada?

—No estoy... uh... seguro.

—Entonces no la hagas.

—Te la envío y te llamo de inmediato.

—No cuelgues.

—De acuerdo. Joder. De acuerdo, vale. Solo era una idea. Veo las puertas que dan a Urgencias ahí delante. Es una puerta de doble hoja. Hay montones de... oh. Acabo de descubrir que es esa cosa negra que hay en las paredes.

—Sangre.

—Sí. Montones y montones de sangre. —Una pausa—. ¿Eso de ahí...? Sí. Son ellos.

—¿Quién?

—Un equipo de extracción. Conozco a estos tipos. Quiero decir... Vi su vídeo. ¿Sabes esos tíos con trajes negros que a veces utiliza Yeats? ¿Los soldados con gafas protectoras? Se supone que les sirven de pantalla para que no puedan ser subyugados.

—Sí.

—Son ellos. Algunos de ellos, vamos. No llevan puestas las gafas. Están... están bastante destrozados.

—¿Cómo?

—Están entrelazados. Los unos con los otros. Tienen la cara negra. Sangre seca. No tienen ojos. No sé si... No sé si eso es cosa de la descomposición o si... o es... yo qué sé. —Su voz tembló—. Da la impresión de que los han metido en una jodida trituradora, Eliot.

Eliot se dio cuenta de que el chico estaba llorando.

—Campbell...

—Pero ellos no eran poetas. Esa es la diferencia. Yo soy el rey de las defensas.

—Vuelve. Puedes informar de lo que has visto. Mañana vuelves a intentarlo.

—No. No.

—Yeats puede esperar otro...

El chico alzó la voz:

—Eliot, tú no tienes ni puta idea de lo que se ha de hacer, ¿de acuerdo? Has estado en el maldito desierto y no lo sabes. No voy a decirle a Yeats que llegué hasta aquí y que me fui. Eso no va a pasar, y si tuvieras una mínima idea de lo que pasa ni siquiera lo sugerirías.

—No todos nosotros estamos de acuerdo con Yeats.

Campbell inhaló aire durante un rato.

—Podría acabar contigo, Eliot. Podría tener tu cabeza en un plato por lo que acabas de decirme.

—Lo sé.

—Sí. Sí. —Transcurrieron unos segundos—. Hay una puerta delante de mí. Una puerta de doble hoja cerrada. El cartel dice URGENCIAS.

—Campbell, por favor.

—Quiero sujetar el hacha con las dos manos. Voy a sujetar el teléfono con el hombro. —Se oyó un nuevo chirrido. Su respiración se escuchaba entrecortada, a bocanadas—. Eh, ¿Eliot?

—¿Sí?

—Te lo agradezco. Eso que has dicho sobre Yeats. Ha estado bien.

—Campbell, por favor, para. —En su mente surgieron palabras de orden. Pero a través del teléfono sonarían débiles. Probablemente no tendría sentido.

—Si algo sale mal, quiero que le digas a Yeats que soporté bien la presión —dijo el chico—. Estoy abriendo la... —Se oyó un chirrido de bisagras.

—¿Qué ves?

La respiración del chico.

—¿Campbell? ¿Qué ves? Háblame.

El teléfono retumbó en su oído. Lo apartó lo más lejos que pudo de su oreja, y cuando volvió a escuchar, no había nada al otro lado aparte de aire muerto. Se había caído al suelo, pensó, eso era el ruido. El chico lo había dejado caer.

Le pareció oír un leve crujido: ¿los zapatos del chico?

—¿Campbell? —Repitió el nombre una y otra vez, y otra y otra, y no obtuvo respuesta.

Eliot esperó apoyado en el coche mientras el sol se ponía a su espalda y el calor sangraba del aire. No esperaba que el chico fuese a volver. Pero le estaba dando la oportunidad de hacerlo.

¿Por qué estás aquí, Eliot? Ya ves hacia dónde está yendo la organización. Sabes lo que va a pasar. Y, aun así, sigues aquí.

En una hora todo estaría oscuro. Entonces se subiría al coche, conduciría durante cuatro horas hasta llegar a su hotel y telefonaría a Yeats. Le diría que Campbell no había regresado, manteniendo su voz vacía, y Yeats expresaría su pesar con el mismo tono de voz.

«Emily, Emily —pensó—. ¿A dónde fuiste?».

Algo brilló en la carretera. Entrecerró los ojos. La calina se había levantado, pero el viento le lanzaba polvo a los ojos. Al rato estuvo seguro: alguien se acercaba. Eliot se puso rígido. Alzó una mano. La figura no respondió. Había algo extraño en el modo en que se movía. Su caminar era desequilibrado, como si cojease. ¿Y si no era Campbell? Pero tenía que serlo. No había nadie más allí.

Pasó un minuto. La bruma se condensó para formar la figura de Campbell. La razón de su cojera era que iba cargando con un hacha.

Eliot volvió al coche, abrió la guantera y sacó su pistola. Cuando regresó frente a la valla, Campbell estaba a unos doscientos metros. Eliot podía ver la expresión de su cara, aquella especie de concentración vacía.

Se puso el arma en la cinturilla del pantalón y colocó las manos a modo de bocina en su boca:

—¡Campbell! ¡Quieto ahí!

El chico continuó avanzando. Tenía la camisa empapada de sudor. La pelambreira húmeda y enmarañada sobresalía por debajo de la gorra. Había perdido un zapato.

—¡Campbell, suelta el hacha!

Por un momento pensó que el chico obedecía. Pero no, lo que estaba haciendo era levantar el hacha por encima de su hombro. Cincuenta metros. Lo suficientemente cerca para percibir el olor.

—¡*Vestid foresash raintrae valo!* ¡Alto!

El chico atravesó la barrera de palabras como si fuesen de agua. Eliot sacó la pistola.

—¡Quieto! ¡Campbell, para! ¡*Valo!* ¡Alto! ¡*Valo!*

Los labios del chico se retrajeron. Los tendones de sus antebrazos se tensaron. Levantó más el hacha. Eliot apretó el gatillo. El chico emitió un gruñido, pero su expresión no cambió. Eliot disparó dos veces más. El hacha cayó con estruendo sobre el asfalto. El chico se desplomó y quedó de rodillas. Intentó levantarse, gruñó de nuevo y cayó de bruces en la carretera.

Eliot se puso en cuclillas. El sol ya casi se había puesto. El mundo entero estaba inundado de color naranja. Eliot se incorporó y comenzó a cargar el cuerpo en el coche.

Lo enterró en el desierto y condujo hacia la noche. Cuando distinguió las luces de la ciudad ya no pudo soportarlo por más tiempo y se detuvo en el arcén. Bajó, se apoyó en el coche y marcó un número en su teléfono, inhalando aire nocturno. Varios coches silbaron al pasarle.

—¿Sí?

—Soy Eliot.

—Ah. —Oyó un tintineo: cubitos de hielo en un vaso—. ¿Cómo se está desarrollando todo?

—Campbell está muerto.

Oyó cómo Yeats daba un trago de su bebida.

—¿Quieres decir que no consiguió volver?

—Quiero decir que le he disparado en el pecho. —Cerró los ojos, pero la sensación no mejoró, así que los abrió de nuevo—. Quiero decir que salió de allí con un hacha y le disparé.

—Suenas intranquilo.

Eliot bajó el brazo para apartar el teléfono de su oído. Cuando pudo, volvió a levantarlo.

—Estoy bien.

—Estás diciendo que Campbell se volvió loco. ¿Es eso correcto?

—Sí. Loco. Subyugado. Algo.

—¿Sabes cómo sucedió?

—Llegó a la unidad de Urgencias. Estábamos hablando. Luego él simplemente dejó de hacerlo.

—¿Cómo sonaba hasta ese momento?

—Sonaba bien bajo presión.

Se produjo un silencio.

—Resulta muy intrigante —dijo Yeats—. Lo que daría por saber lo que Woolf hizo allí.

Eliot esperó.

—Vuelve a casa, Eliot. Ya ha pasado el tiempo suficiente.

—No he encontrado a Woolf.

—Woolf está muerta.

—No lo creo.

—Deja de creer lo que quieres creer. Es impropio de ti. No has encontrado ningún rastro. Tu misión ha concluido. Vuelve a casa.

Eliot apoyó la cabeza contra el metal frío del coche y cerró los ojos.

—Sí, señor.

Apareció un punto en el paisaje nevado. ¿Un coche? Sí. Eliot comprobó el estado de

su chaqueta y se aseguró de que la pistola no estuviese a la vista.

Detrás de él, las pisadas de Wil resonaron en las escaleras del avión. «Ha sido rápido —pensó Eliot—. Debe de haber pensado en algo».

—¿Qué ha pasado con lo de «merecer la pena»? —gritó Wil—. ¿No es eso lo que me dijo? Esa gente que murió, ¿yo tenía que hacer que hubiera merecido la pena salvarme?

Eliot no contestó.

—¿Eso es un coche?

La nieve crujió bajo los zapatos de Wil. Se detuvo junto a Eliot, envolviéndose con sus brazos. Eliot le miró.

—No me deje, hijo de puta —dijo Wil.

—Bien.

—¿Qué? Entonces... ¿todo bien? ¿Seguimos juntos?

—Sí.

—Y, entonces, ¿qué diablos era eso de antes? ¿Una broma?

El coche redujo la velocidad. Eliot distinguió unas caras a través del parabrisas mirando boquiabiertas el avión.

—Esto será más fácil si mantienes la calma.

—¿Ahora me está tomando el pelo? ¿Estoy intentando hacer frente a... unos poetas asesinos y mágicos y usted me toma el pelo?

—He cambiado de opinión —dijo Eliot—. Tenías razón —añadió, y avanzó hacia el coche.

CIUDADES FANTASMA: #8:

BROKEN HILL (AUSTRALIA)

Como consecuencia del descubrimiento, en 1883, del depósito más rico del mundo de mineral de zinc-plomo, Broken Hill se convirtió en una de las mayores ciudades mineras. En su época de más auge, había hasta treinta mil residentes, muchos de ellos empleados por la Empresa Propietaria de Broken Hill (BHP).

Sin embargo, a raíz del agotamiento de dos de las minas principales en los años setenta, la ciudad comenzó a entrar en decadencia. Varias minas más pequeñas continuaban activas, pero el aislamiento (la ciudad más próxima está a casi quinientos kilómetros) y el entorno inhóspito contribuyeron a un descenso continuo de población.

A primera hora de la tarde del 14 de agosto de 2011, la refinería de zinc-plomo, situada cerca del centro de la ciudad, sufrió una explosión catastrófica seguida de un incendio que se propagó con rapidez. Según los informes, un río letal de isocarbonato de metilo fluyó por la calle principal. En cuestión de pocas horas, la totalidad de los tres mil residentes murieron a causa de los gases tóxicos. Varios servicios de emergencia que entraron en la ciudad durante las horas siguientes sufrieron el mismo destino.

Actualmente la ciudad está protegida por una valla a un radio de ocho kilómetros, y se considera que continuará siendo inhabitable durante los próximos doscientos años.

De: www.nationstates.org/pages/topic-39112000-post-8.html

Re: ¿¿¿Conspiraciones en Broken Hill???

De lo que la gente no se da cuenta con respecto a Broken Hill es que muchas de las personas no murieron por los gases, al menos no directamente. Fue el pánico que sintieron al comprender lo que estaba ocurriendo y no poder salir de allí. Mi tío estaba en el equipo del primer perímetro y dijo que allí la gente se mataba entre sí, unos a otros.

[D O S]

Estaba sentada en un sillón de cuero rojo, observando un pez. El pez estaba en el interior de un reloj de arena, pero en lugar de arena había agua. Cada pocos segundos, una gota caía de la parte superior a la inferior con un *plinc* que Emily podía oír porque la habitación era como un mausoleo. El pez daba vueltas, inflándose como un globo al acercarse al cristal curvado y encogiéndose otra vez al volver al centro. No parecía importarle que su mundo se estuviera extinguiendo gota a gota. Aquello era alguna clase de arte, supuso Emily. Estaba instalado en medio de la habitación sin ninguna otra función aparente, así que tenía que ser arte. Tenía algún significado relacionado con el tiempo o el renacimiento. No lo sabía. De todos modos, no debería estar pensando en el pez. Se hallaba en una situación comprometida.

Charlotte la había llevado hasta allí y la había dejado sola en la habitación, desapareciendo luego con el taconeo de sus pisadas alejándose hacia las profundidades. No le había hablado durante todo el tiempo, ni una sola palabra, pese a que Emily había tratado de provocarla. Aquella mañana Charlotte había mostrado una suavidad perturbadora. Una especie de compasión en su silencio, algo que a Emily no le había agradado en absoluto.

Le hubiera gustado que Jeremy estuviese allí. Deseaba que existiera alguna posibilidad de que el día terminase en su habitación, ella contándole a él lo que le había ocurrido. «No te vas a creer el reloj de agua con un pez dentro que tienen», le diría. Y Jeremy no contestaría nada, pero ella sabría que le picaba la curiosidad.

Su tiempo en la escuela había terminado. Eso era lo que Eliot había dicho. Pero nadie le había hecho marcharse. La habían cambiado de habitación, y por la mañana había encontrado un uniforme limpio colgando de la puerta. Luego había aparecido Charlotte, suave y callada. Emily no sabía cómo interpretar todo aquello.

Estaba pensando seriamente en salir corriendo. Sabía por experiencia que había muchos problemas que podían solucionarse echando a correr. No estaba exactamente segura de por dónde se llegaba a la calle, puesto que había llegado hasta allí en ascensor desde el garaje subterráneo, pero le daba igual. Valía la pena mantener esa idea en mente como posible opción. Miró fijamente el reloj de agua. *Plinc. Plinc.* No distinguía ningún mecanismo que lo hiciese girar, pero debería moverse pronto, porque el nivel del agua estaba bajando considerablemente.

Oyó el ruido de unos tacones y los identificó con Charlotte. Era su última oportunidad de huir, y la dejó pasar. Charlotte entró y cruzó la habitación sin mirarla a ella. Abrió una puerta y esperó.

Emily se puso en pie.

—¿Nos vamos?

Charlotte no respondió. Le dirigió una mirada que le hizo sentir que se había

equivocado al no echar a correr. Pero ya era demasiado tarde. Saldría de allí de un modo u otro. Siempre lo hacía.

—De acuerdo —dijo, y cruzó la puerta.

Charlotte la guio hacia una escalera y después a una puerta en la que un cartel indicaba que era el acceso a la azotea. La abrió y Emily se vio envuelta por la luz del sol.

La azotea tendría unos cien metros de largo y en ella había jardines, una piscina y una pista de tenis. Una especie de complejo turístico flotante. Y Emily podía ver a su alrededor otras azoteas en el cielo, todas de la misma altura, porque aquello era Washington. Se quedó un momento absorta en el paisaje, hasta que oyó que la puerta se cerraba a su espalda. Se volvió y Charlotte había desaparecido.

—Vaya —dijo.

Comenzó a explorar los jardines. Detectó un ruido, algo parecido a *soc*. Siguió el sonido y se encontró ante un hombre vestido con unos pantalones de color gris claro, sin chaqueta, situado de espaldas a ella, sobre una alfombra verde. Tenía las rodillas ligeramente dobladas y sostenía en alto un palo de golf. Emily se quedó muy quieta, porque incluso desde donde estaba se dio cuenta de que aquel hombre era Yeats, el hombre con el que Jeremy había prometido que ella nunca hablaría, el hombre de los ojos de tiburón.

Yeats bajó el palo, *soc*, y una bola de golf dibujó un arco en el aire. Emily la siguió con la mirada, convencida de que caería en uno de los otros edificios, pero estaban más lejos de lo que parecía. La bola cayó por debajo del horizonte que marcaba el murete de la azotea. A Emily le pareció que supondría un peligro cuando llegase al suelo. Una especie de bala.

Yeats se volvió hacia ella. Para alivio suyo, llevaba puestas unas gafas de sol. Su aspecto era casi normal. O quizá no normal, pero sí el de un político: un congresista o un senador, alguien que podría decirle que el país necesitaba una limpieza. Más sólido que normal. No sonreía, pero tampoco parecía estar enfadado. Se limitaba a mirarla.

—Hola —dijo Emily.

Yeats cogió un trapo de color blanco y comenzó a limpiar el extremo de su palo de golf. La tarea le ocupó un rato, pero a Emily le pareció que sus ojos no se apartaron en ningún momento de ella. Cambió el peso de su cuerpo de una pierna a la otra.

—Charlotte me ha traído hasta aquí, pero...

—*Vartix velkor mannik wissik*. Permanece callada.

La boca de Emily se cerró. Ocurrió antes de que se diese cuenta de que la estaba cerrando. Lo sorprendente fue que sintió como si fuese decisión suya. Ella realmente, genuinamente, quería permanecer callada. Eran las palabras, era Yeats, que la

subyugaba, lo sabía, pero no sentía que fuese así en absoluto. Su cerebro no paraba de razonar y ofrecerle motivos por los que debería estar callada en aquel preciso momento, explicarle por qué era una buena idea, y su cerebro le hablaba con su propia voz. No sabía que la subyugación era así.

Yeats cogió una pelota de golf de una cesta y la dejó caer sobre la alfombra verde. Se colocó en posición, levantó el palo, golpeó la pelota y observó cómo volaba a lo lejos. Cuando desapareció de la vista, volvió a la cesta y repitió todo el proceso. Emily se percató de que no estaba mirando dónde caían aquellas pelotas. No era como si disfrutase de alguna clase de gozo perverso por convertir las pelotas de golf en balas. Era más como si no le importase. Emily había malinterpretado la situación. Había creído que tenía que ver con ella. Ahora comprendió lo del reloj de agua de la habitación, el que no giraba para darse la vuelta. Había alguien que iba dos veces al día a cambiar el pez.

Yeats continuó golpeando pelotas y ella se esforzó en moverse, pero no pudo. Se sentía invadida y furiosa, pero también avergonzada por no poder controlar su propio cuerpo. Era humillante. Se estaba viendo obligada a reexaminar su relación consigo misma. «Respira rápido», se dijo, porque eso sería casi como estar quieta pero no del todo. Tenía que encontrar un lugar en su interior por donde abrir una grieta y trabajar a partir de ahí. «Respira».

Yeats volvió la cabeza hacia ella. Emily no tenía ni idea de lo que el tipo estaba pensando. Pero tenía la sensación de que el juego de golf había llegado a su fin. Yeats devolvió el palo a su bolsa y se sentó en una silla de hierro forjado para deshacer los nudos de sus zapatos. Lo hizo con extremo cuidado, como si sus zapatos contuvieran en su interior algún secreto. Cuando terminó, se calzó otros, un par negro y lustroso. Zapatos de negocios. Zapatos para hacer negocios. Los anudó con firmeza y se incorporó para avanzar hacia Emily.

Emily respiró. Podía expulsar una minúscula cantidad de aire entre sus dientes, produciendo un siseo que apenas podía oír. Eso era todo.

Yeats se quitó las gafas y las guardó en el bolsillo de su camisa. Sus ojos eran grises y tan carentes de carácter como una piedra. Su rostro era liso. Emily habría sospechado que se había hecho un *lifting* de no ser porque era una locura que un poeta revelase una debilidad mental como la vanidad. Tal vez Yeats había querido borrar sus expresiones faciales. O quizá simplemente era así. Emily pensó que si uno nunca sonreía o reía o fruncía el ceño, ese sería el tipo de cara que acabaría teniendo, lisa y vacía como la superficie inmóvil de un estanque.

Yeats se desabotonó los puños de la camisa y empezó a remangarse. Estaba lo suficientemente cerca de ella como para arañarle, o morderle, o darle una patada en las pelotas, pero Emily no podía hacer ninguna de esas cosas. «¡Va a matarte!», se chilló a sí misma, pero eso tampoco cambió nada. Su mente se había vuelto fatalista.

Su mente era consciente de que ella era la responsable de lo que le había ocurrido a Jeremy, y se le hacía difícil argumentar en contra de cualquier castigo que fuese a recibir.

Yeats unió sus manos y cerró los ojos. Durante varios segundos no se movió. Emily se preguntó si estaría rezando, porque eso era lo que parecía que estaba haciendo. No podía ser así, porque la idea de que un poeta fuese una persona religiosa resultaba incluso más ridícula que la de que fuese vanidoso. Creer en Dios era una debilidad mental, y revelaba una necesidad de un sentimiento de pertenencia y de un propósito superior: deseos que los poetas se suponía que mantenían bajo control. Eran potenciales vías de ataque. Anunciaban tu segmento. Se lo habían enseñado. Pero Yeats daba realmente la impresión de estar en comunicación con un poder superior. El corazón de Emily le producía un dolor punzante al latir. No entendía nada de toda aquella situación.

—Chsss —dijo.

Yeats abrió los ojos.

—¡Dios mío! —dijo. Emily pensó que se estaba burlando de ella, pero quizá no lo estuviera haciendo. Los ojos de Yeats examinaron los suyos. Ella se sintió inspeccionada por un grupo de ingenieros. Estudiada con instrumentos de forma precisa y desapasionada—. Me habían dicho que tu disciplina era muy pobre —dijo Yeats—, pero esto...

Transcurrieron varios segundos. Emily podía ver cómo las fosas nasales de Yeats se abrían y cerraban.

—Chsss —dijo.

—Tienes un don, se supone. Posees talento para el ataque, un talento que se considera suficiente para compensar tus deficiencias en la defensa. Tengo que verlo. Porque ahora mismo, querida, me resulta complicado imaginar que eso sea verdad. Te permitiré una oportunidad de hablarme. Úsala para convencerme de por qué debería mantenerte aquí. *Vartix velkor mannik wissik*. Puedes hablar.

Notó que la garganta se le soltaba. Tosió para comprobarlo. Dijo:

—Ug. —Le sentó bien producir ese sonido. Yeats aguardó con paciencia. Haría falta un argumento endiabladamente bueno para convencerle de cualquier cosa. Ya había estado en situaciones como esa, cuando alguien le decía «Convénceme», y en ninguna de esas situaciones ese alguien había realmente querido ser convencido de nada. Ella podía plantear un argumento perfecto y la otra persona se limitaba a inventar cualquier tontería para justificar que la respuesta seguía siendo negativa. Cuando alguien decía «Convénceme», Emily sabía que eso no significaba que esa persona tuviera una mente abierta. Significaba que tenía poder y quería disfrutar de él durante un poco más de tiempo. No sabía si ese era el caso de Yeats. Pero no tenía la sensación de que fuera a conseguir convencerle de nada. ¿Por qué debería Yeats

mantenerla en la escuela? No tenía ni la menor idea. Lo único que hacía era causar problemas.

—¡*Fennelt!* —dijo Emily—. ¡*Rassden!* —Eran palabras de atención que había obtenido de otros alumnos. Era del todo improbable que tuvieran algún efecto sobre Yeats, ni siquiera sabía a qué segmento pertenecía. Si acertaba con una palabra por pura suerte, sin duda él sería capaz de defenderse de cualquier ataque de una estudiante—. ¡*Thrillence!* ¡*Mallinto!* —Yeats no reaccionó de ningún modo. Ni siquiera se estremeció—. ¡Muere! —dijo Emily. Lo cual resultaba bastante estúpido, pero se había quedado sin palabras. Y lo deseaba—. ¡Muere, maldito cabrón!

—Ya es suficiente.

Su boca volvió a cerrarse. Las palabras se atascaban en su garganta, balanceándose arriba y abajo. Tenían un sabor caliente, como la bilis.

Yeats la miró durante un rato. Emily no podía leer sus pensamientos. No sabía si había salido con vida del examen o si había muerto.

—Tengo un nombre para ti —dijo Yeats—, cuando llegue el momento. —Se alejó de ella. Emily oyó que llegaba hasta la puerta, pero no pudo girar la cabeza para mirarle—. Puedes moverte, dentro de un rato.

Pasaron varios minutos. Un pájaro se posó cerca de los palos de golf y empezó a dar saltitos por la alfombra con la esperanza de encontrar algo que comer. Emily respiró. Los músculos de su pecho fueron soltándose uno a uno. Así fue como recuperó el control sobre sí misma. Filamento a filamento. De algún modo había sobrevivido. Seguía estando allí.

La recogió una mujer a la que había visto una vez antes, saliendo de un coche negro junto a Yeats en aquella ocasión en que él había visitado la escuela. No se presentó, pero Emily ya sabía que su nombre era Plath. Lo había preguntado. Plath era tan delgada que se le marcaban los huesos, y a Emily le dio la sensación de que sería capaz de empujarla delante de un tren a cambio de una moneda de cinco centavos. Llevaba unos zapatos crueles y un teléfono, y miró a Emily de un modo que le hizo recordar algún mal día en el que alguien la pisaba en cualquier acera de San Francisco.

—¿Puedes moverte? —preguntó Plath.

—Sí.

Plath le hizo un gesto para que la siguiera. Emily obedeció. Bajaron unas escaleras y luego se encontró en el aparcamiento. Un coche que conocía muy bien le esperaba allí, y su corazón dio un vuelco. Fue la primera vez que creyó realmente que iba a abandonar la escuela. Miró a Plath, pero ella no dijo nada, así que Emily avanzó hacia el coche. El motor se puso en marcha. Abrió la puerta del pasajero y vio que en el interior estaba Eliot.

—Hola —lo saludó. Sintió ganas de darle un beso.

Eliot no habló. Pero la miró y ella supo que estaba a salvo. Seguía enfadado con ella, por supuesto, pero no era peligroso. Podía relajarse en un coche si iba acompañada de Eliot. Cuando el vehículo salió del aparcamiento y se sumergió en la brillante luz del día, cerró los ojos, y en algún punto de la maraña de calles, se quedó dormida.

Abrió los ojos y se hallaba en otro lugar.

—¿Dónde estamos? —Vio la respuesta en un cartel indicativo—. ¿Vamos al aeropuerto? —Eliot puso el intermitente y se desvió hacia un carril marcado con la palabra SALIDAS—. Eh, Eliot. Yeats dijo que aún puedo ser una poetisa. Me hizo una prueba y la pasé. No tengo que irme. —Era como hablarle a una pared—. Eliot, puedo volver a la escuela.

Eliot detuvo el coche al lado de la acera y sacó algo de la guantera.

—Este es tu pasaporte. Y este tu número de reserva. —Le entregó un folleto azul con una tarjeta de visita de color blanco en su interior. En la tarjeta había una combinación de letras y números escrita en tinta azul encima de la leyenda TOM ELIOT, ANALISTA DE INVESTIGACIONES—. Utiliza las máquinas que hay en la terminal para facturar.

—Hable con Yeats, Eliot. Llame a Yeats. Él se lo dirá.

—Esto son órdenes tuyas.

Emily se lo quedó mirando fijamente.

—¡Pero pasé la prueba!

—Es temporal —dijo Eliot—. Puedes volver dentro de unos años.

—¿Años? —exclamó Emily—. ¡¿Años?!

—Por favor, comprende que esta es la mejor consecuencia posible.

—No. Eliot. Por favor. —Eliot no la miraba, así que Emily puso la mano sobre su brazo. El profesor no dijo nada. Ni se movió. Finalmente, Emily entendió que no había marcha atrás—. Bueno —murmuró—. Adiós, entonces.

—Tu bolsa está en el maletero.

—Gracias. —Abrió la puerta. Le costó hacerlo, como si todo se hubiera vuelto muy pesado. Tenía las manos entumecidas. Se arrastró fuera del coche.

—Si trabajas duro —dijo Eliot—, y te disciplinas, podrías regresar dentro de...

Emily le interrumpió cerrando de un portazo.

Primero el vuelo nocturno de Washington a Los Ángeles: seis horas. Aterrizó al amanecer y dedicó medio día a vagabundear por los doscientos metros que separaban

las Llegadas Nacionales de las Salidas Internacionales. No había dormido durante el vuelo, así que formó un ovillo en un asiento, pero a su alrededor había familias y chicos jóvenes vibrando a todo volumen, y hombres con risotadas atronadoras. Una pareja joven discutía con un acento muy marcado sobre qué películas escoger para su siguiente vuelo. Emily se dirigía a Australia. Eso indicaban sus tarjetas de embarque.

—Deberíamos comprar *El Señor de los Anillos* —insinuó el chico.

«Señooorrrr —pensó Emily—. Señooorrr de los Aniiiiillos». Recordó que habían enviado a presos a Australia. Había sido una colonia carcelaria. Un lugar donde ser desterrado.

Por los altavoces sonó una llamada para los pasajeros de primera clase y de *business class*, y Emily arrastró los pies hacia la puerta de embarque. Sin embargo, cuando entregó su tarjeta, la mujer le sonrió y se la devolvió.

—Los pasajeros de clase turista embarcarán dentro de un momento.

Emily se la quedó mirando con cara embobada. No había comprobado la tarjeta, había dado por hecho que su asiento sería de primera clase. Regresó hacia las filas de asientos.

—Buen intento —comentó el chico cuando pasó a su lado, el que quería comprar *El Señor de los Anillos*. Lo dijo en tono amistoso, así que Emily le devolvió una sonrisa, y fue el acto más falso que jamás había hecho.

Durmió muy mal, incordiada por el traqueteo de los carritos de comida y por la gente que pasaba junto a su asiento por el pasillo estrecho. Según la pantalla que tenía en el respaldo del asiento delantero el tiempo de vuelo era de catorce horas, pero pensó que era un error, o que quizás esa cantidad incluía la diferencia horaria. No estaba segura, así que no consiguió dormir lo suficiente como para descansar de verdad.

En algún punto sobre el Pacífico, una azafata se inclinó para hablarle al oído:

—Disculpe. Esto es para usted.

Emily, perdida en sueños sobre golf y sobre Yeats, miró a la mujer sin comprender. Era de noche; la única luz procedía de las pantallas que había en los respaldos de los asientos y de las pequeñas lámparas amarillas encastradas en los pasillos. La azafata le entregó una hoja plegada de papel de una textura extraña, grueso y sellado con el logo de alguna autoridad aeronáutica.

—Gracias —dijo Emily. La azafata se fue y ella desplegó el papel.

EMILY TIENES QUE VIVIR EN BROKEN HILL, AUSTRALIA. ESE VA A SER TU HOGAR HASTA QUE RECIBAS NUESTRA LLAMADA. NO SE HAN REALIZADO PREPARATIVOS. TENDRÁS QUE UTILIZAR TUS PROPIOS RECURSOS. PUEDES HACERLO. ELIOT

Guardó el papel y levantó las rodillas hacia su pecho para hundir el rostro en ellas y llorar en silencio. Si estuviera en la escuela no habría podido romper a llorar.

Habría tenido que controlarse. Pero aquí no había nada que le obligase a contenerse. Dejó que las lágrimas brotasen a gusto. Después de esto las cosas iban a ponerse difíciles, y tendría que concentrarse, así que probablemente era su última oportunidad de dejar aflorar sus sentimientos.

Se quedó hipnotizada por el mapa que marcaba el recorrido del avión. La línea roja empezaba en Los Ángeles, se curvaba por el océano y terminaba en la cola de avión de dibujos animados que nunca parecía moverse. De vez en cuando la imagen cambiaba para mostrar unas estadísticas, como a qué velocidad volaban y qué temperatura había en el exterior, y eso le resultaba fascinante porque los números parecían falsos. No le parecía posible que aquel avión de dibujos animados que no se movía en el mapa estuviese viajando a novecientos kilómetros por hora. Pero lo hacía. El vuelo duraba catorce horas.

Se dio cuenta de que su primer problema era que iba a aterrizar en Sídney sin billete de vuelta y sin equipaje, vestida con un uniforme escolar. No sabía cómo funcionaba el servicio australiano de Inmigración, pero le parecía muy posible que su aparición en aquellas circunstancias haría saltar varias alarmas. Su aspecto sería exactamente el de una chica blanca de clase alta desapareciendo por una pataleta y gracias a la tarjeta de crédito de su papaíto, y los de Inmigración le preguntarían por qué estaba allí y dónde iba a alojarse y cuándo iba a salir del país. Si no les gustaban sus respuestas, la cogerían por los hombros y la meterían en el siguiente vuelo de vuelta. Lo cual, por supuesto, sonaba en principio como un plan genial, excepto por lo de fracasar en su encargo de VIVIR EN BROKEN HILL Y UTILIZAR SUS PROPIOS RECURSOS. Eliot le había dicho que comprendiese que aquella era la mejor consecuencia que podía esperar de lo sucedido, y ella había aceptado creer que así era. Así pues, necesitaba pasar la barrera de Inmigración.

Se levantó de su asiento en la cabina de turistas y se dirigió a los aseos que había en la parte de atrás. Practicó algunas expresiones ante el espejo. Después se lavó la cara y abrió la puerta. Al regresar hacia su asiento, se detuvo al lado de una chica en la que se había fijado antes, que tenía aproximadamente su misma edad y estaba dormida. Abrió el compartimento portaequipajes y hurgó en el interior. Existía la posibilidad de que alguien estuviese despierto y lo suficientemente alerta como para decirle: «Disculpa, ¿esas cosas son tuyas?», pero esa posibilidad no era muy grande y las consecuencias tampoco serían demasiado serias, y no llegó a ocurrir. Encontró una maleta pequeña y una bolsa de lona y, poniéndose de puntillas, rebuscó en ambas. Dentro había un monedero, una cartera, una cámara digital de la que se apropió porque tal vez podría venderla, y un libro. También una chaqueta que podría venirle bien para disimular su uniforme de la escuela, así que se la puso debajo del brazo.

Cerró el compartimento. Había dos o tres pares de ojos posados en ella, pero sus miradas eran vidriosas y desinteresadas, sus propietarios estarían tal vez criticando su peinado o fantaseando con jovencitas estudiantes, así que no pasaba nada: ella solo estaba cogiendo algunas de sus cosas. Abrió el libro y leyó algún que otro fragmento allí mismo, al lado de la chica a la que acababa de robarle, como si estuviera estirando las piernas. No tardó mucho en aparecer un hombre por el pasillo, de modo que Emily pudo retirarse hacia su verdadero asiento sin que diera la impresión de estar huyendo.

Justo antes de que el avión comenzara su descenso, cambió de fila de asientos para evitar una posible situación incómoda si la otra chica descubría que su chaqueta había desaparecido. Fue de las primeras en desembarcar y caminó con rapidez hacia Aduanas, con la chaqueta cubriéndole hasta los tobillos. Las colas eran cortas, no como las de Los Ángeles, así que pudo incluso seleccionar a qué oficial de Inmigración dirigirse. Su nombre era Mark, y era un 114 o tal vez un 118, amable y razonablemente inteligente, pero resignado en su puesto de trabajo, que consideraba importante pero aburrido. Eso Emily lo detectó al instante. No llevaba gafas ni barba, un peinado simple pero no muy marcado, así que no se trataba de una persona arrogante o vanidosa. No llevaba crucifijo ni otros símbolos religiosos. Así que se decantó por reflejar los gestos y expresiones que él hacía: era Emily Ruff, sencilla y franca, con un aburrido empleo como relaciones públicas en el Departamento de Tráfico. Un puesto de poca relevancia, pero si no hacía bien su trabajo, alguien podía resultar herido.

—Hola —dijo—. Se lo digo directamente: no tengo billete de vuelta. Lo siento, sé que eso significa que tiene usted que aplicarme el tercer grado.

Dos horas más tarde le permitieron salir de la habitación de interrogatorios. Le habían hecho un montón de preguntas, pero nunca se sintió en verdadero peligro, no desde el momento en que la cara de Mark se relajó ante la primera frase que ella había formulado. Había mentido bastante, inventándose un caso traumático en la estación de Inspección Técnica de Vehículos y la visión a medianoche de un anuncio sobre turismo en Australia que le habían provocado la necesidad inmediata de marcharse («Eso lo entiendes, ¿verdad, Mark? ¿La necesidad de irte lejos?»). Se mostró encantadora y directa, y entendía más sobre cómo el cerebro toma decisiones de lo que aquellos tipos podían entender sobre nada, así que eso fue todo. Se desprendió de la chaqueta antes de llegar al vestíbulo de SALIDAS, por si acaso la propietaria todavía estaba por allí rellenando un parte en Objetos Perdidos. Localizó una oficina de cambio de divisas que le permitió firmar un contrato por quinientos dólares en una tarjeta de crédito. Descubrió que los dólares australianos resultaban cómicos con sus brillantes y relucientes colores, como si fuesen dinero de algún juego de mesa infantil. Le gustaron mucho. Compró una revista y se comió una

galleta. Fue hacia las cintas de recogida de equipajes y observó las maletas dando vueltas y vueltas, esperando a que apareciese una maleta de buen aspecto, femenina y que nadie pareciese querer recoger. Un agente de uniforme gris paseaba entre las cintas a un beagle al que le habían puesto una chaqueta color púrpura. El perro olisqueaba las maletas, y cuando encontró un plátano en la bolsa de un pasajero, se sentó en el suelo y el agente le dio un premio. En el aeropuerto de Los Ángeles esa labor la hacían pastores alemanes. Al cabo de un rato, una maleta púrpura de la marca Louis Vuitton dio una tercera vuelta completa en el carrusel, así que Emily la cogió, le colocó encima su mochila de Pikachu y se dirigió a la salida.

Allí el sol brillaba más. El aire parecía salado y, de algún modo, parecía más amplio. Localizó un taxi y el conductor cargó su maleta en el maletero mientras ella subía al asiento trasero.

—¿Adónde vamos, señorita?

El conductor era un hombre blanco, algo a lo que Emily tampoco estaba acostumbrada.

—A Broken Hill, por favor.

El hombre se volvió en el asiento:

—¿A Broken Hill?

—¿Hay algún problema?

—No sé. Está a mil kilómetros de aquí, ¿eso es un problema?

—¿Cuántas...? —Se sintió estúpida al preguntarlo—: ¿Cuánto es eso en millas?

—Unas setecientas, más o menos.

¿Por qué había dado por hecho que Broken Hill estaría cerca de Sídney?

—Lo siento. ¿En qué estado está Broken Hill?

—Nueva Gales del Sur.

—¿Y en cuál estoy ahora?

—Nueva Gales del Sur. —El taxista sonrió al ver la expresión de su cara—.

Nuestros estados son muy grandes, señorita.

—¿Cómo puedo llegar hasta allí? ¿Cuál es la ciudad más cercana? —Esperó que el hombre no fuese a responder que era Sídney.

—Adelaida.

—Entonces podría volar a Adelaida e ir en coche desde allí.

—Sí, puede hacerlo así.

—Gracias. Y perdón por las molestias. —Empezó a salir del coche.

—Solo hay trescientas millas desde Adelaida a Broken Hill —dijo el taxista, con una amplia sonrisa—. Bienvenida a Australia, querida.

—Gracias.

No consiguió un vuelo ese día, así que cogió un taxi que la llevó al centro y se alojó en un hotel que no estaba mal de precio. Con la puerta de la terraza abierta para que entrase la brisa de la bahía moteada de verde, comprobó el contenido de la maleta e inspeccionó las faldas y chaquetas. Encontró una novela romántica de esas que nadie se atrevería a leer en un avión, y un diario en el que había anotadas varias citas, no confesiones. Aun así, hojeó varias páginas. Aquella mujer se veía a menudo con alguien llamado Matt R. Emily se preguntó si se encontrarían en habitaciones de hotel como aquella. Y si, después del sexo, la mujer hablaría con Matt R. y le contaría sus esperanzas y sus problemas y sus pensamientos. Cerró el diario.

Tenía que organizarse. Ya era demasiado peligroso utilizar las tarjetas robadas, no podría emplearlas para llegar a Adelaida. Volvió al espejo y se probó una camisa. Era un poco grande, pero podría sacarle partido a los puños. Cogió el teléfono y llamó a recepción.

—Quiero jugar al póquer —dijo—. Algo que sea informal.

Finalmente, el recepcionista dejó de recomendarle casinos y le dio indicaciones para llegar a la segunda planta de un bar cercano al hotel. Los jugadores resultaron ser hombres de mediana edad con trajes caros, amistosos y condescendientes mientras ella perdía los primeros doscientos dólares. Le dirigieron sonrisas por encima de sus copas de whisky de malta y sugirieron varias maneras creativas de recuperar sus pérdidas. Para entonces, Emily tenía una reina bajo el muslo izquierdo y un rey y un ocho bajo el derecho. Habían pasado tres años desde la última vez que había jugado, y un público más atento la habría pillado. En un momento dado, intentó meterse una sota en la manga y lo hizo tan mal que la carta aterrizó sobre la mesa. Puso los músculos en tensión para echar a correr, pero los tipos se limitaron a echarse a reír, y uno de ellos le dijo:

—Será mejor que no bebas más. —El tipo tenía las mejillas rojas y estaba divorciado, aunque él aún no lo sabía.

—Perdón —dijo Emily, y volvió a coger la carta.

En la última ronda le sacó dos mil ochocientos dólares y la cara del hombre se puso increíblemente roja, como un globo. Ya nadie sonreía. El organizador de la partida se acercó a la mesa, pero no fue necesario que le dijera nada: Emily recogió sus ganancias, les dio las gracias y, en cuanto salió a la calle, corrió tan rápido como pudo de vuelta a su hotel. Así fue como logró llegar a Adelaida.

Desde allí hizo el resto del camino en autobús, viendo cómo en el exterior el verde del mundo iba desapareciendo hasta quedar convertido en el color de una piel de serpiente. El aire acondicionado apenas funcionaba, y una y otra vez le despertaba un hilillo de sudor. Solo había otro pasajero más, una mujer con la piel como el coral que

se quedó dormida antes de que hubieran salido de Adelaida y durmió todo el trayecto como si estuviera muerta. Emily se revolvió en su asiento, tratando de escapar del calor de su propio cuerpo.

Por fin, abrió un ojo y vio un cartel en la carretera: BROKEN HILL, POBLACIÓN 10100. Al cartel le faltaba una esquina y el resto estaba acribillado a balazos. Brillaba con fuerza bajo el sol de la tarde, inclinado como un borracho sobre la tierra rojiza y reseca. Emily se sentó erguida y vio una gasolinera abandonada y una estructura de hojalata sin ventanas que no fue capaz de identificar, también abandonada. Una construcción de paredes combadas con un patio cubierto de suciedad y lleno de vehículos destripados. Vislumbró una estructura alta de hierro, de aire vagamente soviético, pero estaba en el lado contrario del autobús y no pudo verla bien. Un perro delgado escarbaba en la tierra. Otro edificio de una sola planta, en el que se anunciaban recambios baratos, aunque no se especificaba para qué eran esos recambios. Los escaparates de las tiendas a ambos lados de la calle estaban vacíos. Todo tenía grandes dimensiones, cada tienda era el centro de su propio desierto, y Emily comprendió enseguida que no podía ser de otra manera, porque eso era lo único que había allí: terreno, terreno y más terreno. Vio carteles que indicaban la calle Sulfuro y la calle Cloruro, porque al parecer en aquella ciudad le habían puesto a las calles nombres químicos, y el autobús dobló hacia la calle Óxido y empezó a frenar. Emily vio otro cartel que indicaba el centro urbano y pensó que le estaban tomando el pelo. Cuando se apeó del autobús el aire abrasador la envolvió, el calor penetró por sus fosas nasales y descendió por su garganta, y supuso que no habían actualizado el cartel sobre el número de habitantes desde hacía mucho tiempo, quizás unos veinte años, porque allí podrían habitar diez mil moscas pero no diez mil personas. Definitivamente no había tanta gente. Estaba en un cruce: las calles eran de un solo carril en cada dirección, pero aun así eran anchas como autopistas. Había un puñado de edificios desperdigados como si los hubieran dejado caer desde lo alto. El ambiente era tan opresivo que daba la impresión de que el cielo estaba más bajo de lo normal, como si estuviera presionando junto con el suelo quemado por el sol para aplastar la ciudad y hacerla desaparecer, y al mismo tiempo le hacía sentir que su cuerpo se estaba expandiendo, como si sus entrañas quisieran salir de su cuerpo como se suponía que sucede en el espacio, cuando no hay nada que las retiene en su sitio.

—Hogar, dulce hogar —dijo. Pretendía ser un comentario gracioso, pero sintió ganas de ponerse a llorar hasta morir.

CONFUSIÓN DE LENGUAS

Acontecimiento en el que una lengua común es bruscamente sustituida por varias otras dispares entre sí. Considerado mítico. Ver: leyendas sobre los orígenes.

Ejemplos destacados:

1. **Torre de Babel** · Mito judaico
 - i. Construcción
 - ii. División de las lenguas
2. **Enki** · Deidad sumeria
 - i. Divide las lenguas
 - ii. «El Diluvio»
3. **La Gran División** · Mito de origen Kaska
4. **Hermes** · Deidad griega
 - i. Conflicto con Zeus
 - ii. Divide las lenguas
 - iii. Castigo
5. **Baluceo demencial** · Mito Wa-Sania
 - i. Hambruna
6. **Lenguas de Mil Cadáveres** · Mito Kaurna
 - i. Canibalismo
7. **Vatea** · Deidad polinesia
 - i. Construcción de una torre
 - ii. Divide las lenguas
8. **El Sol de Viento** · Mito azteca
 - i. Construcción de Zacualli (torre)
 - ii. División de las lenguas
 - iii. Fusión con las mitologías maya y náhuatl

Más...

LA LEYENDA DEL NOMBRE DE TAJURA

Mito (Confusión de las lenguas): Indígenas australianos

En el Sueño la tierra era plana. No había barrancos ni colinas, ni tampoco ríos. Los animales vivían en una tribu y hablaban una sola lengua, de modo que podían entenderse los unos a los otros.

Un día, Tajura, la Serpiente Arcoíris, talló su nombre en la corteza de un eucalipto y les dijo a los demás: «Mirad lo que he hecho, he escrito mi nombre en este árbol, así que vosotros tenéis que hacer lo que yo diga».

Los animales se quedaron impresionados e hicieron lo que Tajura decía. Le ofrecieron su comida y le construyeron un refugio estupendo donde cobijarse. Recogieron tierra y la amontonaron debajo del árbol para levantarlo, y así podían admirar el nombre de Tajura, de modo que aquella fue la primera colina.

Pero Borah, el canguro, no estaba impresionado.

—¿Por qué debemos darle a Tajura nuestra comida, nuestra mejor corteza y trabajar para ella? —preguntó.

Subió a la colina y arrancó la corteza del árbol donde estaba grabado el nombre de Tajura y la enterró en el suelo.

Los animales se sintieron avergonzados y dijeron:

—Hablabamos en nuestra propia lengua para que no nos impresionen las palabras de Tajura.

Se marcharon, algunos hacia el norte, algunos hacia el este, otros al oeste y otros al sur, y por eso hoy el dingo aúlla, la rana croa, la cacatúa chilla y ninguno puede entender al otro.

LENGUAS INDÍGENAS AUSTRALIANAS

En la época en que llegaron los europeos, se estima que los habitantes indígenas de Australia hablaban entre 250 y 400 lenguas diferentes, convirtiendo el lugar en uno de los de mayor diversidad lingüística del mundo.

Casi todas las lenguas indígenas comparten varios rasgos fonológicos característicos (i.e., ausencia de fricativas), lo que sugiere la existencia de un grupo relativamente reducido de lenguas anteriores, o tal vez incluso una única lengua común. Por qué esa lengua fue abandonada, dada su utilidad para la comunicación entre tribus, no está claro.

[T R E S]

La camarera les llevó comida y café y les dijo que disfrutasen de todo ello. Wil observó cómo Eliot extendía una servilleta en su regazo, cogía sus cubiertos y empezaba a diseccionar sus huevos. Se llevó luego un trozo de beicon a la boca y lo masticó.

—Vamos —le dijo Eliot a través del beicon—. Come.

Wil cogió su cuchillo y comenzó a empujar la comida por el plato. Le superaba el hecho de que Eliot pudiese matar a alguien de un disparo y pilotar un avión toda la noche, y después zamparse un desayuno completo. No estaba bien. Porque Eliot conocía a aquella gente del rancho, incluyendo a una mujer a la que había matado, Charlotte Brontë, y una persona no debería tener apetito después de hacer algo así. Eso sugería la posibilidad de que Eliot fuese realmente un psicópata, no del tipo loco de «unas voces me dijeron que matase», sino del tipo médicamente psicópata, en el sentido de que carecía de la capacidad de sentir algo. Pero incluso eso le molestaba menos a Wil que el modo en que Eliot estaba comiendo, que era mediante movimientos rápidos y decididos, mientras sus ojos seccionaban el plato en busca de la máxima eficiencia. Aquello no cuadraba porque Eliot no había dormido desde que Wil se había encontrado con él. Debería estar exhausto.

—Esto está incluso mejor de lo que esperaba —dijo Eliot, y señaló con su cuchillo el plato de Wil—. Necesitas comer.

Wil comió sin entusiasmo. El beicon no le supo a nada. Si acaso a animal muerto y frito. Los huevos, a pollos abortados.

—Hay que reconocerle sus méritos al Medio Oeste —dijo Eliot—, saben cómo preparar un desayuno.

Wil pinchó una tira de beicon con su tenedor. En su carne rojiza vio al hombre al que había disparado sobre la furgoneta volcada. Recordó la manera en la que aquel tipo se había doblado sobre sí mismo. Dejó los cubiertos en la mesa.

—¿Estás bien? —No había preocupación en la voz de Eliot, por supuesto. Solo era una pregunta. Un interrogante surgido de los hechos observados.

Wil se levantó y fue tambaleándose hacia el fondo del restaurante. Encontró un único aseo, sucio, se puso de rodillas y vomitó. Cuando terminó, apoyó la espalda contra la pared y cerró los ojos mientras el sudor le empapaba todo el cuerpo. Decidió permanecer allí un rato. Se estaba a salvo en un aseo. Era un santuario formado por un cubículo de un metro cuadrado en el que uno podía estar todo el tiempo que quisiera.

Cuando ya no pudo seguir creyendo que aquello realmente era un santuario, se lavó y volvió al restaurante. Un hombre con una gorra de camionero, mejillas hundidas y gafas de asesino en serie le miró por encima de una ración de patatas

fritas. Wil supo con claridad lo que significaba aquella cara: el tipo pensaba que había estado drogándose en el aseo. También la camarera le lanzaba miradas. Y había un hombre con las mejillas enrojecidas hundido en un asiento y mirando la televisión que colgaba del techo en un rincón que hacía un momento no estaba allí. Sintió el impulso de explicarse. *No es lo que están pensando. Es que he tenido un día muy duro.* Pero eso sería una locura. No convencería a nadie.

Arrastró los pies hasta su asiento. Eliot había terminado con su desayuno y cambió su plato vacío por el de Wil.

—Eh —le dijo—, pide algo más. Yo pago.

—¿Ah, sí?

—Bueno, no —respondió Eliot—. Pero ya sabes a lo que me refiero.

Wil se sentó.

—Te sentarían bien las proteínas —insistió Eliot, sin dejar de masticar.

—¿Qué plan tiene?

—¿Hummm?

—Esa gente va a encontrarnos otra vez, ¿verdad? Ahora mismo nos están buscando.

—Sin duda.

—Entonces necesitamos un plan.

—Cierto —asintió Eliot.

—¿Tiene uno?

—No.

—¿No lo tiene?

—Tengo un plan a corto plazo —dijo Eliot—. Planeo acabarme tus huevos.

Wil no dijo nada.

—La comida es importante. Digo en serio lo de las proteínas.

—¿Tiene un plan o no?

—No.

—¿Y no debería, no sé, preocuparse por eso?

—Lo estoy.

—No lo parece.

—¿Te sentirías mejor si estuviese sudando? ¿Si fuese corriendo al aseo a tirar la papilla? Si es así, no debería. El estado de pánico no ayuda a tomar buenas decisiones.

—Me sentiría mejor si nos estuviésemos moviendo —dijo Wil—. Por ejemplo, si se comiese de una vez los huevos para ponernos en marcha.

—Bueno, me gusta saber adónde voy antes de intentar llegar allí. De acuerdo con mi experiencia, es un error intentar ejecutar un plan antes de haber pensado en uno.

Wil resopló:

—¿Puede llamarles?

—¿Perdón?

—Hablar con un poeta por teléfono. Usted era uno de ellos. Llámelos.

—¿Y decirles qué?

—No lo sé. Persuadirlos para que dejen de darnos caza. Eso es lo que usted hace, ¿no es así?

—Sí. Pero también es lo que ellos hacen.

—Entonces ofrézcales algo. Haga un trato. Deles algo que ellos quieran.

—Pero lo que ellos quieren es a ti.

—Otra cosa.

Eliot apartó sus cubiertos del plato.

—Tú eres la clave para conseguir un objeto de poder bíblico. No les interesa ningún posible sustituto. —Se desperezó y añadió—: Y cuando digo bíblico, me refiero a literalmente de la Biblia.

Wil se frotó la cara. Siempre que Eliot decía algo, él sentía que comprendía cada vez menos.

—Sigue hablando, no obstante —dijo Eliot—. Me parece que ayuda, como método para eliminar alternativas.

—Deberíamos escondernos, entonces. Ir a algún sitio, que usted haga eso que hacen los poetas, y conseguir que la gente nos esconda. Eso puede hacerlo, ¿verdad?

—Hasta ayer habría dicho que sí. Pensábamos que estábamos escondidos. Pero a la luz de los últimos acontecimientos, parece que nuestros movimientos estaban siendo observados hasta que guiamos a Woolf hasta ti.

—Entonces no podemos escondernos.

—Podemos intentarlo. Pero hasta la fecha no lo hemos hecho bien.

La camarera se acercó para rellenar la taza de café de Eliot. Era una mujer joven y de mejillas sonrosadas. Su chapa decía que se llamaba Sarah. Daba la impresión de sentir un temor reverencial hacia Eliot, aunque Wil no sabía por qué.

—Gracias, Sarah —dijo Eliot, y la mujer se sonrojó.

—Entonces no podemos escondernos —dijo Wil en cuanto la camarera se hubo marchado—, y no podemos negociar, y no podemos quedarnos aquí, y usted no quiere irse hasta que sepamos adónde vamos, ¿correcto, más o menos?

—Sí —afirmó Eliot—. Más o menos correcto.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Creo que nuestra única opción es la confrontación. Más específicamente, el tipo de confrontación que acaba con ellos muertos y con nosotros vivos.

—Vale —dijo Wil—. Eso suena parecido a un plan.

—No lo es. Es un objetivo.

—¡Jesús! Hablar con usted es como reunir un rebaño de gatos.

Eliot levantó su taza y sopló en ella.

—El problema es que Woolf y yo estamos al mismo nivel, pero ella cuenta con unos recursos excelentes y tiene el apoyo de poetas de mucho talento, mientras que yo no tengo nada y a nadie excepto a ti, y tú resultas inútil. No es un comentario personal. Es un hecho. Así que me resulta complicado imaginar ningún escenario en el que podamos enfrentarnos a Woolf y sobrevivir. Eso también significa que nuestros enemigos seguirán dándonos caza con rapidez y sin descanso, puesto que representamos muy poco peligro para ellos. Es más o menos el mismo problema al que tuvimos que hacer frente durante algún tiempo los que abandonamos la organización. Nuestros enemigos tienen una palabra desnuda y nosotros no.

—¿Ellos tienes una qué?

—La palabra que acabó con la vida en Broken Hill —dijo Eliot—. Tienen eso.

—Y eso es una palabra desnuda.

—Sí.

—¿Y eso qué es?

—Útil. —Eliot miró a Wil—. De ahí nuestro intento de sacarla de tu cerebro. Sigue siendo un buen plan, si la palabra está ahí.

—¿La querían para utilizarla? Creí que querían mi inmunidad. Usted dijo que querían detenerla.

—Hummm —murmuró Eliot—. Dijimos algunas cosas que no eran ciertas, con el propósito de conseguir tu conformidad. En realidad en ese momento me preocupaba que pudieras utilizar la palabra contra mí.

—Pero yo no la recuerdo.

—No.

—Si lo hiciera...

—Oh, en ese caso las cosas serían diferentes.

—¿Woolf no nos perseguiría?

—Lo haría, pero con más precauciones.

Wil miró por la ventana, la nieve y las nubes que parecían estar hechas de granito. No podía imaginarse vivir en un desierto, rodeado de polvo.

—Lo cierto es que no recuerdo nada de Broken Hill.

—Bueno —dijo Eliot, y vació de un último trago su café—. Es una pena. —La camarera, Sarah, volvió a acercarse y rellenó la taza, y Eliot le dijo—: Eres preciosa.

—¿Es usted de la Costa Este? —La mujer se puso roja—. Lo digo por su acento.

—¡Tienes razón! —exclamó Eliot—. Bueno, yo soy de allí. Él es de Australia.

—¿En serio? —dijo Sarah, mirando a Wil de un modo nuevo—. Me encantaría viajar, algún día.

—Oh, deberías —dijo Eliot—. El mundo es más pequeño de lo que crees.

Wil miró de nuevo hacia el exterior. Se sintió tentado de ponerse en pie, tirar la

servilleta sobre la mesa y salir. Solo caminar por la carretera, con la nieve cayendo sobre su cabeza hasta que sucediera algo. En uno o en otro sentido. Al menos eso sería hacer algo. Algo estúpido, principalmente. Pero algo.

—Ese collar es verdaderamente precioso —comentó Eliot—. ¿Lo has hecho tú?

—Es mi abuela —contestó la camarera. Era una pieza tallada de madera, con el perfil de una mujer. Un relieve, ¿era así como lo llamaban? La mujer parecía poseer un carácter severo—. La tallé a partir de una foto.

—Creo que tienes mucho talento —dijo Eliot—. Sarah, te pido disculpas, pero ¿me darías unos minutos? Acabo de pensar en algo y necesito hablar a solas con mi colega.

—Oh, claro. No hay problema.

Sarah se alejó y Wil miró a Eliot.

—Que me jodan —exclamó Eliot—. El jodido collar. —Wil esperó. A partir de ahora, cuando Eliot dijese algo que no comprendiese, iba a limitarse a esperar—. Nos vamos a Broken Hill.

—¿Por qué?

—Pensábamos que ella la sacó de allí. Pero no lo hizo. Hizo una copia.

Wil esperó.

—¡Joder! —soltó Eliot—. Tenemos que ponernos en marcha. —Y se levantó.

El helicóptero flotaba encima de la carretera, levantando oleadas de nieve y haciendo que los cables eléctricos realizasen una extraña danza. Debajo de ellos había un avión pequeño. Había sido abandonado: la mujer podía ver las escaleras que salían por uno de los lados. La voz del piloto chisporroteó en sus auriculares. Estaba sentado justo a su lado, pero daba la impresión de que la llamaba desde Marte:

—¿Quiere que aterricemos?

Ella negó con la cabeza y el piloto tiró hacia atrás de la palanca. El mundo por debajo de ellos cayó más abajo aún. Volaron sobre campos nevados que eran como un millón de dagas brillantes, y que le hicieron apartar la mirada porque el resplandor le dolía en la estrella que tenía en su ojo. Grabada en su retina tenía una pequeña supernova. Así era como lo sentía. Nunca desaparecía del todo, pero siempre era peor con la luz. En cualquier lugar podía ver el sol. A veces creía que podía verlo: un pequeño agujero blanco en el mundo.

—Dos minutos —dijo el piloto—. Tenemos un restaurante. En el centro de la ciudad. Los hemos rodeado pero sin acercarnos. ¿Cómo quiere hacerlo?

—Seguro —dijo ella—. Que lo arrasen, por favor.

El piloto asintió. La mujer oyó claramente cómo pasaba las órdenes:

—Arrasadlo. Nosotros permanecemos en el aire.

La ciudad surgió ante ellos como un borrón en el paisaje nevado. Había una

carretera que entraba en ella y otra que salía, y quizás una docena de edificios. Mientras planeaban, la mujer contempló los coches negros que aceleraban desde ambas direcciones y las figuras diminutas que salían de ellos. Se movieron de edificio a edificio, gesticulando y a veces deteniéndose para consultarse unos a otros. Las probabilidades de que encontrasen a Eliot y a su acompañante allí eran de mil contra uno. Pero tenía que ser precavida. Lo que tenía que recordar era que todo el poder del mundo no era suficiente para detener una bala. Le habían enseñado a jugar al ajedrez en la escuela, años atrás, y la clave era que las piezas se diferenciaban solo por su poder atacante. Todas eran igual de fáciles de matar. Capturar. En el juego se decía «capturar». La lección era que debías ser cauta a la hora de desplegar tus piezas más valiosas, porque solo hacía falta un movimiento torpe para perderlas.

El piloto recibió la señal y comenzó a dirigir el helicóptero hacia la calle. La mujer vio cómo la ciudad se inclinaba hacia ella a través del parabrisas del aparato. *Ahora es tu oportunidad, Eliot. Estoy aquí sentada.* Imaginó que Eliot era un alfil, propenso a ataques a larga distancia, y con más movilidad de lo que uno podía esperar. Nunca le habían gustado los álfileros.

—Tenemos luz verde —dijo el piloto.

La mujer se desabrochó el cinturón. Un hombre joven de pelo largo, Rosenberg, abrió la puerta y le tendió la mano, un gesto que a ella le parecía insultante y que rechazó. Las aspas del helicóptero le removieron el pelo. Examinó la calle, intentando localizar el rastro de Eliot.

—El restaurante está limpio —dijo Rosenberg—. Supongo que consiguieron un coche aquí, quizás hace un par de horas. Hay tres proletarios en el interior, segmentados y subyugados, a los que se les ha dado la orden de obedecer. No los hemos interrogado.

—Gracias —dijo ella—. Me encargaré yo desde aquí.

Se encaminó hacia el restaurante. Unos cuantos poetas avanzaron hacia ella y Rosenberg les hizo gestos para que se apartasen. En el interior, detrás del mostrador, había una camarera joven y asustada, con un delantal verde. En una mesa había un hombre de mejillas rojizas que la mujer supuso que debía de ser un granjero. En otra mesa había un tipo delgado con gafas enormes. La puerta produjo un silbido al cerrarse tras ella. El hombre de las gafas se incorporó con movimientos poco firmes.

—No voy a cooperar con el gobierno. Ustedes quieren...

—Siéntese y cálese. —El tipo se desplomó sobre su silla y la mujer señaló a la camarera—: Usted, venga aquí.

La camarera avanzó, aferrando una libreta. Sus ojos estaban completamente abiertos.

—Dos hombres. Uno oscuro, otro blanco. ¿Sabe de quién estoy hablando?

La cabeza de la camarera se balanceó arriba y abajo.

—Dígame todo lo que vio y oyó.

La camarera comenzó a hablar. Un minuto después, el granjero empezó a intentar sacar un teléfono móvil del bolsillo de sus pantalones. Trataba de hacerlo de forma disimulada, pero su amplia camisa de cuadros telegrafiaba cada uno de sus movimientos. A la mujer le pareció fascinante: ¿pensaba aquel tipo que estaba ciega? Le permitió continuar con su intento durante un rato, hasta que sacó el teléfono y lo abrió con tanto cuidado como si contuviese un anillo de compromiso. Entonces dijo:

—Ponga su mano en su boca.

—Y le rellené la taza —dijo la camarera—. Era muy agradable y nos pusimos a hablar y le pregunté si era de Los Ángeles o de Nueva York o algún lugar parecido, y él dijo que sí, que había estado en muchos sitios, que había visto fuegos artificiales en Londres y disturbios en Berlín, y que yo debería ir allí, me dijo. Dijo que el mundo era más pequeño de lo que yo creía. Esas fueron sus palabras. —El granjero comenzó a tener arcadas—. Y entonces él quiso hablar con su amigo, el australiano, y después preguntó si podía coger prestado un coche. Le dije que claro que sí, y le di las llaves de mi coche, y me sentí mal, porque no lo había limpiado desde hace algo así como un año, y deseé tener algún coche más bonito. Pensé...

—No me importa lo que pensó.

—Le pregunté adónde iba y él dijo que si le recomendaba algún lugar, y le dije que cualquiera menos este, y él sonrió. Entonces hablamos de lugares en los que yo he estado, y dije que cuando era una niña mi madre me llevó una vez a El Paso, solo nosotras dos, y...

—De acuerdo —dijo la mujer—. Pare. —Meditó un momento. El granjero emitió un sonido y vomitó en su mano. Se la había metido por completo en la boca. Ella no habría creído que tal cosa era posible. Le observó mientras se convulsionaba y tenía arcadas. Debería decirle que sacase la mano. No había ningún provecho en un granjero muerto—. ¿Oyó que hablasen de ciudades? ¿Estados? ¿Aeropuertos?

—No.

—¿No tiene idea de adónde se dirige?

—Adonde él quiera —respondió la camarera—. ¡Un hombre así!

—Sí —dijo ella—. De acuerdo.

En el exterior, su gente habría averiguado en qué dirección se había marchado Eliot, al este o al oeste. Con la información de la matrícula, localizarían el coche en cuestión de horas. Lo habrían abandonado, por supuesto, en alguna gasolinera o algún callejón, pero eso sería el inicio de un nuevo rastro. El hecho era que Eliot no podía seguir moviéndose eternamente. No podía moverse más rápido que toda la red que ella tendería para atraparlo. «No es nada personal, Eliot», pensó. Quería dispararle. Hacerlo incluso personalmente. Eso era importante. También quería, antes de dispararle, tener unos minutos para hablar con él. Eso probablemente fuese un sueño

imposible. Resultaba difícil imaginar unas circunstancias en las que fuera posible capturar a Eliot sin tener que matarlo. Pero si lo hacía, le gustaría decirle que le agradecía los consejos que le había dado al principio. Quería decirle: «No sería quien soy sin ti, Eliot», y hacerle ver que lo decía de verdad.

El granjero sufrió una sacudida y su cabeza golpeó la mesa. El vómito goteó hasta el suelo.

—Saque... —dijo, pero ya era demasiado tarde. Iba a decirle que sacase la mano de su boca, pero se había olvidado. O algo así. *Eh, Emily, ¿sabes qué hacen las estrellas? Comen. Queman todo lo que hay a su alrededor hasta que no queda nada. Entonces comienzan a comerse la luz. ¿Te das cuenta de que eso es lo que tú estás haciendo, verdad? ¿Comértelo todo?*

Miró a la camarera. Lo más sensato era matarla. La chica había intercambiado palabras con Eliot, por lo que estaba, potencialmente, cargada con instrucciones. La posibilidad era pequeña, pero no tenía sentido correr riesgos.

La situación no está mejorando, ¿verdad que no? Quiero decir, ha sido obvio desde hace ya algún tiempo, ¿no? El hecho de que la estrella no va a ninguna parte.

—Olvide que hemos estado aquí —le dijo a la camarera—. Ese tipo se atragantó con su desayuno y usted no pudo salvarlo. —Se volvió para marcharse—. Pero lo intentó con todas sus fuerzas.

Condujeron hasta que oscureció, deteniéndose solo para comer y persuadir a alguien para cambiar de coche. Wil no quiso verlo, pero no pudo evitarlo. Al principio, la persona a la que Eliot se acercaba parecía desconfiada. Entonces Eliot decía algo y la cara de la persona se transformaba en una sonrisa. Como si no quisiera hacerlo pero no tuviese más remedio. Era fascinante lo mucho que cambiaba la persona en ese momento. De ser un extraño a ser un amigo. Mostraba un rostro completamente diferente. Y, entonces, un instante después su expresión cambiaba de nuevo, convirtiéndose en algo íntimo y descontrolado, y Wil desviaba la mirada, porque no le parecía bien contemplar aquello.

Incrustados en un Mini rosa, con un gato de plástico balanceándose en el salpicadero, Wil preguntó:

—Entonces, ¿ahora tiene un plan?

—Sí. —Eliot cambió de marcha. No estaba satisfecho con lo que daba de sí la quinta. Wil se había ofrecido a conducir, pero Eliot se había negado, y él empezaba a creer que aquel tipo nunca dormía.

—¿Puedo oírlo?

—Vamos a Broken Hill, cogemos la palabra desnuda, y la utilizamos para derrotar a nuestros enemigos.

—¿La palabra está allí, simplemente? ¿En Broken Hill?

—Esa es mi teoría.

—¿No está seguro?

—No.

—¿Qué, a nadie se le ocurrió comprobarlo? ¿No se dejó usted caer por allí para ver si esa... qué, esa arma bíblica, estaba allí?

—No era algo tan simple como dejarse caer por allí. Después de Woolf, todo el que se ha acercado a la ciudad, no ha vuelto a salir.

—Pero nosotros vamos a ir.

—Sí. —Eliot lo miró—. Tú estarás a salvo.

—Cuando dice que vamos a entrar...

—Me refiero a ti, puesto que yo no soy inmune.

Wil contempló cómo adelantaban a un vehículo familiar. Un perro feliz lo miró y se sintió celoso.

—¿Y si está equivocado y no soy inmune?

—Bueno, eso sería malo. Pero no te pongas a pensar en todos los detalles que podrían salir mal. No digo que el plan sea infalible. Estoy diciendo que es preferible a conducir sin destino alguno hasta que se nos acabe la suerte.

—¿Y después qué ocurrirá? ¿Le doy la palabra?

—No. No debes pronunciarla cerca de mí, ni mostrármela, ni tampoco describirla en términos generales. No puedo enfatizar esto lo suficiente.

—¿Lo dice en serio?

—Mírame —dijo Eliot—. Si coges esa cosa y me sueltas aunque sea una simple pista sobre ella, haré que te comas tus propios dedos. ¿Me crees?

—Sí. —Cruzaron una ciudad en la que se anunciaba un festival de la remolacha de hacía tres años—. Todavía no puedo entender que se trate de una palabra. Las palabras no pueden matar a la gente.

—Desde luego que pueden. Las palabras matan gente todo el tiempo. —Luchó contra la palanca de cambios—. Lo que está garantizado es que esta palabra en cuestión es más directa.

—¿Qué es lo que la hace especial?

—Bueno, es difícil explicarlo sin hacer referencia a un poco de lingüística y neuroquímica avanzadas.

—Deme una analogía.

—Hay un árbol en un parque. Un árbol que quieres talar, por alguna razón. Llamas al ayuntamiento y preguntas con qué departamento necesitas contactar y qué solicitudes tienes que rellenar. Tu solicitud llega a un comité, que decide si el asunto es válido, y si es así, te envían a un tipo para talar el árbol. Ese es el proceso normal mediante el que el cerebro toma decisiones. Lo que yo hago, lo que tú llamas «vudú de las palabras», es sobornar al comité. Es el mismo proceso. Pero yo neutralizo las

partes que podrían decir que no. ¿Me sigues hasta aquí?

—Sí.

—De acuerdo. Lo que hay en Broken Hill es una palabra desnuda. Una palabra desnuda, en esta analogía, es que yo cojo mi sierra eléctrica y corto el tronco del árbol.

Wil esperó.

—Es un camino distinto para llegar al mismo sitio. No utilizo al comité. Me lo salto. ¿Tiene sentido?

—Lo tiene para los árboles.

—No hay diferencia. Tu cerebro tiene múltiples atajos para realizar una acción. Ves una estufa caliente, y conscientemente decides mantenerte lejos de ella. Pero si chocas contra ella, darás un brinco hacia atrás sin necesidad de un pensamiento consciente.

—Entonces es la diferencia entre una acción voluntaria y un reflejo —dijo Wil.

—Sí.

—¿Por qué no ha dicho eso, simplemente?

—Porque eso no es una analogía. ¡Joder, eso es exactamente lo que ocurre! Me pediste una analogía.

—De acuerdo —dijo Wil—. Aunque todavía no comprendo cómo un reflejo puede ser provocado por una palabra.

—Las palabras no son solo sonidos o formas. Son significado. Eso es lo que es el lenguaje: un protocolo para transferir significado. Cuando aprendes inglés, entrenas tu cerebro para que reaccione de un modo particular a sonidos particulares. Eso demuestra que el protocolo puede ser sabotado.

—¿Puede enseñarme?

—¿Qué?

—Lo que usted hace. El vudú de las palabras.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque es complicado.

—No lo parece.

—Bueno —dijo Eliot—, pues lo es.

—No veo por qué no podría enseñarme un poco.

—No tenemos tiempo para entrenarte y que seas un poeta competente. Si lo tuviéramos, tampoco valdría la pena, porque no eres convincente por naturaleza. Y aun si lo fueras, seguiría sin hacerlo, porque posees muy poca disciplina, y recientemente hemos aprendido que darle palabras inmensamente poderosas a gente con problemas de autocontrol es una muy mala idea.

—¿No soy convincente por naturaleza?

Eliot le lanzó una mirada.

—La verdad es que no. No.

—Soy convincente.

—Eres la única persona inmune a una palabra desnuda —dijo Eliot—.

Confórmate con eso.

Wil se quedó en silencio.

—¿Qué es lo que me hace inmune?

—Tu cerebro no procesa el lenguaje exactamente igual que el de otras personas.

De por qué es así, no tengo ni idea.

—¿Tengo un cerebro superior?

—Uf —repuso Eliot—. No diría yo tanto.

—Puedo resistir la persuasión. Eso a mí me suena a una mejora.

—Una vez tuve una máquina de café que no ponía leche por mucho que yo apretase los botones. No era una máquina mejor que las otras. Simplemente estaba rota.

—Yo no estoy roto. ¿Quién es usted para decir que estoy roto?

Eliot no dijo nada.

—Es la evolución —dijo Wil—. Ustedes llevan viviendo a nuestra costa durante quién sabe cuánto tiempo y ahora yo he desarrollado una defensa.

—¿Cómo se llamaba tu novia?

—¿Qué?

—Cecilia, ¿verdad? —Eliot echó un vistazo al salpicadero—. Han pasado veinticuatro horas y no la has mencionado.

—¿Qué está diciendo? ¿Que debería estar llorando su pérdida?

Eliot asintió.

—Eso es lo que estoy diciendo.

—¿Quién coño es...? ¡He estado procurando mantenerme con vida! ¡Ha habido gente intentando atropellarme con camiones! ¡Perdóneme por no tomarme un momento y llorar en su hombro por la pérdida de mi novia!

—Razones sólidas, expuestas muy a la defensiva.

—¡Será capullo! ¡Jesús! ¡Como si usted supiera algo sobre el amor! ¿Qué cree que es? ¿Una actividad cerebral? ¿Algo neuroquímico?

—Sospecho que es un tipo de persuasión.

—Entonces, ¿soy inmune al amor? ¿Es esa su teoría?

—Lo más fundamental de una persona es el deseo. El deseo define a las personas. Dime qué quiere una persona, lo que quiere de verdad, y te diré quién es, y cómo persuadirla. Tú no puedes ser persuadido. Por tanto, no sientes deseos.

—¡Eso son chorradas! ¡Amaba a Cecilia!

—Si tú lo dices.

—¡Un robot me está dando lecciones sobre el amor! ¿Que yo estoy roto? ¡Usted es el que está roto! ¡Dígame qué piensa que es el amor! ¡De verdad que quiero saberlo!

—De acuerdo —dijo Eliot—. El amor es definirte a ti mismo a través de los ojos de otro. Es llegar a conocer a un ser humano a un nivel tan íntimo que pierdes toda distinción significativa entre los dos, y cargas con la idea de que eres insuficiente sin ella, cargas con esa idea todos los días durante veinte años, hasta que ella lanza un camión de transporte de animales contra ti, y tú le disparas. Eso es el amor.

Wil se quedó observando la carretera durante un rato.

—Siento haber dicho que estabas roto —dijo Eliot.

—Olvídelo.

—Todo el mundo está roto —siguió Eliot—. De un modo u otro.

Wil se durmió y al despertar descubrió que una enorme reja de metal llenaba el parabrisas. Se dio cuenta de que era un puente, con sus vigas de acero salpicadas por la luz amarillenta y vaporosa de las farolas. Eliot tenía un brazo sobre el respaldo del asiento y estaba dando marcha atrás entre el tráfico. Un coche los rebasó e hizo sonar el claxon. Una motocicleta los esquivó mientras su conductor gritaba algo ininteligible. Giraron en una esquina y Eliot apagó el motor del Mini.

—Hay una cámara de tráfico en el puente —dijo—. He estado a punto de pasar por ella.

Wil miró hacia una cafetería en la que se anunciaban gofres. La calle estaba flanqueada por edificios altos y pintorescos, la mayoría, de colores pastel bajo una capa de nieve. Las farolas estaban decoradas con encaje de hierro forjado. No se veía a nadie. Daba la impresión de que era una hora tardía.

—¿Dónde estamos?

—Grand Forks.

—¿Qué estamos haciendo?

—Esperando —respondió Eliot—. Cuando haya pasado un poco de tiempo, vamos a cruzar ese puente andando. De uno en uno, creo, porque puede que acabe de levantar sospechas ahora mismo. Al otro lado nos haremos con otro vehículo y continuaremos hasta Minneapolis. Allí nos haremos fotos de pasaporte con unas condiciones de luz de mala calidad y visitaremos el Edificio Federal de la Tercera Avenida Sur, que es la agencia de pasaportes y puede entregar pasaportes nuevos a gente a la que le han robado el original, que es precisamente lo que diremos que ha ocurrido. Nos pedirán que les presentemos documentación que pruebe, en primer lugar, que somos ciudadanos americanos, y, en segundo lugar, que somos las personas cuyos nombres aparecen en los primeros documentos. Esto ocurrirá en una entrevista agradable y de escasa presión, al contrario que las que tienen lugar en las colas del

aeropuerto cuando tienes que entregarle tus papeles a un agente, así que seguramente podré subyugar a la persona que nos entrevistaste para que acepte nuestras fotos de fotomatón. Esa persona comenzará a continuación el proceso de hacer nuevos pasaportes con nombres falsos y nuestras fotos.

—¿Eso no lleva semanas?

—No. Se tarda cuatro horas, si pagas la cuota de expedición. Después daremos un rodeo para llegar a Sídney, equilibrando la necesidad de llegar antes de que se descubra que nuestra documentación es falsa y la necesidad de evitar aeropuertos con tecnología de reconocimiento facial. Estoy pensando en Vancouver y después Seúl, porque Korean Air es una buena aerolínea para nuestros propósitos. No compartan datos. ¿Responde esto a tu pregunta?

—Sí.

Esperaron. Wil bostezó. Una mujer pasó cerca del coche y le hizo a Wil recordar a alguien, pero no sabía exactamente a quién.

Eliot abrió la puerta.

—Espera diez minutos y luego cruza directamente el puente. Mantén la cabeza agachada. Eso es importante. No levantes la mirada por ningún motivo. ¿Está claro?

—Entendido —dijo.

Eliot bajó del coche y volvió a cerrar la puerta con un ruido seco. Wil mantuvo la mirada fija en su chaqueta beis hasta que desapareció por la esquina de la cafetería.

Las ventanillas se empañaron. El coche se llenó del frío exterior. Pensó en Cecilia. La había conocido en una tienda de mascotas. Había pasado por el escaparate y al verla había dado la vuelta y había fingido estar interesado en los cachorros de perro. Incluso había estado a punto de comprar uno. Solo porque ella los vendía. En su segunda cita, descubrió que a ella no le gustaban demasiado los animales. Solo le gustaba organizarlos. Decidir qué comían. Le gustaba ponerlos en jaulas, básicamente. Cuando Cecilia había empezado a dejar caer indirectas sobre el matrimonio, cuando llevaban tres meses juntos, Wil había pensado en ello.

Salió del coche. Había niebla y la visibilidad se había reducido a menos de cien metros. Se metió las manos en los bolsillos y empezó a caminar. Bajó los ojos. De vez en cuando algún coche pasaba a su izquierda, levantando una pequeña ola de aguanieve. Llegó hasta el puente y comenzó a cruzarlo. Un río negro se deslizaba por debajo. Era un puente muy alto. Y también muy largo. Hasta entonces no se había dado cuenta de lo largo que era. Una camioneta produjo un sonido extraño al pasar junto a él y Wil levantó la vista antes de recordar que se suponía que no debía hacerlo. Cuando estaba cerca de la mitad del puente, un coche se le acercó por detrás y redujo la marcha. Wil siguió caminando. Las ruedas del coche hicieron crujir la nieve. Mantenía la velocidad al ritmo de los pasos de Wil. Él no se volvió. Ahora podía ver el extremo opuesto del puente, pero no a Eliot.

El mundo a su alrededor se inundó de rojo y azul. Se produjo un estruendo.

—Señor, deténgase donde está. —Era un megáfono.

Wil se quedó quieto. Un coche patrulla se situó a su lado. La puerta se abrió y un agente con un bigote oscuro bajó del vehículo.

—¿Le importa sacar las manos de los bolsillos, señor?

Wil mostró sus manos.

—Señor, ¿es usted el propietario de un Mini rosa, con matrícula jota, ce, equis, uno, cuatro, cero?

—No.

—¿No conoce ese vehículo?

—No, agente. —El viento aullaba. Miró hacia el final del puente, pero seguía sin haber rastro de Eliot.

—¿Hacia dónde se dirige esta noche, señor?

—Solo estoy cruzando el puente.

—Eso ya lo veo. ¿Adónde se dirige?

Volvió a buscar a Eliot con la mirada.

—¿Le estoy retrasando?

—No, agente. Solo es que tengo frío.

—Ponga las manos sobre el capó, señor.

—Eh —murmuró Wil.

—Ponga las manos sobre el capó.

Wil colocó las manos en el coche.

—Separe las piernas, por favor.

—Solo he salido a pasear.

—Separe las piernas.

Obedeció.

—Ahora voy a cachearle. ¿Entiende lo que eso significa?

—De acuerdo, estaba en el Mini. Si esto es por una multa...

—¡No se vuelva!

—No me estaba volviendo —dijo Wil. El policía le agarró por el cuello de la chaqueta y lo tumbó sobre el capó. Estaba frío como un trozo de hielo. Podía quedarse pegado a aquel coche. Las manos del agente toquetearon sus piernas y sus caderas, hurgando en sus bolsillos. Sintió que una presión desaparecía en sus nalgas y se dio cuenta de que el policía le había cogido la cartera.

—¿Wil Parke? ¿Es usted?

—Mire...

—¡Quédese sobre el coche! Permanezca ahí hasta que le diga lo contrario, ¿entendido? Si vuelve a moverse, vamos a tener un problema.

Con la mejilla presionada contra el capó, vio que se acercaba una figura a través

de la niebla. ¿Eliot? No podía saberlo con seguridad.

—Informe, cuatro-uno-tres —dijo el agente.

Wil experimentó una sensación de alarma. Un policía informando de que había dado el alto a Wil Parke, eso podía ser algo muy negativo. Se irguió del capó, manteniendo las manos en alto para que el agente no se extralimitase, pero, de todos modos, el tipo le puso una porra en la garganta y tiró de él hacia atrás para tumbarlo sobre el capó, mientras le gritaba en la cara.

—Espere —dijo Wil, pero el poli no parecía tener ningún interés en lo que tuviera que decir. Wil acertó a vislumbrar la chaqueta de Eliot, aproximándose con rápidas zancadas. La tenaza del agente sobre Wil se aflojó. La expresión de su cara cambió. «Como si el tipo estuviese mirando la televisión —pensó Wil—, y estuviera viendo algo interesante pero situado muy lejos». El agente cogió su radio.

—Informe —dijo, y se oyeron dos estallidos secos y el tío rodó hacia atrás.

Eliot caminó hasta él y disparó dos veces más.

—¡Joder! —exclamó Wil. Su voz sonó ahogada y entrecortada—. ¿Qué? ¿Qué?

—Silencio.

El aire comenzaba a iluminarse: se aproximaba un coche. Eliot bajó a la calzada.

Wil miró al policía. Tenía los ojos vidriosos. Había sangre cuajándose alrededor de su cuerpo, manchando la sal que se había esparcido sobre la carretera.

—¿Qué hay del vudú de las palabras? —Eliot no contestó—. ¿Por qué no le ha persuadido?

Una camioneta coronó la parte alta del puente. Eliot agitó los brazos y el vehículo se detuvo. El conductor se asomó por la ventanilla. Era un tipo joven, pelirrojo. Eliot iba a matarlo, a él y a cualquier otra persona que fuese en la camioneta, y después a cualquiera que pasase por allí. Wil echó a correr, resbaló en el hielo y se golpeó la rodilla contra el asfalto. Cuando llegó hasta ellos, Eliot tenía su arma apuntada hacia el conductor.

—Cincuenta —dijo el tipo—. No sé qué es lo que quiere...

—¿Ama a su familia? —preguntó Eliot.

—¡Eliot!

—Por supuesto que sí, tío, por favor, no me mate, tengo dos niñas y las quiero muchísimo...

—No te mataré si me respondes a esto —dijo Eliot. Su cuerpo se iluminaba, casi resplandecía. Wil comprendió que había otro coche acercándose—. ¿Por qué lo hiciste?

—Eliot. —Wil puso la mano sobre el brazo de Eliot e intentó hacerle bajar el arma—. Por favor, no le dispare.

—¿Esto es por...? —preguntó el conductor—. ¡Oh, Jesús, perdóneme, lo hice porque tenía que hacerlo! —Eliot bajó el arma. El conductor soltó de golpe todo el

aire de sus pulmones—. ¡Gracias, gracias...!

—*Geetyre massilick crotón avary* —dijo Eliot—. Coge esto. Dispárale a los coches. Huye de las policías.

El conductor cogió el arma de Eliot. Eliot abrió la puerta de la camioneta y el tipo se apeó. Levantó la vista y comenzó a caminar hacia Wil.

—¿Qué...? —dijo Wil. El hombre alzó el arma. Wil tuvo tiempo de meterse los dedos en los oídos. El arma se disparó, y Wil se volvió para ver un coche a su espalda, un furgón oscuro. Frenó y empezó a dar marcha atrás, con los faros girando enloquecidamente de lado a lado. El conductor de la camioneta echó a correr, siguiendo al furgón.

Eliot cogió a Wil del brazo.

—Camina.

Obedeció.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué?

—Calla —ordenó Eliot. El tono de su voz resultaba monótono.

Wil cerró la boca.

Una vez que salieron de Grand Forks, la carretera estaba desierta. Después de una media hora, tres coches de policía pasaron a toda velocidad en dirección contraria, todo luces y sonidos, y Wil no dijo nada, ni tampoco lo hizo Eliot.

Wil observó cómo el cielo comenzaba a clarear.

—No es usted un buen tipo —dijo—. Dice que lo es, pero no lo es.

—Creo que nunca he dicho que sea un buen tipo.

—Podía haber utilizado sus palabras en ese poli.

—Estaba subyugado. Le faltaban dos segundos para entregarnos.

—Podía haberlo intentado.

Pasaron una señal que anunciaba que quedaban trescientos kilómetros para llegar a Minneapolis.

—Usted es tan malo como Woolf —dijo Wil.

Eliot pisó el freno y Wil sintió que el cinturón de seguridad tiraba de él. El vehículo se deslizó hasta detenerse bruscamente.

—Aceptaré que me eches mierda encima —dijo Eliot—, pero no se te ocurra compararme con Woolf.

—Ella...

—Cállate. Lo peor que he hecho en mi vida es permitir que Woolf se convierta en lo que es. Cargaré con la responsabilidad de todo lo que ella haga, desde lo de Broken Hill hasta el día que acabe con ella. Pero no somos iguales. No nos parecemos en nada.

—Usted mata gente.

—Sí, mato gente, cuando la alternativa es peor que eso. Así es el mundo. Esa es la razón por la que tú y yo seguimos estando aquí.

Wil apartó la mirada.

—Iré con usted. Haré lo que usted me diga. Pero no porque usted tenga razón.

Eliot puso el vehículo en marcha.

—Bien —dijo—. Eso es suficiente.

Nadie los detuvo en el aeropuerto de Minneapolis ni miró dos veces sus pasaportes al cruzar la puerta de embarque de un Delta E-175 mientras los motores rugían al otro lado de las ventanillas. Eliot hizo una bola con su chaqueta y la colocó entre su reposacabezas y la pared.

—Voy a dormir.

—¿En serio? —se asombró Wil.

Volaban a Winnipeg. Era un vuelo de cuarenta minutos.

—En serio —contestó Eliot, y cerró los ojos. Su rostro se relajó. Sus labios se entreabrieron. Wil empezó a creer que ni siquiera respiraba. Cuando el avión despegó, dio un bandazo y la mujer que estaba sentada al otro lado del pasillo soltó un chillido, y la cabeza de Eliot cayó sobre el hombro de Wil.

—¿Eliot?

Puso la mano bajo su nariz. No podía notar nada. Se lamió la piel de la mano y probó otra vez. Una leve corriente de aire. Muy leve. Intentó relajarse.

El aterrizaje fue algo brusco, pero Eliot siguió sin moverse. Wil le dio con el codo en las costillas.

—Eliot. —Le zarandeó—. Tom. —Le zarandeó más fuerte. Le pellizcó en el antebrazo con el pulgar y el índice.

Eliot abrió los ojos, que parecían de cristal. Su cara estaba macilenta y descompuesta. Daba la impresión de estar muerto.

—Hemos aterrizado.

Los ojos de Eliot miraban fijamente algo que estaba más allá del techo del avión.

—Hemos llegado. Eliot. Tiene que despertarse. ¡Eliot!

Sus ojos se enfocaron.

—¿Qué?

—Tiene un aspecto terrible.

—Estoy bien —dijo Eliot, y de pronto lo estaba. Cogió la chaqueta y se la puso bajo el brazo—. Muévete.

En Winnipeg cogieron un vuelo a Vancouver, y de nuevo Eliot se quedó dormido en cuanto estuvieron a bordo, y otra vez la tarea de despertarle al aterrizar fue como

intentar reanimar a un cadáver. En Vancouver cruzaron a la terminal internacional y atravesaron los controles de seguridad sin incidentes. Las azafatas del vuelo de Korean Air llevaban sombreros de papel azul. Eliot se acomodó en un asiento de ventanilla con su chaqueta enrollada a modo de almohada y cerró los ojos.

—Despiértame si empezamos a descender de forma inesperada.

—Uh —dijo Wil. Pero Eliot parecía estar ya dormido—. Sí. Lo haré.

Hojeó la revista de a bordo y la devolvió a su sitio. Tuvo la sensación de que no iba a poder dormir.

De: www.discuss.isthatjustme.com/forum/topic-11053-r.html?v=1

De acuerdo, no quiero entrar en teorías de conspiración, pero ¿habéis leído lo del tío ese que montó un tiroteo por todo Grand Forks? Dicen que se había peleado con su novia, y así todos pensamos: «Ah, por eso se le fue la pinza». Pero daos cuenta de que nadie ha dicho que en realidad haya una conexión. Simplemente nos han hecho asumir que es así porque, si no, ¿por qué iban a mencionarlo?

No estoy diciendo que pase algo con este incidente específico, pero lo veo TODO EL TIEMPO. Si veis las noticias en la tele, todas las historias son así: «Hubo un incendio y el dueño tenía problemas económicos». No están diciendo que el tipo quemase su propiedad. Pero eso es lo único que dicen.

Me preocupa porque pensamos que somos inteligentes, que unimos las piezas del puzle, pero está todo amañado. Solo nos ofrecen piezas que encajan solamente de un modo, pero si resulta que nos ofrecen la imagen equivocada, bueno, pues nunca dirán que era correcto.

A no ser que se trate de un asunto muy importante, como una historia a nivel nacional, toda la información procede de un único reportero que apunta lo que le dicen los polis. Eso va a la Agencia de Prensa y todos los servicios informativos lo comparten. Así que puede dar la impresión de que todos han realizado su investigación particular y descubierto los mismos hechos, pero por lo general se trata de que todos están repitiendo lo que ha dicho una única fuente.

Así pues, puede que el tío de Grand Forks realmente se mosquease con su novia. Pero creo que merece la pena señalar el hecho de que literalmente nadie ha dicho que esa sea la razón por la que empezó a disparar. Si dicen que es un misterio, entonces la gente como nosotros empezará a curiosear y a hacer preguntas, pero al parecer lo único que hace falta es un indicio insustancial y nos damos por satisfechos, porque creemos que hemos averiguado el misterio.

[C U A T R O]

Se volvió promiscua. No fue algo planeado. Fue porque no había nada más que hacer. Pensó en sí misma como en «promiscua» más que en «fácil» porque era ella la que controlaba la situación. Si un chico entraba en la tienda de ropa en la que ella trabajaba y había algo en su mirada que indicaba que había oído hablar de ella, ella se haría la tonta y le vendería unos pantalones color caqui. Pero si había un chico de pelo rizado y ojos oscuros y estaba allí porque de verdad había ido a comprar (y eso no ocurría con mucha frecuencia, solo de vez en cuando), entonces algo en su interior le impulsaba a hacer algo. Se le acercaba y le preguntaba si podía ayudarle, y si en torno al chico orbitaba una rubia mal teñida, que era lo que solía pasar, le recomendaba unas camisetas y no le quitaba el ojo de encima mientras la novia echaba un vistazo a las faldas. Y él la miraba de vuelta y en sus ojos se percibía algo. Cuando la chica decidía probarse alguna prenda, Emily caminaba directa hacia el chico y lo besaba como una depredadora. Y él le devolvía el beso, todas las veces, y si Emily bajaba la mano detectaba una enorme erección.

—¿Qué tal? —preguntaba, con los ojos fijos en el chico, y la chica decía algo sobre que no se le ajustaba a los hombros y sobre el color y que si lo tenían con lazos.

No siempre iba más allá que eso. En dos ocasiones la chica salió demasiado pronto del probador y el chico salió por piernas de la tienda, lanzándole miradas. Pero dos veces sí lo hizo. La última de ellas, el chico estaba acompañado por una chica de ojos negros que ni siquiera contestó cuando Emily se les acercó para saludarlos, y a Emily le gustó el estilo de aquel chico, era amable y medio bobo y jugaba al fútbol, así que no se limitó a invadir sus pantalones mientras la chica estaba en un probador, sino que siguió haciéndolo cuando la chica volvió a salir. Observó la cara del chico mientras la chica daba una vuelta por toda la tienda, fascinada, porque el pobre parecía muy asustado y no hizo nada por detenerla. La chica inspeccionaba vestidos e hizo un comentario malicioso sobre la década a la que creía que una de aquellas prendas pertenecía, y el chico gruñó y se estiró de los pantalones. Emily regresó detrás del mostrador. El chico la miró como si no pudiera dar crédito al hecho de que le estuviera abandonando. Como si pensase que ella tenía un plan para ayudarle o algo así. Pero a ella ya no le preocupaba. La parte interesante había concluido, por lo que a ella respectaba. El chico permaneció clavado al suelo durante unos segundos, luego lanzó una andanada de palabras sin demasiada relación entre sí, como si fueran el vertido de dos corrientes diferentes de pensamiento que habían chocado. La chica ni siquiera levantó la vista.

—Vale —dijo, haciendo girar una chaqueta con capucha y forro de plumas.

Aquello probablemente no fuese lo que Eliot había querido decir cuando le había dicho que trabajase duro y se disciplinase. Pero Emily estaba a un millón de

kilómetros de cualquier lugar, realizando, por otra parte, un trabajo excelente al ocultar el hecho de que era la practicante más especializada de persuasión que jamás había pisado aquella ciudad arrasada por el polvo, y necesitaba hacer algo. No podía tener músculos y no flexionarlos.

Había dormido dos noches en una parada de autobús antes de darse cuenta de que la ciudad estaba llena de casas vacías; no tenía más que colarse en una de ellas y ponerse cómoda. Encontró un empleo en Hilos Enredados, la tienda más *hippy* de Broken Hill, en la que se vendía ropa para jóvenes y mayores y para cualquiera que tuviera interés en un nivel de moda que fuese más allá de la tela vaquera y el estilo bravucón. Le pagaban al contado, lo que significaba que Emily podía alquilar algo con electricidad. Todo resultaba más simple de lo que había imaginado. Incluso se compró un coche viejo y desvencijado. Lo cual era un tanto arriesgado, porque no se atrevió a adquirir un permiso de conducción, pero en la ciudad solo había dos policías, ambos de segmentos que ella comprendía muy bien, y lo cierto era que estaba harta del autobús.

Era la «chica americana». Su historia era que había ido hasta allí para «conectar con la tierra», una idea ridícula, claramente falsa para cualquiera que se fijase en cómo entrecerraba los ojos ante la intensidad del sol, o cómo se envolvía en su propio abrazo para combatir el viento o hacía muecas ante la suciedad, pero ¿qué otra razón podría haber para ir a aquel lugar? «¿Cuánto tiempo vas a quedarte?», le preguntaban, inclinándose sobre el mostrador para contemplarla maravillados, asombrados ante aquella persona que había dejado atrás América para irse allí, «allí», cuando todos los jóvenes de la región con una pizca de cerebro aprovechaban la mínima oportunidad para largarse. Los más mayores, que habían perdido la capacidad de imaginarse la vida en otro lugar o que quizá nunca la habían tenido, parecían ver en ella a la primera de muchos, como si Emily fuese el heraldo de una nueva moda *hippy* que estuviera barriendo el planeta, donde la gente joven de las grandes ciudades se esforzaba por ahorrar soñando con viajar un día para conectar en Broken Hill, y darle a la ciudad un futuro. Ella les respondía que tal vez un año, porque no quería darles falsas esperanzas y no podía soportar la idea de que fuese a ser más tiempo que ese.

Pero pasó un año y luego otro y allí estaba ella en su vigésimo primer cumpleaños, viendo programas sin sentido de la televisión australiana en una casa de cuatro dormitorios sin apenas muebles. A veces se preguntaba si la organización existía, o si se la había imaginado. Otras veces, cuando la puerta se abría en la tienda, pensaba durante un instante que se trataba de Eliot, llegado hasta allí para decirle que todo estaba bien, que se había acabado y podía volver a casa. Pero nunca ocurrió. No había más que un día tras otro de espera. Así que podía tomar el control de algún chico atractivo de vez en cuando. Podía hacerlo.

Una noche, después de cerrar, se dirigió al aparcamiento de atrás y encontró a un grupo de chicas vestidas con faldas cortas y chaquetas forradas de pelo que la estaban esperando. Una de ellas saltó del capó de un coche cuando Emily se acercaba. Era la novia rubia del jugador de fútbol, y Emily comprendió que iba a tener problemas. Se volvió para huir de vuelta a la tienda, pero otras dos chicas le bloqueaban el camino. Levantó las manos y dijo:

—No llevo dinero encima.

—No estamos interesadas en tu dinero, zorra —dijo la chica, dejando que algo cayese de su mano. Una cadena de metal. Emily experimentó desesperación, no ya por ella, sino por la chica y por todo Broken Hill, porque una cadena era algo absurdo. Si sacabas eso en San Francisco, te pegaban un tiro—. ¿Sabes quién soy?

—Creo que viniste una vez a la tienda. —Las chicas la rodearon. Eran cinco en total. No vio más armas, lo que significaba que echar a correr podía ser una buena opción—. Si quieres devolver algo, abrimos a las nueve.

—No quiero devolver nada, guarra.

—De acuerdo —dijo Emily—. ¿Podemos hablarlo, por favor? —Alargó la última parte de la pregunta en un intento de recordarles que algo como aquello podía hacer que las arrestasen—. Oh. A ti te conozco. Conozco a tu madre. —No era cierto, pero resultaba totalmente creíble en una ciudad del tamaño de Broken Hill. La clave era sacar a la madre a relucir.

—Te arrojaste sobre mi novio —dijo la chica.

Emily reconoció aquello como una «aserción especulativa», lo que en clase denominaban «globos de prueba». Cuando alguien formulaba aserciones especulativas, tenía la esperanza de que le rebatieran. Significaba que la chica no iba a golpearle con la cadena. Si hubiera dicho «Voy a joderte por lo que le hiciste a mi novio», Emily habría tenido problemas de verdad. Pero la chica se limitaba a estar allí, esperando a que Emily le respondiera y le explicase que todo era un malentendido. Se sintió casi decepcionada, porque durante un momento había sido un desafío mental interesante.

—En realidad fue él quien se lanzó sobre mí —dijo. La única explicación era que quería que le hicieran daño. La chica se le quedó mirando fijamente, esforzándose por creer lo que acababa de oír, y otra de las chicas dijo:

—Oh, te vas a enterar, zorra.

Y Emily echó a correr. Estuvo a punto de escapar pasando junto a una chica con mucho acné y ojos asustados, pero alguien la cogió del cuello de la camisa y la tumbó. La de la cadena se abalanzó con rabia sobre ella, y, pese a la inminencia de los golpes, Emily sintió un moderado placer por haber logrado empujarla más allá del control pre-córtex. No era algo fácil de conseguir. Tenías que zarandear a lo bestia las creencias de una persona para que hiciera algo así. Se cubrió la cabeza con los brazos

y se encogió formando una bola.

El dolor estalló en su espalda. Trató de rodar y fue un enorme error, porque la cadena le golpeó en pleno rostro. Su boca desapareció. Se puso de rodillas y trató de huir a rastras. Había algo brillante y ensangrentado en el suelo. Un diente. Se sintió triste y estúpida, y quiso retroceder en el tiempo para no ser tan idiota.

Unas luces se encendieron. Emily no podía ver de dónde procedían, pero al parecer eran luces importantes, porque las chicas huyeron en desbandada. Oyó pisadas sobre el cemento. No recibió nuevos golpes. Eso ya era una mejoría.

Alguien la cogió por los hombros y ella se estremeció. El desconocido dijo:

—Tranquila, relájate, estoy ayudándote.

—Ente —dijo Emily, aunque pretendía decir «mi diente».

Las manos del tipo le palparon las costillas. Se alejó y ella se sintió perdida. Luego el hombre regresó y le colocó algo alrededor del cuello. Emily intentó levantarse, pero el extraño le dijo:

—No, no. —Y la retuvo con una mano. Lo único que ella podía ver era su pelo, que era largo y del color de la arena. Él le puso algo debajo del trasero. Resultó ser un carrito.

—Me dente —balbuceó.

El hombre la izó y la llevó por el aparcamiento hacia una furgoneta blanca que ella sabía que hacía las veces de ambulancia. Antes de cerrar las puertas traseras, sus ojos la examinaron de una manera rápida y profesional.

Cuando el vehículo volvió a detenerse y unas manos comenzaron a bajarla, Emily no estaba segura de dónde se hallaba.

—¿Una pelea de bar? —preguntó alguien, y el hombre de antes dijo:

—Pelea de chicas detrás de la tienda Hilos Enredados.

Una mujer se inclinó sobre su rostro:

—Ha perdido un diente.

—Está en mi boca —dijo su rescatador.

Aquello le sonó a Emily gracioso, y sonrió, y después de eso ya no recordó nada más. Sin embargo, debió de pasar el tiempo, porque ahora estaba sentada en una cama de hospital en un pabellón abierto en el que entraba la luz de la mañana. Llevaba puesto un camisón de tela fina y tenía algo alrededor del cuello. Su espalda parecía llena de pelotas de golf. Tenía un diente suelto en la boca y no paraba de empujarlo con la lengua, aunque pensó que probablemente no fuese buena idea. Le daba la impresión de que su cabeza estaba hecha de cristal, pero, aparte de eso, se encontraba bastante bien.

Una enfermera se detuvo a su lado. Emily la había visto alguna vez comprando soja en el supermercado.

—Buenos días, cariño. ¿Cómo te sientes?

—Bien —contestó.

La enfermera puso las manos sobre el rostro de Emily.

—Abre. Así, bien. ¿Estás dejando ese diente quietecito?

—Sí.

La enfermera le soltó la boca.

—¿Qué fue lo que pasó?

Perdí el control. Demostré que este es mi sitio.

—Nada.

—Gary quiere hablar contigo.

—¿Quién es Gary?

—El sargento de policía.

Emily trató de negar con la cabeza. No quería hacer una denuncia. No poseía una identidad.

—¿Cuánto tiempo tengo que llevar esto?

—Seis semanas. Y considérate afortunada.

Lo hacía. Fácilmente podría haber sido peor.

—¿Quién me recogió?

—¿El para?

Emily no sabía qué significaba aquella expresión.

—El hombre de la furgoneta ambulancia.

—Un paramédico. Se llama Harry. Él logró conservar el diente para que pudiéramos volver a ponértelo.

—¿Puedo darle las gracias?

—No está trabajando ahora —dijo la enfermera—. Pero estoy segura de que lo verás por ahí. Esta es una ciudad pequeña, por si no lo has notado.

—Sí —dijo Emily.

Había visto antes aquella furgoneta. Con franjas amarillas y naranjas. La habría visto unas dos veces a la semana desde que había llegado. Pero, por supuesto, ahora que había recibido el alta del hospital y que caminaba con la barbilla erguida por el collarín, no la encontraba en ninguna parte. A veces vislumbraba algo blanco pasando a lo lejos y se volvía para ver si se trataba de él, y el dolor le taladraba el cuello, y cuando el giro era demasiado lento, pensaba: «Apuesto a que era él».

Era algo muy típico de una estudiante de instituto, eso de sentirse atraída por un conductor de ambulancia. Enamorarse de un hombre que la había rescatado. Se sentía infantil. Pero no podía quitarse de la cabeza que el tipo se había puesto su diente en su propia boca. También recordaba su pelo iluminado por los faros de la ambulancia. Se sentía caliente e inquieta, y no paraba de pasear por la ciudad por si se encontraba con una furgoneta blanca con franjas amarillas y naranjas.

Decidió comprarle unas flores. Le compraría unas flores y una tarjeta y si él no estaba en el hospital cuando fuese a entregarlas, pues bien. Se limitaría a dejarlas allí. Pensó mucho qué escribir en la tarjeta, firmó con GRACIAS DESDE LO MÁS PROFUNDO DE MI DIENTE, contempló el texto con horror y regresó a la tienda a por una nueva tarjeta. En el segundo intento se mostró más solemne: GRACIAS POR SALVARME. EMILY RUFF. Quizá no fuese del todo solemne, porque no pudo resistirse a poner «salvarme», ni tampoco a escribir su nombre completo, pero al menos no incluyó su número de teléfono. Eso sí lo consiguió.

Condujo hasta el hospital con las flores en el asiento del pasajero y el aire acondicionado al máximo para reducir la sensación de calor. La mujer de recepción creyó que tenía una cita con algún médico, lo cual a Emily le pareció lógico, dado su collarín, y una vez que le aclaró la razón de su visita, la mujer le preguntó:

—¿Quieres verle o solo dejar las flores?

Emily sintió que la invadía el pánico y respondió:

—Solo dejarlas. —No fue más allá de la puerta—. ¿Está él ahora aquí?

La mujer la miró como si ya hubiese vivido aquella misma situación un millón de veces y dijo:

—Lo comprobaré. —Descolgó el teléfono y Emily esperó mientras trataba de no aparentar catorce años. La mujer volvió a colgar el aparato—: Lo siento.

En el coche, atenazó el volante y se regañó a sí misma. ¿Qué pensaría Eliot? Estaría avergonzado. Le había dicho que se acostumbrase a Broken Hill, porque tal y como se comportaba nunca iba a regresar a la Academia. Bien podía comprarse una casa y un par de perros y casarse con Harry el paramédico y vivir allí para siempre.

—¡Oh, Dios! —murmuró, porque aquella visión resultaba atroz.

Empezó a comportarse como un perro de Pavlov cada vez que sonaba la campana de la puerta de Hilos Enredados, pero nunca era él, y después de unos cuantos días comprendió que nunca lo sería. El tipo había visto en las flores exactamente lo que eran: un torpe y fantasioso intento de ser romántica. Se enfureció consigo misma, y con él por haberla hecho comportarse de aquella manera. Porque, para ser justos, la había cogido en mitad de un trauma. En aquel momento no había sido realmente ella. ¿Quién era él para juzgarla? Era un don nadie en una ciudad diminuta y cubierta de polvo y ni siquiera tenía una ambulancia como Dios manda. Y su peinado estaba pasado de moda. La única razón por la que ella se había fijado en él era porque no tenía rival. Se moría de ganas por encontrar un chico con el que salir, alguien joven y guapo y estúpido. Permaneció detrás del mostrador y puso en orden los percheros hasta que todo volvió a la normalidad de siempre.

A mediodía iba a la hamburguesería y se ponía en cola detrás de los mineros (que

no eran tipos musculosos en camisetas de tirantes con picos y manchas sexys de hollín, como una podía esperar, sino hombres gordos y operadores de grúa que apestaban a aceite). En realidad, prácticamente nadie bajaba ya a las minas. Esa parte se había automatizado. Y en realidad no era cuestión de entrar en ellas: en su mayor parte, las minas eran enormes canteras abiertas que parecían cráteres de meteoritos. La ciudad rodeaba uno gigantesco, y quedaba separada de él por un muro altísimo de escombros, que era lo que extraían del suelo y que no valía nada pero tenía que ser dejado en alguna parte. Daba la impresión de que a nadie le resultaba extraño aquello: vivir en una ciudad con forma de donut cuyo agujero se iba rellenando lentamente de porquería. Emily quería preguntar por qué no trasladaban la ciudad a unos ocho kilómetros al norte, o al sur, al este o al oeste, cualquier dirección valía. Pero sabía de antemano la respuesta, le dirían: «Porque es aquí donde está». Emily había descubierto que los australianos eran muy prácticos. Hacían cosas con rapidez y decisión y las hacían esmerándose lo mínimo. Resultaba refrescante y genuino, pero a veces esa forma de actuar llevaba a situaciones como las de construir una ciudad alrededor de un agujero. En un principio había creído que el nombre de Broken Hill era una especie de broma, parte del sentido del humor algo perverso que les hacía apodarar a un pelirrojo como «Azulito». Porque, aparte de los escombros, el lugar era tan llano como un espejo. Pero al parecer había existido una colina en el pasado. Hasta que la habían minado.

Inhaló sudor rancio y humo de cigarrillos hasta que llegó al mostrador, luego se comió su hamburguesa en una mesa exterior, mientras contemplaba el tráfico. Ya había visto antes todos los vehículos que pasaban por delante de ella. Giró la cabeza para probar el estado de su cuello y descubrió la furgoneta del paramédico aparcada al otro lado de la calle.

Sintió pánico. Pero ya no estaba interesada en él, ¿o es que no lo recordaba? Se había olvidado durante un instante. Se relajó. Empezó a buscarlo con la mirada, como si lo hiciera por casualidad. Esperaba verlo para poder descubrir exactamente lo poco atractivo y aburrido que era cuando no llevaba su diente en la boca. Se comió la hamburguesa. Lo vio. Podría ser él. Caminaba por la acera mientras conversaba con una mujer. Movié la cabeza y definitivamente era él. Era atractivo. Puede que hubiera tenido una conmoción cerebral, pero tenía buen gusto. El tipo era ancho de hombros. Sus brazos eran increíbles. No llevaba puesta una camiseta sin mangas. Cuando lo tuvo lo suficientemente cerca, le echó unos veinticinco años. La mujer era una morena atractiva a la que Emily había visto en carteles de anuncios inmobiliarios. Se rio ante algo que había dicho Harry, se sacudió el pelo, y a Emily le pareció bien. Le deseó a la señorita Agente Inmobiliaria la mejor de las suertes con su atractivo paramédico australiano.

Estuvo a punto de dejar que pasasen de largo. Pero entonces decidió que no lo

haría. No había ningún problema, así que, ¿por qué no?

—Hola.

El hombre se detuvo. Sus ojos: Emily se había olvidado de ellos.

—¿Tú eres...?

—La Sin Diente.

—Claro.

Emily comprendió que él estaba pensando en las flores. Le había resultado un gesto incómodo.

—Solo quería darte las gracias... —dijo—. No quiero retrasaros.

La agente inmobiliaria sonrió y cogió la mano de Harry. Él parecía aliviado por el hecho de que no cometiese ninguna locura.

—No te preocupes. —La mujer comenzó a tirar de él, pero de repente el paramédico se acercó a la mesa y le tendió la mano—. Me llamo Harry.

Emily se la estrechó, sorprendida, y él sonrió y regresó junto a la agente inmobiliaria. Emily se sintió intranquila. Le contempló mientras se alejaba. ¿Qué había sido eso? ¿Acababa de intentar ligársela? Era ultrajante. Cogió su vaso de Coca-Cola y volvió a mirarlo. El corazón le latía con fuerza. Pensó: «Oh, mierda».

Decidió acostarse con él y acabar con el asunto. Era la única forma. Se había convertido en un retintín molesto que la golpeaba en la ducha, o durante su turno de trabajo, o justo cuando se estaba quedando dormida. Al menos tenía que darle un beso, un beso profundo y completo, sin dejarse nada. Así podría hacer borrón y cuenta nueva. Así podría dejar de imaginárselo. No podía seguir dejándose llevar por aquel retintín, porque la estaba incapacitando para comportarse con normalidad. En cuanto lo transformase en un juguete, como a aquellos chicos que iban a la tienda, todo volvería a la normalidad. Volvería a tener el control.

Se compró un vestido, un pequeño retal de tela negra de Hilos Enredados que casi había arrancado de las manos de tres clientas potenciales por si acaso se presentaba una situación como aquella. Se arregló el pelo, dándose volumen (no al estilo que le solía gustar a las chicas, sino a los chicos). Se puso un montón de maquillaje. Era viernes por la noche, y se abrió paso entre el hedor a sudor del principal bar de la ciudad buscándolo. El local estaba lleno de adolescentes de ojos brillantes y mineros cubiertos de costra, grupos demográficos por lo general opuestos pero unidos por su pasión por la cerveza y los guitarreos furiosos.

—¡Vince! —le gritó un chico en el oído.

Esas eran las razones por las que habitualmente no iba a aquel lugar. Dio una vuelta y comenzó a sentirse desanimada. Pero entonces lo localizó en la barra, con un grupo de chicos. Se le acercó y gritó:

—¡Hola!

Harry le sonrió.

—¡Invítame a tomar algo! —le dijo Emily.

Cuatro horas más tarde, con la cabeza aún retumbándole, estaba en el asiento del pasajero de su furgoneta, de camino a casa. No a la suya. A la de él. Se había soltado el cinturón de seguridad y se había inclinado sobre él, besándole el cuello y mordisqueándole el lóbulo de la oreja, lo cual era una forma excelente de morir en un accidente, si se hubiera puesto a pensar en ello. Pero no lo había hecho. Solo pensaba en tenerlo para ella sola en una habitación y hacer cosas terribles. Él condujo durante un tiempo que pareció interminable y después, por fin, paró el vehículo. Un perro le babeó las piernas y Emily gritó, y él la levantó en sus brazos. A ella le gustó. Le recordó cómo se habían conocido. La casa era oscura, pero había una cama y una luna en el exterior. Emily trató de desabrocharle los pantalones y él dijo que no, pero ella dijo «sí» con énfasis y una frecuencia de sonido un poco más baja, de modo que sonaba como una orden, pero no funcionó. En la cama, él le tocó el cuello y Emily se dio cuenta de que eso era lo que había estado echando de menos: su comportamiento depredador no había incluido ninguna reciprocidad. Y eso era importante. Lo había olvidado. Volvió a intentar desabrocharle los pantalones, y esta vez él le cogió ambas muñecas con una mano y las atrapó bajo la almohada, por encima de su cabeza.

—Quiero tenerte —dijo ella—. Déjame tocarte.

—No —respondió él, y a ella, por alguna razón, le resultó aún más excitante.

Le gustaban los desafíos. Pero las manos de él se deslizaron por su cuerpo y perdió la voluntad de discutir.

—Sí —murmuró—. Sí, sí.

Vio unos ojos brillantes en la oscuridad exterior, su perro que los observaba, pero no le importó. Ella ya estaba de camino a otro lugar. El tacto del hombre era cuidadoso, y ella nunca había sabido lo que era ser tocada con cuidado. Fue una noche de novedades. Él la sujetó mientras sus dedos se adentraban en ella, y después su clímax la recorrió como un trueno, como una fuerza de la naturaleza, algo que ella no podía controlar en absoluto, de manera que tuvo que permanecer inmóvil hasta que recobró la consciencia. Él soltó sus muñecas. Todavía llevaba puestos los pantalones. Emily necesitaba hacer algo al respecto.

—Ahora —dijo.

Y, finalmente, él asintió y dijo:

—Ahora.

Y ella, básicamente, le atacó.

Se despertó por la mañana y él no estaba. Se sentó en la cama. El dormitorio no tenía

cortinas. Más allá de la ventana la tierra era plana hasta llegar al horizonte. El dormitorio era la escena de un crimen de sábanas revueltas y ropa desperdigada. Aparte de la cama, no había más muebles. Ni cuadros. Ni fotos.

En la mesa de la cocina encontró una nota:

He ido a dar una vuelta. Coge lo que te apetezca para desayunar.

«Una vuelta», pensó Emily. Se había ido a dar una vuelta. Se había ido en algún medio de transporte a un destino desconocido, por motivos desconocidos y durante un período de tiempo indeterminado. Se alegró de que lo hubiera explicado. Inspeccionó la habitación. Había una foto del perro encima del televisor. Era la única cosa personal que había a la vista, así que la cogió. Era un perro grande. Un perro de hombre. Devolvió la foto a su sitio. No estaba tan desesperada por saber más sobre Harry como para necesitar analizar a su perro. Fue a la cocina y abrió la nevera.

Comió cereales. Se dio una ducha. Desnuda, entró de puntillas en el dormitorio y echó un vistazo al armario. No vio ningún libro. No tenía ni idea de qué hacía Harry en su tiempo libre. Empezó a fregar los platos, y mientras frotaba una olla, tuvo un repentino fogonazo de perspectiva. Harry estaba esperando a que ella se fuese. Eso era lo que significaba la nota. Soltó el estropajo y fue a buscar su ropa.

Había un chiste, o un puzle, que era así: una mujer conoce a un hombre en el funeral de su madre. Se lían, pero la mujer nunca llega a saber el nombre del tipo, y después no puede encontrarle. Unos cuantos días después, ella asesina a su hermana. Se suponía que tenía que averiguar el porqué. Pero si lo hacías, significaba que eras un psicópata, porque la razón era que la mujer quería volver a ver al hombre otra vez. Emily pensó en ello unas cuantas veces durante los días siguientes, cuando se descubrió a sí misma fantaseando con representar una emergencia médica.

Al final fue a su casa. Era de noche y se perdió entre las calles polvorientas, y en unas cuantas ocasiones estuvo a punto de tirar la toalla. Porque una cosa era acostarse con él, y otra volver. Lo que estaba haciendo le parecía peligroso. Como navegar más allá del borde del mundo.

Con el tiempo dio con la calle correcta. Las luces de la casa estaban encendidas, pero decidió dejar el motor en marcha, porque no estaba aún segura de que debiera estar allí. O, más bien, sí sabía que no debería, pero quería hacerlo de todos modos. La puerta principal se abrió. Harry salió, cubriéndose los ojos con la mano. Cuando la vio, sonrió. Ese gesto fue decisivo. Emily salió del coche.

—¿Es un mal momento? —preguntó, mostrándose amable.

—No —dijo él.

—Pensé en pasarme a verte.

—Me alegro de que lo hayas hecho.

Emily seguía junto al coche.

—Entra —le invitó, y ella accedió.

Tres meses más tarde se mudó a vivir con él. En realidad ya prácticamente vivía allí. Lo sugirió durante los créditos de una comedia australiana que a él le encantaba y ella empezaba a detestar cada vez menos.

—Debería mudarme aquí —dijo. Quizá no fue una sugerencia. Pero ella lo dijo con ese propósito. A veces utilizaba técnicas de persuasión con Harry, pero nada que él no pudiese romper. A ella le gustaba así: intentar manipularle y fracasar. Si hubiera tenido sus palabras, las de él, habría sido diferente. Entonces no habría habido ningún desafío en ello.

Cocinaba para él. En realidad, rompía unos huevos y los freía para llevárselos luego en una bandeja. Cuando se recostaba sobre él y él la rodeaba con el brazo, se sentía a salvo. Harry la llevó a pasear en moto. Tenía motos de *cross*, un garaje lleno de ellas, y fueron a recorrer los alrededores de la ciudad. Le enseñó a sostener un rifle de manera que no le hiciera daño en el hombro, y cómo calibrar el efecto de la fuerza de la gravedad en una bala con la distancia. Cuando la noche era clara, se sentaban en el porche trasero, bebiendo y haciendo el amor mientras el sol se disolvía en la tierra. Antes de aquello, Emily solo había sido capaz de ver el cielo como algo hostil. Él le hizo ver la cruda belleza que había en aquel cielo, el poder de la tierra inhóspita y los esqueletos de los árboles. Le dijo que todo estaba allí por una razón. Incluso a las serpientes, ante las que Emily no podía evitar sentir terror, porque estaban siempre donde menos esperabas que estuvieran, como cuerdas letales, empezó a verlas como menos beligerantes y más agresivamente defensivas, igual que ella. Llevaba viviendo dos años en Broken Hill y nunca lo había entendido.

La primera vez que le disparó a un canguro, lloró. Sabía que él los cazaba, que los canguros eran alimañas, pero la visión de la piel marrón en el polvo y aquellos labios extrañamente humanos que dejaban ver unos dientes pequeños era demasiado.

—Son nocivos —dijo Harry—. Se lo comen todo.

—Aun así —replicó ella.

Harry apoyó el rifle contra la moto.

—¿Conoces la historia de los canguros?

—¿Qué historia?

—La de los negros. —Se refería a los aborígenes—. Había una chica, Minnawara. Era inteligente y sabía usar una lanza. Tenía unos ojos que podían distinguir a una cucaburra a un kilómetro de distancia. Un día, robó una honda que se suponía que le pertenecía a toda la tribu, pero Minnawara la escondió en un morral. Cuando la tribu descubrió que la honda había desaparecido, se enfadaron todos mucho, y el más

anciano le preguntó a Minnawara si la había cogido. Y ella dijo que no. Así que el anciano puso magia en el suelo, y el suelo empezó a calentarse. El anciano dijo: «¿Están tus pies calientes, Minnawara?». Esa era la magia. Solo alguien que estuviera mintiendo sentía el calor. Ella dijo que no, que sus pies estaban bien. Pero pronto ya no pudo soportar el calor, así que comenzó a balancearse de un pie a otro. Y después empezó a saltar. El anciano dijo: «¿Por qué estás saltando, Minnawara?», y ella respondió: «Me gusta saltar. Siempre saltaré». Y lo hizo: fue saltando a todas partes durante el resto de sus días, porque era demasiado cabezota para devolver la honda. Sus pies crecieron y se hicieron largos y duros, y se convirtió en el primer canguro.

—Eso lo hace aún peor —dijo Emily—. Ahora parece algo personal —añadió, mirando a la pobre Minnawara.

—Pero es una ladrona —dijo Harry.

Harry no hablaba. Es decir, no hablaba sin un propósito específico. A Emily eso le resultaba desconcertante. Le hacía preguntarse qué era lo que Harry no decía. Al principio le pinchó sin descanso, preguntándole sobre política o soltando improbables hipótesis acerca de su relación mientras cenaban. Una noche, justo cuando él comenzaba a quedarse dormido, le preguntó:

—¿Quién crees que es más inteligente, tú o yo?

Emily era una persona que necesitaba saber cosas. No quería suponer lo que había en la cabeza de Harry. Quería oírse lo decir. Esa era su forma de evitar sorpresas. Un día descubrió un extraño artilugio en el cobertizo, una maraña de cuerdas deshilachadas y madera petrificada, y fue directa hacia él, que estaba reparando un poste de la valla a unos trescientos metros de distancia.

—¿Qué es esto?

Harry miró el artilugio.

—Un móvil.

—¿Qué significa eso? —Sacudió el objeto y una capa de polvo se desprendió de él. Parecía tener un millón de años de antigüedad. Cada sección de madera petrificada tenía una marca oscura, y algunas de esas marcas tenían un aspecto extraño.

—Es un móvil —dijo él—. Para bebés.

Emily se sentó en el suelo.

—Tienes que hablar más. Eso de que esto es un móvil no es bastante para mí. ¿Lo entiendes? —Vio que él no lo entendía—. ¿Por qué tienes un móvil? ¿De dónde ha salido? ¿Qué son estas marcas? ¿Qué piensas tú de este objeto?

Harry se sentó también.

—No estoy acostumbrada a personas que no hablan —siguió Emily—. Honestamente, me está sacando de quicio.

Él tiró de ella hacia sí, a lo que ella se resistió un instante. Con sus brazos

rodeándola y el olor de su sudor desbaratando su capacidad de razonar, le dijo:

—Crees que necesito decir algo para hacer que sea real.

—Sí. Eso es exactamente lo que creo.

Harry se tomó su tiempo en poner en orden sus pensamientos.

—Mi padre era minero. En la época en que las minas eran más grandes. Cuando encontraba algo interesante ahí abajo, se lo traía a casa. Hizo ese móvil para mí antes de que yo naciera. Lo encontré cuando revisé sus pertenencias después de que muriese. Decidí quedármelo por si algún día lo necesitaba. Me parece que es un buen móvil.

—Vale —dijo Emily—. Gracias, eso es todo lo que necesitaba, ¿tan difícil ha sido?

Harry empezó a besarla y las cosas empeoraron. Pero, más tarde, ella pensó en lo que él había dicho. En lo de que no era necesario decir algo para hacer que fuese real. Eso contradecía lo que le habían enseñado. El cerebro usaba el lenguaje para encuadrar conceptos: empleaba palabras para identificar y organizar su propia sopa química. La lengua de una persona incluso determinaba cómo pensaba, hasta cierto grado, debido a los sutiles senderos lógicos que eran creados entre conceptos representados por palabras de aspecto o sonido similar. Así que, sí, las palabras hacían que las cosas fuesen reales, de al menos una forma importante. Pero también eran solo símbolos. Eran etiquetas, no las cosas que etiquetaban. No necesitabas palabras para sentir algo. Decidió que Harry tenía cierta razón. Pero le resultó extraño.

Harry era un buen partido, por supuesto. Otras mujeres la paraban por la calle para felicitarla. Cacareaban y le deseaban la mejor de las suertes. Pasó a ser, dentro del folclore de Broken Hill, la Chica que había Domesticado a Harry. Había toda una historia, obviamente. Una procesión de Chicas que no habían Domesticado a Harry. Pero ella no hizo preguntas sobre eso. Ni siquiera cuando tropezó con la agente inmobiliaria que había estado antes con Harry, las dos encontrándose de frente ante una tienda de comestibles como dos reticentes combatientes de un torneo. Durante todo el tiempo que hablaron, mientras la mujer le contaba a Emily los beneficios del zumo de naranja recién exprimido ante el zumo concentrado, Emily pensaba qué era lo que había ocurrido. Porque aquella mujer había estado con Harry y ahora no lo estaba, así que, ¿cómo había sucedido eso, exactamente? ¿Cómo había manejado Harry la ruptura de una relación? ¿Había sido cruel? ¿Mentiroso? ¿Indiferente? Eran preguntas para las que quería respuestas. Pero no las formuló. Sabía que no debía entrometerse en una ruptura a no ser que quisiera su propia ruptura. Ahora se daba cuenta de que hasta que había llegado a Broken Hill, nunca había sido feliz.

PNB CREA UNA BASE DE DATOS
SOBRE EL PERFIL DE LOS VOTANTES

El Partido Nacional Británico ha recopilado datos personales de decenas de miles de votantes, según se hizo público el pasado viernes.

La base de datos, denominada Electrac, es utilizada para personalizar los folletos, las campañas telefónicas y puerta a puerta.

Mark Mitchell, 38, asegura haber trabajado en el proyecto para el PNB durante ocho meses, reuniendo información a partir de fuentes como encuestas, cartas al director, publicaciones online y asistencia a eventos.

Dice que la base de datos permite segmentar a los votantes en diferentes grupos, de modo que cada grupo recibe material específico para dicho grupo durante el período previo a las elecciones generales.

Un portavoz del PNB reconoció la utilización de Electrac, pero afirmó que dicha práctica estaba extendida entre las organizaciones políticas y que no se quebrantaba ninguna ley sobre la privacidad.

TRANSCRIPCIÓN IRC

From: IRCnet#worldchat201112260118 irc client

«maslop» yo

«maslop» no veo dónde está el problema

«vikktor» vale

«vikktor» es así

«vikktor» estoy haciendo campaña en la calle

«vikktor» puerta a puerta

«vikktor» y antes de llamar, echo un vistazo a un papel que dice: «Maslop, 21, hombre, su máxima preocupación es saber si tendrá trabajo el año que viene»

«vikktor» así que llamo y digo: «Hola, señor Maslop, me presento a las elecciones y mi prioridad número 1 es la creación de empleo»

«maslop» vale

«vikktor» entonces tú piensas: «vaya, este tío lo entiende, le doy mi voto»

«vikktor» luego voy a la siguiente puerta y esta vez digo: «Hola, señora Kitty Pendragon, me presento a las elecciones y mi prioridad número 1 es luchar contra el cambio climático»

«KittyPendragon» bravo =^_^=

«vikktor» porque en mi hoja de papel dice que eso es lo que le preocupa a Kitty Pendragon

«maslop» pero eso es bueno

«maslop» deberían saber lo que la gente piensa

«maslop» y quiere

«vikktor» bueno, digamos que gano las elecciones

«vikktor» ¿cuál es mi máxima prioridad?

«vikktor» ¿lo ves?

«maslop» sí pero al menos están escuchando a la gente

«vikktor» socava un cimiento clave de la democracia

«vikktor» la parte en la que los candidatos tienen que declarar sus ideas

«vikktor» ¿no ves un problema en eso?

«maslop» la verdad es que no

POLÍTICA DE PRIVACIDAD

13. **TruCorp se toma en serio la privacidad de sus clientes.** Sus datos personales son almacenados de forma segura y **no serán publicados** sin su consentimiento.^[1] Utilizamos códigos de encriptación de última generación y sistemas físicos antiintrusiones para evitar el acceso a nuestra base de datos.

[C I N C O]

Wil ajustó la visera por enésima vez, intentando bloquear el sol, que estaba muy bajo sobre la carretera, brillando con ira.

—¡Qué calor!

Miró a Eliot. A Eliot no le importaba. Llevaba en silencio casi desde Minneapolis, cuando Wil le había acusado de que era igual que Woolf. Wil imaginaba que Eliot estaba también asándose de calor, pero, por supuesto, nunca lo sabría con seguridad, porque los sentimientos de aquel tipo eran tan difíciles de identificar como los de un ladrillo.

El coche dio un salto sobre un bache. Estaban yendo a Broken Hill por un camino secundario en un ridículo Valiant color púrpura, ancho y llamativo, que bien podría tener treinta años. Sin aire acondicionado, desde luego. Muchos años atrás, el salpicadero se había partido bajo la fuerza del sol implacable y había empezado a rezumar una espuma amarillenta. El velocímetro marcaba en millas. Era un milagro que tuviera cinturones de seguridad. Probablemente estaban haciendo unas tres millas por galón de gasolina. Wil observaba los árboles sin hojas que iban dejando atrás. Después de ocho horas en un horno hecho de metal y cristal, el calor había penetrado por todos los poros de su cuerpo. Lo único que quería era salir del coche. O que Eliot dijese algo.

—¿Ya ha estado aquí antes?

No hubo respuesta. Wil contempló la tierra arrasada que se extendía hasta el horizonte, llana como un plato. Él, Wil, había estado allí antes. Había vivido en Broken Hill. Al parecer. No lo recordaba. Resultaba difícil de creer que hubiese podido olvidar aquel calor.

—Sí —dijo Eliot.

Wil necesitó un momento para recordar cuál había sido su pregunta.

—¿Antes o después? —Eliot no contestó—. Ya sabe, ¿antes o después? —De nuevo no obtuvo respuesta—. ¿O ambas cosas? —Suspiró y comenzó a toquetear las rejillas de ventilación.

—Deja de hacer eso. No estás arreglándolo.

Wil lo miró.

—Solo estoy...

—Deja las rejillas en paz.

Se echó hacia atrás. Estaba claro que Eliot estaba enfadado. Vio pasar un cartel que anunciaba un desvío hacia Menindee.

—Deberíamos repostar. —La intersección estaba cada vez más cerca—. ¿Eliot? Solo son treinta kilómetros. Menindee. ¿Eliot, sabe lo separadas que están las gasolineras? En serio, si uno se queda sin gasolina en una carretera como esta, la

palma. Ocurre a veces.

La intersección quedó atrás. Wil se repantigó en su asiento. Entendía que Eliot no quisiera parar. Lo del aeropuerto había sido espeluznante. Habían pasado la aduana, pero, entonces, un agente de poca estatura y piel oscura había surgido de la nada y les había pedido que salieran de la cola. A Wil lo habían llevado a una habitación pequeña y sin ventanas y lo habían dejado allí durante veinte minutos, mirando fijamente a una cámara de seguridad. Cada vez le había parecido más obvio que los habían reconocido, pero no estaba seguro de qué era lo que debería hacer al respecto. Así que se limitó a esperar. Al final, la puerta se abrió y apareció Eliot. Había gente discutiendo en el pasillo con fuerte acento australiano.

—¿Todo bien? —había preguntado Wil, y Eliot no había dicho nada, pero la respuesta era claramente que no.

Encontraron un taxi. Pudo oír las sirenas de la policía cada vez más próximas. Pero a partir de entonces no había pasado nada más. Kilómetros y más kilómetros en el coche.

Se le estaban cerrando los ojos cuando se oyó un estallido y el coche dio un bandazo.

—¿Qué? —exclamó. A su mente acudió la imagen de una persecución, de muerte. Eliot desvió el coche al arcén, formando una cortina de polvo.

—Un pinchazo —dijo, y abrió la puerta.

Wil permaneció sentado un momento antes de recordar la promesa de aire fresco e incorporarse de su asiento. Sintió un violento dolor en las rodillas. El aire parecía fuego, pero al menos estaba en movimiento. Dio una vuelta al coche, haciendo girar los brazos.

—Oh, sí —murmuró. Hacer algo, cualquier cosa, sentaba bien.

Eliot sacó una rueda de recambio del maletero, mientras Wil se ponía la mano a modo de visera para escudriñar el paisaje. No había nada. Solo un vasto cañón de aire. Sus ojos buscaron con inquietud algo en lo que fijarse.

Oyó gruñir a Eliot.

—¿Necesita una mano?

Eliot lo miró con la cara enrojecida.

—Están oxidados.

—¿Los tornillos?

—No importa —dijo Eliot, poniéndose en pie—. Podemos seguir así.

—¿Ha tirado con suficiente fuerza?

—Sí, he tirado con suficiente fuerza.

—Déjeme intentarlo.

Eliot hizo rodar la rueda hasta el maletero.

—Olvídalo.

—¡Joder, no soy un inútil!

—Esto no es uno de esos juegos en los que todo el mundo tiene su turno. Métete en el coche.

—Tardaré dos putos minutos.

—Métete en el coche.

—No.

Eliot lo miró sin expresión alguna en el rostro.

—Bien. —Y le lanzó la llave de palanca.

Wil se quitó la camiseta y se arrodilló delante de la rueda pinchada. Había un montón de óxido. Enganchó la llave al tornillo superior y la probó.

—¿Y bien? —dijo Eliot.

Wil se pasó el antebrazo por la frente.

—Solo estoy calentando.

—No tenemos tiempo que perder.

—¡Jesús, ni siquiera cree que sea capaz de poder cambiar una rueda! —Agarró la palanca y tiró con fuerza—. Puedo hacerlo.

Pasaron unos minutos.

—De acuerdo —sentenció Eliot—. Es suficiente.

—Casi lo tengo.

—No. Solo estás perdiendo tiempo.

Wil tiró y algo sonó como si se rompiera.

—Vas a partirlo.

El tornillo emitió un chirrido. Con esfuerzo, le hizo dar una vuelta completa y a partir de ahí resultó más fácil. Lo desatornilló y lo dejó caer al suelo. Sintió la imperiosa necesidad de mirar a Eliot y no pudo resistirse.

—Felicidades —dijo Eliot—. Por desgracia, faltan otros tres.

Wil afirmó el pie contra la rueda.

—Usted quiere que sea inútil. Le encanta estar a cargo de todo mientras yo voy tambaleándome a su alrededor sin la menor idea de lo que estoy haciendo.

—No, eso es precisamente lo contrario de lo que quiero. Lo que quiero es llegar lo antes posible a Broken Hill y que tú contribuyas positivamente a ese objetivo.

Wil soltó la palanca y se inclinó para inspeccionar el siguiente tornillo. Parecía estar muy corroído. Levantó la palanca y empezó a darle golpes.

—Esto se ha convertido en un absurdo —gruñó Eliot—. Sube al coche.

El tornillo desprendió una capa de herrumbre. Enganchó la llave y lo hizo girar.

—Van dos.

—Genial.

—Necesita relajarse —dijo Wil—. En serio, necesita tomar aire y pensar que no es el único que puede hacerlo todo.

—¿Me has dicho que me relaje?

Wil enganchó la llave al tercer tornillo.

—¿Hay algo gracioso en eso?

—Cuando experimento necesidades fisiológicas básicas para conseguir comida, agua, aire, sueño y sexo, sigo unos protocolos para satisfacerlas sin experimentar deseo. Sí, es gracioso.

—¿Qué coño ha dicho?

—Es necesario para mantener una defensa contra la posibilidad de ser subyugado. El deseo es debilidad. Estoy seguro de habértelo explicado ya.

—Bueno, suena genial. Suena a que su vida es realmente estupenda, Eliot. — Consiguió aflojar el tornillo—. ¡Otro más!

—¿Quieres ver lo que pasa cuando el deseo se impone a la disciplina? Sube al coche. Llegaremos en un par de horas.

—Y usted no pudo evitarlo. —El último tornillo estaba tan oxidado que ni siquiera podía engancharlo con la llave—. Usted y sus protocolos no fueron lo bastante buenos como para salvar a mi ciudad. —Encontró tracción y tiró—. Mire cómo hago girar este tornillo, a pesar de mi completa falta de disciplina. —Le ardían los músculos y tenía la espalda empapada de sudor.

—Para. Vas a tirar el gato hidráulico.

—¿Y qué hay de Brontë? Veinte años y nunca hizo el menor intento con ella, ¿a que no? Apuesto a que ni siquiera la cogió de la mano.

—Métete en el coche.

Gruñó, pero el tornillo permaneció inmóvil, así que acabó por soltar la palanca, jadeando por el esfuerzo.

—Sabe que tengo razón.

—No la tienes —dijo Eliot—. Te has equivocado en casi todo sobre lo que has abierto la boca para opinar, hasta en lo de creer en tu capacidad para cambiar esa rueda. Sube al coche.

Wil recolocó los pies y agarró el mango de la palanca:

—¡Estoy moviendo... este... tornillo! —Tiró con todas sus fuerzas y su cuerpo entero tembló. Gritó. El tornillo giró con un chirrido y Wil cayó al suelo. Gateó de vuelta hasta la rueda y exclamó—: ¡Joder! ¡Sí! —Blandió el tornillo con gesto triunfal—. ¡Tenía razón! ¡Tenía razón!

Eliot rodeó el coche y ocupó el asiento del conductor.

—Ja —se rio Wil. Tiró de la rueda y la sacó con facilidad. La cambió, recogió su camiseta y volvió a su asiento. Eliot puso el motor en marcha, sin decir nada. Tampoco habló Wil, porque esta vez el silencio les venía bien a los dos.

—No me gusta ese helicóptero —dijo Eliot.

Había pasado una hora. Tal vez dos. Resultaba difícil saberlo con seguridad porque el paisaje no había cambiado. Estaban avanzando por una carretera que se plegaba sobre sí misma, atrapada en un bucle sin fin de asfalto quemado por el sol.

Wil se inclinó hacia delante y atisbó a través del parabrisas. Un punto negro colgaba del cielo hacia la derecha.

—Es de fumigación. Aquí utilizan helicópteros para eso.

—¿Dónde están los cultivos?

Era una buena pregunta. El punto negro aumentó de tamaño.

—No lo sé.

—Hay una bolsa en el asiento trasero. Cógela.

Wil se volvió en el asiento, encontró una bolsa vieja de color verde y negro y se la colocó sobre el regazo. En el interior sonó algo metálico.

—¿Es lo que creo que es?

—Sí.

—¿Cuándo ha conseguido una escopeta? —Pero ya lo sabía: había sido cuando había obtenido el coche. Wil había salido de un aseo y se había encontrado a un tipo con barba mostrándole a Eliot algo en el maletero. Luego se habían estrechado la mano y después Eliot y él se habían llevado el coche del tipo.

—Sácala de la bolsa.

—No voy a dispararle a un granjero que está fumigando.

—No te estoy pidiendo que le dispares a nadie. Te estoy pidiendo que estés preparado.

—¿Ve esos palos que sobresalen a los lados? Son para rociar. Para rociar los cultivos. —El helicóptero se deslizó hasta colocarse sobre la carretera y se mantuvo allí. La puerta se abrió y algo metálico emitió un destello al recibir la luz del sol—. O puede que estén cazando.

Eliot pisó el acelerador. Oyeron el estruendo de un impacto en el techo. El aire caliente acarició el pelo de Wil y, al mirar hacia arriba, vio un pequeño agujero azul. Era azul porque se veía el cielo a través. Se volvió y descubrió un segundo agujero en el asiento trasero.

—¡Dios!

El motor rugió con fuerza. Wil vio que la aguja pasaba de las noventa millas por hora. La carretera estaba llena de grietas y baches, y cubierta de tierra. Si pillaban un bache, podían acabar dando una vuelta de campana. Con toda facilidad podrían echar a volar. El helicóptero pasó a toda velocidad sobre sus cabezas y Wil distinguió a un hombre de pelo entrecano con un sombrero vaquero y un rifle. Cuando se volvió, el helicóptero aumentaba de tamaño en el parabrisas trasero, persiguiéndoles.

—De acuerdo —dijo Eliot—, ahora sí quiero que le dispares a alguien.

Wil sacó la escopeta de la bolsa; era de plástico marrón moldeado en torno a dos

cañones, del tipo que tienes que abrir por la mitad entre un disparo y otro. La levantó con torpeza.

—Munición.

—Vale. —Encontró cajas sueltas de cartuchos en la bolsa y abrió una de ellas. El coche pisó un agujero en el asfalto y empezó a derrapar. Los cartuchos cayeron al suelo del coche. El vehículo encontró tracción y Wil recuperó el equilibrio, abrió el arma e introdujo un cartucho en cada cañón.

Bajó la ventanilla y un vendaval impactó contra su rostro. Asomó la cabeza para ver cómo el helicóptero se deslizaba a baja altura tras ellos. El piloto estaba detrás de la burbuja de plástico, con las manos en los controles, y a Wil le dio la impresión de que no sería capaz de virar y disparar simultáneamente. Volvió a meter la cabeza.

—¿Ese tío es un poeta?

—Buena pregunta.

—¡Creo que es un hombre cualquiera! —El coche rebotó contra el asfalto—. ¡Están controlando su mente!

—Parece muy posible.

—Entonces, ¿qué hago?

—Dispárale.

—¿Qué? ¡No!

—Sí —asintió Eliot, sin apartar los ojos de la carretera—. Ahora mismo.

—¡Él no está disparando! ¡Solo nos persigue!

—Aun así. Dispárale.

—¡No puede usar el jodido rifle mientras lleva los mandos, Eliot!

—¡Me doy cuenta de eso! ¡Dispárale!

—Si no puede usar el arma, y no es un poeta, ¿por qué tengo que dispararle?

—¡Porque va a estrellarse contra nosotros!

—Oh —murmuró Wil—. ¡Oh! —Sacó la cabeza por la ventanilla. El helicóptero aceleraba hacia ellos acompañado por el estruendo de sus aspas. Wil levantó la escopeta, pero ya era demasiado tarde, así que cayó de nuevo hacia su asiento. Eliot frenó. El coche derrapó y se salió de la carretera, levantando cortinas de polvo. El mundo entero se oscureció. Un aspa del rotor les pasó cerca, una fuerza enorme y terrible que Wil sintió en sus huesos. Todo quedó cubierto de ruido y polvo. Y luego en silencio.

—Mantente agachado —dijo Eliot, un momento después.

Wil lo miró. Eliot se estaba quitando el cinturón.

—¿Qué?

—No te muevas. —Le quitó la escopeta de las manos, abrió la puerta y desapareció.

Wil se agachó. Pasaron unos segundos, no supo cuántos. Oyó un golpe y a

continuación el estallido más alto y profundo de la escopeta. Empezó a incorporarse y se detuvo.

La puerta se abrió. Lo primero que vio fue la escopeta, con la culata hacia él. Se dio cuenta de que era para que la cogiera. Eliot subió al coche y accionó el contacto.

Se incorporó del todo.

—¿Está bien?

Eliot llevó el coche de nuevo a la carretera y rodeó el helicóptero, que ya no parecía tal cosa, sino solo una colección de metal distribuido de forma aleatoria. No había rastro del piloto. El coche se puso a sesenta y cinco millas por hora, luego a noventa y después a ciento diez, una velocidad que hacía que las ventanas aullasen como lobos y los baches pareciesen bombas. Los neumáticos resbalaban y protestaban sobre el asfalto, traicioneros. Wil no quería decir nada, pero a la cuarta vez que creyó que iba a morir ya no pudo quedarse callado:

—¿Qué está haciendo?

—Dándome prisa —repuso Eliot, con un tono extraño.

—¿Qué ocurre?

—Ahora hay mucho que depende de ti. —Eliot meneó la cabeza—. ¡Mierda!

—¿Qué?

—A partir de ahora, cuando tengas que dispararle a alguien, hazlo.

—Vale. Vale.

Pero Eliot seguía negando con la cabeza.

—Esto ha sido una estupidez. Una maldita estupidez.

A través de la ventanilla del conductor, Wil distinguió un fino penacho de polvo.

—Eh. Hay otro coche allí lejos.

—¿Crees que a mí me gusta disparar a la gente? No me gusta. Lo hago porque es necesario. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—¿Te das cuenta de lo que ocurrirá si fracasamos? ¿Si no queda nadie para detenerlos?

—No. No me lo ha dicho.

—¡Dios! —exclamó Eliot—. Esto es ridículo.

Wil miró por la ventanilla.

—Ese coche va rápido. Muy rápido.

—Está intentando interceptarnos.

—¿En serio?

—¿Te sorprende? ¿No pensabas que iba a haber más?

—¿Por qué está tan enfadado conmigo? —Miró la camisa de Eliot. Había una mancha en ella. Una zona oscura—. ¿Le han herido? —El otro no contestó—. ¡Eliot! ¿Le han dado?

—Sí.

—Tenemos que... llevarle a...

—Si dices algo estúpido, te pego un tiro en la puta boca.

—Eliot —balbuceó Wil—. Eliot.

—Te dije que le disparases a ese tío.

—Lo siento. Lo siento. —Por la ventanilla de Eliot, el penacho de polvo se transformó en un coche patrulla—. ¿Qué puedo hacer?

—La próxima vez que tengas que elegir entre el Granjero Joe y el destino del mundo, pégale un tiro al Granjero Joe. Eso es lo que puedes hacer.

—Vale.

—Puedes matar a Woolf. ¿Puedes hacer eso?

—Sí.

—Claro —bramó Eliot—. Seguro que puedes.

El coche de policía se les acercó por el lateral. Delante de ellos, una señal indicaba un STOP y la proximidad de la autopista, y para Wil resultó obvio que iban a chocar contra el coche patrulla.

—Frene —dijo, pero Eliot no lo hizo. En lugar de eso, tiró del freno de mano y giró el volante, y el coche empezó a derrapar hacia un lado. Cruzó la autopista, pasando por delante del otro coche, resbaló un rato sobre la tierra y dio un bandazo en el asfalto. A su espalda, una sirena comenzó a aullar.

—Averigua si ese poli es un pro —dijo Eliot.

—¿Un qué?

—Un prosélito. Si está subyugado. Averigua si quiere detenernos o matarnos.

—¿Cómo hago eso?

—¿Cómo te parece? ¡Con el arma!

Wil bajó la ventanilla. El coche patrulla estaba allí mismo, persiguiéndoles y gimoteando como un animal en celo. Decidió dispararle a una de las ruedas. Pero en cuanto asomó la escopeta por la ventanilla, el motor del otro coche redujo las revoluciones y se abrió una mayor distancia entre ellos. Wil se retiró al interior.

—No quiere que le disparemos.

—No está subyugado —dijo Eliot—. Bien. —Delante de ellos, Wil vio un cartel indicador con el nombre de Broken Hill y NO ENTRAR y ZONA EN CUARENTENA y PELIGRO DE MUERTE. Más allá, en el horizonte, dos luces parpadeantes, como estrellas madrugadoras—. Mantenlo alejado.

—¿Qué tal su herida?

—Mal. —Los ojos de Eliot echaron una mirada al espejo retrovisor y exclamó—: ¡Me cago en la gran puta!

Wil se dio la vuelta. El coche patrulla se había pasado al otro carril y aceleraba por el lado del conductor. Wil cayó a la parte trasera, y para cuando consiguió

incorporarse, el otro coche ya estaba a su altura. Se produjo un contacto entre ambos vehículos, un golpe seco. La parte de atrás de su coche comenzó a deslizarse como si estuvieran sobre una pista de hielo. El mundo giró. La escopeta resbaló de las manos de Wil. El coche dio un giro completo, y luego Eliot pisó a fondo y volvió a lanzarlo hacia delante.

Wil recuperó el arma. El coche patrulla aceleraba para repetir y golpearles otra vez, no había tiempo para bajar la ventanilla, así que Wil colocó los pies en la puerta, apuntó el arma hacia abajo y apretó el gatillo. La ventanilla estalló por los aires. El coche patrulla se sacudió bruscamente como si se le hubiera reventado una rueda, el sonido de su motor subió varias octavas, y quedó fuera de la vista. Wil se asomó por la ventanilla rota y sintió el aire caliente como en el interior de un horno. Había dos polis en el coche, sus caras desfiguradas por la ansiedad. Wil sacó el arma, apuntó al radiador y apretó el gatillo. El capó del otro coche se abrió de golpe y el vehículo se salió de la carretera con las ruedas echando humo. Wil se metió de nuevo dentro.

Cuando alcanzó su asiento en la parte delantera, las luces que había visto antes se habían transformado en dos relucientes coches patrulla, uno en cada carril, acelerando hacia ellos.

—No son... kamikazes, ¿verdad?

Eliot no respondió. Wil buscó su cinturón de seguridad sin poder dar con él. Pensó que seguramente Eliot estaba a punto de salirse de la carretera. Los otros dos vehículos se abalanzaban a toda velocidad hacia ellos, aumentando vertiginosamente de tamaño en el parabrisas, agazapados y poderosos.

—¡Eliot! ¡Eliot!

Uno de los coches patrulla se colocó detrás del otro. Pasaron junto a la ventanilla de Eliot con un estruendo de sirenas. Wil soltó el aire de sus pulmones.

—Carga el arma —le ordenó Eliot.

Se agachó para recoger cartuchos del suelo y abrió la escopeta.

—Están dando la vuelta. Manténlos a distancia.

—Lo sé.

—No lo digas. Hazlo.

—¡Lo estoy haciendo! Acabo de dispararle a un coche de la policía, ¿acaso no se ha enterado?

—La próxima vez dispárale al conductor.

—¡Joder! ¿Qué diferencia hay?

—Si le disparas al conductor, ningún otro poli se nos acerca a menos de quinientos metros, ¡esa es la jodida diferencia! Si le disparas al coche...

—¡Vale! ¡Vale! —Sacó el codo por la ventanilla del pasajero e hizo palanca para sacar la mitad del cuerpo. El viento le azotó. Detrás, una columna de humo blanco se alzaba desde el coche al que había disparado, recortándose contra el azul del cielo.

Más cerca, los dos nuevos coches patrulla reducían la distancia que les separaba de ellos. Wil sostuvo el arma. Había cazado, en el pasado. Había limpiado de conejos y canguros un lugar como aquel. ¿Cuándo había sido eso? No podía recordarlo. Pero aquella sensación, la escopeta apoyada en su hombro, un paisaje sin fin de tierra extendido ante él, le resultaba familiar. Esperó. Seguramente los polis le verían y se mantendrían alejados. No quería dispararle a nadie. El coche tosió. Se estremeció y dio un bandazo. Wil se aferró al marco de la ventana para no caerse, y estuvo a punto de soltar el arma en el proceso.

—¡Eh! —gritó—. ¿Qué coño...?

—¡Gasolina! ¡Nos estamos quedando sin!

—¿Por qué mueve el coche así?

—¡Para sacar gasolina del tanque!

—¡Por poco me caigo!

Eliot dijo algo más que Wil no pudo oír por culpa del estruendo del viento, así que se inclinó hacia el interior:

—¿Qué?

—¡He dicho que es importante que sigamos moviéndonos!

—¡Eso ya lo sé! ¡Deme solo cinco segundos en línea recta! —Volvió a asomarse por la ventanilla. Los coches patrulla estaban más cerca de lo que le habría gustado. A esa distancia, atravesaría el parabrisas. Los polis se daban cuenta, ¿verdad? Veían que tenía una escopeta. Les dio unos segundos para que se retirasen.

—¡Dispara! —chilló Eliot.

Apuntó al coche de la izquierda y apretó el gatillo. La bala rozó el capó y reventó el parabrisas. El morro de los dos coches se hundió contra el asfalto y las ruedas echaron humo. Wil se quedó mirando hasta que la distancia entre ellos aumentó a los doscientos metros. Entonces volvió al interior.

—Se han retirado.

—Bien.

Eliot no preguntó por qué había disparado al capó. Tal vez no se había dado cuenta. O podría ser que diera por hecho que era muy mal tirador. No sabía que Wil había cazado. Es decir, que recordaba haberlo hecho.

—Tenemos que ir a un hospital, en serio.

—¿Y cómo lo hacemos? —quiso saber Eliot—. ¿Cómo vamos a ir a un hospital en esta situación?

—No lo sé. Pero puede morir, ¿de acuerdo? No es bueno para nadie si usted muere.

—Espera un momento —dijo Eliot. Wil vio una salida de la autopista, una cinta de asfalto cubierta de polvo y llena de carteles rojos, negros y amarillos con las leyendas: NO PASAR, CARRETERA CERRADA, ZONA EN CUARENTENA. Cuando giraban, el

coche tosió con fuerza. Wil sintió que el impulso del motor se reducía. Luego el vehículo emitió un sonido de gárgaras, dio una sacudida y el sonido se convirtió en un quejido.

—Eso no es bueno.

—No.

Wil echó un vistazo a su espalda. Los coches patrulla formaban ahora una fila de a uno. Los seguían de lejos, tomando el desvío con precaución.

—Van a esperar tranquilamente a que nos quedemos sin gasolina.

—No.

—Déjeme sugerir algo —dijo Wil—. Paramos, nos arrestan, conseguimos atención médica para usted. —Eliot no dijo nada—. Después usted hace que nos suelten. Con el vudú de las palabras. —Se inclinó hacia el parabrisas para comprobar si había más helicópteros en el cielo—. ¿No le parece que ahora la prioridad es curarle esa herida?

—La palabra desnuda es la prioridad.

—Vale. La palabra desnuda. —Miró al frente—. Hay algo en la carretera. —Una valla metálica se extendía a ambos lados de la carretera, pero lo que había dentro de los márgenes de la calzada quedaba oculto por la bruma producida por el calor—. ¿Es una verja?

—Solo alambre.

—¿Está seguro?

—Bastante.

—¿De verdad está seguro? —insistió Wil, pero para cuando las palabras salieron de su boca, la respuesta podía verse: se trataba de una barrera sólida de color rojo y amarillo. El coche la atravesó y un bloque amarillo voló hacia la cara de Wil, rebotó contra el parabrisas y salió despedido con un ruido sordo.

Miró hacia atrás y vio fragmentos de colores rodando por el asfalto.

—Plástico —dijo Eliot.

—Había dicho que era alambre.

—Lo era la última vez que estuve aquí.

Los coches de policía estaban quedándose atrás.

—Eh, se han parado.

—Eso es porque creen lo que se cuenta sobre Broken Hill. No quieren morir.

—O sea, ¿que nadie nos va a seguir aquí dentro? ¿Estamos a salvo?

—La gente normal no lo hará. Los que estén subyugados sí.

—Ah, claro —dijo Wil, consternado—. Los convertidos.

—También los PAEs —añadió Eliot—. A esos todavía no los has visto. Cuando aparezcan, vamos a necesitar la palabra. —Echó un vistazo al retrovisor—. Voy a parar y dejarte conducir un rato.

El coche frenó hasta detenerse. Wil rodeó el vehículo corriendo agachado, por si acaso los polis tenían rifles de largo alcance, o helicópteros, o lo que fuese. No lo sabía. Podría ser cualquier cosa. El motor produjo un tartamudeo y pensó: «Por favor, no te mueras ahora, cabrón». Abrió la puerta del conductor y vio a Eliot en el asiento del pasajero, en una postura que parecía indicar que alguien lo había dejado caer allí de cualquier manera. Tenía una mano sobre el abdomen y su cara tenía la textura del papel. El asiento del conductor estaba empapado de sangre.

—¡Joder!

—¡Sube!

Ocupó el asiento mojado. El olor era penetrante y arcilloso, como el de un jardín después de la lluvia.

—Esto va mal, Eliot, en serio. —Cerró la puerta y puso el coche en marcha antes de que el vehículo tuviera tiempo de darse por vencido—. ¿Hay algún hospital en Broken Hill? ¿Una clínica, al menos? —Miró al otro, repentinamente asustado ante la posibilidad de que hubiese muerto en los últimos cinco segundos. Pero Eliot seguía allí—. Tal vez podríamos curarle allí. —Quizás Eliot tuviera conocimientos de medicina. Tal vez fuese capaz de sacar una bala de su propio cuerpo y administrarse las dosis correctas de medicamentos caducados. Le había introducido una aguja en el globo ocular, así que algo debía de saber. El motor tosió tres veces seguidas. A lo lejos empezó a distinguirse una estructura: algo viejo y de aire industrial—. ¿Me está escuchando?

—Sí. Es un buen plan.

—¿Ah, sí? —Pero la expresión de Eliot sugería lo contrario—. ¡Joder! ¿Entonces qué?

—Conseguimos la palabra.

—¿Y? —Eliot no dijo nada—. ¿Qué...? —empezó, pero se obligó a sí mismo a dejar de acribillar a Eliot a preguntas. Debería dejar que se concentrase en taponar su herida. A su derecha apareció una casa, una edificación achaparrada con la pintura quemada por el sol, pero había visto lugares en peores condiciones en Portland. No parecía abandonado. Se dio cuenta de que esa sensación la producían las ventanas: estaban intactas. Y no había malas hierbas, ni nada que hubiese crecido más de lo debido. El sol lo esterilizaba todo. Vio algunos montículos grisáceos dispersos aquí y allá y pensó: «¿hormigueros?». Uno estaba en la carretera, más definido que los demás. Dio un volantazo.

—¡Mierda!

Eliot soltó un gruñido.

—Son esqueletos —dijo. Por supuesto que eran esqueletos. Esqueletos. En la carretera. Una gasolinera solitaria apareció a la vista. Otro esqueleto colgaba medio fuera de un camión quemado. Wil miró a Eliot para ver si él estaba también

impresionado, pero Eliot tenía los ojos cerrados—. Eliot.

Sus ojos se abrieron. Empezó a incorporarse en el asiento, como si estuviese colocando en la posición correcta algo muy pesado.

—No... dejes... que cierre los ojos.

—Por eso le he hablado.

Redujo la velocidad. Había más esqueletos y no quería pasar por encima de ninguno de ellos. No quería oír el sonido que eso produciría. Ahora pudo identificar la estructura que había visto antes con una refinería, alzándose sobre la ciudad como una nave espacial que se hubiera estrellado allí. Como si hubiera descendido sobre la Tierra y aniquilado a todo el mundo. Eso podría creérselo. Un rayo letal. Una luz que hubiese barrido la ciudad entera, desintegrando a la gente. Podía entender que algo así pudiera arrasar una ciudad. Pero no podía entender que lo hiciera una palabra.

—¡Eliot!

Eliot volvió a abrir los ojos.

—Ya casi estamos.

Las señales de tráfico brillaban empujadas por el viento. CALLE SULFURO. CANTERA MINERA #3. Era como si hubiesen querido ser el epicentro de una catástrofe tóxica. Solo que eso no era lo que había ocurrido. Eso era solo lo que habían dicho. Algo tiró de él, en el interior de su mente. Un recuerdo.

—¿Dónde está la palabra?

—Hospital —respondió Eliot.

Wil lo miró:

—¿Ahora quiere ir el hospital?

—La palabra está en el hospital... en Urgencias.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé —repuso Eliot.

Frenó otra vez, porque la calle estaba cubierta de huesos. En realidad no había opción, así que pasó por encima de un bulto gris que sonó igual que una rama que se quebrase en dos y le hizo torcer el gesto. Vio una biblioteca con la escalera convertida en una rampa por efecto de un año y medio de arena arrojada allí por el viento. Resultaba difícil creer que los esqueletos fuesen gente. Lo sabía pero no se lo creía. Miró al frente en busca de señales que indicasen el hospital. A la derecha vio un camión de bomberos incrustado en el escaparate de una tienda. Fuera lo que fuese lo que había sucedido allí, no había ocurrido de manera rápida. La gente había tenido tiempo de huir. O de intentarlo. Recorrió varias manzanas. Algunos de los esqueletos tenían cosas. No quería fijarse, pero resultaba imposible no hacerlo. La carne se pudría, pero los objetos no lo hacían. Distinguió destellos de anillos en los huesos de los dedos, y hebillas de cinturones, aros, pulseras y pendientes. Vio un cráneo en la acera, uno pequeño. No quería estar allí. La sensación creció de repente en su interior,

desde algún punto en lo más hondo de su ser.

Vio una cafetería y una agencia inmobiliaria, y ambos locales le resultaron familiares de un modo extraño y confuso. Se convenció a sí mismo de dejar de evitar la calle del Óxido y avanzó sobre una alfombra de huesos. ¿Y si un fémur se astillaba y se clavaba en una rueda? Probablemente no importaría. El coche estaba a punto de detenerse y morir. Igual que Eliot. Igual que él mismo. Todos estaban en aquel momento jodidamente cerca de la muerte. Estaban rodeados de ella.

Vio una señal azul con una cruz blanca.

—¡Eliot! Lo he encontrado. Aguante. —La calle era una maraña de vehículos que tenía que ir esquivando con cuidado. En aquella zona la situación era peor, todas las ventanas estaban rotas y los huesos parecían de nieve. El edificio situado enfrente del hospital, fuese lo que hubiese sido en su origen, era ahora una auténtica ruina carbonizada, y había muchos otros edificios en el mismo estado calle abajo: aproximadamente la mitad del distrito comercial había ardido—. Ha dicho que la palabra está en el pabellón de URGENCIAS, ¿verdad? —No necesitaba que Eliot se lo confirmase, solo pretendía seguir hablándole. Vio un cartel de urgencias y pasó entre dos furgonetas quemadas. Una furgoneta de paramédicos de color blanco estaba subida a la acera. Más allá de ella, vio las puertas de cristal y un cartel rojo. Tiró del freno de mano, pero antes de que pudiera pararlo, el motor burbujeó y murió—. Eliot. Hemos llegado.

—Bien —dijo Eliot, balanceando su cabeza arriba y abajo.

—¿Quiere que le ayude a entrar? —Él mismo negó con la cabeza—. Lo olvidaba. Tiene que quedarse aquí. Yo iré a buscar la palabra.

—No...

—No le diré nada sobre ella. Lo sé.

Eliot asintió. Se había visto obligado a aceptar el consejo de Wil: se había relajado. Había cedido el control. Ya no estaba a cargo de la situación.

—Vuelvo enseguida —dijo Wil, y bajó del coche.

No estaba preparado para aquel silencio. Cerró la puerta del coche y el sonido se evaporó. Sus zapatos hicieron crujir la arena. El aire cálido se cerró en torno a él como un puño.

Rodeó la furgoneta de paramédicos. Las puertas de cristal de Urgencias estaban teñidas de un extraño color negruzco. No era pintura. Eran manchas. Frenó su avance sin saber bien por qué. Bueno, sí lo sabía. Era porque no tenía realmente muchas ganas de enfrentarse a lo que fuese que había reducido a tres mil seres humanos a montones de huesos y hebillas de cinturones. La puerta trasera de la furgoneta estaba abierta. Echó un vistazo al interior. Había una camilla, correas, equipamiento diverso,

botellas pequeñas, nada que no hubiese esperado encontrar. Pero esa visión tuvo un extraño efecto en su cerebro. Sintió un nuevo cosquilleo, algo le resultaba familiar. Titubeó, esforzándose por pensar. A Eliot podría irle bien alguno de aquellos medicamentos. Y agua. Subió a la furgoneta. Cogió todo lo que parecía tener utilidad médica y regresó al coche con las manos llenas. Eliot tenía los ojos cerrados.

—¡Eliot! —Los ojos se abrieron de golpe—. Manténgase despierto. —Descargó todo lo que llevaba sobre el regazo del herido—. Le he traído esto. Medicinas. Y agua. Debería bebérsela.

—¿Qué...?

—¿Sabe una cosa? Creo que tiene razón. Viví aquí. Empieza a sonarme familiar.

—La jodida palabra —balbuceó Eliot.

—Todavía no he entrado. Pensé que esto le vendría bien. —Vio que Eliot le atravesaba con la mirada y dijo—: ¡De acuerdo! Ya voy, ¡Jesús!

Volvió hacia la sala de Urgencias. Se acercó lo suficiente para distinguir formas apoyadas contra los cristales. Sabía lo que eran. Tenía que haber dos o tres docenas de cadáveres apelotonados contra el cristal. Y eso solo era lo que podía ver desde fuera. Se preguntó si el edificio estaría sellado herméticamente. El aire podría ser tóxico. Podría causarle la muerte. Volvió corriendo al coche.

—¡Joder! —exclamó Eliot.

—Espere un segundo —dijo Wil—. Solo quiero preguntarle una cosa: ¿tenemos claro que queremos abrir esta caja? Porque lo que hay dentro mató a un montón de gente. Estamos hablando de algo increíblemente peligroso. Me parece estúpido entrar ahí y tratar de cogerlo. Suena muy arriesgado. ¿Sabe? Dice que soy inmune, pero ¿está seguro de ello? ¿Y si solo lo evité de algún modo la última vez? ¿Y si me tiré en una zanja y pasó por encima de mí? Solo digo que... la sala de Urgencias está cubierta de personas muertas, de pared a pared, Eliot. Hay cadáveres por todas partes. Y hay... no sé... hay algo en una habitación llena de muertos que me hace preguntarme si realmente quiero entrar ahí. No me mire así. Lo sé. Lo sé. —Hizo un gesto de negación—. Entraré. Lo haré. Es solo que... tal vez me está pidiendo que muera, Eliot. Deme un segundo. Deme un... Sé que le duele. Ya voy. Pero dese cuenta de lo que estoy haciendo. Eso es lo único que quiero. Quiero que reconozca... por un segundo... el hecho de que estoy a punto de morir. ¿De acuerdo? Probablemente estoy a punto de morir. Me conformo con hacerlo. Ya voy. Está bien. Solo quería...

Se dio la vuelta. Avanzó. El cristal estaba muy oscuro. Arrastraba los pies. Llegó hasta la puerta. Sus dedos la tocaron. Estaba caliente. Como si hubiese un corazón latiendo en su interior. No era eso. No era más que el sol. Todo en aquel lugar estaba caliente. Miró de nuevo hacia el coche, pero no podía verlo porque estaba tapado por la furgoneta de paramédicos.

—Si no salgo, Eliot —gritó—, ¡que le jodan! —Le temblaba la voz.
Empujó la puerta.

[III]

Palabras

Y yo, creo, me he extraviado por llanuras impenetrables y solitarias.

Charlotte Brontë,
Apostasy

From: www.mediawatch.corporateoppression.com/community/tags/fox

Solo pienso que no tiene sentido enfadarse por la parcialidad de los informativos de la Fox o de la MSNBC o del canal que sea. Lo veo continuamente: le menciono a alguien que veo la Fox y es como si hubiese asesinado a un niño. Me preguntan cómo puedo ver eso, que si solo es propaganda, etc., etc. Y lo saben no porque alguna vez se hayan sentado a verlo, sino porque su canal favorito de informativos, es decir, la competencia de la Fox, a veces pone un videoclip de un fragmento sacado de un programa de la Fox y lo hace parecer estúpido.

Bueno, pues sabéis una cosa, la Fox también hace eso. Si solo viese la Fox, pensaría que todos sois realmente estúpidos por mirar ese otro programa del que a veces ponen vídeos en la Fox.

Pero no veo solo la Fox, porque la manera de derrotar a los informativos parciales no es encontrar el programa menos parcial y poner toda tu confianza en él. Lo primero es que todos los informativos son parciales, tanto por el lenguaje que utilizan como por su selección de historias que deciden contar. La diferencia entre el informativo más parcial y el menos parcial es muy pequeña, si consideramos todos los aspectos.

Pero más importante que todo ello, confiar en una única fuente de información significa que no puedes examinarla de forma crítica. Es como si estuvieras encerrado en una habitación y cada día entrase yo para contarte qué está ocurriendo en el exterior. Sería para mí muy fácil hacerte creer lo que yo quisiese. Incluso sin mentir, podría contarte solo aquellos hechos que me benefician y dejar fuera los que van contra mí.

Eso es lo que ocurre si recibes toda la información desde una sola fuente. Si dejas de escuchar a alguien en cuanto oyes una palabra o frase que te han enseñado a creer que pertenece al enemigo, como «medio ambiente» o «creación de empleo», eso es lo que estás haciendo. Puede que seas una persona inteligente, pero cuando dejas que otra persona filtre el mundo para ti, no tienes forma de analizar críticamente la información que estás recibiendo. En el mejor de los casos, si se contradicen descaradamente puede que lo percibas. Pero si se cuidan mínimamente de mantener una consistencia interna lógica, algo que siempre hacen, no tienes nada. Has delegado tu capacidad de decisión.

[U N O]

Intentó pillar a Harry en momentos inconvenientes. Cuando iba a meterse en la ducha, o justo cuando había cerrado los ojos por la noche, o cuando llegaba a la puerta del coche y se le había hecho tarde para ir al trabajo.

—¿Me quieres? —le preguntaba. Sonreía, para que él supiese que estaba tomándole el pelo.

—Tal vez —respondía él. O no decía nada. A veces la mirada que le dirigía parecía significar: «Claro, ¿por qué lo preguntas?», y otras veces era más como: «Para con eso, se me hace tarde».

Sí la amaba. Ella estaba segura de ello. Todas las evidencias apuntaban a que así era. Entonces, ¿por qué no lo decía? Esa era la parte que le fastidiaba. Sí, de acuerdo, en el mundo de Harry, no era necesario decir algo para que fuese real. Pero ¡vamos!

Ella lo había dicho. Lo había dicho muchas veces, desde tres semanas atrás y con una frecuencia creciente desde entonces, con la excepción de una sequía de cuatro días durante la semana anterior que había tenido la esperanza de que tuviese algún tipo de consecuencia, pero no la había tenido. Y la situación la estaba volviendo loca, porque ella podía obligarle a decirlo. No poseía un gran número de palabras, pero conocía algunos trucos, y había averiguado su segmento, y no había duda alguna en su mente de que sería capaz de obligar a Harry Wilson a decir lo que ella quisiera. Pero si hacía eso, no sería real. No sería él. Sería ella, hablándose a sí misma, a través de él. Resultaba muy frustrante.

—Ese coche ha dado vueltas por toda la ciudad —dijo la mujer que le estaba preparando un sándwich a Emily. Ella se volvió. Al otro lado de la calle había un vehículo oscuro con los cristales tintados y el motor encendido. La capa de polvo que lo cubría indicaba el largo trayecto que había recorrido—. ¿Lo ves?

—Sí —dijo Emily.

—No es de por aquí.

—No. —Miró el sándwich que la mujer, Cheryl, estaba haciendo. Había ido a aquel local prácticamente todos los días laborables de los últimos cuatro años. Podría decirse que se había casado con los sándwiches de Cheryl.

—Ha ido a las minas —dijo Cheryl, haciendo un gesto con el cuchillo—. Mira las ruedas.

Emily miró y vio las ruedas cubiertas de tierra rojiza.

—Alguien de la ciudad, supongo. Del gobierno —siguió Cheryl, dándole la vuelta a la rebanada de pan—. ¿Sal y pimienta, cariño?

—No, gracias.

—No dejo de pensar que podrías cambiar de idea —dijo Cheryl, cortando más pan—. No puedo entender que te lo comas así.

—Me gusta así —contestó.

Sacó el sándwich al exterior, aunque se le habían quitado las ganas de comérselo. El coche permanecía agazapado en un extremo de su campo de visión, pero no lo miró. Cuando el vehículo se puso en marcha, ella se adentró por una calle peatonal, donde no podía seguirla, y dio un rodeo para llegar a Hilos Enredados. Cerró la puerta con llave y se sentó detrás del mostrador. No sabía cómo sentirse. Hacía dos años, quizá solo uno, habría echado a correr hacia el coche. Se habría destrozado las manos contra él pidiéndole que se detuviese. Pero ahora las cosas eran diferentes.

Un joven vestido con un traje gris se presentó en la puerta. Tiró del pomo, lo empujó, y luego puso la mano en el cristal y atisbó el interior. Cuando la vio, señaló el pomo y vocalizó: «¿Está abierto?».

Emily le abrió. Era joven, apenas un muchacho, en realidad. Por su tono de piel saltaba a la vista que venía de muy lejos.

—Gracias —dijo el chico, y entró. Se peinaba hacia un lado y el flequillo le caía delante de los ojos, con un estilo que ella no conocía—. ¡Uauhh, qué calor!

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó Emily.

El chico sonrió, como si le gustase aquella ficción.

—Se trata de buenas noticias. Puedes volver.

Emily no dijo nada.

El otro miró hacia el exterior.

—Ha sido un viaje realmente largo. Me avisaron de que lo era, pero... es más largo de lo que esperaba. —Miró a Emily—. Nada, nada y nada, durante todo el trayecto. ¿Te has acostumbrado? —Ella no contestó—. A mí me parece que tiene que ser muy difícil acostumbrarse.

—Puedes acostumbrarte a cualquier cosa.

—Por supuesto. Podemos irnos de inmediato.

—¿Hoy?

—¿Supone eso un problema? —Sus ojos eran grises, igual que su traje.

Ella negó con la cabeza. No quería problemas.

—Dame tu número de teléfono. Te llamaré en un par de horas.

—Yo no me molestaría por hacer las maletas. Aquí no hay nada que vayas a volver a necesitar.

—Si no le digo a la gente que me voy, me buscarán. Me declararán desaparecida. Sería un jaleo.

El chico se quedó en silencio. Iba a decirle que la organización podía encargarse de una denuncia de personas desaparecidas. Pero cambió de opinión y se encogió de hombros:

—Como quieras. —Buscó algo en sus bolsillos. Emily se preguntó si habría ido a la Academia. Podría haber sido uno de los más pequeños, un chico delgaducho e inapreciable, demasiado pequeño para fijarse en él. Pero no estaba segura. Todo se le antojaba demasiado lejano—. Has acabado por convertirte en parte de este lugar, ¿eh?

—Es un lugar pequeño. No había más remedio.

El chico sonrió como si no le creyese y le tendió una tarjeta:

—Estaré en el coche.

Emily telefoneó a la propietaria de Hilos Enredados, Mary, y le dijo que necesitaba marcharse enseguida, que su madre se estaba muriendo. La voz de Mary se inundó de amabilidad y le dijo que estaba bien, que se tomase todo el tiempo que considerase necesario.

—No sabía que seguías en contacto con tu familia.

—No lo hacía. Me han llamado para decírmelo.

Después condujo al hospital y esperó. Nunca sabía dónde podía estar Harry, pero el mejor lugar para esperarle era Urgencias. A veces Emily se sentaba y leía revistas al lado de granjeros con las manos envueltas en toallas ennegrecidas y madres con niños enfermos. El pabellón de Urgencias tenía una puerta doble de cristal, y cuando veía llegar la furgoneta de paramédicos, con el sol haciendo brillar su capó blanco, siempre se sentía emocionada, como si hubiera ganado un premio.

Pero en esta ocasión cuando lo vio rompió a llorar. Fue algo inesperado y chocante, y si el muchacho de la organización hubiera estado allí para verlo, quién sabe qué habría podido ocurrir. Harry se acercó a ella, alarmado, y Emily oyó que de sus labios brotaba la mentira sobre su madre. Cáncer. Le abrazó y respiró su aroma mientras pudo.

—¿Quieres que te acompañe?

—No —dijo, agradecida por el ofrecimiento—. No puedes hacerlo.

—¿Cuánto tardarás en volver? —Antes de que pudiera responderle, el propio Harry hizo un gesto de negación—. No lo sabes. No pasa nada. Tómame tu tiempo. —Le dio un beso en la cabeza—. Pero vuelve.

—Lo haré —dijo Emily, y le sorprendió lo verdaderas que parecían las palabras al salir de su boca—. Lo haré, lo prometo.

Finalmente, se apartó de él. Había gente mirando, y cuanto más se alargase el abrazo, más difícil resultaría, así que cuando Harry se ofreció a llevarla a casa, ella se negó. Tenía que alejarse mientras aún pudiera hacerlo.

—Te quiero —dijo, y él sonrió con tristeza, y al verlo en retrospectiva, ¿acaso no resultaba obvio? Debería haberlo visto venir. Pero el amor volvía estúpida a la gente, y ella estaba muy enamorada. La doble hoja de la puerta de Urgencias se abrió y Emily salió al exterior, y lo único que le permitía soportar aquello era la convicción

de que regresaría.

Una hora más tarde, estaba en el coche negro, contemplando en el espejo retrovisor cómo el polvo se tragaba Broken Hill. El chico puso el vehículo a ciento treinta kilómetros por hora y manipuló su teléfono con una mano.

—Duérmete, si quieres —le dijo—. No hay nada que ver durante las próximas ocho horas.

Era cierto. Pero no podía dormirse. El chico no paraba de mirarla, así que se encogió en su asiento y le dio la espalda. Un rato más tarde otro coche se cruzó con ellos en dirección opuesta, brillante por la parte superior y cubierto de tierra y polvo por la inferior. Emily observó en el espejo cómo iba empequeñeciéndose. Un minuto después se cruzaron con otro coche idéntico, y luego con otro.

—¿Cuántos sois?

—¿Eh? —dijo el chico.

—Esos coches —explicó Emily.

El muchacho se encogió de hombros.

—Será gente de la zona.

Emily se recostó en el asiento. Delante de ellos apareció un camión enorme, de dieciocho ruedas, que seguía a los coches con los que acababan de cruzarse. No tenía ningún logo, y arrastraba un contenedor de acero que no se parecía a ningún otro que ella hubiese visto, pero esta vez no dijo nada.

El trayecto duró treinta y cuatro horas, lo suficiente para desarrollar un odio acérrimo hacia el chico de la organización y hacia todo lo que él representaba. Se alegró de que los asientos de primera clase fuesen como cápsulas, de modo que disponía de espacio para esconder su tristeza. No sabía qué había motivado la llegada del chico, si era porque la organización había considerado que ya había pasado el tiempo necesario para que ella hubiese escarmentado, o si la habían estado observando, o si había sucedido algo, o qué. Pero fuera por la razón que fuese, esperarían de ella que fuese capaz de controlar sus emociones.

Desembarcó, desorientada y magullada en alguna parte del interior de su cuerpo, y salió al sol invernal de Washington. Una limusina la llevó a un hotel de lujo, donde el chico se despidió de ella, y Emily durmió durante catorce horas. Despertó y vio una luz roja parpadeando en el teléfono de la mesita de noche. Pulsó el botón del buzón de voz, creyendo que podría ser Eliot, lo que resultaría aterrador, o Yeats, lo cual lo sería aún más, pero no era ninguno de ellos. Una chica a la que no conocía le dijo que la esperaban en una tienda de moda treinta minutos después. La chica terminó el mensaje sin despedirse, como si la hubieran cortado, aunque Emily sabía

que no había sido así.

Cogió un taxi para ir al centro y se probó alguna falda y camisas elegantes. En el espejo parecía extravagantemente morena.

—Hará falta más que una chaqueta —le dijo el hombre, que se había presentado como consejero estilista personal—. Eres una mujer de las cavernas con traje, querida.

La guio a una peluquería en la que un hombre calvo le pasó un cepillo por el pelo dejando escapar ocasionales exclamaciones de consternación. Ahora que Emily estaba al lado de otras mujeres, empezaba a ver el problema. Su pelo era de un rubio equivocado: el rubio que provocaba el sol. En el bronceado de su piel había una cierta cualidad granulada. Había absorbido Broken Hill. Se había empapado de aquel lugar y se había vuelto salvaje.

—No te preocupes —le dijo el peluquero—. Hemos arreglado cosas peores que esta.

Algo después, con el suelo alfombrado de pelo, se encontró a sí misma con una melena corta y un flequillo espeso. Daba la impresión de que habían intentado esconder su rostro. A ella misma le parecía una extraña.

—¿Usas gafas? —le preguntó el peluquero—. Deberías pensarlo.

Fue llevada de vuelta a la primera tienda, la de ropa, donde recibió elogios efusivos por su nuevo aspecto. Lo cierto es que comenzaba a sentirse bien, y entonces el consejero estilista personal dijo:

—Bueno, al menos es una mejoría.

Había olvidado la forma indirecta con que la gente hablaba allí. Se había acostumbrado a interpretar literalmente lo que alguien decía.

Horas más tarde, cargada con bolsas de compras, la llevaron a un bloque de oficinas de cristal que no tenía ningún logo por el que se le pudiese identificar. Penetró en un vestíbulo sencillo, sintiéndose recién manufacturada en su vestido de lana gris y sus zapatos negros, y con el corazón latiéndole con fuerza ante la posibilidad de que estuviese a punto de encontrarse con alguien a quien conociese. Pero allí no había nadie. Un sofá de color rojo y unos cuantos cuadros; podría haber sido cualquier vestíbulo en cualquier lugar. Esperó en el mostrador de recepción hasta que un joven de cejas invisibles emergió del despacho que había detrás.

—Soy Emily Ruff —dijo ella.

—Un momento. —Desapareció y, cuando regresó, tenía una tarjeta de plástico que dejó sobre el mostrador. Lo único que había escrito en ella era NL-L5D4. Emily lo miró—. Significa quinta planta, mesa cuatro.

—Ah, gracias.

Cogió sus bolsas y se dirigió al ascensor. Necesitó un momento para entender su funcionamiento: hacía falta insertar la tarjeta en una rendija para que los botones

respondiesen. Entonces las puertas se cerraron y ascendió hacia lo que fuese que la esperaba allí arriba.

Resultó que la quinta planta no era nada más que un espacio anónimo con una docena aproximada de amplios cubículos. Casi todos ellos estaban vacíos. Había un gran silencio, y cuando sus bolsas empezaron a crujir y chocar entre sí deseó haberlas dejado abajo con el recepcionista. Pasó junto a una joven que hablaba por teléfono y un chico de pelo largo y gafas que alzó la vista de la pantalla de su ordenador, pero su expresión no cambió y Emily no se detuvo.

Distinguió placas identificativas en las esquinas de las mesas y empezó a buscar la D4. Estaba en un rincón y tenía una vista increíble sobre la parte sur de Washington. Había una silla, un teléfono, un ordenador y nada más. Dejó las bolsas debajo de la mesa y probó la silla. Esperó. Supuso que el teléfono terminaría por sonar. En algún momento.

Un minuto más tarde apareció el chico de las gafas, acompañado por una chica cuyo pelo era del correcto tono de rubio. Le resultaba familiar, aunque Emily no logró saber por qué. Y parecía muy joven.

—Vaya. Bienvenida.

—Hola —respondió ella—. Gracias.

—Isaac Rosenberg —dijo el chico—. Encantado de conocerte.

—Yo soy Raine —añadió la chica—. Kathleen Raine.

—Hola —repitió Emily. Hubo un silencio incómodo—. Lo siento, no sé por qué estoy aquí.

—Típico —dijo el chico, Rosenberg—. Solo supimos que venías hace dos días. Estás en NL.

—¿Neurolingüística?

El chico asintió.

—Pruebas y Mediciones. ¿Has trabajado antes en algo relacionado con NL?

Emily negó con la cabeza.

—Se supone que es positivo para tener conocimientos teóricos básicos. De todas maneras, te echaremos una mano. Te enseñaremos el sistema. Si te parece bien.

—Claro —dijo ella. La chica, Raine, continuaba mirándola como si se hubiese perdido algo, así que le preguntó—: Perdona, ¿nos conocemos de antes?

Varias expresiones cruzaron en rápida sucesión la cara de la chica, una de las cuales decía que sí y otra que se suponía que no podía hacer esa pregunta.

—No.

Pero Emily acababa de recordarlo: habían coincidido en la Academia. Lo había olvidado porque había sido durante la primera semana, y la chica había suspendido las pruebas y no la habían admitido. Entonces era muy joven. Emily había intentado

que se sintiese mejor diciéndole que podría probar al año siguiente. Se llamaba Gertie.

—Eh, te pido disculpas si esto es inapropiado —dijo Rosenberg—, pero en realidad no nos han dicho mucho y no queremos molestar a nadie, así que me estoy preguntando si... ya sabes, si de verdad quieres hacer NL o si deberíamos simplemente dejarte a solas.

—Creo que realmente estoy aquí para encargarme de NL. Ahora soy otra graduada más, supongo.

Rosenberg y Raine se rieron, pero pararon enseguida.

—Perdona —dijo Rosenberg—, creía que estabas bromeando.

—¿Por qué iba a ser una broma?

—Lo siento mucho. No pretendía insinuar nada.

—No lo has hecho. Pero, por favor, contadme qué sabéis sobre mí.

—Bueno, nada, solo tu nombre. —Rosenberg señaló hacia el borde de la mesa. Allí había un rectángulo gris de plástico. Una placa en la que Emily no había reparado antes. Su primer pensamiento fue que se había sentado a la mesa equivocada. Luego se dio cuenta de que no lo había hecho. Por Yeats. Porque cuatro años antes él le había dicho: «Tengo un nombre para ti, cuando llegue el momento». El nombre grabado en la placa era: Virginia Woolf.

La mujer que hablaba por teléfono cuando Emily había entrado resultó ser Sashona. La última vez que la había visto había sido en el campo de deportes de la escuela.

—¡Que me la metan doblada! —dijo Sashona—. ¿Tú eres Woolf? —Miraba a Emily con las manos en las caderas. Había crecido y se había convertido en una mujer—. Creímos que habías muerto.

—Pues no.

—¡Diablos! ¿Dónde has estado? —Negó con la cabeza antes de que Emily pudiera contestarle—. No me lo digas. Es una pregunta estúpida. ¡Uauh! Mírate. Estás muy cambiada. —Emily sonrió con torpeza. No tenía claro si era un cumplido—. ¿Qué demonios has hecho para ganarte ese nombre?

—No lo sé.

Sashona la miró y Emily comprendió que no la creía en absoluto.

—Tienes buen aspecto.

—Tú también.

—Patty Smith —dijo Sashona—. Ese es mi nombre ahora. Smith.

—Oh, Smith mola —dijo Emily.

—Ah, que te jodan —repuso Sashona, con una sonrisa. Por un instante fue como si estuvieran de vuelta en la Academia.

Se acordó de lo mucho que detestaba la neurolingüística. Desde que había sido expulsada lo había olvidado. Al principio resultaba fascinante, trataba de tribus amazónicas que usaban palabras reconociblemente latinas y de cómo decir «guh» podía abrirte el apetito. Luego vino la sintaxis y las infracciones semánticas y la integración sináptica. Se requería una enorme cantidad de memorización (y toda esa parte la había perdido durante los últimos cuatro años) y la capacidad de hacer juegos malabares en su cabeza con símbolos. En la escuela, los estudiantes no solían hablar de lo que pensaban sobre asignaturas específicas, pero cuando le había mencionado a Jeremy Lattern que estaba estudiando neurolingüística, él la había mirado con compasión. Aquello era como volver a aquellas clases, solo que ahora se esperaba de ella que lo supiera todo.

Rosenberg y Raine le enseñaron a usar el ordenador. Había un sistema de etiquetas: cuando alguien quería que ella hiciera algo, ese alguien creaba una etiqueta. Y cuando había terminado, introducía su trabajo en la etiqueta y la cerraba. Mayoritariamente, la gente que quería que Emily hiciera algo era de los Laboratorios, que ella imaginaba que se encontraban en algún otro punto del edificio, aunque estaba claro que otras personas también leían las etiquetas, porque a veces solicitaban aclaraciones. Esa gente estaba en escalafones superiores, suponía Emily. Personas de la organización como Eliot. Pero en el sistema no había nombres, solo números. En ocasiones ella leía una etiqueta una y otra vez, preguntándose si había algo en ella que indicase que tenía que ver con Eliot, pero nunca estaba del todo segura. Después de un tiempo, dejó de esperar ver a Eliot. Al parecer la iban a dejar sola. Para hacer exactamente qué, no lo sabía. Quizá querían que volviese a aprender NL. Tal vez la estuvieran observando en secreto. Pero si era así, lo que estaban observando no era nada interesante.

Le dieron un apartamento, una cuenta bancaria y un teléfono móvil. Todo había sido organizado de antemano. El balcón de su apartamento daba al Meatpacking District y a veces se quedaba allí con una botella de vino, contemplando cómo respiraba la ciudad, envuelta en una chaqueta que en realidad nunca la resguardaba del frío.

Cada pocos días hacía algo estúpido. Se quedaba despierta hasta tarde, o ponía el despertador demasiado temprano, y salía del apartamento para internarse en la gélida oscuridad. Caminaba en cualquier dirección durante un rato hasta que encontraba una cabina de teléfono y metía unas cuantas monedas. Cuando sonaba, se recordaba a sí misma que debía modular su voz, evitar frases que la identificasen y terminar la llamada lo antes posible. Se decía que aquella era la última vez que lo hacía en al menos una semana. Porque si la cogían, no tenía ninguna duda de que las consecuencias serían terribles. Pero entonces Harry contestaba al otro lado y su voz la inundaba, y se olvidaba de todo lo que había pensado.

Fue a visitar los Laboratorios. Estaban en las entrañas del edificio, bajo el nivel del suelo. Estaban perfectamente iluminados y llenos de técnicos con batas blancas, con dos puertas protegidas por un código entre Emily y cualquiera que tuviese un puesto superior al de recepcionista. Sabía que allí abajo realizaban entrevistas a personas: les ponían sondas y las sometían a IRMf para registrar lo que ocurría cuando escuchaban palabras. Después enviaban los datos a NL para que los analizaran. Lo que no sabía era de dónde procedían los sujetos a los que sometían a las pruebas. Aunque en cierta ocasión, mientras buscaba una cabina de teléfonos cerca de la Universidad George Washington, había visto una hoja de papel pegada a una farola en la que se ofrecían cincuenta dólares a los voluntarios que se presentasen a un experimento de psicología, así que tal vez fuese así como los obtenían. Cuando los datos entraban en el sistema, a veces bajo el epígrafe EFECTOS VISIBLES ponía «brote psicótico», o «pérdida de función» o «coma». Emily intentaba no pensar demasiado en ello, pero resultaba obvio que había gente que sufría en los Laboratorios.

Sashona (Smith, aunque Emily no soportaba llamarla así) había cambiado mucho. Se reía, algo que nunca había hecho en la escuela, y todo le parecía extraordinario. Aquello a Emily le parecía un comportamiento insólito, puesto que Sashona debería ocultar su personalidad para evitar que averiguasen su segmento. Decidió que era fingido: una cortina de humo para esconder su verdadero comportamiento. Los altos cargos no hacían eso; Emily había hablado muchas veces con Eliot y no tenía la menor idea de cuál era su segmento, simplemente porque Eliot no mostraba nada. Pero tenía sentido que lo hiciera un poeta nuevo. Se preguntó si debería ella hacer lo mismo, y si Sashona creería que estaba intentando averiguar su segmento, y si Sashona estaría tratando de adivinar el suyo.

Un día, mientras un camarero alto y atractivo les servía café en su mesa, Sashona abrió la boca y una maraña de palabras ininteligibles brotó de ella:

—Ámame —dijo, y el camarero derramó el café, se fue y volvió para pedirle a Sashona el número de teléfono. Así fue como Emily descubrió que durante los cuatro años que ella se había pasado vendiendo blusas en el desierto, Sashona había estado aprendiendo palabras. Lo dijo en un murmullo, pero lo cierto era que se había quedado estupefacta. Hasta entonces no se había dado cuenta de lo retrasada que se había quedado en ese aspecto. ¿Cómo se suponía que iba a ponerse al día? No tenía a nadie a quien preguntarle aparte de Sashona, y aunque se llevaban bien, tenía miedo de expresar su ignorancia.

Se decidió a esperar que algún día alguien se presentase para educarla. Mientras tanto, leía datos e intentaba extraer de ellos conclusiones inteligentes. La

organización estaba interesada en perfeccionar su modelo psicográfico, en encontrar mejores maneras de clasificar a la gente de modo más específico y en un número más reducido de segmentos. Buscaba las respuestas en símbolos que no deberían estar allí, minúsculas protuberancias en líneas azules, y escribía informes sobre posibles solapamientos psicográficos, límites confusos entre segmentos y posibles nuevas vías para la segmentación. Tenía acceso a una vasta base de datos sobre hábitos de compra, patrones de utilización de internet, flujos de tráfico y más cosas; si quería, podía buscar a un individuo en concreto y mirar adónde había ido el martes pasado y qué había comprado o qué había hecho. Pero aquello no era demasiado útil. Nadie estaba interesado en individuos. Se suponía que tenía que buscar conexiones entre esos individuos: rasgos neurológicos comunes que permitieran agruparlos juntos y aplicarles una misma palabra. Pero no tenía ni idea de si alguien leía su trabajo, o si lo usaban de algún modo.

Se volvió complicado encontrar una cabina de teléfonos que no hubiera utilizado ya para llamar a Harry. Todas las noches, mientras recorría las calles, casi esperaba que Eliot o Yeats, o tal vez el chico que había ido a buscarla a Australia saliera de la oscuridad. Y entonces todo habría terminado. Pero nunca ocurrió, así que siguió haciéndolo.

Un día descubrió un grupo de datos corruptos en una etiqueta. Cogió el teléfono y marcó el número de los Laboratorios. Se suponía que no debía hacerlo, o al menos, se suponía que debía hacerlo las menos veces posibles. Los técnicos estaban aislados de los analistas por razones de seguridad, puesto que los técnicos no eran poetas y, por lo tanto, eran vulnerables a ser subyugados. Aunque, ¿por qué querría un analista subyugar a un técnico? A Emily no se le ocurría ningún motivo. Le parecía bastante absurdo. Pero era la norma. Tampoco parecía muy efectiva, dado que aunque se suponía que los técnicos debían permanecer en el anonimato, solían revelar su identidad en su estilo de escritura: uno abusaba de la expresión «evidentemente», otro nunca había oído hablar de los apóstrofes, y ese tipo de cosas. Así pues, Emily no sentía un gran respeto por la norma.

—Hola —dijo cuando le contestaron desde Laboratorios—. Soy la analista tres-uno-nueve. Necesito una comprobación de validación sobre unos datos, por favor.

—Abre una etiqueta —repuso una voz masculina. Emily no tenía pruebas de que hubiese alguna mujer trabajando en los Laboratorios.

—Lo he hecho, pero la respuesta fue exactamente igual. Quiero que lo hagan otra vez.

—¿Qué número tiene la etiqueta? —Emily se lo dijo y se produjo una pausa—. Esos datos han sido recopilados de nuevo.

—Ya sé que han vuelto a ser recopilados. Pero quiero que se haga otra vez,

porque siguen estando mal.

—Los datos son correctos.

—Tío —dijo Emily—, los estoy mirando ahora mismo. El gráfico «p» está vacío. No sé si tienes un error de formato, si te faltan datos o qué, pero el gráfico no puede estar vacío.

—No está vacío.

Emily abrió la boca, porque aquello era ridículo. Había visto miles de gráficos «p» y sabía cuál se suponía que era su aspecto: como cordilleras de montañas. A veces tenían muchos picos, otras veces solo uno, pero la clave estaba en que eran dentadas. Las líneas subían y bajaban. Pero cuando volvió a mirar su pantalla, se dio cuenta de que el tipo de Laboratorios tenía razón. Había una línea. No se había fijado en ella porque estaba en la parte superior de la cuadrícula y era completamente recta.

—¿Todo claro? —preguntó el de Laboratorios.

—Sí —respondió—. Gracias. —Colgó el teléfono y se quedó mirando el gráfico un buen rato.

Se acercó a la mesa de Sashona.

—Eh, ¿qué es la sinapsis?

—¿Cuál es el contexto?

—Está en una etiqueta nueva. Después de «respuesta del sujeto», en lugar de un índice, pone «sinapsis».

—Bueno, sinapsis es lo mismo que subyugación —dijo Sashona—. Pero no deberían utilizar ese término. Es un descuido.

—¿Por qué?

—Es el ideal. El estado teórico de subyugación perfecta. No existe en la vida real.

—Ah, ya veo.

—Diles que te digan qué quieren decir con eso —sugirió Sashona, y volvió a concentrarse en su trabajo—. Puede que lo haya hecho algún novato.

—Bien.

Se esforzó en escribir un informe coherente sobre aquel extraño gráfico plano y lo introdujo obedientemente en el sistema. Ya tenía otra etiqueta esperando, pero estaba distraída y en lugar de ponerse con ella, se quedó mirando las nubes. Tenía el presentimiento de que iba a ocurrir algo.

Seis minutos más tarde, se produjo un apagón. Echó la silla hacia atrás para apartarse de su pantalla. Varias cabezas se asomaban desde sus cubículos.

—Creía que teníamos un generador de emergencia —dijo Sashona, en voz alta. Emily no había notado el zumbido del aire acondicionado hasta que había dejado de

oírlo.

Comenzó a sonar una alarma y se oyeron varias voces. Rosenberg especuló con un posible incendio en los Laboratorios, lo cual sería un problema, porque muchas de las puertas tenían un sistema de cierre por tiempo. Todos se dirigieron hacia las escaleras, excepto Emily. Sashona se volvió hacia ella desde la puerta.

—¿Woolf?

Emily negó con la cabeza. Se sentía estúpida. Había esperado demasiado tiempo. Debería haber salido del edificio hacía seis minutos. Debería haberlo hecho en cuanto había visto aquel gráfico.

—¡Woolf! No es algo opcional, es hora de irse.

Emily revisó en su cabeza los planos de la planta. No había una salida para casos de incendio. Antes no se había dado cuenta de ello. No había cajas de cristal con la leyenda EN CASO DE EMERGENCIA. Nadie los había reunido nunca en una sala de conferencias para explicarles adónde debían ir de manera ordenada si se hacía necesario evacuar el edificio.

Sashona se hartó de esperarla y desapareció. Emily podía subir o bajar. Esas eran sus únicas opciones. Llegó a las escaleras y comenzó a subir. Oyó voces a su alrededor, como si perteneciesen a espíritus. Le llegó el estruendo de un portazo y luego se hizo el silencio, solo interrumpido por su propia respiración. Se dio cuenta de que no se oía a nadie más bajando las escaleras: nadie de ninguno de los otros pisos. Se detuvo para quitarse los zapatos. Subió y subió y finalmente vio la luz del sol. Subió los últimos escalones a la carrera, pero se encontró ante una puerta de acero que estaba asegurada con una cadena y un cerrojo. De todos modos probó a abrirla. Se sentó en el suelo e intentó decidir qué hacer a continuación.

En algún punto por debajo de ella, lejos, se abrió una puerta y luego se cerró de un portazo. Eso se repitió ocho o nueve veces. Emily aguzó el oído pero no pudo oír nada más.

—Mierda —dijo. Estaba enfadada consigo misma. Había pasado demasiado tiempo en Broken Hill, sin necesidad de una ruta de escape. Cerró los puños. *Piensa*. Había una claraboya. Estaba cerrada, pero ¿hasta qué punto? Volvió a la puerta y puso un pie en un lazo de la cadena y estiró su cuerpo, buscando algo a lo que agarrarse. Manteniéndose en equilibrio, trató de alcanzar la claraboya, pero estaba demasiado lejos. Oyó un chirrido. No sabía qué diablos era, pero procedía de más abajo y estaba aproximándose. Logró subirse a la barra de la puerta. La cadena chocó y resonó como una campana. Casi parecía que Emily se hubiese propuesto llamar la atención sobre su posición. Tocó la claraboya con la yema de los dedos, pero eso era lo máximo que conseguía hacer. Si se soltaba de la puerta, posiblemente podría coger aquella cosa y sacarla de su sitio al caer. Existía una muy pequeña posibilidad de que ocurriese así. Oyó pasos. Pisadas de botas. El chirrido agujereaba el silencio a

intervalos regulares, como si fuese una respiración, aunque no del todo. Debería haber aprendido palabras. No debería haber esperado a que alguien se las enseñase. Debería haber buscado la forma de aprenderlas por sí misma. Saltó hacia la claraboya, pero sus dedos resbalaron en vano sobre el plástico y cayó al suelo, golpeándose la rodilla.

»Joder —masculló.

Un hombre estaba subiendo las escaleras. Algo parecido a un hombre. Iba vestido de negro de los pies a la cabeza y tenía los ojos ocultos tras unas gruesas gafas negras, como si fuera un equipo de visión nocturna de esos que llevan los pilotos en su casco, con dos protuberancias semiesféricas sobre las orejas. Daba la impresión de que sería capaz de atravesar una cortina de fuego. El chirrido lo producía su regulador de aire.

—¡*Shakaf veeha mannigh danoe!* —dijo Emily. Era una mezcla de palabras de atención para varios segmentos. Las posibilidades de que surtieran algún efecto eran de una contra mil—. ¡Tírate al suelo!

El hombre extendió su mano enguantada hacia ella.

—Ven conmigo. —Sus palabras sonaron planas, como moduladas por un ordenador.

Emily no se movió. Si el hombre se acercaba más, podría saltar sobre él. No veía ningún arma. Le atacaría a las gafas. Si consiguiera quitárselas, al tipo le resultaría difícil perseguirla.

—Rápido —dijo el hombre, gesticulando hacia las escaleras—. Hay un incendio.

—No lo hay —dijo ella—. ¿Lo hay? —El hombre no contestó. Emily ya había comprendido que no podía oírle. Empezó a bajar las escaleras.

El vestíbulo se había convertido en un hospital improvisado, lleno de cubículos hechos con sábanas blancas. Las ventanas estaban cubiertas con plásticos. Varios hombres uniformados de negro se movían entre ellos, como astronautas, con sus respiradores emitiendo siseos. Emily no vio a nadie que no conociera de la quinta planta. Localizó a Sashona en una camilla, pero enseguida quedó oculta tras una de las cortinas. Le dijeron que permaneciese donde estaba. Nadie habló con ella. Ni entre sí, al menos que ella pudiera oírlo. Una hora más tarde, uno de aquellos hombres del espacio apartó la cortina de su cubículo. No llevaba puesto el casco, y a Emily le sorprendió lo joven que era. Tenía un bigote fino y mullido. Emily se preguntó si sería el mismo que había ido a buscarla en lo alto de las escaleras. Si lo era, debería haberle atacado con «*narratak*».

—Puedes irte —le dijo, y empezó a desmontar las cortinas.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó, aunque en realidad no esperaba una respuesta.

En el exterior, encontró a los demás agrupados en la calle. Atardecía, la hora punta estaba llegando a su fin.

—Un simulacro —dijo Sashona—. Pero ¿para qué?

—No tiene sentido preguntárselo —repuso Raine—. Nunca lo sabremos.

—Eso es verdad —admitió Sashona. Se estaba preguntando por qué Emily no había ido escaleras abajo con ellos. Y, por extensión, qué era lo que Emily sabía y ella no.

Emily no aguantó allí más tiempo. Empezó a caminar y, para cuando llegó a la estación del metro, estaba temblando. No haría nada precipitado. Iría a trabajar por la mañana, se sentaría a su mesa y haría su trabajo, como siempre. Pero aquello había sido una lección. Un recordatorio. La próxima vez que ocurriese algo así, se dijo, tendría una vía de escape.

Cogió una libreta y apuntó las sílabas que notaba que un psicográfico utilizaba con mayor frecuencia que otros. En el tren, escuchaba con atención las desviaciones no la norma. Seleccionaba las palabras que conocía y buscaba patrones. Le sorprendió lo obvios que eran. Los liberales abusaban del uso de los sonidos vocales frontales. Los autoritarios lo hacían con los sonidos fricativos. Desarrolló corazonadas a partir de periódicos, programas de televisión y páginas de internet, rastreó a algún representante adecuado en algún bar, o en una reunión en la iglesia o en la panadería, y trató de ponerlas a prueba. Como un ladrón de cajas fuertes prestando atención al ruido de los bombines. *Sut. Stut. Stuh*. Deslizaba cosas así en mitad de una frase y, por lo general, la gente ni siquiera parecía percibir las. No pasaban el filtro de percepción, eran ignoradas como simple ruido verbal. En el peor de los casos, creían que estaba tartamudeando. Sus corazonadas solían estar equivocadas. Pero, de vez en cuando, percibía un estremecimiento. Una leve contracción de los músculos faciales. Y eso era un bombín.

Era un modo difícil de aprender palabras. Podría hacer eso durante un año y aun así sabría menos que Sashona. Pero era un método muy minucioso. La obligaba a comprender los principios subyacentes. Deducía la preferencia de un segmento por la aliteración gracias a lo que sabía de los segmentos próximos a él, pasando de ahí a *lallito*, una palabra de orden, y eso la emocionaba más que cualquier cosa que le hubiese enseñado. Porque lo había descubierto por sí sola.

Una vez, mientras tomaban algo en el bar de la esquina, Sashona le reveló que tenía problemas con el segmento 191.

—Consigo *kavakifa* —dijo, inclinándose hacia delante y sosteniendo su vaso de vino en un ángulo que Emily se sintió tentada de corregir—. Puedo conseguir *fedoriant*. ¡Pero entonces me pierdo! —Hizo un gesto de desesperación—. Nunca puedo recordarlo.

Aquello formaba parte de un relato sobre una carrera a toda velocidad por la autopista I-48, un agente de policía en moto y una multa de la que Sashona no había conseguido librarse, lo cual tenía su gracia. Pero Emily se quedó pasmada. Al parecer, Sashona no comprendía que las palabras del segmento 191 iban unidas. Podía entender que Sashona se hubiera olvidado de todo el conjunto, pero si sabías una parte, tenías la mitad del resto. Sashona no parecía entenderlo. Las había memorizado una a una, como si no estuviesen conectadas entre sí. Como una bandeja de objetos aleatorios en un puzle infantil.

Una sensación que nunca lograba quitarse de encima era la de estar siendo observada. No estaba segura de cómo, pero sabía que estaba sucediendo. Probó a variar su ruta para ir al trabajo, a mirar los reflejos en los escaparates, a darse la vuelta de forma inesperada, pero nunca veía a nadie. En casa cerraba la puerta con una doble vuelta de la llave, pero ni aun así se sentía a salvo. Tenía la sensación de que Yeats estaba dentro del apartamento. Lo presentía. Una noche soñó que él entraba en su dormitorio convertido en un viento negro y se inclinaba sobre ella, observándola sin mostrar emoción alguna, como si fuese un objeto bajo el microscopio.

El primer martes de su sexto mes en Washington, salió de su apartamento y se dirigió a la estación de tren. Bajó por las escaleras mecánicas hasta el andén y esperó cerca de la línea roja. Hacía calor. Estaba pensando en llegar a su mesa y quitarse los zapatos. Al fondo del andén había un tipo con una guitarra cantando una canción que ella detestaba por razones personales, *Lucy in the Sky with Diamonds*. El tren estaba llegando y, a través de las ventanillas que pasaban ante ella, vio a Eliot.

Durante un instante no estuvo segura de si lo había visto dentro del tren o reflejado en el cristal. El tren se detuvo por completo y las puertas se abrieron, y entonces Eliot le dijo, a su espalda:

—Deja que se vaya.

Emily vio cómo el tren se alejaba. Volvía a tener dieciséis años. De golpe. Pero se dio la vuelta y Eliot no resultaba tan aterrador. En torno a sus ojos se notaba que había envejecido. Solo era un hombre, después de todo.

—¿Estás enamorada? —dijo Eliot.

Emily no respondió.

—No me mientas.

—Sí.

Eliot desvió la mirada.

—Lo siento —dijo Emily—. Lo pararé.

—Tu próximo error será tu final. Hasta aquí es hasta donde puedo llegar para

protegerte. Es necesario que lo entiendas.

—Lo entiendo. Se lo prometo.

Sus ojos la examinaron.

—No más llamadas. Ni una.

—He terminado con eso. He terminado, Eliot. —En ese momento lo decía en serio.

Eliot se marchó y ella se quedó en el andén vacío.

Esa noche no llamó a Harry. Al día siguiente tampoco. Había estado más tiempo que eso sin oír su voz, pero ahora era diferente, porque era el fin. Se sentía enferma. No percibía los sabores. Era una locura, pero ya no sentía el sabor de la comida. En el trabajo, revisaba etiquetas y escribía informes, pero era incapaz de decir si tenían algún sentido. Cuando no podía soportarlo más, se metía en el aseo y ponía la cabeza entre las rodillas. Se obligaba a repetir: «No lo llames». Se sentía poseída por una Emily cruel y sin corazón que no era capaz de amar.

Se rindió al tercer día. Se daba cuenta de que era una enorme traición a Eliot. Él se había puesto de su parte de maneras que Emily no alcanzaba a comprender del todo y ella le había prometido que pararía con las llamadas. Pero lo cierto era que no podía hacerlo. Lo había intentado, pero no podía. Habían pasado seis meses y todavía seguía sintiendo que su hogar estaba en el otro extremo del mundo.

No podía volver a llamar a Harry. Eliot se enteraría, o, peor aún, serían otros los que lo harían. No existía la opción de llamar y continuar en la organización. Lo único que podía hacer era salir de ella.

Años antes, en San Francisco, Emily y una amiga suya habían cruzado un aparcamiento del McDonald's y de pronto se habían visto rodeadas por un grupo de chicos que apenas habían superado la pubertad, con los pantalones por debajo de la cintura y sonrisas nerviosas. Uno de ellos llevaba una pistola que no paraba de sacar y guardar de nuevo, pasándosela de una mano a la otra, y los demás empezaron a preguntarles a Emily y a su amiga si sabían lo buenas que estaban y lo mucho que querían hacérselo con ellas. La situación ya era mala de por sí aunque no hubiesen tenido la pistola, pero Emily era entonces joven y estúpida, así que se le había acercado al chico que tenía el arma y se la había arrancado de las manos. Gracias a los trucos de cartas sus dedos eran muy fuertes. No tenía ni idea de cómo utilizarla, aparte de por dónde cogerla, pero eso era suficiente, porque los chicos se le quedaron mirando con cara de asustados mientras ella y su amiga les lanzaban un montón de amenazas absurdas al tiempo que retrocedían.

La lección que podía extraer de eso era probablemente que no debería cruzar un aparcamiento situado en un barrio peligroso. Pero también que, cuando no contabas con buenos músculos, podías hacerte con el control de una situación si eras tú quien

tenía la pistola.

Emily no contaba con buenos músculos. No tenía un arma. Pero sospechaba que había alguna en el sótano.

¡AYUDA!

¡Estoy intentando contactar con todos los miembros del grupo de la iglesia para nuestra gran reunión navideña! Queremos invitar A TODOS los que han estado con nosotros en algún momento a lo largo del año.

Me gusta pensar que soy capaz de rastrear a la gente, pero hay una persona a la que simplemente no consigo localizar: ¡Virginia Woolf! Se podría pensar que con un nombre así sería fácil de encontrar. Por desgracia, sucede exactamente lo contrario: ¡es IMPOSIBLE usar internet por culpa de todas esas páginas sobre la famosa escritora! ¡Es frustrante! En definitiva, tengo la esperanza de que alguien supiera de algún modo de dar con ella, porque parecía una persona muy atenta e interesada en lo que decíamos.

Con cariño,
Belinda F.

[D O S]

Debajo de su mesa había una bolsa de lona. La ropa que ocupaba la parte superior era la que Emily utilizaba en el trabajo, y debajo había otras prendas que había guardado allí para la ocasión. Cerró el sistema y se colocó la bolsa al hombro. De camino hacia la salida pasó al lado de Sashona, que estaba hablando por teléfono; Emily vocalizó «gimnasio» y la otra asintió. Notó una pequeña punzada, porque aunque nunca habían sido amigas de verdad, estaban bastante unidas para los estándares de la organización, y Emily no iba a volver a verla.

Caminó dos manzanas hasta una pequeña cafetería, un local al que iba de vez en cuando a almorzar. En el servicio, se cambió de ropa, se puso una camiseta, un par de vaqueros desgastados y una chaqueta vieja. Se quitó el maquillaje de la cara, recogió una buena capa de mugre de las baldosas del suelo y se la puso bajo los ojos y en la línea donde le nacía el pelo. Metió la ropa de trabajo y la bolsa detrás de uno de los retretes. Tampoco esperaba volver a ver ninguna de ambas cosas.

Dio una vuelta a la manzana y se acercó desde la otra calle. Allí había una puerta normal y corriente con un cartel en el que se leía INSTITUTO ROBERT LOWELL DE INVESTIGACIÓN PSICOLÓGICA. No parecía más que otro local de alquiler condenado al fracaso en el lado equivocado del edificio. Pero no lo era. Era la fachada pública de los Laboratorios. Pulsó el intercomunicador y esperó.

—¿Hola?

—Eh —dijo ella—. Me llamo Jessica Hendry. Hice uno de sus... experimentos hace un par de semanas, y me dijeron que podía volver si quería.

La puerta emitió un zumbido y Emily la empujó para abrirla. Subió un estrecho tramo de escaleras. Arriba había una pequeña sala de espera, con sillas vacías y una televisión. Detrás de unas puertas correderas de cristal había una mujer con el pelo ahuecado.

—Siéntate —le dijo.

Emily lo hizo y hojeó un ejemplar de la revista *People*. Ya había estado allí antes. La primera vez, el día después de haberse decidido a empezar a hacer un plan, había descubierto la entrada pero no había entrado. Miró el «Instituto Robert Lowell» en la guía telefónica y había llamado desde una cabina para averiguar que sí, que estaban interesados en recibir voluntarios para realizar experimentos, y aceptaban a gente de la calle entre las once y la una de la tarde. Le dijeron que querían verla al día siguiente, pero ella había puesto reparos, puesto que todavía no había conseguido una identidad falsa. Le llevó una semana encontrar a Jessica Hendry, una chica de su misma edad que no tenía dirección fija ni demasiado interés por lo que le deparase el mundo más allá de su próxima dosis. Jessica se encariñó con Emily de inmediato, tal vez porque intuía en ella una historia similar y también por la posibilidad de sacarle

algo de dinero, y vertió en ella un torrente de información superior a lo que Emily necesitaba. A cambio, le puso un billete de cien dólares en la mano y se la apretó, diciéndole que lo guardase bien. Después lo recuperó cuando Jessica no estaba mirando, porque, honestamente, ese dinero no iba a ayudarle.

El instituto le había pedido que rellenase un cuestionario. Lo hizo con cuidado, respondiendo con sinceridad a las preguntas psicográficas, lo cual, por supuesto, la dejaba al descubierto ante cualquiera que creyese de verdad que ella era Jessica Hendry. La colocaron dentro del segmento 220, como ya había previsto. Eso debería ser bueno, porque en Laboratorios siempre faltaban sujetos del segmento 220.

Después del cuestionario, la llevaron a una habitación pequeña y brillante llena de cámaras de vídeo. Le colocaron electrodos en la cabeza y le mostraron varios anuncios de televisión, que eran en cierto modo graciosos, porque no eran anuncios de verdad, o, al menos, no para productos de verdad. Eran excusas para emitir palabras. Después de unos cuarenta o cincuenta, perdió el conocimiento, y cuando despertó, todos fingían que solo se había quedado dormida. No supo qué le habían hecho hasta que el informe apareció en el sistema. Cuando vio SEGMENTO DEL SUJETO: 220, lo leyó con ansia, pero no aparecía ninguna mención sobre ningún daño permanente. Había estado bastante segura de que en Laboratorios no realizarían experimentos dañinos a alguien que acabase de entrar voluntariamente desde la calle, pero en caso de estar equivocada la alternativa era muy mala.

Unos cuantos días después, sonó el teléfono móvil de prepago que había adquirido para contestar como Jessica Hendry, y un hombre conversó con ella para averiguar si estaba interesada en asistir a un nuevo experimento. Dijo que sí si había una recompensa económica, y el tipo le preguntó por qué no había dejado anotada su dirección, a lo que ella respondió diciendo que estaba inmersa en una época difícil y solo necesitaba un golpe de suerte y que si le iban a pagar o no, que qué importaba dónde vivía. Una vez que dejó establecido que nadie notaría qué sucediese con Jessica Hendry, el hombre la invitó a ir en cualquier momento, pues estarían encantados de verla. Y allí estaba ahora.

—Jessica —dijo la recepcionista. Emily levantó los ojos de la revista—. Tu turno. La puerta emitió un zumbido.

Siguió a un hombre vestido con una bata blanca y carente de barbilla a través de varios pasillos iluminados mediante lámparas enclaustradas en cajetines de metal.

—Entonces me van a dar cien dólares por esto, ¿verdad? —preguntó.

—Así es —contestó el hombre.

—La otra vez me quedé dormida. —Estaba tratando de hacerle hablar para averiguar si era alguien a quien conociese a través del sistema—. Espero que los

anuncios esta vez sean más interesantes.

Llegaron a un par de ascensores.

—Hoy no vamos a ponerte anuncios.

—¿No? Entonces, ¿qué?

Llegó uno de los ascensores y el hombre le hizo un gesto para que entrase.

—Es un producto.

Las puertas se cerraron y, contra su voluntad, Emily sintió que se ponía tensa. Era un ascensor pequeño. Parecía muy pequeño.

—¿Qué clase de producto?

El tipo echó un rápido vistazo a su carpeta.

—Me temo que no puedo decírtelo sin correr el riesgo de contaminar tu reacción.

—«Contaminar tu reacción». Anda que no sois raros aquí. —Los números de los pisos iban en descenso—. ¿Es un... una botella de champú, o un coche, o qué?

—Es extremadamente importante para nuestros experimentos que no tengas ninguna clase de expectativa previa.

—Ya, vale. No hay problema. —«Extremadamente importante». Era una expresión extraña. La había visto en el sistema.

Las puertas se abrieron y vio que el color de las paredes del pasillo era ahora azul claro. Un color calmante. El técnico empezó a caminar y ella lo siguió hasta una nueva puerta, en la que el hombre tuvo que insertar su tarjeta y teclear un código. Cincuenta metros más adelante, se repitió el proceso. Mientras avanzaba, se fijó en que había cámaras instaladas en el techo. Cogieron un segundo ascensor, y cuando este se detuvo las paredes pasaron a ser de cemento desnudo, ya no estaban pintadas de azul psicológico. Eso no le gustó. El pasillo terminaba ante una puerta de acero perfectamente redonda que tenía dos veces la altura de Emily. Estaba abierta, de forma que pudo ver que el interior era una pequeña estancia de cemento con una única silla de plástico naranja. Junto a la puerta de la cámara había otro hombre con bata blanca y otro tipo uniformado de gris que daba la impresión de ser de seguridad.

—Verificando —dijo el técnico sin barbilla que la había acompañado hasta allí—: Tengo un prototipo nueve, doble cero, doble uno, ocho, seis.

El otro hombre contestó:

—Confirmando prototipo nueve, cero, cero, uno, uno, ocho, seis.

—Verificando sujeto, Hendry, Jessica, número de identificación tres, uno, uno, siete, cero.

—Confirmando sujeto, la hora es ocho cincuenta y ocho, el sistema de cierre por tiempo ha abierto la cámara.

—¿Qué es todo eso? —preguntó Emily, intentando esbozar una amplia sonrisa.

—Seguridad —dijo el primer técnico, sin mirarla—. El producto es muy valioso. —Entró en la habitación de cemento, para lo que hacía falta pasar por encima de un

grueso borde metálico—. Sígueme, por favor.

Emily obedeció. El aire era gélido. Las paredes eran de cemento liso, excepto allí donde habían colocado seis lámparas amarillas dentro de una especie de jaulas de alambre. Había cuatro cámaras de vídeo montadas sobre trípodes y dirigidas a la silla. En el centro de la habitación había una caja. Una caja enorme de acero, con forma de ataúd.

—Por favor, siéntate.

—Ehh... —dijo ella—. Ehh...

—No pasa nada, Jessica. Será como la otra vez. Solo que ahora vamos a mostrarte un producto en lugar de unos anuncios. Voy a colocarte el casco para que podamos medir tu actividad cerebral, ¿de acuerdo?

—Sí —dijo, aunque lo que estaba pensando era: «No, no, no».

Se sentó. Hasta el plástico estaba helado. La caja de acero no tenía tapa. No que ella pudiese verla, al menos. En los lados había varias varas verticales y gruesas. ¿Émbolos? Emily miró la caja fijamente porque no podía imaginarse qué utilidad podía tener.

El técnico le tocó el pelo y ella se estremeció.

—Solo relájate. —Y comenzó a colocarle el casco.

—Eh, ¿qué me ha dicho que era esto? ¿Qué tipo de...?

—Solo un producto.

—Sí, pero, ya sabe, parece algo muy raro para un producto. ¿Qué clase de producto es? —El hombre no contestó. «Domínalo», pensó. «Extremadamente importante»: había leído un centenar de etiquetas creadas por ese tipo y sabía que era del segmento cincuenta y cinco, no había duda, y había averiguado palabras para ese segmento. Podía subyugarlo en dos segundos y obligarle a sacarla de allí. Pero no sabía qué hacer después de eso. En su plan no existía un «después». Al menos no un «después» que ella quisiera. Pero ¿por qué había una caja? ¿Por qué coño había una caja?

—Ya casi está, Jessica.

No había previsto que hubiese una caja. Había pensado que quizás hubiese un sobre. Un hombre sentado frente a ella, preparado para leer una palabra. Y antes de que pudiera hacerlo, ella se la arrebataría, porque él no estaría preparado para hacer frente a una poetisa. Estaba convencida de que aquellos tipos, aquellos técnicos aislados en sus Laboratorios, ni siquiera sabían lo que eran los poetas. Solo hacían lo que se les decía. Pero ese plan estaba claramente arruinado, porque hubiera lo que hubiese en la caja, esa cosa que convertía el gráfico «p» de una persona en una línea recta y causaba sinapsis era demasiado importante para estar en un sobre. Había sido una tontería pensar así.

—Hay una pequeña aguja en este.

Sintió una punzada de frío penetrando en su cráneo.

—Hecho. —El técnico fue hacia las cámaras de vídeo y comenzó a encenderlas. Unas luces rojas iluminaron a Emily—. Solo pon la mente en blanco y mira el producto.

—¿Qué producto?

—El producto que saldrá de la caja cuando yo haya salido.

—¿Qué quiere decir con que saldrá de la caja?

—No puedo decírtelo sin...

—Sin contaminar mi reacción, lo sé, pero ¿por qué hay una caja? ¿Qué hay dentro?

—No te preocupes por la caja.

—Solo dígame por qué tiene que haber...

—Yo no sé lo que hay en la caja —dijo el técnico—, ¿de acuerdo?

Emily vio que aquello era cierto. Y ahora que se fijaba, ¿acaso las cámaras no la enfocaban únicamente a ella? No enfocaban la caja. Era así para que más tarde, cuando el experimento hubiera concluido y la caja estuviera de nuevo cerrada, los técnicos pudieran estudiar las cintas grabadas sin resultar expuestos. También había notado que el técnico había estado evitando mantener contacto visual con ella. Sabía lo que eso significaba. El hombre colocó un aparato negro en el suelo.

—Esto es un altavoz. Yo no podré oírte, pero te estaré hablando durante el proceso.

—He cambiado de idea —dijo ella—. No quiero hacerlo.

El técnico miró hacia atrás por encima de su hombro. El tipo del uniforme gris rondaba por la puerta. «*Volteen* —pensó Emily—. *Carlott sissiden nox*, sálvame del guardia». Podría funcionar. Los dos no estaban muy separados, de modo que el técnico podría alcanzar al guardia antes de que este sacase su arma.

—¿Tenemos un problema? —dijo el guardia.

—No —respondió Emily—. No, estoy bien.

—Tiempo —dijo el guardia—. Treinta segundos.

—Relájate —le dijo el técnico a Emily, y salió.

Al momento, la puerta de la cámara empezó a moverse. Supuso que haría ruido al cerrarse, pero lo hizo con la suavidad de una sombra. Entonces se corrieron varios cerrojos que sonaron como disparos, y Emily se sobresaltó. El eco se eternizó, pero al cabo de un rato lo único que podía oír era su propia respiración. «Harry —pensó—, Harry, puede que lo haya echado todo a perder».

El altavoz negro que el técnico había dejado en el suelo emitió un zumbido. Emily necesitó un momento para darse cuenta de que le estaban hablando:

—Jessica. —Sonaba como si la voz procediese de la luna—. Vamos a darte unos minutos para que te relajes. —Con el rumor que acompañaba la voz, la última palabra

sonó como «relajessssss»—. Por favor, respira con normalidad y mantén la calma, tienes que estar en tu estado natural.

Emily empezó a quitarse el casco de la cabeza, pero parte del objeto se resistía. Cuando finalmente se lo quitó, vio que era por la aguja, que tenía diez centímetros de largo y estaba impregnada de un líquido de color claro. Lo puso en el suelo e intentó no pensar en ello. Había varios cables que salían del casco. Los siguió hasta un minúsculo contenedor gris sujeto a la parte de debajo de su silla. En su interior no había nada aparte de un chip y una pila. Se dio cuenta de que todo lo que había en aquella estancia se autoabastecía de energía. Las luces, las cámaras de vídeo, el altavoz. Se habían cuidado de no dejar nada que entrase o saliese de la habitación. Ni siquiera había cables. Si aquella puerta no se abría en unas pocas horas, se asfixiaría.

—Tengo buenas noticias, Jessica. En realidad podemos pagarte un poco más. Mil dólares por tu tiempo. ¿Qué te parece eso?

La caja debía de tener un temporizador. Y los técnicos probablemente no tendrían ningún control sobre ella; tal vez solo supieran cuándo estaba previsto que se abriese. Lo cual significaba que habría unos márgenes de seguridad. Un poco de tiempo para que todo el mundo se preparase, un poco de tiempo que ella podría utilizar.

—Piensa en lo que podrías hacer con esos mil dólares, Jessica. Apuesto a que les sacarías provecho.

Emily se acercó a las cámaras de vídeo, pero no encontró nada inusual en ellas. Las llevó a un rincón una por una y las amontonó con la luz roja apuntando hacia el suelo. Ocurriera lo que ocurriese allí, no iba a protagonizar un espectáculo. No iba a dejarse observar y analizar, ni que la utilizaran para mejorar los procedimientos. Volvió a la silla y la rodeó. Pero no era más que una silla.

—Solo un minuto más, Jessica. Ya casi estamos.

Se arrodilló delante de la caja y la tocó. No sucedió nada terrible, así que la palpó con sus manos. Estaba más caliente de lo que había esperado. Encontró una diminuta juntura en el acero, pero no podía meter en ella más que una uña, y no estaba segura de querer hacerlo. No sabía qué estaba buscando. Opciones. Pero no había ninguna.

Se puso en pie y paseó de un lado a otro. La única otra cosa que había allí era el altavoz, así que se acercó hacia él. Para su sorpresa, tenía un pequeño compartimento en cuyo interior había unas píldoras de color rojo. Las contempló durante un rato. No creía que fuesen a resultarle útiles.

—Muy bien, Jessica. Es hora de abrir la caja.

—Gahh —exclamó. Empezó a caminar hacia la caja, pero su corazón le falló y retrocedió hacia la silla—. Joder. Mierda. —Algo mecánico emitió un ronroneo. La juntura que había descubierto se abrió y la parte superior de la caja empezó a elevarse. Emily cerró los ojos con fuerza y se retiró a tientas hacia un rincón, encogiéndose contra el cemento y tapándose los oídos con los dedos. Aquella canción

que tocaba el músico callejero en el andén cuando había visto a Eliot, *Lucy in the Sky with Diamonds*, ella solía cantarla. En San Francisco, antes de aprender trucos de cartas. Así había conocido a Benny: él tocaba la guitarra. *Lucy* era la que más dinero les hacía ganar, decía Benny, de manera que era la que ella casi siempre cantaba. Debía cantarla cinco veces en cada hora, día tras día. Al principio le gustaba, pero luego le pareció que era como una infección, y no había nada que pudiera hacer ni ningún lugar al que pudiera ir sin canturrearla o repararla mentalmente, y Dios sabía que lo había intentado; se estaba destrozando a sí misma con sexo y drogas, pero la canción encontraba la forma de salir a la superficie incluso entonces. Un día, Benny tocó el acorde inicial y ella no pudo cantarla. Ya no podía cantar aquella jodida canción. Otra vez no. Se vino abajo, porque solo tenía quince años, y Benny la arrastró a la parte de atrás del centro comercial y le dijo que no iba a pasar nada. Pero que tenía que cantar. Esa canción significaba dinero. Ella perdió el control y Benny también lo perdió, y esa fue la primera vez que le pegó. Ella huyó durante una temporada. Pero después volvió junto a él, porque no tenía ningún otro lugar al que ir, y todo pareció ir bien. Como si tuviesen una tregua: ella no se quejaría por su rostro magullado y él no le pediría que cantase *Lucy*. Ella había estado conforme. Había pensado que era un buen trato.

Ahora había algo saliendo de la caja, y ella reaccionó buscando el meme más virulento que conocía:

—*Lucy in the sky!* —cantó—. *With diamonds!*

Pasó el tiempo y Emily no murió. No perdió la consciencia. En los espacios entre los versos de su canción, oía cosas. Por esa razón no paraba de cantar. Chillaba la canción. Entonces oyó un estallido de ruido y comprendió que era la voz del técnico, hablándole a través del altavoz. Pensó que no tenía que temer nada del técnico. Solo de la caja. Así que bajó la voz y dejó libre uno de sus oídos.

—Ponte a la pata coja —se oyó por el altavoz.

Se quitó el dedo del otro oído. Durante un rato no se movió, por si acaso la caja hablaba y necesitaba volver a taparse los oídos. Pero le habían dicho que querían que mirase algo, ¿verdad? No que lo escuchase, que lo mirase.

—Toca tu codo izquierdo.

Empezó a avanzar. Cuando llegó a la caja, palpó el lateral hacia la parte de arriba. Por encima de la juntura no había más acero. Deslizó sus manos y notó algo frío y rígido. Plástico, quizá. Lo apretó y aquello, fuera lo que fuese, cedió un poco, lo justo para detectarlo. Emily se puso de cuclillas y meditó.

—Ahora tu codo derecho, por favor, Jessica.

Se arrastró por el suelo hasta que llegó a la pared, y avanzó a tientas hasta el montón de cámaras de vídeo. Cargó con una de ellas hasta la caja. Probablemente la

cámara estuviera captando algunas tomas de ella. Confirmó los contornos de la caja, la burbuja de plástico que parecía revestir lo que fuera que hubiera dentro, se puso en pie y alzó la cámara, sosteniéndola por el trípode.

—Quítate los zapatos.

Emily levantó la cámara. «Como en el golf», pensó. Dibujó un arco con sus brazos y se produjo una explosión de cristal que le indicó que no había acertado en el plástico. Ajustó sus manos en el trípode y lo intentó de nuevo. Esta vez el sonido fue más satisfactorio. Dejó el trípode en el suelo y palpó el plástico en busca de los daños.

—Siéntate.

Un arañazo. Una pequeña deformación. No del tamaño suficiente para hacer nada con ello. Pero era algo. Era una prueba de concepto. Volvió a ponerse en pie y levantó otra vez el trípode.

—Métete el pie en la boca todo lo que puedas.

Golpeó y golpeó hasta que le dolieron los brazos y el sudor le empapó la cara. Dejó caer la cámara, segura de que había destrozado el plástico, pero al tocarlo descubrió que los daños no eran tantos como había esperado. Sus manos tantearon trozos de plástico afilados como cuchillos. Empezó a apartarlos e introdujo la mano entre ellos.

—¿Quieres repasar los protocolos otra vez? —murmuró el altavoz—. Entonces: De acuerdo, acabo.

Su dedo corazón tocó algo frío, pero no logró aferrarlo. Lo apretó y aquello le mordió.

—Ay —masculló Emily—. Ay, ay.

Era afilado. Más grueso de lo que había esperado. Su forma era irregular. Había pensado que tal vez sería papel, o quizá cartulina, algún material en el que podrían inscribirse palabras, pero no se trataba de nada de eso. Comenzó a tirar para sacarlo entre las cuchillas de plástico.

—Jessica, acércate al *walkie-talkie*. Al punto del que sale mi voz.

El objeto quedó atrapado en la apertura del plástico y Emily lo sacudió para intentar hacerlo pasar por el hueco. No conseguía hacerse una idea de lo que podía ser. Y, sin embargo, le resultaba familiar. Tiró con todas sus fuerzas y oyó que algo se rasgaba, algo que deseó que fuese el plástico y no alguna parte vital de lo que tenía sujeto con sus manos. Entonces consiguió sacarlo y lo agarró con fuerza, jadeando.

—En el altavoz hay un compartimento, en la parte inferior. Ábrelo. Hay cuatro pastillas rojas en su interior. Son pastillas de cianuro. Si las tomas, morirás. Es importante que lo sepas. Si entiendes que tomar las pastillas te matará, asiente.

Se quitó la chaqueta y envolvió con ella el objeto. Pensó que habría sido buena idea fijarse hacia qué lado estaba el objeto, por si acaso tenía un lado bueno y otro

malo (de nuevo estaba pensando en palabras escritas), pero ahora era demasiado tarde para eso. Cuando estuvo segura de que todo el objeto estaba tapado, abrió los ojos. Le sorprendió el tamaño de la estancia. Su imaginación la había hecho gigantesca.

—Trágate las pastillas.

La caja estaba detrás de ella. Vacía, esperaba, de lo que fuese que iba a apoderarse de su mente y hacerla sumisa a las terribles instrucciones del altavoz. Pero no iba a comprobarlo. Miró la bola que había formado con su chaqueta. Esa mirada requirió un gran esfuerzo por su parte. El objeto parecía tener una forma similar a la de un libro, pero era irregular y muy pesado. Metió una mano en la chaqueta y probó a tocar la superficie del objeto. Estaba helado, como si fuese de metal. Encontró una pequeña protuberancia de bordes afilados, y comprendió que aquello era lo que debía de haberle cortado, así que al menos sabía en qué posición lo sostenía.

Oyó los cierres de la puerta. Se le acababa el tiempo. Sus dedos palparon estrías y hendiduras rugosas en una superficie suave, y mientras su mente trataba de unir aquellos datos, notó que algo se espesaba y retiró la mano con un grito ahogado. Le invadió una sensación de náusea. Sintió que empezaba a desvanecerse y luchó contra ello, porque eso supondría el final. «Aquí —se dijo a sí misma—, estoy aquí mismo».

La cámara se llenó de luz y apareció una sombra que partió en dos el resplandor.

—¡Oh, Dios! —dijo alguien. El técnico.

Emily oyó pasos y empezó a desenvolver el objeto. Años atrás, en una librería secreta de la Academia, había leído historias sobre encantamientos en masa. Sobre torres y sobre la división de las lenguas. Había pensado que eran mitos. Todo lo que le habían enseñado decía que no había forma de subyugar a todo el mundo a la vez. Las palabras de la organización estaban dirigidas a segmentos psicográficos particulares, así era como funcionaban. Y esas palabras no hacían que un gráfico «p» fuese plano. No provocaban una sinapsis. Algo que pudiese hacer eso no era una palabra normal. Era la típica palabra que salía en los cuentos. Si algo hacía que mereciese la pena llenar un edificio de tipos con trajes espaciales que no podían ver ni oír nada más que a través de sus cascos, y enterrarlo en una tumba de cemento con una puerta de acero con un sistema de apertura por tiempo y más gruesa que la propia Emily, probablemente fuese lo que tenía en sus manos.

El tipo del uniforme gris entró corriendo con su pistola en la mano. El técnico seguía allí, conmocionado. La chaqueta de Emily cayó al suelo. *Madera*. Ahora reconoció su tacto. El objeto era de madera petrificada. Apretó la parte trasera del objeto contra su pecho, manteniendo la mirada hacia arriba. Si estaba equivocada, iba a descubrirlo ahora mismo. Resultaría bastante ridículo. En aquel momento, a no ser que el objeto fuese exactamente lo que ella pensaba, estaba completamente jodida.

—No os mováis —dijo.

El vigilante se detuvo. Se hizo el silencio. Y en ese silencio, Emily empezó a

creer.

—Tocaos la nariz —dijo—. Los dos.

Sus manos se alzaron. Emily sintió un hormigueo en la columna vertebral. Una cosa era entender el concepto, y otra verlo. Tomó aire. Esa era la primera parte. Ahora venía la segunda:

—Decidme cómo salgo de aquí —dijo.

EL PÁNICO PROVOCA UN TOQUE DE QUEDA

Varias áreas de la ciudad de Washington han sido cerradas esta tarde por motivos que las autoridades han descrito como «una significativa acción terrorista».

La policía, el ejército y varios equipos de emergencia biológica se han desplegado por el centro urbano y están desarrollando una gran operación de búsqueda, lo que ha provocado especulaciones de que uno o más terroristas continúan en la zona.

El Departamento de Policía Metropolitana aconseja a todos los residentes que permanezcan en el lugar donde se encuentren y eviten todos los viajes que no sean estrictamente necesarios. «En esencia, la ciudad está cerrada esta noche. Nadie irá a ninguna parte», afirmó Roberta Martínez, Jefa de Policía, hace unos minutos. «Solicito a los residentes que colaboren con nosotros en este momento de crisis».

Las autoridades todavía no han confirmado si se ha producido un ataque, por ahora solo han dicho que están respondiendo a «un incidente». Sin embargo, fuentes no oficiales temen que se haya utilizado algún tipo de arma química o biológica.

Varios trabajadores de la zona han descrito escenas de caos cuando los soldados de operaciones especiales y los vehículos militares han entrado en el centro de la ciudad.

«Ordenaban a todo el mundo que se fuese, iban con cascos negros y gafas protectoras: la gente no paraba de chillar», dijo Julia Treuel, 24, una empleada administrativa de iMax. «Parecían astronautas».

Se estima que un total de cinco mil soldados puede estar ya desplegado en la capital y que hay más tropas en camino para intensificar la caza de los terroristas.

FACILITAREMOS NUEVA INFORMACIÓN LO ANTES POSIBLE

TOQUE DE QUEDA EN WASHINGTON LAS SOLICITUDES DE COMPENSACIONES SE ATASCAN

El alcalde de Washington, Frank Viletti, ha descartado por primera vez que el ayuntamiento vaya a compensar a los residentes por las pérdidas sufridas como resultado de los dos días de toque de queda del mes pasado.

«Lamentamos profundamente los inconvenientes causados a los residentes y propietarios de negocios de la zona, y estamos haciendo y hemos hecho todo lo que está en nuestra mano para permitirles regresar a su vida normal lo antes posible», dijo hoy en una conferencia de prensa. «No obstante, en un incidente como este que nos afecta a todos, consideramos que los residentes de Washington deben unirse y aceptar el hecho de que compartir parte de la carga es algo inevitable».

Los comentarios parecen indicar que la lucha por recibir indemnizaciones solo será resuelta en los juzgados. No se ha conseguido contactar con la firma de abogados Vignotti & Busch, que controla la acción colectiva, para que realicen algún comentario al respecto.

Durante la conferencia de prensa, el alcalde Viletti volvió a negar informes anteriores de que el toque de queda se activó como consecuencia del uso de un arma química o biológica. «Nunca ha habido el menor indicio de ello. Lo que teníamos era el aviso de un ataque inminente, y actuamos para prevenirlo».

El alcalde no pudo facilitar más datos, y dirigió las preguntas a la Casa Blanca. Ayer, el portavoz de la Casa Blanca, Gary Fielding, reiteró que varias personas fueron arrestadas durante la operación, pero que por el momento no podía dar más información.

«Lo que sí diré es que nos enfrentábamos a una situación complicada y nuestros hombres respondieron de manera brillante. Todos deberíamos sentirnos orgullosos de lo que nuestra gente hizo en Washington el mes pasado».

From: www.nationstates.org/pages/liberty-versus-security-4011.html

... Como el toque de queda de Washington del año pasado. Como los tipos que estuvieron asesinando a gente con rifles de francotiradores militares en 2003. Como lo del ántrax en el correo en 2006. Durante una semana todo el mundo alucina, necesitamos más seguridad, necesitamos escáneres, necesitamos sacarle una foto a la gente cuando entre en un edificio público. Después, un mes más tarde, todos se han vuelto a calmar pero de todos modos nos instalan todos esos procedimientos y tecnologías increíblemente indiscretas que no habrían supuesto ninguna diferencia en el incidente que las inspiró. No se trata de un accidente; esto sucede porque a la gente que está arriba lo que más le asusta es la cantidad de gente que hay abajo. Necesitan vigilarnos. Necesitan monitorizar lo que estamos pensando. Es lo único que los separa de la guillotina. Cada vez que ocurre algo así, cada vez que hay muerte y miedo y gente exigiendo que se actúe, ellos ven una oportunidad.

[T R E S]

Solo había una cafetería en Broken Hill que no tenía vistas a la cantera. Eliot había establecido ese dato después de tres meses de estudio: la ciudad ofrecía café en cinco locales diferentes y cuatro de ellos daban directamente a la cantera. Él frecuentó el quinto. No porque la cantera fuese un paisaje horrible (que lo era, total y profundamente horrible), sino porque estaba en todas partes. Las calles de la ciudad eran amplias, sus edificios espaciosos, el terreno más llano de lo que jamás había visto, y eso hacía que fuese imposible no fijarse en el montículo de quince metros de altura de escombros y tierra reseca que se alzaba en el corazón de la ciudad como si fuese su caja torácica. No paraba de verlo como una ola, una gran cresta ondulada de tierra vomitada que estaba a punto de engullir la ciudad. Lo cual era verdad, en cierto sentido; el viento y la erosión, y el añadido constante de nuevos escombros la acercaban más y más cada año. Con el tiempo, se lo tragaría todo. Y eso sería una gran mejora. Ese era otro dato que Eliot había establecido, mientras esperaba allí por si aparecía Woolf.

Bebía café y ojeaba el *Diario La Verdad de la Barrera*, un periódico de dieciocho páginas que se publicaba semanalmente. La edición que ahora tenía delante comenzaba con «Cincuenta años de felicidad», un artículo sobre un matrimonio de ancianos. Eliot lo leyó dos veces, buscando la parte que siempre faltaba en ese tipo de artículos, es decir, cómo diablos era posible. No estaba seguro de si aquellas uniones idílicas existían o si la gente simplemente las fingía porque la alternativa era muy difícil de soportar. Cada vez que creía que se había decidido por la segunda opción, se encontraba con algo como aquello, «Cincuenta años de felicidad», y empezaba a cuestionarlo otra vez.

Por supuesto no eran más que divagaciones.

Su teléfono comenzó a sonar. Dobló el periódico.

—¿Sí?

—Está aquí. Bajando por la Autopista de la Barrera. Un coche blanco. Sola.

—¿Estás seguro?

—Tenemos un montón de tecnología, Eliot.

—Sí. Gracias. ¿Cuánto tardará?

—Treinta minutos.

—Gracias. Yo me encargo a partir de ahora. —Dejó unos cuantos billetes sobre la mesa, salió de la cafetería y se dirigió a su coche. Una vez que lo hubo puesto en marcha y accionado el aire acondicionado, realizó varias llamadas. Solo para confirmar que todo el mundo estaba donde se suponía que debía estar. Habían pasado tres meses desde que Woolf había huido de Washington con una palabra robada. Todo aquello que necesitaba colocarse en posición, ya lo estaba. Pero aun así quería

confirmarlo. Cuando terminó con las llamadas, metió la marcha y se dirigió hacia el muro de escombros.

Salió hasta poco más allá de un kilómetro de la ciudad y colocó el coche bloqueando la carretera. Era algo simbólico: Woolf no tendría problemas en esquivarle y seguir adelante. La idea era que el hecho de verlo allí le hiciese comprender la futilidad de continuar.

Salió y se apoyó en el coche para esperar. Era invierno, o eso se suponía. Una bandada de aves pasó por encima de su cabeza, llenando el aire con sus graznidos. Cacatúas. Al amanecer el ruido era increíble. Como si el mundo entero se estuviese cayendo en pedazos. Eliot dormía en un motel, y una noche se había despertado para descubrir un insecto del tamaño de la palma de su mano en la almohada. Ni siquiera sabía qué insecto era. Nunca había visto nada parecido.

Sintió el impulso de llamar a Brontë. Había estado pensando otra vez en ella. La culpa la tenía aquella misión: demasiado tiempo, demasiada espera. Era por Woolf. Al ver cómo tiraba abajo los muros se había dado cuenta de que podía hacerse. «Llama a Brontë —pensó—. De acuerdo. Pregúntale cómo le va. Por ningún motivo en concreto, solo como si fuese una conversación trivial».

Habían sido estudiantes al mismo tiempo, hacía casi veinte años, en la Academia que ahora ella dirigía. Eliot aún recordaba el balanceo de su pelo el día que Charlotte había entrado en clase, con los libros sujetos contra el pecho, y el ángulo de su nariz. Básicamente se había enamorado de ella al instante. Bueno, no, eso no era exacto; eso implicaba un estado binario, un cambio de no enamorado a enamorado, manteniéndose estático a partir de ahí, y lo que a él le había pasado con Brontë era enamorarse y enamorarse, cada vez más rápido cuanto más próximos estaban los dos, como planetas atraídos por la fuerza gravitacional del otro. Condenados del mismo modo, supuso Eliot.

Se resistieron durante mucho tiempo. ¿Años? Parecían años, desde luego, pero tal vez no. El caso es que ya estaban en su último curso, y les quedaba poco para graduarse. Lo recordaba porque Brontë le había dado sus palabras. Un sobre amarillento, arrugado por el uso, en cuyo interior había docenas de trozos de papel, cada uno de ellos con una palabra escrita.

—Úsalas —le dijo. Habían apagado las luces para poder detectar a cualquiera que se acercase gracias a la sombra que proyectaría por debajo de la puerta. Pero Eliot podía verle la cara con suficiente claridad—. Quiero que me subyugues.

No podía recordar su propia respuesta. Puede que hubiese intentado hacerla cambiar de opinión. Puede que no. Había pensado muchas cosas y había pasado demasiado tiempo para distinguir la diferencia entre las alternativas reales y las imaginadas. Casi todos sus recuerdos la tenían a ella como protagonista: el modo en

que se tumbaba en la cama, con sus hombros desnudos brillando; su rostro cuando él susurró las primeras palabras. Esa primera vez había sido muy torpe. Le había llevado un tiempo encontrar el espacio entre estar consciente y estar subyugado, ese estado por debajo de la lucidez que abría el cuerpo a la sugestión. Cuando la alejaba demasiado de la consciencia, su rostro se aflojaba; cuando estaba demasiado cerca de la superficie, sus ojos se enfocaban y Charlotte le decía que siguiera más allá. Eliot tocó sus pechos y sus pezones estaban duros contra la palma de su mano. Ella alzó la cadera.

—Hazme el amor —dijo—. Quiero que me hagas el amor.

Gimió y gruñó como un animal. A Eliot le preocupaba el ruido, así que le ordenó:

—Silencio. —Y ella comenzó a sisear, un sonido que Eliot no había oído nunca hasta entonces.

Se le había puesto la piel de gallina. Cuando sus dedos la tocaban, producían olas por todo su cuerpo. Sus caderas subían y bajaban, y cuando él la tocaba ahí ella emitía un gemido apenas audible, como una cafetera que soltase vapor. Eliot temió haberla roto y la levantó, y entonces la desesperación se reflejó en la cara de Charlotte y le suplicó que la tumbase otra vez. Cuando lo hizo, ella soltó un suspiro de satisfacción, un ruido de total inconsciencia que indicaba que Eliot estaba muy cerca de su núcleo. Movié su mano entre las piernas de ella y se adentró en la humedad que encontró allí.

—Dentro —dijo Charlotte, y sus palabras se transformaron en un cántico jadeado en su oído una y otra vez mientras le clavaba los dedos en la espalda, y él era incapaz de detenerse.

Se desabrochó los pantalones. La penetró y, al momento, el cuerpo de Charlotte se puso rígido como el hierro, algo hecho de acero candente. Eliot alcanzó el clímax en pocos segundos.

Permanecieron en la cama durante horas. Eliot sabía que debía marcharse antes del amanecer, para que no le viese alguien escabulléndose de la habitación, pero no podía soportar la idea de separarse de ella. La abrazó mientras ella iba recuperando suavemente la consciencia. Se besaron. Cuando la luz comenzó a derramarse por el cielo y ya no pudo retrasarlo por más tiempo, se levantó de la cama. Ella le acompañó hasta la puerta, desnuda bajo la luz de la luna (Eliot nunca podría olvidarlo), y le dijo:

—La próxima vez te lo haré yo a ti.

Una cacatúa chilló desde un árbol cercano. Eliot cogió aire y lo expulsó despacio. No era momento de ponerse a recordar. No llamaría a Brontë. Aquello era historia antigua. Y había terminado mal. O quizá no mal, pero tampoco bien. Después se habían graduado y les habían enviado a diferentes partes de la organización y eso había sido el fin. Eliot no sabía si ella pensaba alguna vez en aquella época, o si acaso lo hacía, si era con vergüenza o con arrepentimiento. Le era imposible saberlo. Y

también era imposible preguntarlo sin dejar a la vista sus propios sentimientos.

Un día la besaré de nuevo. Notó que le temblaban las comisuras de los labios. *Un beso más.* ¡Vaya un pensamiento! Ridículo. Pero no había nada malo en fantasear. No si reconocía que eso era lo que estaba haciendo, fantasear. Decidió que se permitiría a sí mismo guardar aquella fantasía. Era un pensamiento agradable.

Dos horas más tarde, oyó el crujido de unos neumáticos sobre la arena que cubría la carretera. Un vehículo blanco apareció tras una curva. Avanzaba muy despacio y se detuvo en cuanto lo vio. La luz del sol creaba una pantalla sólida en el parabrisas. Dejó de oírse el motor. La puerta se abrió y Woolf salió del coche. Emily. Estaba más delgada.

—Te agradezco que hayas parado —dijo Eliot.

Emily se puso la mano a modo de visera y giró sobre sus talones para examinar el terreno circundante. Llevaba una camiseta sucia y unos vaqueros. Posiblemente tendría la palabra sujeta en la cinturilla de los pantalones, aunque no daba esa impresión. ¿La habría dejado en el coche? Tal vez ya había comprendido que todo había terminado.

—¿Cómo cruzaste el Pacífico? —le interpeló—. Lo pregunto porque hay una porra para ver quién acierta.

—En un buque mercante.

—Registramos un montón de buques.

—Registrasteis el mío.

Eliot asintió.

—No tiene mucho sentido cuando no se puede confiar en que la gente informe de que te ha localizado. Por eso ahora están apuntándote con rifles.

Emily lo miró. La expresión de su rostro era muy medida, muy controlada. No había indicios de que hubiese descuidado su entrenamiento.

—¿Qué vamos a hacer entonces, Eliot?

—Lo siento.

—Vaya —Emily enarcó las cejas—. ¿Estás aquí para matarme?

Eliot permaneció en silencio.

—Bueno, eso es decepcionante. Realmente decepcionante, viniendo de ti.

—Pensé que podrías apreciarlo, viniendo de mí.

—Sí, bueno, ¿sabes qué? No mucho, la verdad. No mucho —dijo, negando con la cabeza—. ¿Qué te parece esto, Eliot? Haces como si nunca me hubieses visto. Voy a por Harry. Él y yo desaparecemos. Fin de la historia. —Observó su rostro—. ¿No? ¿Ni siquiera eso?

—Tienes que entenderlo: no tengo opción.

—Le amo. ¿Puedes entender eso?

—Sí.

—Si lo hicieras, sabrías que yo tampoco tengo opción.

—Puedo concederte una hora —dijo Eliot—. Puedes estar ese tiempo con él. Luego te despides y regresas aquí. Es lo mejor que puedo ofrecerte.

—Y yo declino tu oferta de mierda. He necesitado tres meses para llegar aquí, Eliot. Tres meses. Y no han sido meses fáciles. No he pasado por todo eso para una hora. —Subrayó sus palabras con gestos de negación—. Creo que deberíamos dejar claro que no puedes evitar que haga lo que quiero hacer.

—¿Dónde está? ¿En el coche?

—Sí —respondió ella—. ¿Sabes lo que es?

—Una palabra desnuda.

Emily inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Es así como se llama? Vaya. Yo solo sé lo que leí en los libros. Antiguamente no tenían un nombre para ello. O, mejor dicho, tenían muchos nombres diferentes. Lo único que todas aquellas historias tenían en común era que siempre que aparecía una palabra como esta, lo siguiente era la esclavitud de las masas. Y la muerte. Y también torres, por alguna razón.

—Estás describiendo un acontecimiento como el de Babel.

—Esta palabra subyuga a todo el mundo —dijo Emily—. A todos.

—Sí.

—Entonces, deja que te pregunte una cosa, Eliot. ¿De verdad crees que Yeats confía en que se la lleves? Porque yo solo hablé con él aquella única vez, pero no me parece su estilo. En serio que no. Si me preguntas a mí, lo que va a pasar es que te permitirán llegar a medio camino de Adelaida y entonces alguien te sacará de la carretera. Alguien con un traje negro y casco.

—Se la llevaré a Yeats —dijo Eliot—. Y Yeats lo sabe.

Emily entrecerró los ojos.

—Eres débil, Eliot. Acabo de darme cuenta. Te haces el bravucón, pero eres débil como una meada. Es una expresión local, por si te interesa saberlo. ¡Santo cielo! De verdad le llevarías esa cosa a Yeats y se la entregarías. Me resulta increíble.

Eliot no dijo nada.

—Que le jodan a Yeats. Que le jodan. Él no está aquí. Haz algo inesperado por una vez en tu vida. Tú y yo, aquí y ahora, tenemos poder. Tenemos todo el poder que necesitamos.

—No me interesa el poder.

Emily suspiró.

—Esta conversación ha sido muy decepcionante, Eliot. No voy a mentirte. Me parece que te he superado. —Empezó a volver hacia el coche.

—Detente.

—¿O qué?

Eliot fue tras ella y puso una mano en la puerta del coche antes de que Emily pudiera abrirla. Era más de lo que se había propuesto, pero era su última oportunidad, y quería concedérsela.

—Hay francotiradores. A una señal mía, te tumbarán. Si intentas sacar cualquier objeto de tus ropas, o meterte en el coche, o golpearme, te dispararán. Te dispararán si tratas de salir de Broken Hill, haga lo que haga yo. Se ha dispuesto así. Esta es la realidad que tú misma has creado. Lo mejor que puedo hacer por ti en esta realidad es concederte una hora antes de que mueras. Por favor, acéptala.

Los ojos de Emily buscaron los suyos.

—Realmente no lo entiendes. El concepto básico del amor. De darle valor a algo que sientes. No comprendes eso en absoluto. —Negó firmemente con la cabeza—. Déjame ir, Eliot.

Así pues, era el final. Eliot retrocedió, primero un paso y luego otro, dejándola a la vista de los francotiradores.

—Ah —murmuró ella—. Vamos, adelante.

Dio un tirón de su camiseta. Eliot cerró los ojos y realizó la señal, extendiendo los brazos hacia ambos lados.

No sucedió nada. No hubo disparos. Ni ruidos. Abrió los ojos y Emily seguía allí, con los brazos a los lados, las manos vacías, simplemente observándole.

—Me he pasado ocho días registrando la ciudad —explicó Emily—. Tú y tu gente destacáis como si brillaseis.

—*Vart...* —dijo Eliot, iniciando la secuencia que la subyugaría, y entonces las manos de Emily se movieron de un modo extraño. Eliot no tuvo claro qué era lo que estaba haciendo, pero ella lanzó una mano hacia el parabrisas y él se dio cuenta de que era un truco de magia, un movimiento para atraer la atención, pero su mirada ya se había desviado y ahora el parabrisas ya no estaba oscurecido por el reflejo del sol. En el salpicadero había un objeto con algo negro retorciéndose y arrastrándose por su superficie, y la negrura lo impactó en algún lugar de su cerebro y todo se quedó inmóvil. Algo en su interior se rebeló, en lo más profundo de su ser.

—Túmbate —dijo Emily.

Eliot se acostó en el suelo. Ante sus ojos, una hormiga avanzaba entre la arena.

—Podrías haberme ayudado, Eliot. Te di esa oportunidad. —Sus botas aparecieron en su campo de visión—. Pero elegiste a Yeats.

Las palabras pasaban sin tocarle. No evocaban ninguna reacción. Fue paciente y esperó a oír las palabras que le dirían qué hacer.

—Permanece quieto y no hables ni te muevas hasta que salga el sol pasado mañana. Después de eso, no me importa lo que hagas. —Sus botas crujieron de vuelta al coche—. Tú y yo hemos terminado, Eliot. La próxima vez, no te dejaré con vida.

La puerta del coche se cerró con estruendo. El motor se puso en marcha. El vehículo se alejó.

La hormiga alcanzó su nariz y comenzó a ascender por ella con cautela. Eliot permaneció quieto. Respiró. No habló. No se movió.

Emily llegó hasta la casa y apagó el motor. El metal repiqueteó al enfriarse. Veía la furgoneta, y el jardín, que se había echado a perder desde que ella no estaba. A través de la ventana del salón se podía ver el respaldo del sofá, la lámpara con forma de perro y una esquina de una mesa: pequeñas pruebas de su vida anterior. Las miró durante un rato, porque a lo largo de los tres últimos meses había habido ocasiones en las que había dudado que existieran.

Recogió su mochila y salió al sol abrasador. Curiosamente, se sentía frágil. Transparente. Subió los escalones y llamó a la puerta con los nudillos. La cuestión era que si Harry no se alegraba de verla, estaría en una situación complicada. Estaría completamente jodida. Pero él se alegraría de verla. Lo sabía, aunque resultaba difícil dejar de pensar lo contrario, pues las consecuencias eran horribles. Pasó el peso de su cuerpo de un pie al otro y repitió la llamada. Harry estaba allí, se había asegurado de ello. Esperó.

Se apartó de la puerta principal y rodeó la casa. El terreno era amplio y no había señales de que hubiera salido con alguna de las motos. Se asomó a la ventana de la cocina, pero lo único que pudo ver eran platos y vasos. Probó la puerta y el pomo giró bajo su mano. Eso no significaba nada, nunca estaba cerrada. Entró.

—¿Harry? —Palpó su mochila para reconfortarse. Sintió la tentación de sacar la palabra, por si acaso había poetas agazapados en los rincones o detrás de los sofás. Era una locura. No había más gente de la organización en Broken Hill. Había estado vigilando la ciudad durante una semana. Pero, aun así, no estaba tranquila—. ¿Harry?

La sala de estar le hizo pensar que había sido solo el día anterior cuando se había marchado de allí. Los cojines del sofá estaban ahuecados: Harry había dejado su marca en uno, y Emily creyó distinguir su propia huella en el otro, la huella característica de un habitante que había estado poco tiempo allí. Ella había estado allí. Su presencia había tenido un efecto sobre las cosas. Se llevó la mano a la frente, porque le estaba costando pensar con claridad. A pesar de toda su planificación, él no estaba en casa. Debería haber pensado qué hacer ante esa posibilidad. Pero él debería haber estado allí. Tuvo un terrible presentimiento: que él sabía que ella estaba allí, y por eso no podía encontrarlo. Porque él no quería verla.

—Harry —dijo.

Quería explicárselo. Le habían pasado muchas cosas. Llevaba tres meses sin hablar con él porque esa era la única forma de mantenerlo a salvo.

Fuera, tres canguros pasaron saltando frente a la casa, uno detrás de otro. El

mundo parecía irreal. Emily sintió miedo. Todo iba mal, realmente mal. Estaba empezando a pensar que, pese a todos sus esfuerzos, el suelo se calentaba más y más bajo sus pies, y podría no conseguir reunirse con Harry después de todo.

Oyó el ruido de un motor. Corrió a la cocina y lo vio dando botes montado en una moto. Harry cruzó por la ventana sin mirar hacia la casa, y Emily no se movió, porque su cuerpo se había quedado pegado al suelo. Las ruedas de la moto se clavaron a tierra. Harry bajó el pie y subió las escaleras. Sus ojos se encontraron con los de ella.

Emily abrió la boca para decir hola y él desapareció. Ella parpadeó. La puerta de atrás se abrió de golpe y Harry se abalanzó al interior como un tren. Ella levantó las manos y él se lanzó sobre ella. Emily se vio envuelta en el aroma a tierra y aceite de motor.

—¡Por Dios! —exclamó Harry—. ¿Cómo es que estás aquí?

—Simplemente lo estoy.

—¡Emi! —La apretó hasta que Emily creyó que iba a perder el conocimiento—. ¡Jesús, Emi!

—Suéltame.

—No.

Emily se enroscó alrededor de su cuerpo.

—¿Dónde estabas?

—¿Yo? ¿Dónde estaba yo? ¿Dónde coño estabas tú?

Su camiseta se movió y se dio cuenta de que la estaba desnudando.

—Espera. Espera.

—He esperado —dijo él. Y ella se derrumbó, porque era cierto que había esperado mucho tiempo, igual que ella. Harry le sacó la camiseta por encima de la cabeza y la tiró sobre la encimera. La atrajo hacia sí por la cinturilla de los vaqueros. Su boca se estampó contra la de ella. Su mano se sumergió en sus pantalones. Emily sabía que debería hacerle parar, porque no estarían a salvo hasta que no estuviesen a mil kilómetros de allí, pero los dedos de Harry hallaron lo que buscaban y ella se olvidó de todo lo demás.

—Te he echado mucho de menos —dijo.

Se recostó sobre el brazo de Harry, saciada, y jugueteó con su pelo. Después de un rato así, le dio con el codo.

—Harry. —Le acarició el pecho, deseando poder hacerlo eternamente. Pero no podía—. Harry.

Él abrió los ojos y sus labios se estiraron en una sonrisa.

—Pensé que eras un sueño.

—Tengo que contarte algo que te va a sonar a locura. Y después tenemos que

irnos.

Harry se sentó.

—¿Qué?

—Es difícil de explicar. —Sintió la necesidad de ponerse algo de ropa. Su mochila estaba en el suelo, en alguna parte. Tenía un vago recuerdo de haberla dejado junto a sus pantalones. El arma más poderosa de la historia y no sabía exactamente dónde la había puesto—. Hay personas que me están buscando. Les he robado algo.

—¿Qué has robado?

—Es... —titubeó—. Es una palabra.

—¿Una palabra?

—Sí. Pero no una palabra ordinaria. —Dudó otra vez—. Hay palabras que pueden persuadir a la gente. Esta es muy persuasiva. La gente que me está buscando la quiere recuperar. Me matarán para conseguirla. Nos matarán a los dos. —La expresión del rostro de Harry no había cambiado—. Se suponía que no podía volver a venir aquí. Se suponía que no podía verte nunca más. Pero tenía que hacerlo. Por eso robé la palabra. Y me ha llevado mucho tiempo llegar hasta aquí, pero lo he conseguido. Sé cómo suena todo esto, pero tienes que confiar en mí. Tenemos que irnos.

—¿Estás colocada?

—No. No.

—¿Has robado una palabra mágica?

—No... no de magia verdadera —dijo ella—. O sea, sí, es magia, en el sentido clásico, pero no en el sentido que tú entiendes.

—No sé de qué estás hablando.

—Solo confía en mí. ¿Lo harás, confiarás en mí?

—¿Y marcharnos?

—Sí.

—¿Adónde?

—No importa.

—Tengo que trabajar esta tarde.

—Eso no importa.

—Bueno, sí que importa —repuso Harry—. Soy paramédico.

—Harry. Esa cosa que he robado puede que sea la más valiosa del mundo. ¿Entiendes eso?

—Estás alucinando, Emi.

—Puedo probarlo. Solo tienes que venir conmigo. Cuando estemos a salvo, te mostraré cómo funciona.

—Mira, nadie va a ir a ninguna parte, ¿de acuerdo? Me alegro de que estés en casa. Pero necesitas calmarte.

Emily se echó hacia atrás.

—Harry...

—No te veo desde hace casi un año. Y no he sabido nada de ti durante tres meses.

—Estaba viniendo hacia aquí.

—¡Yo no lo sabía!

—Si me quieres, confía en mí.

Harry apartó las sábanas.

—Me voy a trabajar.

Emily no quería subyugarlo. Nunca había querido hacerlo: tocar la esencia de su ser y cambiarla. Pero siempre había sabido que podría ser necesario, y había hecho planes por si acaso.

—*Ventrice hasfal collimsin manning*. Vístete y empieza a recoger tus cosas.

Harry frunció el ceño y dijo:

—¿Qué?

Emily parpadeó. ¿Se había equivocado con su segmento? Seguro que no. Lo conocía muy bien.

—*Ventrice hasfal collimsin manning*. Vístete.

—Suenas como una jodida loca.

Emily se levantó de la cama, nerviosa. La personalidad de Harry era inusual. Estaba próximo al límite de su segmento, pero no era posible que lo hubiese juzgado tan mal. No era algo nuevo para ella. Harry no era un extraño para ella. Corrió al vestíbulo y encontró su mochila. Sacó la palabra desnuda y la sostuvo a la altura de su cintura. Se giró y los ojos de Harry se posaron en la palabra. Hizo una mueca. Emily se sintió más inquieta aún, porque no había visto a nadie que reaccionase así.

—Haz todo lo que yo diga. —No dijo «siempre», porque lo amaba.

Harry la miró. La expresión de su cara no era la esperada. No estaba subyugado. La miró como si nunca antes la hubiese visto.

—Emi —dijo—. Tengo un turno. ¿Qué tal si te relajas hasta que vuelva?

Emily temió no tener la palabra desnuda en la posición correcta y tuvo que resistir la tentación tremenda de mirar para comprobarlo. ¿Se habría roto? ¿O estaría cubierta de algún modo? Recorrió las estrías con los dedos y sintió que la náusea se instalaba en su cerebro. La posición era la correcta.

—Harry —dijo—. Harry.

Harry se subió los pantalones.

—Emi, tienes que quitarte de delante.

—Mira esto. Haz lo que te digo.

Él la apartó a un lado.

—¡Harry!

Pero Harry cogió su bolsa de trabajo en la sala de estar y se dirigió a la puerta principal mientras se iba abotonando la camisa. Ella corrió para cortarle el paso y le

puso la palabra ante los ojos. Los ojos de Harry la miraron y luego se desviaron.

—Emi, por favor. Quítate de delante.

Emily bajó la palabra. No podía dar crédito a lo que estaba pasando. Había creído que lo tenía todo bien planeado. *¿Inmune?* Había una cierta parte de ella que no se sorprendía. *Sabías que sería resistente a la persuasión. Por eso te gustaba.*

—Emi, lo digo en serio.

—¿No me quieres?

—Emi.

—¿Harry? ¿No me quieres? Si me quieres, ven conmigo. Confía en mí y ven conmigo.

Desvió la mirada. En su mente surgió poco a poco la idea y se transformó en certeza: Harry no la amaba. No como ella le amaba a él.

—Me voy a trabajar —dijo Harry.

Emily alzó la palabra.

—¡Ámame! —Sabía que era inútil, pero lo hizo de todos modos—. ¡Ámame!

Harry la empujó para que se apartase. Su espalda dio contra la pared y el aire de sus pulmones salió de golpe. Él bajó las escaleras y, para cuando ella fue tras él, ya estaba subiéndose a la furgoneta. Ella corrió y siguió corriendo mientras él metía la marcha atrás, pensando... pensando ¿qué? ¿Tirarse debajo del vehículo? Algo. Pero él cambió de marcha y las ruedas giraron sobre la tierra y el vehículo se alejó, dejándola allí desnuda, cubierta de polvo y sosteniendo su estúpida e inútil palabra.

Emily recogió sus ropas. Encontró su camisa hecha una bola debajo de la cama, y sus bragas entre las sábanas. Fue al aseo y se sentó en el retrete para empezar a vestirse. No sabía qué hacer. Pero no podía quedarse allí.

Salió de la casa y se subió al coche. Puso la mochila con la palabra en el asiento del pasajero. Colocó las manos sobre el volante. Sentía que una parte importante de su cerebro estaba entumecida, entumecida como en el francés «*étonné*», la raíz que también significaba «asombrado», una palabra usada en relación con la hechicería. Como si estuviera actuando fuera de sí misma.

Giró la llave y puso el coche en marcha. No miró por el espejo retrovisor para no tener que ver cómo desaparecía la casa. Cuando alcanzó el punto donde la carretera se bifurcaba, la ciudad en una dirección, todo lo demás en la otra, giró en dirección contraria a Broken Hill y se alejó de allí. Pasó una señal de color verde que indicaba que Adelaida estaba a ochocientos kilómetros de distancia y todavía no podía dejar de temblar. Redujo la velocidad para asegurarse de no salirse de la carretera. Notaba el sabor de la pérdida en la garganta con tanta intensidad que podría vomitar. No podía creer que estuviese marchándose sola.

Miró por el espejo retrovisor y vio a Yeats. Soltó un chillido y frenó. El coche

giró y se salió del carril, envolviéndose en una nube de polvo. No había nadie. Solo había imaginado durante un segundo que Yeats estaba allí. Volvió a la carretera y siguió adelante, estremecida, pero no dejaba de mirar cada dos por tres por el espejo, con la creciente sensación de que se le olvidaba algo. O de que recordaba algo, más bien. Pensó que estaba dejando Broken Hill en peligro, y también a Harry, por culpa de Yeats. Porque Yeats había planeado algo.

Dio la vuelta. Las ruedas patinaron sobre la gravilla, pero en cuanto tuvo el morro del coche apuntando de nuevo hacia la ciudad se sintió más firme. Cuanto más se acercaba, más seguridad tenía de estar haciendo lo correcto. Podía sentir la presencia de Yeats, cobrando forma. Casi podía olerle dentro del coche. A su alrededor se movían las piezas de una maquinaria terrible que se proponía arrasar Broken Hill. Apretó a fondo el pedal y el coche voló sobre la carretera.

No era demasiado tarde. Podía encontrar a Harry y advertirle. Persuadirle. No sabía cómo pero sabía que podía hacerse. Los primeros edificios aparecieron en torno al montículo de escombros y distinguió un martillo sobre ellos, una fuerza enorme e indescriptible que caía y caía. Yeats bebiendo té. La imagen brotó en su mente de repente. Yeats con una taza de té, mirándola. El miedo le agujereó el corazón. No sabía de dónde había salido aquella imagen.

Cruzó la ciudad a toda velocidad y dejó el coche medio subido a la acera para salir corriendo hacia el pabellón de Urgencias. La furgoneta paramédica de Harry no estaba allí, pero entró de todos modos. La estancia le era familiar y se sintió más segura allí dentro. Tocó su mochila para aumentar esa sensación. Fue al mostrador de recepción, tras el que se hallaba un hombre mayor con gafas y poco pelo. Llevaba trabajando allí desde siempre, aunque Emily no podía entender por qué, pues estaba permanentemente irritado. Siempre le hacía sentir como si le estuviese molestando.

—Necesito localizar a Harry —le dijo.

El tipo la miró con cierto desprecio. Emily estaba un poco fuera de sí. Parecía una mujer que se había pasado varios meses en un buque mercante y había dormido en el desierto, y había dejado a un hombre catatónico al lado de la carretera y había tenido sexo y luego había sido abandonada, y tenía miedo de martillos invisibles.

—Está en el campo.

—¿Dónde?

El hombre continuó escrutándola.

—El campo. —Y realizó un gesto vago para acompañar sus palabras.

—Miles —dijo una enfermera que acababa de aparecer por un pasillo—, todavía estamos esperando la segunda unidad desfibriladora.

El recepcionista se volvió hacia ella, y entonces Emily se inclinó por encima del mostrador y le agarró de la camisa.

—Disculpe —dijo—. Es extremadamente importante que localice a Harry ahora

mismo.

El tipo la miró y Emily comprendió que aquella situación era habitual para él: chicas que se presentaban en el mostrador y le preguntaban dónde estaba Harry porque necesitaban verlo. Ella no era más que la última de esas chicas.

—Por favor, suéltame, Emily.

—No —dijo ella. Podía sentir a Yeats aproximándose por su espalda—. Dime dónde está.

—¡Seguridad! —exclamó la enfermera.

Emily metió las manos en su mochila, y justo cuando sus dedos tocaban la fría madera, recordó bruscamente dónde había visto a Yeats tomando té. Había sido en su apartamento de Washington. Ella llevaba allí un tiempo, al menos unos cuantos meses, y él había ido a verla. Por eso nunca se había sentido sola. Porque él había estado allí. Se había sentado frente a ella y había bebido té, y le había dicho cosas. Al final, antes de irse, había dicho: «No recuerdes nada de esto hasta que vuelvas a salir de Broken Hill».

Un chico alto se colocó detrás de ella. Era el vigilante de seguridad. No la sujetó porque ambos se conocían. Emily solía conversar con él mientras esperaba a Harry. El chico jugaba al fútbol. Pero ahora no podía concentrarse en él porque en su mente no paraban de surgir recuerdos horribles que invadían su conciencia como cadáveres hinchados. «Deseo establecer con exactitud qué es lo que hemos encontrado —le había dicho Yeats—. Hay ciertas formas de experimentar que uno solo puede llevar a cabo, digámoslo así, en directo».

El recepcionista deslizó un bolígrafo y un pedazo de papel sobre el mostrador.

—Déjale una nota. —No parecía del todo antipático—. Me aseguraré de que la reciba.

—Tenéis que marcharos —dijo Emily—. Tenéis que marcharos todos. —Podía utilizar la palabra; de otra manera no la creerían. Pero podía hacerlo: podía hacer que toda la ciudad se marchase al desierto. La única duda era si podría salvarlos antes de que el martillo de Yeats cayese sobre ellos.

Cogió el bolígrafo, lo cual le sorprendió, porque no había planeado hacerlo. No tenía ningún sentido dejar ahora una nota. Pero, de todos modos, empezó a escribir. «Tú vas a llevar a cabo este experimento para mí, querida», había dicho Yeats, y la primera letra era «M» y de repente comprendió qué era lo que estaba escribiendo. Intentó apartar su mano, pero decidió no hacerlo, estaba bien así, simplemente escribiría primero la orden. Yeats no estaba acercándose. Ya estaba allí, dentro de ella. Comenzó a revolver y arañar la parte de su cerebro que no era ella, pero su mano terminó de escribir: «MATA A TODO EL MUNDO». Sacó la palabra desnuda de su mochila. Logró cerrar los ojos, eso sí podía hacerlo. Su mano izquierda encontró la protuberancia afilada que le había cortado en Washington, y la derecha colocó el

pedazo de papel sobre ella.

Se oyeron varios gruñidos. Una bofetada.

—Quítenmelo de... —dijo una mujer, y su voz quedó ahogada.

Pisadas. Emily colocó la palabra desnuda sobre el mostrador, con la hoja de papel colgando de ella. Quiso arrancarla, darle la vuelta al papel o taparlo de algún modo, pero su mente le dijo que era una mala idea y ella no pudo convencerla de lo contrario.

Alguien la golpeó y cayó al suelo. Abrió los ojos y vio una gota brillante de su propia sangre. Sentía la boca entumecida. Delante de ella, un hombre mayor con un bastón se levantó de la fila de asientos en la sala de espera, con una mirada cargada de preocupación, pero entonces sus ojos se fijaron en el objeto que había por encima de Emily y toda la expresión de su cara cambió. Dio media vuelta arrastrando los pies para colocarse frente a la mujer que había estado sentada a su lado, una mujer que Emily sabía que se llamaba Maureen, porque a veces iba a Hilos Enredados a comprar ropa para su sobrina. El hombre levantó su bastón y golpeó a la mujer con tanta fuerza que perdió el equilibrio.

Emily se puso en pie. El recepcionista estaba agarrando a la enfermera por el cuello. Emily dio un paso hacia ellos, pero el vigilante disparó al recepcionista y luego a la enfermera, un tiro a cada uno. Emily resbaló y volvió a caer al suelo. Se dirigió a rastras hacia los asientos, intentando salvar la vida. Alguien gritó:

—¡Ayuda en Urgencias, código negro, código negro!

Emily supo que en dos minutos la sala estaría llena de gente, así era como funcionaban las cosas allí. Quiso gritarle a todo el mundo que saliera del edificio, que no se quedase nadie, pero no tenía palabras.

Finalmente escapó. Se arrastró por debajo de los asientos, y esa sola acción se le antojó un asesinato. Cuando llegó a la puerta, la sala se había llenado de alaridos. Como lobos.

Después la cosa. Lo cual al principio le pareció insignificante comparado con lo que estaba ocurriendo, pero más tarde comprendió que no lo era. Cuando huía del pabellón de Urgencias, la furgoneta blanca de Harry se subía de un salto a la acera. Harry la miró a través del parabrisas, y a continuación su mirada se dirigió hacia la sala que quedaba detrás de ella. La expresión de su cara se tensó mientras decidía su objetivo, y enseguida abrió la puerta del vehículo. Emily se incorporó y retrocedió con las manos levantadas, pensando que Harry iba a matarla, que de algún modo, pese a lo que había pasado antes, había sucumbido a la palabra. Pero él pasó corriendo a su lado, y ella se dio cuenta de que el objetivo que había visto en sus ojos era decisión propia: iba a ayudar.

Emily se alejó. Corrió dos manzanas antes de que su estómago se contrajese con

tal intensidad que tuvo que doblarse por la mitad. Intentó vomitar pero no pudo. Un coche de policía pasó a toda velocidad con los faros y la sirena, dirigiéndose a Urgencias. Todo el mundo iría allí: los polis, cualquiera que intentase ayudar, los heridos. Aquello no tendría fin. Emily echó a correr arrastrando los pies.

El ojo le ardía. Sentía un aguijonazo de luz. La cuestión era que, cuando la puerta de la furgoneta se había abierto, el cristal de la ventanilla había reflejado por un instante la sala de Urgencias. Había sido solo un fogonazo. Pero Emily tenía la terrible sensación de que algo se le había metido en el ojo.

ARROGANCIA Y ENGAÑO

Foro de discusión 14 / Tema 21 / Post #43

En respuesta a: Post #39.

No aprendimos nada del hecho de que Dios derribase la Torre de Babel

¡Dios no destruyó la Torre de Babel! Ese es un malentendido común.

Génesis 11:5-8:

Y el Señor bajó para ver la ciudad y la torre, que los hijos de los hombres estaban construyendo.

Y el Señor dijo: ¡Mirad! Los hombres son uno, y tienen una lengua; ahora nada de lo que han imaginado les será vedado.

Descendamos y confundamos su lengua para que no puedan entenderse entre sí.

Así pues, el Señor dispersó a los hombres sobre la faz de la tierra, y los hombres se marcharon para construir la ciudad.

Con frecuencia, esto se cuenta de manera equivocada como si el Hombre hubiese intentado construir una torre que alcanzase el Cielo, y que Dios la derriba como lección de humildad. Pero daos cuenta de que:

(a) no hay destrucción

(b) Dios no dice nada en absoluto sobre la torre.

Lo que mueve a Dios a actuar es la lengua común. La historia de Babel no tiene relación con el orgullo desmesurado. Tiene que ver con la lengua.

[C U A T R O]

El helicóptero avanzó a través de la oscuridad y Yeats se asomó a través del plexiglás para ver lo que se extendía por debajo de ellos. Broken Hill era una pequeña agrupación de luces sulfurosas, como un barco en un océano de cristal negro. De vez en cuando captaba un diminuto destello, pero esos eran los únicos indicios de que algo estaba ocurriendo.

—No me contesta nadie —dijo una voz en su oído. Llevaba puestos unos auriculares; la voz pertenecía a Plath, que estaba sentada frente a él—. Eliot, el equipo terrestre, nadie. —Intercambió los auriculares y comenzó a gritar en el otro, y Yeats volvió a dirigir su atención al paisaje. Un círculo de luz apareció ante sus ojos, rodeando un agujero negro sin fondo que identificó con la cantera principal. Nunca antes la había visto en persona: era más grande de lo que había esperado. Cuando se había interesado por primera vez, algunas décadas antes, a raíz de los indicios de que algo muy antiguo e importante había sido enterrado allí, aún se distinguían los restos de la colina que le había dado nombre a la ciudad. Ahora eso había desaparecido (no solo la habían borrado, sino que la habían invertido para transformarla en un gran foso). Le pareció algo notable por la demostración de fuerza que representaba. Las civilizaciones nacían y caían; lo que hacía que fuesen recordadas no era su contribución al conocimiento y la cultura, ni siquiera el tamaño de sus imperios, sino más bien cuánta fuerza ejercían sobre el paisaje. Eso era lo que las sobrevivía. Cien billones de vidas habían pasado sin dejar rastro desde que los egipcios habían levantado sus pirámides, cambiando el mundo no ya figurativa sino literalmente. Yeats admiraba eso. Aquel agujero de Broken Hill no era nada, por supuesto, pero duraría más tiempo que los hombres en el planeta.

—Bien —dijo Plath—. Ahora hay edificios ardiendo.

Yeats miró hacia donde le señalaba. Se veía una especie de llama intermitente.

—Tengo que decir que hay un alto grado de probabilidades de que Woolf haya utilizado la palabra. —Plath miró a Yeats como si esperase alguna reacción por su parte: si no ya un «¡Oh, Dios, no!», sí al menos un «¿Estás segura?», algún tipo de respuesta para validar su sensación de que lo que estaban viendo era un acontecimiento espantoso, posiblemente lo peor que ella podía imaginar.

—Horrible —dijo Yeats.

—Me refiero a que estamos viendo cuerpos en las calles. Alrededor del hospital, sobre todo. —Miró hacia el exterior, esperanzada—. Quizá se queme el lugar entero.

Yeats meditó sobre ello. Era muy importante que no perdiesen la palabra desnuda a causa del fuego. Eso sería verdaderamente inconveniente. Pero también estaba interesado en permitir que aquel escenario se desarrollase por completo para obtener la máxima información posible.

—Por favor, no dejéis que el hospital se incendie.

—Me encargaré de ello. ¿Sabe? Podríamos enviar a nuestra gente ahí abajo. Detener esto antes de que vaya a peor.

—No.

—Es solo que... hay tres mil personas ahí.

—Si Eliot no pudo evitarlo, no puede evitarse.

Plath asintió sin convencimiento.

—Es una gran tragedia —dijo Yeats. A veces pasaba por alto ese tipo de cosas: la necesidad de mostrar empatía.

Dieron una vuelta en torno a la ciudad. Yeats observó a varios vehículos que parecían de juguete atropellando a figuras minúsculas y estampándose contra edificios que daban la impresión de ser cajas de cerillas. En ocasiones se producía una tregua y las figuras pequeñas se dirigían hacia el hospital, y todo empezaba otra vez.

—Creo que hemos encontrado a Eliot —dijo Plath. Murmuró un momento en los otros auriculares—. En una carretera a poca distancia de la ciudad. No se mueve. ¿Qué quiere hacer?

—Llévame allí, por favor.

—Puedo enviar a un equipo.

Desde hacía no mucho, Plath había empezado a hacer eso: sugerir que quizá Yeats no supiera lo que quería. A él le preocupaba, porque significaba que ella pensaba que no estaba actuando de forma racional, y necesitaba que lo considerase racional al menos durante un tiempo más.

—Gracias, pero no.

El helicóptero se inclinó hacia un lado. Yeats contempló cómo se desarrollaba una docena de tragedias en miniatura allí abajo antes de que las ocultase el imponente muro de tierra y rocas que marcaba los límites de la cantera. El polvo envolvió el aparato. Plath se quitó el cinturón y abrió la puerta. Yeats titubeó un instante, porque llevaba puestos sus Ferragamo, de charol, que nunca volverían a ser igual después de estar en contacto con aquel terreno. Pero no tenía otros zapatos. Salió del helicóptero.

Plath señaló algo, vocalizando palabras que él no podía escuchar por encima del estruendo de las aspas, y sujetándose el peinado con las manos. Yeats comenzó a caminar, pisando con cuidado el traicionero suelo arenoso. Estuvo tentado de abandonar aquella idea. Se enfureció consigo mismo por no haber pensado en sus zapatos. Pero se había comprometido: no podía cambiar ahora de idea sin arriesgarse a revelar algo sobre sí mismo.

Plath le alcanzó. Ella llevaba un encantador par de Louboutin, pero caminaba de manera torpe, como si fuesen chanclas. Al parecer a Plath no le importaba echar a perder sus zapatos. Yeats no había sabido hasta entonces eso de ella, y algo así

cambiaba mucho las cosas.

Llegaron a la carretera. El helicóptero había vuelto a elevarse y su foco giró hacia la derecha, así que Yeats comenzó a avanzar en aquella dirección. Plath jugueteaba con un auricular.

—Todavía no hay señales de Woolf —dijo—. ¿Entiendo que aún sigue vigente la orden de matarla en cuanto la veamos?

—Oh, sí —dijo Yeats—. Y supongo que será mucho más sencillo hacerlo ahora que ya no tiene en su poder la palabra.

—Si acaso ya no la tiene. Por lo que sabemos, podría continuar en el hospital. — Plath hincó una rodilla en el suelo y Yeats siguió andando. Cuando Plath volvió a alcanzarle, llevaba los zapatos colgando de la mano—. No debería haberme puesto estos zapatos.

—No —confirmó él.

—Apuesto a que Woolf está allí dentro —dijo Plath—, subyugando a la gente a medida que van entrando.

—Por favor, no des eso por supuesto —dijo Yeats, porque lo último que quería era que Woolf pudiese escapar mientras todos vigilaban el hospital. Estaba bastante seguro de que Emily no estaba cerca de allí, porque le había dado instrucciones para que no lo estuviese. Había colocado la palabra y se había marchado, de modo que una vez que todo hubiese terminado, él podría recuperarla.

—¿Ese de ahí es...? —murmuró Plath, dejando la interrogante a medias cuando el foco se movió levemente y convirtió la duda en certeza. Había un coche cruzado en mitad de la calle, y delante del vehículo estaba Eliot. Desde donde estaba, Yeats no podía distinguir si estaba vivo o muerto—. ¡Jesús, lo ha matado! ¡Woolf ha matado a Eliot!

Yeats se acercó hasta quedar a pocos metros del cuerpo. La chaqueta de Eliot se agitaba empujada por el viento que causaba el helicóptero. Yeats examinó su rostro. Al poco, Eliot parpadeó.

—No —dijo Yeats—. Está subyugado, creo.

Sintió un ligero estremecimiento. Una reacción emocional. Era extraño, pero le resultaba desconcertante contemplar a Eliot discapacitado. De todos los poetas, si tuviera que escoger al más difícil de subyugar, elegiría a Eliot. De hecho, había elegido a Eliot.

—Necesitamos hombres aquí abajo ahora mismo —ordenó Plath a través de su radio—. Eliot está catatónico.

A lo lejos se oyó el aullido de una sirena. A Yeats se le antojó una especie de canción, como si la palabra lo estuviese llamando. Le estaba esperando. Solo necesitaba recogerla. Se quedó muy quieto, evaluando su propia reacción, porque no había duda de que la quería conseguir.

—¿Yeats? —dijo Plath.

Tenía la boca seca. Un leve hormigueo en las palmas de las manos. Había pensado en diferentes posibles consecuencias de lo que sucediese ese día, pero no en la posibilidad de sentirse conmovido.

—Vamos a tener que ponernos en movimiento. Hay servicios de emergencia viniendo hacia aquí desde dos direcciones diferentes.

—Un momento —dijo Yeats. Cerró los ojos. Ahora podía percibir el peligro, la grieta que se había tragado a aquellos que lo habían intentado antes que él. Y veía lo que era necesario hacer. Abrió los ojos de nuevo y miró a Plath. Para su sorpresa, ella estaba arrancando el tacón de su zapato.

Plath vio algo en su rostro que le hizo extrañarse.

—Se había roto —explicó, y lanzó el tacón hacia la noche. Yeats oyó cómo aterrizaba mientras Plath introducía otra vez los pies dentro de sus destrozados Louboutin—. ¡Par de zapatos ridículos!

Yeats decidió que cuando estuviesen lejos de allí y a salvo de nuevo en el hotel, le haría una visita a Plath. Entraría en su habitación y la despertaría con suavidad, y la obligaría a hacérselo con sus zapatos. Con aquellos Louboutin. Lo haría con un doble propósito, por un lado poner a prueba su capacidad de controlar su excitación sexual y, por otro, enseñarle a Plath el respeto debido a un buen calzado.

—No puedo entender qué le ha llevado a Woolf a hacer todo esto —dijo Plath.

Un grupo de hombres vestidos de negro salieron corriendo de la oscuridad y comenzaron a levantar el cuerpo de Eliot.

—Puede que nunca lo sepamos —respondió Yeats.

Harry corrió por la calle principal, alejándose del hospital y del pabellón de Urgencias, y de muchísima gente que necesitaba atención médica. Había intentado ayudar. Había estado allí dentro el tiempo suficiente para vendarle la yugular a Maude Clovis, quien había tratado de arañarle los ojos mientras él hacía su trabajo. Había visto a Ian Chu, de Cirugía, cortar otras tres yugulares con un bisturí, pasando metódicamente de una persona a la siguiente y juzgando con cuidado cada nuevo ataque. Había visto también a Jim Fowles, un poli con veinte años de experiencia, entrar en el hospital con un niño que sangraba por la cabeza, y luego sacar su arma reglamentaria y ejecutar al crío allí mismo.

Fue en ese momento cuando Harry decidió marcharse. Lo que estaba haciendo, estabilizar a aquella gente, no servía de nada. Solo retrasaba lo inevitable. Se puso en pie y Fowles se volvió hacia él. La única razón por la que no había muerto entonces, bajo la mirada calmada y sin sonrisa de Fowles, era que Chu había elegido ese preciso instante para colocarse detrás del policía y mover delicadamente su bisturí de izquierda a derecha. Fowles emitió un borboteo y Chu le arrebató el revólver con sus

largos dedos de cirujano y lo sopesó en su mano.

Entonces Harry había echado a correr, porque en lo único que podía pensar era en Emily. El exterior era un caos, pero lo atravesó sin detenerse. La encontró vomitando junto a la barandilla de un puente de la calle. La cogió de un brazo y tiró de ella para hacerla girar. Tenía la cara pálida y las pupilas dilatadas como un yonqui. Por un momento, le costó reconocerla.

—Lo siento —dijo Emily—. Lo he hecho yo. Lo he hecho yo. —Hundió la cabeza entre los brazos y gimoteó.

—Tenemos que salir de aquí. —Harry intentaba pensar en vehículos. Algo que no necesitase una carretera. Si pudiera regresar a la casa, podrían utilizar sus motos—. La gente se ha vuelto loca.

—¡Es la palabra! —gritó Emily. Se incorporó y dio un par de pasos de vuelta hacia el hospital, pero luego giró sobre sus talones, con las manos en la cabeza—. Lo siento. Lo siento.

—Emi —dijo Harry, pero sabía de qué estaba hablando. Aquel ridículo trozo de madera con el símbolo negro que Emily le había mostrado en casa como si fuese un talismán mágico. Como si pudiera ordenarle que la obedeciese. Lo había visto en Urgencias, con un trozo de papel pegado en el que se leía: MATA A TODO EL MUNDO. Cuando la había visto, no le había parecido lo más raro de entre todo lo que aparecía ante sus ojos—. ¿Tu palabra? ¿Funciona?

—No puedo detenerlo —murmuró Emily—. Él no me lo permitirá.

La dejó allí y corrió de nuevo hacia el hospital. Estaba aún a unos cien metros cuando vio dos coches de policía aparcados frente al edificio. La gente se lanzaba hacia ellos, los arañaba, derramándose sobre los coches y llenando el aire con sus gritos. La intención de Harry había sido entrar y coger aquel trozo de madera, romperlo en un millón de diminutos pedazos, pero saltaba a la vista que aquello iba a resultar muy peligroso. De pie en el cruce, dudó qué hacer. Oyó un coche acercándose por su espalda y su cerebro lo interpretó como una amenaza, haciéndole saltar hacia un lado para apartarse. El coche pasó lo suficientemente cerca para rozar su ropa y llevarse por delante a otra persona, y luego a otra más antes de chocar contra uno de los coches patrulla. Su motor aceleró. Harry vio al conductor tirando de la palanca de cambios, intentando meter la marcha atrás. Un policía salió de Urgencias y corrió hacia el conductor para dispararle a través de la ventanilla.

Se dio cuenta de que una figura se le acercaba desde el hospital, con un cuchillo de carnicero en la mano. Harry lo reconoció: era un celador. Y el cuchillo no era en realidad un cuchillo de carnicero, solo lo parecía. Era una sierra para cortar huesos.

—¿Jack? —dijo Harry, preguntándose cómo se suponía que podía saber la diferencia entre un hombre que llevaba una sierra para huesos como medio de autodefensa y uno que pretendiera abrirle en canal con ella, y entonces el celador

echó a correr hacia él, lo cual sirvió como respuesta. Harry consideró la opción de correr también, pero en lugar de eso optó por esperar al celador hasta que se acercase lo bastante como para que pudiese golpearle y desarmarlo. Era una buena alternativa, porque el celador era un adolescente delgado que pasaba el tiempo jugando con videojuegos, mientras que Harry era todo lo contrario. Miró la sierra, pero no logró pensar en ninguna utilidad para ella, y el celador comenzó a levantarse de nuevo, así que Harry le dio un puñetazo en la barbilla con la fuerza suficiente para que se quedase allí tumbado. Entonces sí echó a correr, porque había más gente saliendo de la parte de atrás del hospital, enfermeras con las que Harry había compartido a menudo un café y, en un caso, una cama, y no quería enfrentarse a ellas.

Cuando regresó al puente, Emily había desaparecido. Miró en todas direcciones, maldiciendo. No sabía qué hacer. Delante de él, la calle estaba desierta. A su izquierda, un pequeño grupo de personas (una de las cuales cojeaba) avanzaba en dirección a él. A su derecha, no muy lejos de donde se encontraba, vio a una mujer tirada en el suelo, inmóvil. Bajo la luz de las farolas, su pelo parecía rubio. Ella era lo único en todo aquel paisaje que Harry podía comprender, de modo que fue hacia ella. Se arrodilló a su lado y comprobó sus signos vitales. Era Beth McCartney, la bibliotecaria. Tenía el pelo pegajoso a causa de un líquido oscuro. Los dedos de Harry encontraron una depresión en el cráneo de la mujer, del tamaño de una pelota de tenis. Se echó hacia atrás y resopló.

El grupo se le aproximó y pudo reconocer al profesor de matemáticas, a sus dos hijas y a una mujer que regentaba una pequeña tienda de comestibles. Dos muchachos adolescentes sostenían al cojo, que era un tipo de hombros anchos al que Harry conocía como Derek Knochhouse. En los últimos seis meses, Harry le había hecho dos lavados de estómago a Derek, y en ambas ocasiones su aspecto era mejor del que tenía ahora. Sin necesidad de tocarlo, estaba seguro de que tenía la pelvis rota.

—¡Gracias a Dios! —dijo el profesor—. Harry, tienes que ayudarnos.

—¿Qué está pasando? —preguntó la dueña de la tienda. Aferraba entre sus manos su collar, del que colgaba un crucifijo—. Oh, Dios, ¿esa de ahí es Beth?

—Tenemos que llevar a Derek al hospital.

—Un coche salió de la nada —dijo uno de los adolescentes— y se lo llevó por delante. Y luego echó marcha atrás para atropellarlo otra vez.

—Ehh —balbuceó Derek.

—Tenemos que llevarlo al hospital, Harry.

—No podéis llevarlo al hospital —contestó—. No es seguro.

—Entonces, ¿adónde? ¿Qué deberíamos hacer? —Una de las hijas del profesor intentó apartarle a Derek el pelo de delante de los ojos. Derek tosió y escupió al suelo.

—Buscad un lugar donde podáis tumbarlo y haced una barricada para protegeros hasta que esto termine.

—¿Hasta que termine qué? —preguntó la chica. Harry comprendió que solo buscaba una razón para ceder a un ataque de histeria—. ¿Hasta qué?

—Juega al fútbol —dijo uno de los amigos de Derek. Harry no vio ningún sentido a aquella frase, pero enseguida entendió que lo que pretendía decir era que se trataba de una tragedia: Derek jugaba al fútbol y probablemente ahora ya no podría volver a hacerlo. Aquello era lo peor que el chico podía imaginar.

—Creo que tiene un derrame interno —dijo el profesor de matemáticas—. ¿Qué te parece a ti, Harry?

—¿Esa es Beth?

—Sí —dijo Harry—. Está muerta, y lo siento, Derek, pero nadie puede acercarse al hospital. Están matando a gente.

El grupo comenzó a discutir con él mientras él trataba de localizar a Emily. Se estaba poniendo cada vez más nervioso al pensar en dónde podría estar.

—¡Policía! —gritó la chica. Se separó del grupo y corrió calle abajo, agitando los brazos de forma que las mangas de su vestido revoloteaban al aire. Un coche patrulla avanzaba hacia ellos con las luces apagadas y cubierto de abolladuras—. ¡Aquí! ¡Socorro!

Harry la llamó, pero enseguida se oyó un sonido seco y la chica se dobló por la mitad y cayó al asfalto. El coche siguió su camino hacia ellos.

—¿Qué diablos? —dijo uno de los chicos.

—¡Vamos! —exclamó Harry—. ¡Moveos, corred!

El padre de la chica, el profesor, la miró fijamente con la boca abierta. A la luz de la farola se distinguían minúsculos pelos de punta por toda su cara. Harry ya había visto aquella reacción en una ocasión anterior, cuando una colega le había ayudado a abrir con una sierra eléctrica un coche accidentado para acabar descubriendo a su marido en el interior del vehículo. Había tenido que envolverla en una manta térmica, porque la chica se había quedado como congelada. Literalmente congelada, como si hubiera caído dentro de un bloque de hielo. Había sido lo más extraño que había visto en su vida.

—¿Jess? —dijo el chico. No estaba llamándola, era una pregunta dirigida al grupo.

El coche patrulla estaba cada vez más cerca.

—¡Corred! —ordenó Harry. Empujó al profesor y tiró de la otra chica, la de pelo oscuro. Se oyó otro sonido seco y sintió la tentación de volverse para ver quién era, el padre o posiblemente Derek Knochhouse, pero lo cierto era que no importaba. La chica gritó e intentó soltarse de una manera que le hizo pensar que podría haber sido cualquiera de los dos, y entonces Harry se volvió a mirar y vio al policía con una

mano en el volante y la otra empuñando su arma y apoyando el cañón sobre el brazo para apuntar bien. Sus ojos se movían del trecho de calle que tenía delante a la gente a la que iba disparando.

La mujer de la tienda de comestibles emitió un gorjeo parecido al de un pájaro y se sentó pesadamente. El padre de las chicas ya estaba tirado en el suelo, con los brazos plegados a los lados como si se hubiese tumbado con sumo cuidado. Uno de los chicos había salido huyendo, pero el otro intentaba arrastrar a Derek, el que había dicho que jugaba al fútbol, y Harry le gritó que corriese, pero, por supuesto, el chico no le hizo caso. Harry tropezó con el bordillo de la acera, lo que le sirvió para recordar que debía mirar por dónde coño iba, pero también le hizo soltar a la chica de pelo oscuro. Ella empezó a caminar de vuelta hacia el coche de policía, con los brazos en alto en un gesto que Harry no consiguió entender. Soltó una maldición y volvió hacia ella. Pero entonces vio a Emily.

Estaba caminando por el centro mismo de la calle. No podía ver su cara porque la luz de la farola le daba de espaldas. Su postura denotaba una petición explícita, que al principio Harry pensó que iba dirigida a él, pero luego comprendió que no era así, porque Emily se dirigía hacia el coche de policía.

La chica de pelo oscuro giró sobre sí misma y dio media vuelta. Harry pasó corriendo sin preocuparse por ella, que se desplomaba al suelo, saltó sobre el capó del coche patrulla, se deslizó por él y cayó al asfalto al otro lado. Llegó hasta Emily y cargó con ella sobre su hombro. Oyó el zumbido que producía la ventanilla del policía a su espalda. El refugio más próximo era la panadería, una desvencijada caseta de madera que quedaba demasiado lejos. Corrió en zig zag para ponérselo un poco difícil al poli.

—Bájame —dijo Emily.

Cuando le faltaban unos tres metros para alcanzar la puerta de la panadería, algo pasó silbando junto a su oído. El cristal de la puerta saltó hecho pedazos. Siguió corriendo y se lanzó contra ella, abriéndola de golpe, tropezando y cayendo sobre las baldosas del suelo, sintiendo que había balas por todas partes, y perdiendo a Emily. El interior estaba iluminado por la luz de una máquina expendedora de bebidas.

—Emi. —Se arrastró hacia ella bajo aquella luz mortuoria—. Emily. —Encontró su mano, se incorporó y tiró de ella para levantarla.

—Quiero morir.

—No —dijo Harry. La arrastró hasta la trastienda. Su cadera chocó contra una mesa y varias bandejas de horno cayeron con estrépito al suelo. Localizó la puerta trasera y descubrió que estaba cerrada con varios seguros, algunos de los cuales necesitaban una llave para poder abrirse. Soltó a Emily y sacudió la puerta—. ¡Joder! —Dejó la puerta y probó otra más pequeña, metálica, con un asa horizontal como la de los refrigeradores. Un aire frío se derramó en torno a sus tobillos. Metió a Emily

dentro y cerró la puerta. Luego tanteó la oscuridad para buscar un cerrojo. Pero no había ninguno, claro. Nadie colocaba un cerrojo en el interior de una habitación refrigeradora. Ni siquiera la puerta se abría del modo que habría querido, es decir, de un modo que él pudiera bloquear. Agarró el pomo, plantó el pie detrás de la puerta y maldijo su suerte. Tal vez el poli no pretendiese darles caza. Había muchos otros objetivos entre los que elegir. Escuchó, aguzando el oído. La puerta era tan gruesa que el poli podría muy bien estar ya al otro lado de ella. Harry relajó sus músculos para estar preparado cuando fuese a necesitarlos. Oyó que alguien se sorbía la nariz. Emily estaba llorando—. Emi —le dijo—. Guarda silencio.

—Lo siento.

—Silencio.

Pero ella continuó llorando.

—He hecho algo muy malo.

—Lo sé. Cállate. —Le había parecido oír algo fuera. Pero podría ser cualquier cosa. Hacía muchísimo frío allí dentro. Demasiado para quedarse escondidos mucho tiempo.

—Debería haber sido capaz de detenerlo.

El pomo giró bajo su mano y Harry lo sostuvo con fuerza. Un momento después, la fuerza contraria se disipó y él esperó en la oscuridad. Algo duro y afilado golpeó contra la puerta. Una bala. Después otras dos. Harry sostuvo el pomo con una mano y la otra la sacudió a ciegas en la oscuridad, tratando de obligar a Emily a mantenerse agachada. Percibió un ligero olor a algo quemado. La luz se coló por tres agujeros recién hechos en la puerta. No había esperado que la puerta de un refrigerador fuese a prueba de balas, pero no pudo evitar decepcionarse al ver sus sospechas confirmadas. Encontró la melena de Emily y le dio un tirón. Ella soltó un chillido, pero enseguida la rodeó con su brazo mientras seguía aguantando la puerta, con la esperanza de que el poli no le volase la mano. Durante un instante, solo escucharon su propia respiración. Luego Harry oyó cómo el policía se movía al otro lado de la puerta, pero no pudo distinguir qué era lo que estaba haciendo.

—¿Se borra? —preguntó—. ¿La palabra?

—No.

—Me cago en la puta.

—¿Por qué estás intentando salvarme? —Harry la ignoró, porque la pregunta era estúpida. Fuera, oyó una especie de deslizamiento—. Pensaba que no me querías.

—Calla.

Harry vio un destello. Solo un resplandor a través de los agujeros de la puerta, pero fue suficiente para reconocerlo: el policía estaba prendiendo fuego a la panadería.

—Lo entendí todo mal —murmuró Emily, llorando desconsoladamente en la

oscuridad.

Harry tuvo una clara visión de lo que iba a ocurrir: el poli retrocedería y se apoyaría en el marco de la puerta con la pistola apuntando hacia la habitación donde ellos estaban. En cuanto Harry abriese su puerta, el tipo le dispararía. Quizás el fuego no prendiese. Quizás el poli se daría por vencido y se largaría. O quizá no. Porque la orden no era MATA A UN MONTÓN DE GENTE, ni tampoco MATA A TANTOS COMO CONSIDERES OPORTUNO.

—Tengo algo en el ojo —dijo Emily.

Harry oyó un chisporroteo. La habitación estaba cada vez más iluminada por el fuego que había fuera.

—Emi, tengo que abrir la puerta. —Ella tenía la cabeza entre sus brazos—. Emily. Escúchame. Espera aquí hasta que te llame. ¿Entendido? No te muevas hasta que te llame por tu nombre. —¿Había algo allí que pudiese utilizar como escudo? ¿Algo que pudiese lanzar? Sí. Sí, le arrojaría al poli una bandeja de horno, y la bandeja desviaría las balas y lo cegaría al reflejar las llamas, que, por supuesto, Harry tendría que atravesar corriendo, y entonces desarmaría al poli con su entrenamiento de combate cuerpo a cuerpo—. ¿Me estás escuchando? —Resistió la tentación de cogerla por los hombros y sacudirla de un lado a otro.

—Por favor, déjame, Harry.

Podía sentir el calor a través de las paredes. El poli ya debía de haberse movido. Tenía que haberse retirado a la parte delantera de la tienda, como mínimo, o tal vez hasta la calle. Ahora el mayor peligro era esperar demasiado, hasta que no hubiese ningún lugar al que ir que no fuese un infierno. Soltó el pomo y apartó las manos de Emily de su cara. Por un instante creyó realmente ver algo en su ojo, pero no era más que el reflejo de las llamas.

—Emi. Me estás cabreando. Pero no pienso dejarte. Nunca. Así que cállate. Vamos a salir de aquí. —Entrelazó sus dedos con los de ella—. ¿Preparada? —Emily lo miró fijamente—. Seguro que lo estás —dijo Harry, y la levantó en vilo. Los brazos de Emily rodeándole el cuello estaban rígidos como postes. Harry cogió aire mientras contemplaba la puerta y el resplandor de las llamas al otro lado. Besó a Emily, porque, joder, probablemente estaba a punto de morir. Luego abrió de una patada y el fuego rugió como un ser vivo, y echó a correr hacia él.

Emily despertó en una cama. No. Error. En una camilla. Algo portátil. Estaba en una habitación llena de camillas que olía fatal. A quemado. Espera. Era ella. Estaba cubierta de quemaduras. Se llevó una mano al pelo y el tacto fue horrible.

La habitación estaba llena de luz. Más allá de las amplias ventanas, el sol se reflejaba en la superficie cromada de media docena de vehículos enormes. Humvees,

camionetas y jeeps. Detrás de ellos, el terreno se extendía sin fin. Emily estaba rodeada por una cinta de papel adornada con letras y números, muñecos, dinosaurios y elefantes. Las paredes estaban llenas de pósteres de Brasil y del calentamiento global. Por debajo de las ventanas había mesas unidas unas con otras. Era una clase. Emily estaba quemada, en una camilla, en una clase.

—¡Eh! —dijo una mujer—, estás despierta.

Emily no la conocía, lo cual era extraño, porque Emily conocía a todo el mundo en Broken Hill. Además, la mujer llevaba puesto un mono militar, como un soldado. Se le acercó y comprobó los tubos de Emily. Emily tenía tubos conectados a su cuerpo. Iban desde la cara interior de sus codos hasta unas bolsas de plástico enganchadas a un carrito que había junto a la cama.

—¿Cómo te sientes? —Antes de que pudiese detenerla, la mujer tiró de uno de sus párpados hacia arriba con el pulgar—. Estás en Menindee. Es una pequeña población en las afueras de Broken Hill. —La mujer tenía una chapa en su ropa que ponía: NEILAND, J.—. Estamos utilizando la escuela como hospital. ¿Tienes dolores?

Emily tenía las manos envueltas en vendas. Como si fuesen manoplas enormes. Había otras tres camillas en la habitación, pero ninguna estaba ocupada. Trató de sentarse. Recordaba el fuego, y el humo. A Harry cargando con ella a través de la cortina de fuego. Había perdido el conocimiento. Luego había tenido la sensación de volar y deslizarse por el suelo, y dar botes, y había sentido que Harry la sujetaba y la llevaba en moto. Había visto canguros huyendo de las llamas.

—¿Dónde está Harry?

—¿El hombre que te trajo aquí?

—Sí —dijo Emily—. Sí. Sí.

—Está en el vestíbulo. Están trabajando en él.

—¿Está bien?

—Relájate —dijo Neiland.

Emily estuvo a punto de preguntarle: ¿Te gustan más los perros o los gatos? Porque necesitaba saber si Neiland estaba diciéndole la verdad.

—¿Quién más?

—¿Quién más qué?

—Lo consiguió —dijo Emily—. ¿Quién más consiguió salir? —Le preocupaban las camillas vacías.

Neiland no contestó y Emily sintió hielo en el corazón, una tajada fina, como un estilete. Se llevó las manos vendadas a la cara. Le dolía el ojo.

—Les diré que estás consciente —dijo Neiland—. Procura descansar.

En cuanto Neiland salió, Emily bajó de la camilla. Se soltó los tubos con los dientes, porque sus manos resultaban inútiles. Le habían puesto una bata verde que le llegaba a los tobillos y permitía la entrada de una brisa de aire por su espalda. Debajo

de la bata, sospechó que llevaba las bragas y más vendas. Tenía la sensación de estar acolchada. Echó un vistazo a través de un panel de cristal que había en la puerta y no vio a nadie, así que la abrió. Un soldado que pasaba por el pasillo la apuntó con el dedo y, sin detenerse, le dijo:

—Vuelve adentro.

—De acuerdo. —Y cerró la puerta.

Esperó hasta que el soldado se hubo marchado y volvió a abrirla. El suelo del pasillo estaba caliente. Las aulas adyacentes estaban vacías. Más adelante, detrás de una ventana tapada casi por completo con pósteres, vio soldados con máscaras en torno a una camilla en la que había alguien tumbado y envuelto en vendas y esparadrapos grises. El rostro no resultaba visible, pero Emily distinguió un antebrazo, ennegrecido y cubierto de ampollas, y supo que era el antebrazo de Harry. Se cubrió la boca para no gritar.

Uno de los soldados con máscara la vio e hizo un gesto, y Neiland se volvió y frunció el ceño. Emily trató de abrir la puerta con los codos, pero Neiland la abrió desde dentro.

—Vuelve a la cama —dijo, en un tono bajo y sensato, casi como los poetas, lo que hizo que Emily se estremeciese—. ¡Diablos, te has quitado el gotero!

—Déjeme verlo —dijo Emily, pero lo hizo sin el barítono ni la persuasión, así que Neiland la cogió del brazo y tiró de ella por el pasillo—. Por favor —pidió Emily. Pero Neiland la ignoró y la llevó de vuelta al aula para ponerla otra vez en la camilla—. Quiero sentarme a su lado.

—Él estará bien —dijo Neiland—. Deja de preocuparte.

Por alguna razón aquello cogió a Emily por sorpresa y empezó a temblar. Ni siquiera podía darle las gracias.

—¿Le quieres?

—Sí —dijo—. Sí. Sí.

—Estaba medio muerto cuando llegó al perímetro. Resultaba difícil creer que siguiese moviéndose. Tenía muchas ganas de salvarte. —Con suavidad, Neiland la obligó a recostarse—. Descansa. Si hay cambios, te lo haré saber.

Emily accedió a tumbarse.

—Vale.

—Todo irá bien —dijo Neiland en el momento en que la luz del sol rebotó sobre un coche al otro lado de las ventanas. Era un vehículo de color negro con los cristales tintados, muy diferente a los otros. Se detuvo junto a una camioneta.

Emily se incorporó.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Unas cuatro horas.

—Necesito ver a Harry. —La puerta del coche se abrió y una mujer vestida con

traje se bajó de él, echándose el pelo hacia atrás. Emily la había visto en una ocasión, años atrás. Se llamaba Plath—. ¿Te gustan más los perros o los gatos?

—¿Perdón?

—¿Perros o gatos? ¿Cuáles te gustan más?

—Perros. —Neiland se irguió—. Ahora duerme.

—¿Cuál es tu color favorito?

—El malva —dijo Neiland, con una mano en la puerta, y ya no había tiempo para más preguntas. Emily había malgastado un total de cinco minutos con Neiland, y había más de veinte segmentos en los que podría encajar, pero Emily había dedicado bastante tiempo a unir grupos psicográficos a partir de unos principios comunes y tenía la sensación de que Neiland era un cincuenta y nueve—. *Vecto brillia masog vat* —dijo—. Vuelve aquí.

Neiland giró sobre sus talones.

—Gracias —dijo Emily—. Gracias, gracias. Llévame hasta Harry.

Siguió a Neiland de vuelta a la otra aula y se acercó a la camilla mientras la mujer inventaba excusas para conseguir que los médicos o quiénesquiera que fuesen aquellos hombres con máscaras saliesen de la habitación. Neiland había dicho que Harry se pondría bien, pero estaba envuelto en capas y capas de vendas, y lo único que Emily podía ver estaba hinchado y enrojecido. Tenía los ojos cubiertos por círculos blancos de algo blando, y Emily quería quitárselos.

—Despiértale —le dijo a Neiland—. Pero, por favor, con cuidado.

Le tocó los dedos, que sobresalían de las gasas, pero las manos estaban cubiertas también de vendas.

—Harry, ¿puedes oírme? Vamos a irnos de aquí. —Neiland terminó de bombear líquido en el gotero de Harry y Emily empezó a desenvolver sus manos. Tenían peor aspecto del que había esperado: tenía los dedos agrietados y ennegrecidos, y las grietas rezumaban un fluido rosáceo. Le cogió la mano a Harry y le dolió, pero al mismo tiempo se sintió mejor—. Cuando esté despierto, ayúdame a llevarlo a un coche. No queremos que nadie nos vea. Tienes que sacarnos de aquí y no permitir que nadie nos detenga, ¿entendido?

—Sí —dijo Neiland.

Harry hizo un ruido. Emily le quitó una de las gasas que le cubrían los ojos y luego la otra. Sus ojos se movieron bajo los párpados.

—Harry, despierta.

La puerta se abrió y Emily se dio la vuelta. En el umbral había un soldado al que no había visto antes, un tipo joven con un corte de pelo al estilo militar. Tenía una mirada fija y resuelta.

—¡Oh, mierda! —dijo Emily—. *Vecto brillia masog vat*, no dejes que ese tío se

nos acerque.

El soldado corrió hacia ellos y Neiland se movió para interceptarlo. Intercambiaron golpes secos y silenciosos, y cayeron al suelo. Neiland sujetó a su oponente con una llave y empezó a darle vueltas a un tubo quirúrgico alrededor de su cuello. A Emily le sorprendió e impresionó la fuerza de Neiland. Volvió a centrar su atención en Harry, que estaba flotando en un nivel inferior a la consciencia, como bajo una superficie de cristal.

—Harry, por favor, despierta. Tienes que despertarte. No puedo sacarte de aquí yo sola.

Neiland y el soldado chocaron contra un carrito y tiraron al suelo el equipo quirúrgico. El soldado logró soltarse y sus ojos se posaron en Emily, que, de repente, comprendió que su plan de huida no iba a funcionar; aquel tipo iba a acabar con Neiland y luego la estrangularía a ella y a Harry, o tal vez ni siquiera eso, porque el ruido provocaría que apareciese más gente de la que ella era capaz de controlar, gente y soldados y Plath. Sintió pánico.

—¡Mátalo! —ordenó, porque tal vez Neiland no estaba poniendo todo de su parte. La orden pareció surtir efecto, porque la mujer se incorporó y golpeó al soldado en el cuello de un modo que lo tumbó de inmediato al suelo—. Mata a todo el que intente detenernos —dijo Emily, y algo se retorció en su mente al comprender lo que había dicho.

Se sintió destrozada. Notó cómo la certeza cobraba forma en su cabeza: finalmente lo había hecho, había encontrado la manera de joderlo todo de tal forma que ya no había vuelta atrás. Tenía una estrella en su ojo. Había un número incierto de personas muertas en Broken Hill, y Yeats había insertado instrucciones en su cabeza y ella las había llevado a cabo. No podía creer, en lo más hondo de su ser, que no fuese ella la responsable de todo. Había matado a gente y ahora había una estrella en su ojo que quería que siguiese matando.

—Lo siento —le dijo a Harry. Empezó a llorar, en parte por ella misma y en parte por Harry, que lo había intentado con todas sus fuerzas. Neiland y el soldado gruñían y jadeaban. Emily se inclinó y besó a Harry una vez en cada ojo—. Te quiero.

Sus ojos se movieron con rapidez, como si estuviese en la fase REM del sueño. Emily titubeó.

—Harry —dijo. Percibió una respuesta, una minúscula chispa neuroeléctrica. Le recordó la época en la que, en Washington, había buscado ejemplos de segmentos psicográficos y había puesto a prueba fragmentos de palabras en ellos. En aquel entonces había aplicado un proceso de ingeniería inversa para crear palabras enteras.

Harry era inmune. Pero tal vez solo lo fuera a las palabras que ella conocía. Quizá solo fuese un tipo de máquina ligeramente distinta, un segmento psicográfico de un solo miembro al que la organización no había puesto como objetivo simplemente

porque no sabían de su existencia.

—*Ko* —dijo, contemplando sus párpados—. *Ka. Toh.* —Lo conocía muy bien, hasta el punto de saber qué movimientos eran naturales y cuáles no—. *Kik.* —Por encima del labio, un músculo comenzó a temblar y a Emily le faltó poco para soltar un grito. Su mente revisó varias posibilidades, tamizando conjugaciones—. *Kik* —repitió, para asegurarse.

El soldado emitió un sonido similar a las gárgaras. Emily lo miró y vio que su rostro se había vuelto púrpura. Neiland lo estaba ahogando. Devolvió su atención a Harry, ignorando todo excepto los cuarenta y ocho músculos que había alrededor de sus ojos. Le alimentó de sonidos. Fue construyendo paso a paso una palabra de atención, y eso era un buen comienzo, pero no lo suficiente. No sabía cuánto tiempo había pasado. Se concentró en las palabras.

Nada de aquello iba a salvarla. Lo sabía. Ya era demasiado tarde para ella, y lo había sido desde el momento en que la puerta de la furgoneta paramédica se había abierto y el cristal de la ventanilla había reflejado la palabra desnuda. Pero no era demasiado tarde para Harry.

Cuando terminó, le tocó la cara.

—Harry —susurró—. *Kikkhf fkattkx hfkixu zttkcu.*

Harry cambió. Emily había visto un centenar de veces a personas siendo subyugadas, pero nunca a Harry, y una parte de ella se moría de ganas de verlo, las facciones de su rostro aflojadas, su mente abierta y esperando instrucciones, su alma reducida a simple maquinaria. Podía decirle que huyese con ella, que hiciese todo lo que ella le dijese y que la amase eternamente, y él lo haría. Sería amada por el objeto en el que lo había convertido.

—Olvida todo esto —le dijo—. Márchate de aquí, olvídate, olvida que una vez viviste en Broken Hill. Conviértete en otra persona. *Kikkhf fkattkx hfkixu zttkcu*, olvídate de mí.

Se apartó, tambaleándose, de la camilla. No podía soportar mirar a Harry. Neiland estaba allí, como una estatua, lo que la cogió por sorpresa. El soldado yacía en el suelo, inmóvil.

—Neiland —dijo Emily—. Gracias.

Neiland esperó.

—Llévatelo lejos —siguió Emily—. Mantenlo a salvo.

Una vez que Neiland había metido a Harry en un jeep y Emily había visto cómo el vehículo se alejaba entre una nube de polvo, ella regresó a la clase en la que se había despertado y buscó un rotulador. En las clases de una escuela siempre había rotuladores. Encontró un cajón lleno de ellos y cogió un puñado, luego fue en busca de un aseo. Había un montón de gente gritando y corriendo de un lado a otro, pero la

mayoría estaba en el exterior del edificio, atraída por la marcha de Neiland. Emily no vio a Plath, y eso la preocupó, porque lo peor que podía suceder ahora era que Plath la encontrase a ella.

Encontró un aseo de chicas con una barra alargada y varios lavabos situados a poca altura, para niños. Aferró con fuerza un rotulador de color azul, como lo haría un niño de corta edad, y empezó a escribir en el espejo. La primera palabra era *vartix*, que ya una vez le había dejado la mandíbula insensible, en su habitación de la Academia, pero había sido buena estudiante y había hecho sus deberes, y ya no tenía diecisiete años, así que logró escribirla haciendo pausas entre una letra y otra para parpadear y mirar al techo con la mente en blanco. Completó *vartix* y mantuvo la mirada apartada del texto mientras escribía la segunda palabra, y luego la tercera, y la cuarta, y después tuvo que inclinarse sobre un lavabo porque le invadieron ganas de vomitar. Pero lo había conseguido. Levantó otra vez el rotulador, y, manteniendo la cabeza agachada, añadió: MUERE.

Cerró los ojos. Retrocedió un par de pasos. Tomó aire. Solo funcionaría si bajaba sus defensas. «Alguien me quiere», se dijo a sí misma. *Estoy a salvo*. Notó que sus músculos se relajaban. Tragó saliva. *Abre los ojos. Abre los ojos*. Empezó a hacerlo, pero enseguida volvió a cerrarlos con fuerza. «Hazlo —dijo—. Hazlo, zorra. Sabes que si te encuentran te obligarán a hablarles de Harry. ¡Hazlo! ¡Te lo mereces!». Entonces comenzó a llorar.

Avanzó a tientas y encontró el rotulador. Mantuvo los ojos apartados de las palabras de orden y localizó la última que había escrito, MUERE, y la cambió por MUERTO. Delante de esa palabra, escribió HARRY. Antes de que pudiera cambiar de idea, se alejó unos pasos y después miró.

Estaba sentada en las baldosas del suelo. Baldosas de un aseo. Sentía la mente magullada. Tenía la sensación de que alguien acababa de subyugarla.

Menindee. Por supuesto. Harry la había llevado hasta allí. La había sacado de Broken Hill y le había salvado la vida. Pero después...

—¡Oh, no! —dijo. Harry había muerto. No habían podido salvarlo. Le había visto morir en una camilla. Un aullido brotó de sus entrañas, pero lo ahogó, porque Plath estaba allí fuera. Probablemente toda la organización la estaba buscando. Cerró el puño en torno a su pena y la transformó en rabia. Ya habría tiempo más tarde para la pena. La cuestión era que Harry había querido que ella viviese. Tenía que sobrevivir. Huiría y se escondería, y viviría, porque eso se le daba bien. Luego encontraría el modo de localizar a Yeats y su venganza sería terrible.

Pero, primero, se puso en pie y trató de pensar en cómo diablos iba a salir de allí.

MEMO

8.º Batallón de Combate. Servicio de apoyo.

Cuerpo Médico del Real Ejército Australiano

SEC: NO CLASIFICADO

MISIÓN: BROKEN HILL, NUEVA GALES DEL SUR

DESPLIEGUE: +28HORAS

Confirmando de acuerdo a solicitud el estado de ausencia sin permiso de la médico de primera clase NEILAND, JENNIFER C.

Registrada por última vez en la estación E04, Menindee, NGS (-32.400105, 142.411669) a las 0600 13/3, sin registro de salida, sin contacto durante 12 hrs y en aumento.

Dudando introducirlo en el sistema, puesto que Neiland ha sido una soldado modelo sin indicios previos de disidencia, insatisfacción, etc. No aparece entre los fallecidos y heridos, pero francamente considero que eso es más probable que la posibilidad de que haya abandonado su puesto.

Dado el estado actual de las operaciones alrededor de Broken Hill en general y de la estación E04 en particular, recomiendo retrasar cualquier acción hasta que tengamos un informe más claro de la situación. Todavía muy afectados por las órdenes de mantener a todo el personal alejado de Broken Hill, recibimos informes de bajas en masa en el interior de la ciudad, posible toxicidad, confusión en la cadena de comunicaciones debido a la aparente pérdida total de los escuadrones que han penetrado en la zona, etc.

Agradezco la preocupación sobre el proceso, pero recomiendo esperar hasta obtener un informe mejorado de la situación.

SUBOFICIAL CLASE UNO F. J. BARNES

8 CSSB, RAAMC

WARRANT OFFICER CLASS ONE F. J. BARNES

8 BCSA, CMREA

[I V]

Babel

No puedo vivir Contigo
eso sería Vida
y la Vida está ahí
detrás del Estante

Emily Dickinson

[U N O]

Wil empujó con el hombro para abrir las puertas del pabellón de Urgencias. Tras la oscuridad, la luz del sol parecía una explosión. Cogió aire a bocanadas. Llegó hasta la furgoneta de paramédicos y se apoyó contra ella. En una mano llevaba aquella cosa. Pese a lo oscuro que estaba en el interior del edificio, no había tenido problemas en encontrarla. Un trozo de madera, más o menos del tamaño de un libro, con un pedazo de papel amarillento clavado. Había dejado el papel allí. La madera era más pesada de lo que parecía, y gélida al tacto, como si quisiese absorber el calor de su cuerpo. Tenía un símbolo grabado que no se parecía a nada que Wil hubiese visto antes, y cuanto más lo miraba, más sentía que algo se retorecía en sus entrañas, y sus ojos se humedecían hasta que desviaba la mirada. Pero no le transformó. Era cierto. Él era inmune.

Regresó al Valiant, pero se detuvo otra vez, porque recordó que no podía mostrarle el objeto a Eliot. Eliot se lo había dejado muy claro. Miró a su alrededor en busca de algo con lo que envolverlo. Las puertas de la furgoneta estaban abiertas. Se asomó al interior y encontró una pequeña toalla, la sacudió para quitarle la arena.

Cuando llegó al coche, Eliot tenía los ojos cerrados. Wil abrió la puerta y vio cómo el pecho de Eliot subía y sus ojos se abrían con dificultad.

—Lo he hecho —dijo Wil—. Tengo la palabra.

Eliot parpadeó.

—Aquí mismo —siguió, mostrándole la toalla, pero Eliot cerró otra vez los ojos con fuerza—. ¡Está bien! La he tapado. Es una especie de símbolo en un... —Eliot agitó la cabeza a uno y otro lado—. ¡No le estoy dando detalles! ¡Estoy haciendo una descripción general del objeto!

—Chsss —pidió Eliot.

—Sé lo que sucedió aquí. Por qué todo el mundo murió. Había algo pegado a la palabra que...

—¡Chsss!

—¡Vale! Solo estoy diciendo que si mira esta cosa no va a morir. Ya no es letal. —Aquello no pareció suponer ninguna diferencia para Eliot—. Tiene una pinta terrible. ¿Se ha bebido el agua? —Descubrió una botella sin tapón a los pies de Eliot. La alfombrilla del coche estaba mojada—. ¡Joder, no se la ha bebido! —Se inclinó hacia él y buscó alguna de las otras botellas. El olor era asqueroso—. Beba. —Quitó el tapón de una botella y se la puso en los labios. Oyó el sonido de la garganta de Eliot y vio cómo su nuez subía y bajaba. Le retiró la botella cuando el agua empezó a caerle por la barbilla y esperó a que dejase de dar la impresión de que se estaba ahogando. Entonces le dijo—: Más. —Y volvió a ponerle la botella en los labios.

—Gagaga —murmuró Eliot.

—Tengo una idea. Vamos a un hospital. Un hospital donde haya gente viva. Entonces utilizo esta cosa para obligarles a ayudarme. ¿De acuerdo? Solo les muestro la palabra. Les decimos que le ayuden pero que no le digan a nadie que estamos allí. —El agua rebosaba de la boca de Eliot, así que volvió a apartar la botella—. ¿Es un buen plan? —Eliot negó otra vez—. Joder, ¿qué plan tiene usted, entonces? Porque a mí me pareció bastante obvio que se está muriendo. Y los dos sabemos que yo solo no tengo ninguna esperanza contra la gente que nos persigue, ni siquiera aunque tenga una palabra mágica. Así que o bien vamos a un hospital, o bien intento hacerle la cirugía yo mismo con lo que pueda encontrar por ahí tirado. ¿Quiere que haga eso? —Eliot no respondió—. No voy a hacerlo. Voy a llevarle a un hospital. —Cerró la puerta y corrió al otro lado del coche—. Siga bebiendo agua.

Colocó la toalla y lo que había envuelto en ella entre los asientos y giró la llave en el contacto. El motor hizo un ruido, pero no se puso en marcha. Wil parpadeó, se había olvidado de la gasolina. Miró a Eliot y vio que le estaba mirando con un gesto vacío de sorpresa.

—Cállese —dijo Wil. Echó un vistazo a la calle, llena de huesos y metal oxidado—. Puedo encontrar gasolina. Tardaré cinco minutos. ¿Puede no morirse en los próximos cinco minutos?

Eliot bajó la barbilla.

—No me mienta. Si tengo que hacerlo, le abriré en canal.

—Bb... —balbuceó Eliot—. Bien.

Wil examinó su rostro, pero sabía que no vería nada en aquella cara que Eliot no quisiese que viera.

—Claro —dijo—. Está bien. —Y bajó del coche.

Encontró un todoterreno cubierto de polvo que tenía las llaves puestas y gasolina en el depósito. Era una opción mucho mejor que intentar volver a poner en marcha el pedazo de mierda que era el Valiant, así que se montó y giró el vehículo para esquivar los otros que estaban allí abandonados. En el interior se percibía un extraño olor, pero trató de no pensar en ello. Cuando estuvo lo bastante cerca del Valiant, dejó el todoterreno en punto muerto y saltó a la calle. Entre tanto, el estado de Eliot parecía haberse deteriorado: su piel lucía un aspecto apergaminado y su mirada estaba desenfocada.

—¡Eh! —le dijo Wil, mientras abría su puerta—. He encontrado un coche mejor. Agárrese a mí.

—No.

—Sí.

—Tú vete, yo me quedo.

—No, eso no es lo que vamos a hacer. Usted viene conmigo. Ese es el plan.

Vamos a llevarle a un hospital.

—Mal plan —dijo Eliot—. Acaba contigo muerto.

—¿Tiene alguna alternativa?

—Al norte. Tres kilómetros. Una carretera de tierra. Después, campo a través, sesenta kilómetros hasta una carretera de asfalto. Lleva a una ciudad, Kikaroo. Después en la dirección que quieras.

—¿Hay hospital en Kikaroo? No. Entonces no haremos eso.

—Debes hacerlo.

—¿Sabe qué? Míreme a los ojos, dígame que cree que puedo conseguirlo sin usted, y entonces lo dejaré aquí.

Eliot lo miró fijamente.

—No resulta convincente —dijo Wil—. Agárrese a mí.

—No.

—¡Salga del puto coche!

—No.

Wil se inclinó para agarrarle, pero Eliot movió su cabeza para golpearle en la nariz: fue un movimiento muy leve, pero lo suficiente para hacerle retroceder medio cegado por el dolor.

—¡Hijo de puta! —Dio un giro sobre sí mismo y continuó insultándole—: ¡Gilipollas! —Se inclinó por encima de Eliot y cogió el objeto envuelto en la toalla—. ¡Joder que si voy a conseguir que me obedezca! —Y empezó a desenvolver el objeto.

—¡No!

La intensidad en el tono de voz de Eliot le hizo detenerse.

—Entonces...

—Nunca. —Por un momento, Wil creyó que Eliot se iba a bajar del coche, pero solo estaba moviéndose en el asiento—. Nunca me hagas eso a mí.

—De acuerdo —admitió Wil, intimidado—. Entendido, bien. —Pero entonces Eliot volvió a recostarse hacia atrás y su aspecto se volvió menos amenazador y más frágil, y Wil cambió de opinión—: ¿Sabe qué? Voy a utilizarla. —Apartó la toalla, pero la tela se enganchó en una protuberancia de la madera y se rasgó. Eliot profirió un sonido extraño, una mezcla de gruñido y quejido, y giró la cabeza hacia un lado. Wil tuvo que obligarle a girarse de nuevo hacia la palabra desnuda, pero se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados—. ¡Maldita sea! —Trató de tirarle de los párpados sin soltar la palabra—. ¡Ábralos! —Consiguió abrirle uno. La pupila se dilató y la resistencia se evaporó del cuerpo de Eliot—. Bien, ahora, salga del coche.

La mano de Eliot salió disparada y se agarró al marco de la puerta. Wil dio un paso hacia atrás. La otra mano de Eliot giró como una araña hasta que encontró dónde agarrarse, y entonces su cuerpo empezó a temblar.

—¿Está... eh... bien? —preguntó Wil.

—¡Aaghh! —masculló Eliot. La expresión de su cara era muy intensa. Wil se dio cuenta de que intentaba bajar del coche. Se esforzaba, pero le faltaba la fuerza necesaria para conseguirlo. Wil avanzó para echarle una mano y notó que todo el cuerpo de Eliot estaba vibrando y que sus músculos parecían bultos de alambres—. Deme la mano —le dijo. Eliot se enderezó y movió un pie con torpeza, buscando dónde apoyarlo. Wil lo soltó y el otro se desplomó al suelo—. ¡Oh, mierda! ¡Lo siento! —Eliot arañó con las manos el asfalto—. ¡Joder! ¡Eliot! Deje que le ayude.

—*Ghee...*

Wil le rodeó el torso con sus brazos.

—Vamos. Por aquí. —Después de avanzar cuatro pasos, Eliot empezó a vomitar. Tenía los ojos muy abiertos y miraba fijamente. Sus pupilas tenían un aspecto lechoso. Parecía muerto—. Eliot, lo siento, pero todavía falta un poco para llegar. —Eliot levantó el pie y Wil lo guio hasta que lo colocó de nuevo en el suelo—. Eso es. —A continuación, Eliot emitió un ruido que no llegó a ser una tos—. Por favor, Eliot —pero Eliot no iba a conseguirlo. Ya estaba muerto, y Wil le estaba obligando a caminar hacia un todoterreno—. Lo siento mucho, pero no puedo dejarle morir.

—*Arrrgg.*

—¡No se muera! ¡No se le ocurra morirse! —Tenía aún la palabra desnuda, así que trató de hacer que Eliot la mirase, pero ni siquiera sabía si sus ojos todavía eran capaces de ver algo—. ¡No se muera!

Todo el cuerpo de Eliot empezó a convulsionarse y de su boca brotaron varios espumarajos.

—¡Mierda! —exclamó Wil. Estaban avanzando en dirección a la furgoneta paramédica, lo que hizo que se preguntase si habría algún sedante en su interior, algo en una jeringuilla que pudiera utilizar para dormir a Eliot. Así dejaría de comportarse como un cadáver reanimado—. ¡Venga conmigo!

Apoyó a Eliot contra la trasera de la furgoneta y Eliot se desplomó al suelo. Subió al vehículo y comenzó a rebuscar en los diferentes cajones. Volvió a experimentar la sensación de haber estado ya antes allí, con fuerza esta vez. Podía sentir cómo los recuerdos le arañaban las paredes de su mente, aún demasiado lejos para verlos con claridad. Pero no tenía tiempo para eso. Eliot estaba tirado en el suelo y Wil tenía que llevarlo al todoterreno. Debería cargárselo al hombro como un bombero. ¿Por qué había perdido el tiempo dando pequeños pasos y agarrando a Eliot por el brazo? Era una estupidez. Si querías mover a alguien, tenías que cargar con él sobre los hombros. Todo el mundo lo sabía. Cualquiera que trabajase en los servicios de emergencia, había practicado ese método de carga un centenar de veces. Registró la furgoneta. Aquel vehículo no solo le resultaba familiar, sino que era su vehículo.

Dejó atrás el carrito y pasó a la cabina, dejándose caer en el asiento del conductor.

Puso las manos sobre el volante. Eliot estaba desangrándose ahí fuera, pero Wil sentía la llamada de uno de sus recuerdos perdidos. Tenía la sensación de que era un paramédico.

Abrió el compartimento que había entre los asientos y rebuscó entre todo lo que había en su interior. Además de varias monedas y envoltorios de plástico, encontró un boletín informativo amarillento. Le echó un vistazo y estuvo a punto de tirarlo a un lado antes de darse cuenta de que la foto que había era suya. Su aspecto en ella era diferente. Estaba con un puñado de gente posando enfrente del pabellón de Urgencias. Todo estaba limpio y reluciente. Tenía el pelo largo y estaba bronceado. Sus hombros eran más anchos. Estaba relajado de un modo que Wil ni siquiera podía recordar haberlo estado nunca. Leyó el pie de foto y contó de izquierda a derecha las personas que aparecían en la imagen, para asegurarse. HARRY WILSON. Ese era él. Su nombre había sido Harry.

Detrás de él, Eliot tosió. Wil pensó que había perdido un montón de sangre. Parpadeó. Por alguna razón, no le había prestado atención a la herida de bala. Al parecer, estaba dejando que se desangrase. Se sintió perplejo. ¿Por qué había dejado a Eliot tanto tiempo sin atención médica?

Volvió a salir por la parte de atrás y subió a Eliot a la camilla. El herido gruñó, lo cual era una señal positiva. Bueno, al menos era una señal. Registró de arriba abajo los estantes en busca de un bisturí, guantes quirúrgicos, vendas y suero salino, y lo localizó todo en su lugar correspondiente. Luego colocó a Eliot de lado, sostuvo el bisturí entre los dientes y levantó la rodilla y el brazo de Eliot. Cortó la camisa y descubrió una herida de salida tan grande como su mano, rosácea y con mal aspecto, rezumando sangre. Se sintió horrorizado por su propia actitud: si hubiera aplicado primeros auxilios a su debido tiempo, le habría salvado la vida a aquel tipo. Ahora lo único que podía hacer era comprimir la herida y cerrar todo lo que diera la impresión de estar perdiendo sangre.

Introdujo un dedo en el intestino de Eliot y levantó con suavidad. Oyó un sonido de absorción, una especie de *glunc*, y un pequeño mar de Eliot le manchó el dorso de la mano, lo cual era quizá lo peor que podía ocurrir, porque significaba que Eliot tenía agujeros. Para localizar el origen, tuvo que introducir cuatro dedos, y eso provocó que un terrible sonido brotase de la garganta de Eliot. Wil hizo lo que pudo. No era mucho, pero tal vez suficiente. Luego comenzó a vendar la herida.

Mientras lo hacía, los recuerdos estallaron en el interior de su cabeza como palomitas de maíz. Cosas minúsculas e irrelevantes. La expresión en la cara de una chica. El olor de la tierra por la mañana. Pero los recuerdos estaban llegando. Estrujándose a través de las barreras que se habían erguido en el interior de su cabeza. De pronto recordó algo importante, y se quedó quieto.

Eliot respiró. Estaba inconsciente. Su rostro era macilento. El problema radicaba

en que había demasiado de Eliot esparcido en dos vehículos diferentes. Eliot estaba en su camisa y en su chaqueta y en el suelo de dos coches. Estaba al borde de un choque hipovolémico y no había nada que Wil pudiera hacer al respecto. Miró a través de la puerta abierta de la furgoneta hacia el pabellón de Urgencias. Estaba a unos seis metros de un hospital lleno de sangre, pero todos los paquetes se habrían ennegrecido y estarían duros como piedras.

Se inclinó hacia delante:

—Eliot. —Le retorció la oreja, algo que, si se hacía bien, resultaba extremadamente doloroso—. Eliot, hijo de puta.

Eliot soltó un gruñido.

—Eliot. —Pegó sus labios al oído de Eliot—. Eliot.

—Eh —balbuceó Eliot.

—¿Qué tipo de sangre tiene?

Eliot abrió los ojos. Había un techo sobre él. Alicatado. Un techo falso: del tipo que oculta tubos y cables. No sabía dónde se hallaba, ni cuándo.

Oyó un *crac*. Se puso en tensión. Le dolía el abdomen. Sentía un montón de dolor por todo el cuerpo. Trató de levantar la cabeza y su visión se desenfocó. Vio paredes de color azul pálido y un techo lleno de grietas. Un teléfono atornillado a una pared. Sillas, y una mesita al lado de la cama. Una cama, de hecho, en la que estaba él tumbado. Olía a polvo.

«Oh, Dios —pensó—, estoy en Broken Hill».

Tanteó lo que le rodeaba con las manos. Algo le tiraba del brazo, y al mirar vio que era un tubo. Estaba unido a algo. Se irguió sobre la almohada, centímetro a centímetro, y vio un perchero del que colgaban varios tubos y tres bolsas. En una había un líquido transparente, en otra uno oscuro, y la tercera parecía haber contenido ese mismo líquido oscuro pero ahora estaba prácticamente vacía. Se sintió desconcertado, porque no recordaba nada de ello.

Un segundo *crac*. Esta vez lo reconoció como un disparo. Un rifle. Sus pensamientos empezaron a ordenarse. Había ido a Broken Hill con el inmune, Wil. Un granjero le había disparado. Cuando comprendió que la herida era mortal, le dijo a Wil que se fuese sin él. Pero Wil no había querido hacerlo. Había sido una de esas situaciones frustrantes en las que Eliot había necesitado convencer a Wil de algo pero no había podido hacerlo, porque el tipo era inmune. Y también estúpidamente cabezota. Eliot había perdido el conocimiento antes de resolver el asunto. Parecía que, durante el tiempo que había permanecido inconsciente, Wil le había salvado la vida.

Oyó pasos. Se quedó quieto hasta que estuvo seguro de que se aproximaban, y entonces comenzó a buscar algún arma a su alrededor. Tal y como él lo veía, había

dos guiones posibles. En uno de ellos, Wil se había marchado con la palabra desnuda, como él le había ordenado, y las pisadas pertenecían a alguien de la organización, que venía para matarle. En el otro, las pisadas pertenecían a Wil, que había sido demasiado cobarde para irse, y en lugar de eso se había quedado allí con la esperanza de que Eliot se despertase y le dijera qué hacer. En cualquiera de esos dos casos, sentía la necesidad de pegarle un tiro a alguien.

El objeto más letal que veía era el perchero, que quizá podría servirle a modo de palo. Tiró de las sábanas para liberar sus piernas. No había avanzado mucho en ello cuando un hombre apareció en el umbral de la estancia. El tipo llevaba un rifle colgado del hombro, y durante un segundo, a Eliot le costó reconocerlo.

—Túmbese —dijo Wil. Cruzó la habitación y se asomó a la ventana.

Eliot se hundió en la almohada, aplatanado por el peso amargo de su propia decepción. No debería haber esperado nada distinto. Wil no había hecho nada que Eliot le hubiera pedido desde que se habían conocido. Había sido una tontería pensar que empezaría a hacerlo ahora solo porque todo dependía de ello. Dio un tirón de la sábana.

—Nos... debemos ir. Ahora.

Wil lo ignoró. Estaba mirando algo que había en el exterior. Eliot no sabía de qué se trataba.

—Escucha, tú... capullo —dijo Eliot—. Woolf... viene hacia aquí. —Trató de decir algo más, pero sus palabras quedaron ahogadas por la tos. Cuando abrió los ojos, Wil le tendía un vaso de agua. Eliot lo cogió. Había algo diferente en la manera de comportarse de Wil. Era la razón por la que Eliot no lo había reconocido antes: porque, de algún modo, Wil había cambiado. Eliot pensó que aquel hombre que tenía delante no era Wil Parke, y esa idea resultó muy desconcertante.

El tipo con el aspecto físico de Wil le observó sin ninguna expresión mientras él bebía. Cuando Eliot terminó, le dijo:

—Túmbese.

—Tenemos que...

—Está a punto de desmayarse otra vez —dijo Wil—. Túmbese.

Eliot supo que era cierto, pero se esforzó en resistir.

—Woolf.

—Quiere decir Emily. Emily Ruff.

«Oh, Dios», pensó Eliot.

—No piense que lo ha mencionado usted. Habló un montón sobre Woolf. Pero nunca mencionó que yo la conocía. De hecho, que la conocía muy bien.

—Pue... puedo... explicarlo.

—Sí —dijo Wil—. Me lo explicará. Pero primero tiene que dormir. —Levantó el rifle—. Yo tengo que disparar a alguien.

¿A alguien? ¿A quién?, intentó decir Eliot. Pero la inconsciencia lo atrapó antes.

Se hundió en el sueño, pero no muy lejos. Recordaba el timbre de un teléfono en la oscuridad. Había sonado hacía algún tiempo. Pero él había estado tumbado, como ahora, sintiendo que Broken Hill lo envolvía. Había abierto los ojos y había visto unas cortinas. Un reloj al lado de la cama. Un hotel, había recordado. *Estoy en una cama, en un hotel, en Sídney*. El teléfono sonaba y sonaba, pero él no se había movido, por si acaso se disolvía en la nada y comprobaba que estaba de vuelta en la carretera, con la cara sobre el polvo, inmóvil.

Cogió el teléfono.

—Solicitó que le despertásemos, señor Eliot. Son las cuatro y media.

—Gracias. —Colgó el auricular en el teléfono, con cautela, y no se disolvió. Se levantó y abrió las cortinas. La ciudad estaba allí delante: la famosa Opera House de Sídney engalanada de luz, y detrás de ella, la mole del puente de acero. En la bahía había unos cuantos barcos con sus luces meciéndose con las olas. Aquellas cosas le resultaron reconfortantes, el agua, el acero, porque demostraban que el tiempo había pasado, que ya no estaba donde había estado hacía tres semanas, cuando Broken Hill había muerto a su alrededor.

Se duchó y se vistió. Frente a la puerta de su habitación había un periódico, pero pasó por encima sin prestarle atención. Abajo le aguardaba una limusina y el botones ya le estaba abriendo la puerta. Las serpenteantes luces de la ciudad pasaron deslizándose a su lado, y se fueron luego tiñendo de negro al acercarse a la bahía, cruzar el puente y rodear el zoo. La carretera era estrecha y las olas oscuras lamían las rocas. Finalmente, la limusina se detuvo junto a una escalinata empinada y el conductor le indicó que las subiese.

En lo alto se erguía una casa colonial. Había una plaza de terracota, iluminada por una docena de luces astutamente disimuladas por el jardín, con una pequeña mesa ricamente decorada y varias sillas, en una de las cuales estaba sentado Yeats.

—Antes de acercarte más —dijo Yeats—, echa un vistazo al agua.

Eliot se volvió para mirar. La bahía era un espejo negro. No estaba seguro de qué era lo que se suponía que tenía que ver, así que volvió a mirar a Yeats.

—Me alegro de verte. —Yeats se había levantado con sigilo mientras Eliot le daba la espalda y ahora avanzaba hacia él con la mano extendida. Eliot se la estrechó. Como siempre, el rostro de Yeats resultaba tan ilegible como una valla de madera. En la organización había quien conjeturaba con la posibilidad de que hubiese recurrido a la cirugía estética para paralizar su cara. Eliot tendía a creer que sí, porque sabía que Yeats tenía un cirujano personal, pero de vez en cuando acertaba a distinguir una contracción en el músculo prócer o en el occipitofrontal y entonces le asaltaban las dudas—. ¿Cómo estás?

—Estuve brevemente paralizado hace tres semanas —dijo—. Desde entonces, bien.

Yeats le señaló con un gesto una silla.

—¿No hay efectos persistentes?

—No desde el amanecer del segundo día.

—Como ella te instruyó. Fascinante. Para ser sincero, me sigue sorprendiendo que un poeta de tu calibre pudiera sucumbir ante eso.

—«Eso» —repuso mientras se sentaba—. Llamémoslo por su nombre. Una palabra desnuda.

—Eso parece.

—Me disculparé —dijo Eliot—, pero me siento en cierto modo explotado.

—¿Por qué?

—Usted me envió a Broken Hill sin decirme a lo que me enfrentaba.

—Creo que te dije que era una prueba compleja.

—Hay pruebas complejas —replicó Eliot—, y luego está esa cosa.

Se produjo un silencio.

—Bueno —dijo Yeats—, es obvio que su eficacia nos cogió por sorpresa.

Se les acercó una mujer y comenzó a servir té y café. Eliot esperó a que se fuese, y entonces dijo:

—¿Podemos hablar con franqueza? —Yeats extendió sus brazos con las palmas de las manos hacia arriba para indicarle que sí—. Usted apareció en Broken Hill en cuestión de horas. Está claro que no estaba lejos. Por lo tanto, resulta evidente que se me ocultó información. Quiero saber por qué. Porque me cuesta comprender qué hice para merecer menos confianza que Plath.

—¿Cómo fue?

—¿Cómo fue qué? —preguntó, aunque sabía la respuesta.

—Rápido, imagino. Pero debiste de percibir algo. Una fracción de segundo en la que tu consciencia se desvanecía. Como intentar aferrarse a una luz que se hace cada vez más pequeña.

—Fue como si me jodieran el cerebro.

—Me pregunto si podrías ser más específico.

—Usted tenía esa cosa en Washington. Estoy seguro de que tiene montones de datos gracias a esos pobres especímenes a los que metió en el laboratorio.

—Algunos. Pero desearía oírtelo a ti.

Eliot miró hacia el agua negra.

—La subyugación habitual es como compartir la cabina del piloto. Notas que hay alguien más ahí contigo, pulsando interruptores por detrás de ti. Esto no me dio la menor sensación de que fuese posible recuperar el control. Ninguna en absoluto. Fue como ser utilizado. Por algo ancestral.

Transcurrieron unos minutos sin que ninguno dijese nada.

—Bueno —empezó Yeats—, en ese sentido te pido disculpas. No era mi intención sacrificarle. De hecho, te seleccioné a ti precisamente porque te considero mi colega más capaz, y con mayores posibilidades de detenerla. Y en cuanto a por qué te oculté mi posición, confieso que fue un seguro ante la posibilidad de que Woolf te pusiese en mi contra. Una decisión egoísta. Pero no tengo intención de enfrentarme a ti, Eliot. La sola idea me aterroriza.

Eliot decidió cambiar de tema. A lo lejos, un animal imposible de identificar emitió un sonido que se le antojó muy australiano.

—Así que tenemos una palabra desnuda.

—La primera en ochocientos años —dijo Yeats—. Resulta excitante.

—¿Dónde está ahora?

Yeats se encogió ligeramente de hombros.

—Donde ella la dejó.

—¿Perdón?

—No la hemos recuperado —afirmó Yeats—. Sigue estando en el interior del hospital, por lo que parece.

—¿Por lo que parece?

—Las autoridades locales han enviado a varios equipos y ninguno de ellos ha vuelto a salir. Entiendo que la palabra los está matando.

Eliot se tomó un momento para serenarse.

—Me sorprende que no haya tomado todas las medidas necesarias para recuperarla. No puedo expresar lo sorprendente que eso me resulta.

—Hummm —dijo Yeats, fijando su mirada durante un rato en la oscuridad—. Déjame hacerte una pregunta. Si la palabra es tan poderosa, ¿por qué todos los que la poseyeron cayeron? Porque cayeron, todas las historias coinciden en ese punto. En todos los casos, a la aparición de una palabra desnuda le sigue un acontecimiento como el de Babel, en el cual los gobernantes son derrocados y una lengua común es abandonada. En términos modernos, sería como perder la lengua inglesa. Imagina la suma total del trabajo de nuestra organización, perdida. Todo nuestro léxico eliminado. Y, sin embargo, al parecer eso ya ha ocurrido. Parece que sucede después de cada descubrimiento de una palabra desnuda, sin excepciones. ¿No resulta curioso?

—Todos los imperios acaban por caer, tarde o temprano.

—Pero ¿por qué? No es por falta de poder. De hecho, parece ser lo contrario. Su poder los sosiega hasta que se acomodan y se vuelven indisciplinados. Aquellos que tenían que conseguir poder son reemplazados por aquellos que no han conocido nada distinto, que no comprenden la necesidad de elevarse más allá de los deseos básicos. El poder corrompe, como suele decirse, y la palabra desnuda, Eliot, no es solo el

poder absoluto, sino algo peor: es un poder que no se ha ganado con esfuerzo. No necesito hacer nada para poseerlo aparte de cogerlo. Eso me preocupa. Me hace preguntarme: si me apodero de la palabra desnuda, ¿permanezco tal y como estoy? ¿O me corrompe?

—No tengo ni idea —respondió Eliot—. Pero tengo muy claro que no podemos dejarla en el putito desierto.

Yeats guardó silencio.

Eliot se inclinó hacia delante.

—Tráigala. Séllela. ¡Joder, métala en un bloque de cemento! Entiérrela durante otros ochocientos años.

Yeats apartó la mirada.

—No la necesitamos —continuó Eliot—. A no ser que usted sienta el impulso de construir una torre.

—Hay otro tema del que debemos ocuparnos. Woolf escapó.

Eliot cerró los ojos. Fue un gesto poco profesional, pero necesitaba hacerlo.

—¿Cómo es eso posible?

—Tiene muchos recursos —se explicó Yeats—. Como creo que ya sabes.

—Según los periódicos no sobrevivió nadie.

—Supongo que no creerás lo que dicen los periódicos.

—¿Dónde está?

—No tengo la menor idea.

—¿No tiene ni idea?

—Como ya he dicho —dijo Yeats—, tiene recursos. También se las ingenió para sacar a otra persona.

—¿A quién?

—Presumiblemente al hombre por el que regresó allí.

—¿Harry?

—Sí, ese nombre me resulta familiar.

—Un momento, déjeme ver si lo entiendo bien —dijo Eliot—. Hay una palabra desnuda en Broken Hill. Ignoramos el paradero de la poetisa que la utilizó para matar a tres mil personas. ¿Me estoy dejando algo?

—No —respondió Yeats—. Creo que eso es todo.

—Tengo la impresión de que debo de estar dejándome algo —insistió Eliot—, puesto que esta situación es algo demencial.

Yeats se mantuvo en silencio.

—La palabra desnuda debe ser recuperada. Woolf ha de ser neutralizada. Sin duda usted sabe que eso no admite discusión.

Yeats meditó sobre aquel último comentario.

—Sí. Tienes razón, por supuesto. Habrá de hacerse así.

Por alguna razón, Eliot no le creyó.

—Yo localizaré a Woolf.

—En realidad, tú regresarás a Washington. Ya se te ha reservado un vuelo. Sales esta misma tarde.

Eliot negó con la cabeza.

—Quiero quedarme.

—¿Cómo estás, Eliot?

—Ya me lo ha preguntado antes.

—Lo pregunto de nuevo porque esta es la segunda vez en la conversación en la que has utilizado la palabra «querer». Si fueras un estudiante de tercer curso, me sentiría horrorizado.

—Lo diré de otra forma: es importante que se neutralice a Woolf y yo soy el mejor que hay en la organización para hacerlo.

—Pero ¿cómo estás? —Los ojos de Yeats sostuvieron su mirada—. Ella te ha conmovido. Lo veo claramente. ¿Fue la palabra desnuda? No. Fue algo más. Siempre estuviste muy próximo a ella. Desarrollaste afecto hacia ella. ¿Por qué? No tengo ni idea. Pero eso nubló tu juicio en ese entonces y continúa haciéndolo ahora. Te sientes traicionado. Estás infectado con el deseo de expiar tu fracaso de detenerla en Broken Hill.

—¿Es así como interpreta lo que ocurrió? ¿Como un fracaso mío?

—Por supuesto que no, estoy hablando de cómo lo ves tú. —Yeats recorrió la bahía con la mirada hasta donde unas suaves pinceladas de luz diurna se recortaban sobre los árboles que coronaban las colinas—. En una tragedia como esta, todos nos culpamos a nosotros mismos.

«¿Ah, sí?», pensó Eliot.

—Creo firmemente que debería quedarme aquí.

—Por eso mismo no puedes hacerlo. —El sol floreció por encima de los árboles de la colina más alejada, arrojando lanzas de luz a la bahía—. Ah, ya viene. Observa.

Una algarabía de voces animales se alzó para dar la bienvenida a la luz, ululando y graznando. Allí donde la luz la tocaba, el agua resplandecía con un azul brillante. Eliot necesitó un momento para darse cuenta de que el resplandor no era un efecto visual: las aguas se estaban moviendo.

—Martines pescadores —dijo Yeats—. La luz atrae al plancton, el plancton atrae a peces pequeños. Los pececillos atraen a los martines pescadores. En realidad, los martines pescadores ya están ahí, esperando, porque son lo suficientemente inteligentes para percibir un patrón y extraer deducciones.

Eliot no contestó, y Yeats suspiró.

—Quédate. Registra este país en busca de Woolf, si eso es lo que necesitas hacer para recuperar el control de tu conciencia.

Eliot analizó aquellas palabras. No estaba seguro de si eran una muestra de amabilidad o una amenaza. Pero no había forma de negar cómo se sentía:

—Gracias —dijo.

Sintió una luz. Al principio pensó que era la luz del sol sobre la bahía. Luego abrió los ojos. La luz entraba a través de las ventanas, y entre ellas estaba Wil. Con un rifle. Las paredes eran del azul pálido de un hospital. Estaba en Broken Hill.

—Buenos días —dijo Wil.

—¿Qué... hora es? —preguntó Eliot, y empezó a quitarse las sábanas de encima.

—Va a querer quedarse en la cama.

—No. Definitivamente no. —Sacó las piernas por un lado de la camilla, y el movimiento provocó que su visión perdiese nitidez y su cabeza le diese vueltas, así que se tomó un momento para permanecer sentado, inmóvil, con los ojos cerrados. Cuando volvió a abrirlos, Wil estaba apuntando con el rifle hacia algo que había en el exterior. Eliot recordó el ruido que había oído antes: *crac*—. ¿Qué estás haciendo?

Wil no contestó. Eliot se dio cuenta de que sostenía el rifle con mucha naturalidad. El cañón seguía el objetivo que Wil estaba rastreando en una línea perfecta, como una extensión de su cuerpo. Entonces dio una sacudida. Wil retrocedió contra la pared, abrió el cierre del rifle y lo recargó con un cartucho que sacó de sus vaqueros.

—Son casi las seis de la mañana.

Eliot no quiso creerle. Si eso fuese cierto, Woolf ya estaría allí. La ciudad estaría inundada de gente subyugada, o de PAEs, o de poetas, o de todos ellos. No podía ser por la mañana porque todavía estaban vivos.

—Tenemos que irnos.

—No vamos a ninguna parte, Eliot.

—Tenemos... —empezó, pero Wil levantó el rifle con mucha rapidez y Eliot guardó silencio. El cuerpo de Wil se quedó completamente quieto. El rifle dio una sacudida y Eliot dijo—: Por favor, dime qué es lo que crees que estás haciendo.

—Disparando a unos tíos.

—¿Qué tíos?

—Subyugados, supongo.

—Estás disparando a personas subyugadas —dijo Eliot—. Ya veo. Cuando se trata de un tipo en un helicóptero y te pido que le dispires, no lo haces. Pero ahora les disparas a personas subyugadas.

Wil se pasó de una ventana a otra.

—No hay un límite de suministro de tipos subyugados —dijo Eliot—. Por si todavía no lo has adivinado. Enviaré a tantos como sea necesario.

—¿Quién? ¿Emily?

«Oh, sí», pensó Eliot. Wil había recuperado la memoria. Por eso estaba sosteniendo un rifle como si lo hubiera utilizado toda su vida, porque en realidad lo había hecho.

—¿Qué crees que estás haciendo, Wil?

—Harry.

—¿Qué?

—Mi nombre es Harry Wilson.

—De acuerdo. Por supuesto, error mío... ¿Qué coño estás haciendo, Harry?

—Esperando.

—¿Esperando a...? —Su mente empezó a darle vueltas—. ¿Esperándola a ella? —Wil, o Harry, o quienquiera que fuese, no respondió. Pero la respuesta era claramente sí. Claramente tenía una noción mal informada de la situación, lo cual iba a provocar que ambos terminasen muertos. Era culpa de Eliot, por supuesto. Como todo lo demás—. Ella no es quien tú crees.

—¿Es Emily Ruff?

—Sí. Woolf es Emily Ruff. Pero...

—Entenderá por qué eso supone un problema para mí. Todo ese asunto de que usted quiera matarla.

—¿Eres consciente de que te estás comportando como una persona diferente? ¿Una persona completamente diferente?

—He recordado.

—Vale —dijo Eliot—, pero lamento tener que informarte de que lo que estás recordando ya no es válido, porque cuando tú cambiaste, ella también lo hizo. Ya no es la chica con la que solías salir en Broken Hill y compartir batidos o montar en canguro o lo que coño hiciésteis. Ahora asesina a gente. Viene a matarnos.

—No le creo.

—¿Por qué iba a mentir sobre esto?

—Charlotte.

Eliot buscó las palabras adecuadas:

—¿Crees que por eso odio a Woolf? ¿Por lo que sucedió en Montana?

Harry se encogió de hombros.

—¡Bien, joder! —exclamó Eliot—. ¡Me has pillado! ¡Desde que me obligó a disparar a la mujer a la que amaba, le guardo rencor! ¡Por todos los diablos! —Se pasó una mano por la frente. Harry lo miró sin mostrar ninguna expresión, y aquel absurdo, la quietud del hombre al que conocía como Wil Parke mientras él se enfurecía, no se le escapaba. Él había sido un poeta—. No podemos olvidar el pequeño dato de que Woolf era una zorra asesina que nos estaba dando caza a los dos incluso ya antes de eso.

—Usted me mintió.

—¿Qué se suponía que debía hacer? ¡Tú eres el único inmune! No tenía la opción de encontrar a alguien que no se hubiese acostado con ella. Wil, entiendo que estés enfadado. Lo entiendo. Pero mírate. En cuanto descubriste que ella era Emily, te rendiste. Siento haberte mentado. Pero eso no cambia el hecho de que tenemos que detener a Woolf. Tenemos que hacerlo. ¿Qué puedo decir para convencerte?

—No quiero que diga nada. Quiero que se siente ahí y espere hasta que ella llegue aquí.

Eliot se hundió en la cama. No tenía sentido. Todas las técnicas que conocía eran inútiles, porque a Harry no se le podía persuadir.

—¿Qué le ocurrió a ella?

—¿Cuándo?

—Después de Broken Hill.

Eliot miró al techo.

—Desapareció. La busqué durante meses.

—¿Y entonces?

—Y entonces —dijo Eliot— regresó.

UN ESTUDIO PRUEBA EL PUZLE BILINGÜE

De: *The City Examiner*, Volumen 144, Edición 12

... el electrodo se aplicó al cerebro de un sujeto bilingüe franco-chino y al paciente se le pidió que contase hasta veinte. Comenzó a hacerlo en francés, pero cuando se le aplicó el electrodo a su circunvolución frontal inferior izquierda, pasó involuntariamente a hacerlo en chino. Cuando se le quitó la estimulación, volvió al francés.

En otro caso, el año pasado en Dorset, una mujer bilingüe que sufrió un trauma cerebral en un accidente de coche quedó incapacitada para hablar en inglés, aunque continuó hablando holandés con fluidez.

Los resultados proporcionan nuevas evidencias de que las lenguas se desarrollan en partes separadas del cerebro, explicando así por qué los hablantes bilingües no tienden a mezclar palabras de diferentes lenguas.

«Si tu cerebro es un ordenador, entonces los hablantes bilingües poseen un doble arranque», dijo la doctora Simone Oakes, de la Escuela de Medicina de la Universidad de Oxford, haciendo referencia a una máquina con dos sistemas operativos instalados. «Tienen múltiples modos de operación, pero solo uno puede estar activo en cada momento».

Se espera que futuras investigaciones exploren los efectos de lenguajes específicos en el cerebro, como el enigma de por qué determinadas actitudes y creencias aparecen con mayor frecuencia en los hablantes de unas lenguas y no de otras, sean cuales sean los factores culturales.

[D O S]

Cogió el tren a Blacktown y deambuló por las calles hasta que encontró la tienda de artículos del ejército sobre la que había leído el día anterior. Era grande, casi un almacén, con los pasillos rebosantes de equipaciones pretendidamente militares y redes de camuflaje colgadas del techo. Se abrió paso entre ciclistas, tipos de espesas barbas y jóvenes con actitudes notoriamente resentidas y hombros amplios y claramente definidos que de vez en cuando cogían alguna botella o cuchillo o paquete que parecía contener algo interesante. En el pasillo tres, un hombre con barba, vaqueros y camiseta se le acercó y le preguntó si necesitaba ayuda.

—Sí —dijo Emily—. Estoy buscando lona de camuflaje que pueda usarse para montar una tienda de campaña.

—¿Desierto o monte?

—Desierto —respondió, satisfecha por haberse saltado la parte en la que el dependiente mostraba su exagerada sorpresa porque una chica como ella quisiese algo así.

—Tenemos lonas y tenemos redes de camuflaje. Puedes colocar una encima de la otra.

—Quiero una sola cosa, si la hay.

—¿Cargarás con ella?

—Sí, exacto.

—Entonces, ¿puedo recomendarte una bolsa espacial?

—¿Qué es eso?

—Un saco de dormir ligero, con interior de papel de aluminio y exterior de tela impermeable. Una pequeña malla en la cara que puedes abrir para ventilación sin que puedan entrar los insectos. Se pliega y queda reducido prácticamente a la nada. Es un producto nuevo. Difícil de adquirir, porque todavía los utilizan en el ejército.

—¿Cómo de difícil?

—Dos mil dólares.

Emily asintió. Eso podía permitírselo.

—¿Es de camuflaje?

—No, pero te diré una cosa, si es lo que quieres puedo coserte una red de camuflaje encima.

—¡Sí! Eso sería genial.

El tipo la llevó al mostrador y formalizó su pedido.

—Te llamaré en un par de días. ¿Puedo ayudarte con alguna otra cosa? —La vio dudar—. Si estás planeando pasar una temporada en el desierto, espero que tengas un sistema para el agua.

—El agua no es problema, pero me preocupan las serpientes.

—Haces bien.

—¿Qué puedo hacer para mantenerlas alejadas de mí?

—La idea es mantenerse alejado de ellas.

—Tengo buenas botas, pero... —Hizo un gesto vago—. ¿Hay algún tipo de aparato electrónico que las asuste? ¿Como esos que repelen a los insectos en las casas? —El tipo había empezado a poner cara de estar divirtiéndose, por lo que Emily supuso que no existía ningún aparato de aquel tipo—. ¿Hay algo que me pueda servir?

El otro se rascó la barba.

—Puedes mirar dónde pones los pies.

—Ya.

—Y llevar un palo.

Así pues, no estaba muy contenta con el tema de las serpientes, pero podía darse por satisfecha en lo demás. La bolsa espacial era la pieza final del puzle. Con ella, podía empezar a experimentar. Resultaba tentador saltarse esa parte, pero había averiguado ciertos datos alarmantes sobre la pérdida de agua en el cuerpo relacionada con el sudor en el desierto, y no era algo que quisiese ver confirmado cuando se hallase a sesenta kilómetros del ser humano más cercano. Del ser humano «benigno» más cercano, puesto que daba por hecho que Broken Hill estaba rodeada por personas subyugadas, hombres y mujeres que trabajaban en panaderías o gasolineras, o que conducían camiones o que simplemente estaban en cruces clave de carreteras y que, nada más verla, realizarían una llamada de teléfono.

De ahí la necesidad de cruzar el desierto. Unos cuantos meses antes, cuando volvía en busca de Harry, lo había hecho en una moto de *motocross*. Al pensar en ello con la perspectiva del tiempo, se le antojaba algo tremendamente arriesgado. Pero entonces estaba impaciente. Tenía prisa por llegar hasta él. Y todo había acabado muy mal. No quería pensar en ello. Esta vez tomaría precauciones. Atravesaría cincuenta kilómetros de desierto a pie, y nadie la vería porque lo que estaba haciendo era algo inimaginable.

Una vez que tuviese la palabra, daría comienzo a la segunda etapa de su viaje, hacia Washington. Cuando llegase allí, le arrancaría el corazón a Yeats, del mismo modo que él se lo había arrancado a ella. Lo que ocurriese después de eso, ya no importaba.

Pasó mucho tiempo en los trenes, leyendo diccionarios. Se ponía capucha para evitar las cámaras. Podía viajar durante todo el día por solo dos dólares y no estar nunca en el mismo sitio más que unos pocos minutos. El último tren era a las dos de la

madrugada, momento en el que tenía que buscar un lugar donde dormir, pero no le resultaba difícil. Ya lo había hecho antes.

A veces dormitaba en el tren. Intentaba no hacerlo, porque temía despertarse y ver el vagón atestado de poetas y sin escapatoria, pero era inevitable. Los diccionarios no eran muy interesantes. Así que cuando notaba que la cabeza se le empezaba a caer de lado hacia el cristal de la ventanilla, hacia las fábricas o campos que se extendían al otro lado, no se esforzaba por evitarlo.

El día después de haber pedido la bolsa espacial, se despertó para descubrir a un tipo sentado enfrente de ella, mirándola. Ya estaba medio incorporada, a punto de formular una retahíla de palabras, cuando se dio cuenta de que no era Eliot. No era nadie, así que volvió a recostarse en su asiento. La había invadido el pánico; siempre lo hacía cuando despertaba de sus sueños.

—Perdona —dijo el hombre—. No pretendía asustarte.

—No importa. —Emily estaba empezando a recordar dónde estaba y a situarse. El tipo tenía unos cuarenta años, iba bien vestido, con una sudadera y un buen reloj. Ella solía hablar con gente así, como fase previa para persuadirles de que le diesen dinero.

—Tienes ahí un montón de libros. ¿Son diccionarios?

Ella asintió.

—¿Estás estudiando?

—La vida —respondió. A la gente le gustaba aquel tipo de salida. Solía provocar que las personas se abrieran—. Solo los leo para entretenerme.

—¿Diccionarios?

—Sí.

—Eso no suena muy divertido. Más bien suena espantoso.

—En algunas lenguas «espantoso» procede de «imponente». Y tenía el mismo significado que «impresionante». Lo aprendí en un diccionario.

El tipo parpadeó.

—¿Lo ve? Es divertido.

—Eso es fascinante, de verdad. ¿Qué más?

Emily ojeó sus notas (tomaba notas de sus lecturas).

—«Causar» ha cambiado. La definición solía ser «hacer que algo ocurra». Ahora le han añadido «especialmente, algo malo».

—¿Han cambiado «causar»?

—Han percibido un cambio. Los diccionarios registran el uso común.

—Creía que eran cosa de un grupo de profesores en una universidad, o algún lugar parecido, decidiendo lo que significan las palabras.

Emily negó con la cabeza.

—Entonces, ¿ahora es malo causar algo?

—Sí. Y probablemente también lo sea unirse a una causa. Por la filtración semántica.

—Bueno —dijo el tipo—. Eres la persona más interesante que he conocido en toda la semana.

—Gracias —contestó ella, pero estaba empezando a tener un mal presentimiento. Se arrepentía de haber comenzado aquella conversación—. Se acerca mi parada. — Empezó a guardar los diccionarios en su mochila.

—¿Tienes dónde dormir esta noche? —Emily no dijo nada—. Lo siento, no ha sonado bien. Quería decir, ¿estás bien? No tienes buen aspecto.

—Estoy bien.

—No pretendo ser grosero, pero estoy lo bastante cerca para olerte. —La expresión de su cara parecía genuina, pero a Emily no le gustaban sus ojos. Había un montón de diminutos músculos en esa zona, y no eran consecuentes con lo que expresaba el resto de su cara—. ¿Puedo ayudarte de algún modo?

—Gracias, pero no —repuso, al tiempo que se levantaba—. Esta es mi parada.

—También la mía.

Emily se sentó de nuevo.

—Me he equivocado.

El hombre se inclinó hacia delante. Lo hizo lentamente, como si quisiese hacerle bien.

—¿Necesitas dinero?

Emily titubeó, pero sí que lo necesitaba. Pero no lo quería de aquel tipo. Ni siquiera quería subyugarlo. Solo necesitaba largarse. El ojo comenzaba a dolerle.

—Sea cual sea el problema en el que te has metido, puedo ayudarte. Soy abogado. Tengo dinero. Sin condiciones. Veo a una joven inteligente que necesita que le echen una mano. Eso es todo. Di que no y no te molestaré más.

El tren se detuvo. El vagón estaba casi vacío, y el andén desierto. Emily esperó hasta que estuvo segura de que el hombre no se movía, y entonces se levantó y caminó con prisa hacia la puerta. Llegó a tiempo, pulsó el botón, bajó del tren y siguió caminando. La brisa nocturna le removi6 el pelo. Quería echar un vistazo a su alrededor, pero mantuvo la cabeza gacha, por si acaso había cámaras.

—Quinientos dólares —dijo el tipo, justo detrás de ella—. Míralos.

Emily lo ignoró.

—¿Eres estúpida? Solo tienes que cogerlos. C6gelos. —Le puso una mano en el hombro.

Emily se volvió y le dio un empujón, haciendo que se tambalease hacia atrás. Realmente tenía la mano llena de billetes. A su espalda, el tren se estaba poniendo otra vez en marcha.

—Estoy intentando ayudarte.

—¡Que te jodan! —gritó Emily. Y, por alguna razón, se abalanzó sobre él y volvió a empujarle—. ¡Déjame en paz! —Él trató de sujetarle el brazo, pero ella era demasiado rápida. El tipo no estaba preparado para ser atacado. Emily lo empujó una vez más—. ¡Déjame en paz! —La espalda del hombre golpeó contra el tren en movimiento y rebotó hacia el andén. La mente de Emily estaba llena de violencia y la estrella de su ojo estaba cantando y un empujón más podría hacerle caer entre los vagones. Si lo calculaba bien. Pensó en Yeats, en ahorrar sus fuerzas para emplearlas contra Yeats.

—¡Dios! —exclamó el tipo—. ¡Dios! —La esquivó y huyó a la carrera.

Emily se quedó allí, tratando de controlar su respiración. Tenía que largarse. Tenía que irse antes de que llegase la policía. Se dirigió hacia la salida, con la capucha ocultando su cabeza. No podía esperar a que le entregasen la bolsa espacial. Tendría que llamar a la tienda y que se la enviasen por correo. Tenía que abandonar las ciudades, alejarse de la gente antes de que alguien resultase herido.

Un mes más tarde, avanzaba con dificultad a través del desierto. Llevaba un palo consigo. Era de noche, porque durante el día la visibilidad alcanzaba unos treinta kilómetros en todas direcciones, y daba por hecho que alguien estaría mirando. Y, además, las serpientes dormían por las noches. Se había puesto una parka forrada de piel y pantalones amplios, lo que tal vez constituía una extraña combinación, pero la cuestión era que las noches eran lo suficientemente frías como para congelar el sudor. Cargaba con una mochila de unos trece kilos de peso sujeta a su cintura y sus hombros. Le encantaban sus botas: grandes, marrones y muy cómodas.

Recorrió un buen trecho la primera noche y se detuvo al ver el primer indicio del amanecer. Localizó una pequeña depresión en el suelo, junto a tres árboles achaparrados, un pozo seco hacía mucho tiempo, y extendió su saco de dormir debajo de ellos. Se sentó allí un rato, al fresco, contemplando la retirada de las estrellas ante el aumento de luz en el cielo. Sintió en su cuerpo una sensación de haber sido satisfactoriamente utilizado. No estaba agotada. Se hallaba en buena forma. Se comió una galleta dura y se tumbó dentro de la bolsa espacial, y enseguida se quedó dormida.

Despertó unas cuantas horas más tarde en un horno. Estaba nadando en sudor. Atisbó el exterior, pensando que quizá ya no la resguardaba la sombra. Pero no. Solo hacía calor. Serpenteó para salir del saco, manteniéndose tumbada en el suelo para evitar que su silueta resultase visible, y abrió su mochila. Sacó de ella cuatro estacas de madera y las usó para levantar el saco y que no tocase el suelo. La idea era continuar camuflada desde lo alto y al mismo tiempo permitir que el aire circulase a su alrededor. Se desnudó, se metió de nuevo en la bolsa, bebió agua del depósito que llevaba consigo e intentó dormir.

La segunda noche resultó más complicada. Sentía las piernas sospechosamente hinchadas, algo que no le había pasado cuando entrenaba. Tal vez se había extralimitado al caminar más rápido de lo que era necesario. También estaba consumiendo su suministro de agua. Se obligó a sí misma a avanzar más despacio, a detenerse con mayor frecuencia para descansar, pero entonces le preocupó el hecho de estar recorriendo distancias menores, lo cual provocaría nuevos problemas con el agua. Había muchas posibilidades de que pudiese obtener agua fresca en Broken Hill, y en ese caso no tendría problemas. Pero no quería confiar en ello, puesto que si se equivocaba, moriría. Continuó caminando, con el palo preparado por si se le cruzaba alguna serpiente nocturna.

Avanzó menos de lo que quería y se detuvo temprano, porque se sentía mareada. Bebió un montón, e incluso se echó agua en la cara. Comió más galletas. No había llevado muchas, para evitar la tentación, porque la digestión aumentaba la demanda de agua del cuerpo. Empezaba a parecerle un error. Se arrastró al interior de su bolsa espacial.

De nuevo, le despertó el sol asando la tierra y tuvo que convertir su bolsa en una pequeña tienda de campaña. Esta vez, sin embargo, se dio cuenta de que los árboles bajo los que había acampado apenas tenían hojas, lo cual suponía un serio problema por la ausencia de sombra. No hacía viento y la parte inferior de la bolsa espacial irradiaba calor. Permaneció acostada todo el tiempo que pudo, observando cómo su piel se sonrosaba primero y luego se enrojecía, entonces salió del saco y formó un ovillo contra el tronco de uno de los árboles. Así estaba mejor, pero solo un poco. Comenzó a preguntarse seriamente si moriría allí. Dos semanas atrás había tomado la decisión de no llevarse la amplia túnica beduina que le habría permitido caminar durante el día sin desmayarse, pensando que no merecía la pena a causa del peso. La decisión podría significar su muerte.

Se bebió sus electrolitos. Cada treinta minutos, vertía pequeñas cantidades de agua en sus manos y se mojaba la cara y la nuca. El agua se reducía de manera alarmante, pero se trataba de beber o de fallecer. A última hora de la tarde se levantó una ligera brisa que removió la arena y Emily rompió a llorar pese a que eso suponía una pérdida de líquidos.

Finalmente, el sol descendió hacia la tierra. Algún tiempo después, comenzó a sentirse de nuevo humana. Se puso en pie y empezó a empaquetar su mochila y pensar en qué dirección ir. Lo inteligente sería dar la vuelta. Le llevaría dos noches, pero tenía agua suficiente y podría recuperarse y volver a pensar cómo llegar a Broken Hill. Pero significaría empezar de nuevo. Y la ciudad estaba solo a una noche de distancia. Y probablemente allí habría agua. Incluso aunque los depósitos se hubiesen estropeado, habría botellas. Tiendas y cafeterías con frigoríficos. Decidió hacer caso omiso a la parte de sí misma que ponía objeciones del tipo «pero y si...» y

se puso en marcha.

Le empezaron a doler los pies, luego los sintió humedecidos y, al rato, entumecidos. No quería culpar a las botas, pero tenía la sensación de que le estaban fallando. Eran como esos chicos que al principio parecen majos y agradables y un par de semanas después te das cuenta de que son tontos de remate. A eso de la medianoche comenzó a alucinar un poco y a olvidarse de hacer cosas importantes, como comprobar la brújula. Encontró en su camino una roca y se sentó en ella, y al poco se despertó caída de bruces en el suelo. Sentía los labios como si fueran un bizcocho horneado. Bebió, y bebió, y se acabó sus reservas de agua.

La ciudad se alzó ante ella al amanecer. Avanzó hacia allí. No recordaba cómo, pero había perdido su bastón. Empezó a pasar casas y lugares que reconocía. Vio el primer cuerpo e intentó no mirar, pero sus ojos no obedecían y no permanecían quietos. Era una mujer a la que conocía. Cheryl. Reconoció el vestido. «Estoy aquí para arreglarlo —le dijo a Cheryl—. Para pedir perdón». Pero en realidad no podía creer que a Cheryl le valiese con eso, ni que la fuese a perdonar. Dio un sorbo de su depósito de agua y recordó que estaba vacío, así que se dirigió hacia una verja, porque ya era hora de buscar más agua. Cruzó el sendero de entrada y se detuvo, pues en los escalones de cemento que daban a la puerta principal había una serpiente dándose un baño de sol. Emily la miró fijamente.

—¡Que te jodan! —le gritó, dando sonoras pisadas con sus botas, y la serpiente se alejó deslizándose por el suelo.

Abrió armarios y se desvaneció en un dormitorio y vomitó en un aseo y no sería capaz de decir en qué orden había ocurrido todo ello. Encontró agua y durmió. Cuando despertó, el sol proyectaba sombras en un ángulo de cuarenta y cinco grados y tuvo que mirarlas un buen rato para averiguar si era por la mañana o por la tarde. Había dormido durante un día y medio. Tenía un hambre feroz.

Encontró y devoró una caja de galletas con trozos de fruta. Su cerebro reaccionó y Emily empezó a ser capaz de pensar con lógica. Había botellas de agua vacías por todas partes. Se sentó a la mesa de la cocina y esperó a que el sol se pusiera, y cuando lo hizo, se colocó la mochila a la espalda.

Soplaba un viento fuerte que le arrojaba arena a la cara. Avanzó por la carretera. Se había preparado mentalmente para los cadáveres, y mantenía los ojos alzados y su mente centrada en su objetivo, pero cuanto más se acercaba, más le invadía un terror salvaje que le hacía querer dar media vuelta y salir corriendo de allí. La arena le picaba en los ojos, y por mucho que se los rascase no lograba aliviar la sensación.

Dejó atrás la gasolinera, con sus coches y camiones completamente calcinados. Se transformó a sí misma en una máquina compuesta de pies y piernas y un objetivo. Llegó al hospital. Pasó por encima de un revoltijo de ropas y cuero y huesos y abrió

de un empujón una puerta lateral. Actuaba como un autómata. Se internó en el pasillo. No reconocía nada, porque una parte de su cerebro estaba cerrada. Alcanzó la puerta doble que daba a Urgencias, dejó caer su mochila y cerró los ojos. Luego entró.

El olor era horrible. Antiguo pero aún fuerte. Empezó a moquear. Sus botas toparon con algo y lo esquivó rodeándolo. Cuando algo le bloqueaba el paso, pasaba con cuidado por encima. Sus dedos localizaron el mostrador. Lo palparon hasta el punto donde había dejado la palabra desnuda.

No estaba allí. Se quedó un rato quieta, respirando. Recorrió todo el mostrador hasta dar con la pared en el otro extremo, tanteando su superficie. Sus dedos encontraron varios objetos, cosas pequeñas que podía identificar, como una grapadora y una placa, y cosas más grandes que apartó de su camino, segura de que no eran lo que estaba buscando y que no se molestó en pensar qué podían ser. Llegó hasta la pared y empezó a emitir un sonido bajo, mezcla de lamento y murmullo.

Rodeó el mostrador dos veces. Volvió luego al punto donde había dejado la palabra desnuda y se puso a cuatro patas para comprobar que no estuviese en el suelo. Casi de inmediato, tocó ropas y pelo y su murmullo se transformó en un chillido, y ya no pudo seguir. No podía palpar cadáveres. Se incorporó. Una idea se formó en su cerebro: «Estoy perdida». Nunca encontraría la forma de salir de allí. Se pasaría el resto de su vida arrastrándose sobre los cuerpos de la gente a la que había dejado morir, buscando una salida sin atreverse a abrir los ojos. Su respiración se convirtió en una sucesión de hipidos agudos. Tropezó dos veces antes de que sus manos localizaran las puertas y se arrastrase afuera.

Regresó a la casa. Podría haber ido a la de Harry, pero no tenía ánimos para enfrentarse a más recuerdos. Con cuatro paredes rodeándola se sentía más segura. Se restregó las manos en la cisterna del aseo. Se sentó en el retrete y se quedó mirando a la nada. Sentía su cerebro entumecido. La palabra debería haber estado allí.

Puede que Yeats hubiera querido colocarla exactamente en aquella situación. Tal vez había recuperado la palabra meses atrás, en secreto. Le habrían seguido el rastro por el desierto, y en aquel mismo instante estarían avanzando por las calles de la ciudad, acorralándola, comunicándose en susurros guturales.

Pero aquello no parecía tener sentido. No comprendía bien a Yeats, pero según su experiencia, la gente que tenía poder lo utilizaba. Sentía que la palabra estaba allí. Y la sensación era muy fuerte.

Un rato después, se le ocurrió una idea. Se puso en pie.

Volvió de nuevo al hospital y atravesó los pasillos hasta llegar a las puertas de

Urgencias. Colocó la mochila contra la pared y sacó de ella una cámara digital que había encontrado en la casa. Ya había comprobado que tuviese batería, pero para asegurarse sacó una foto de un extintor. Luego cerró los ojos y abrió las puertas.

Avanzó unos pasos arrastrando los pies y alzó la cámara. Trabajaba con la idea de que aquella cosa era realmente una palabra. Estaba en un trozo de madera petrificada, pero la madera no era lo importante. Lo trascendente era la marca que había en ella. Pulsó el disparador y percibió el flash a través de sus párpados cerrados. Se movió un poco y volvió a pulsar el botón. Acumularía fotos. La mayoría de ellas contendría cosas que serían insoportables de ver, pero en una aparecería la palabra. La gente seguía entrando en aquella habitación y convirtiéndose en asesinos, así que, por lo tanto, la palabra se hallaba en algún lugar donde podía ser vista. Ajustó el objetivo y pulsó el disparador para sacar otra foto. Continuaría haciendo más y más hasta que la memoria de la cámara se agotase. Entonces descargaría las fotos a un ordenador. Las ampliaría mil veces e inspeccionaría cada una de ellas, centrándose solo en un puñado de píxeles cada vez. Le llevaría una eternidad. Vería cosas terribles. Pero lo haría. Al final, encontraría los bordes de algo que parecería madera. Sabría en qué parte de la imagen se hallaba la palabra desnuda. Podría aumentarlo otras cien veces hasta que fuese demasiado grande para verla entera de una sola vez. Y podría copiarla. La palabra no era una cosa. Era información. Podía ser duplicada. Podía copiarla por piezas y grabarla luego en madera para que tuviese el mismo aspecto. Tal vez haría que alguien la ayudase, para no tener que guardar el objeto entero en su cabeza. Entonces tendría un centenar de pedazos pequeños, numerados por detrás, y podría unirlos. Tendría que hallar un modo de cargar con ellos de forma segura. De mantenerlo siempre cerca de ella. Pulsó otra vez el disparador. Se le ocurrió que quizá sería buena idea poner la palabra en un collar.

Salió del hospital. El aire le pareció increíblemente fresco, así que cogió varias bocanadas. Empezó a caminar, pero enseguida echó a correr con la mochila rebotando en su espalda. Aferraba la cámara entre sus manos. Debería parar y envolverla en plástico y guardarla de forma segura. Pero no podía detenerse. Corrió por calles inundadas de muerte, y un cuervo graznó y ella le contestó con un chillido, un canto demencial que se repitió en un eco interminable. Se suponía que debía comportarse de manera cautelosa. Podría haber alguien escuchándola. Corrió, entre hipidos y balbuceos, desesperada por aumentar la distancia que la separaba de aquel lugar, por llegar a algún sitio donde pudiese abrir sus pulmones y gritar con todas sus fuerzas.

Yeats subió la escalinata de la mansión y se vio rodeado de criados. Había creído

esquivarlos a los pies de la escalinata, pero allí arriba había más. Uno trató de guiarle a través de la enorme puerta de doble hoja y otro le preguntó con gentileza si necesitaba algún refresco, y un tercero quiso quitarle la chaqueta. Todo ello en un tono de voz característico de los mayordomos que le hizo a Yeats sentirse como si estuviera atravesando un arroyo burbujeante. Permitted que le quitasen la chaqueta. Un cuarto mayordomo aprovechó la oportunidad de plantarse ante él y ajustarle con descaro la pajarita. El que quería suministrarle algo de beber se colocó de manera que Yeats no tenía más que dar un paso hacia delante para que una copa de champán se deslizase sin esfuerzo en su mano izquierda, pero Yeats no le conocía y no existía un solo universo en el que permitiese a un extraño meterle un líquido en el cuerpo.

—Tenemos a la española —dijo Eliot.

Había seguido a Yeats escaleras arriba y estaba mirando hacia el interior de la casa. Los mayordomos lo rodeaban para esquivarlo como si fuese una roca asomando en la superficie de un océano furioso, porque no llevaba puesto un esmoquin. Llevaba un traje marrón y un abrigo beis, que, por lo que parecía, Yeats tendría que arrancarle del cuerpo si quería verlo alguna vez con otro tipo de ropa. Había un código, por supuesto. La organización imponía un techo en la calidad de la ropa que un poeta podía permitirse disfrutar, en proporción al nivel del poeta. La cuestión era mantener bajo control una situación en la que un poeta recién graduado se daba cuenta de que había muy pocas cosas en el mundo que le estuviesen vedadas y empezaba a pasearse por ahí con trajes extravagantes y coches de trescientos mil dólares, llamando la atención. Y, técnicamente, el código también se aplicaba a Yeats. Técnicamente, todo el conjunto de ropa que llevaba puesta debería haber costado más o menos la mitad que sus zapatos. Pero Yeats no respetaba el código, porque no era un veinteañero que requiriese protección contra la tentación. Era lo suficientemente inteligente para respetar el propósito del código sin esclavizarse a él punto por punto. Eliot era otro cantar. Eliot, con su traje del siglo pasado, sus repulsivos zapatos de centro comercial y su chaqueta arrugada. Lo más importante de Eliot era que no sería capaz de romper una norma ni aunque fuese para salvar su vida.

—¿Vas a entrar? —le preguntó Yeats—. Tengo entendido que algunos delegados han venido acompañados de consejeros.

—No. No voy vestido para la ocasión —respondió Eliot, antes de darse cuenta de que no había sido una verdadera invitación.

—Entonces te veré en el despacho.

—El ruso no viene. Eso es lo que venía a decirle.

Yeats dudó un instante. El mayordomo que sostenía la copa de champán aprovechó la oportunidad de deslizarse hacia delante y Yeats le clavó la mirada, haciéndole avergonzarse terriblemente por haber atraído la atención sobre su persona. El tipo se apartó, arrepentido.

—¿Qué quieres decir?

—El ruso participará vía conferencia.

—Debes de estar bromeando.

—Es lo que ha dicho su gente —dijo Eliot, encogiéndose de hombros.

—Bueno —murmuró Yeats. Siempre se preparaba con sumo cuidado para aquellas reuniones. Trataba de tomar en consideración cualquier posible eventualidad. Pero ¿una conferencia telefónica? ¿Hasta tal punto tenía miedo el ruso de ser subyugado? ¿No era acaso consciente de que recurrir a una conferencia hacía público su miedo y su vulnerabilidad ante todos los delegados presentes en la casa? Era ridículo.

Eliot continuaba allí, observando los vestidos y esmóquines que había en el interior de la habitación.

—Gracias —dijo Yeats.

Eliot asintió y comenzó a descender la escalinata. Yeats sintió que su ánimo mejoraba con cada peldaño que Eliot bajaba, con cada nuevo aumento de la distancia entre él y aquellos zapatos. Los mayordomos formaron un enjambre a su alrededor, excitados por su atención. Yeats se deshizo de ellos y entró en la casa.

Al otro lado de la puerta estaba Von Goethe, encabezando un círculo reluciente que incluía, si Yeats no se equivocaba, a un senador y a dos miembros del Congreso. Goethe era alemán, de corta estatura y nariz afilada, con el pelo oscuro y peinado hacia atrás. Llevaba gafas de montura dorada, que Yeats estaba seguro de que no eran más que un adorno decorativo. Sus zapatos eran elegantes y exclusivos, de color marrón. Goethe se disculpó ante el grupo y estrechó las manos de Yeats entre las suyas.

—*Guten Tag, mein Freund* —dijo Yeats, lo que hizo que el rostro de Goethe se contrajera en una expresión de disgusto—. *Wie geht es Ihnen?*

—Con algo de náuseas, después de eso.

—Mis disculpas —dijo Yeats—. No tengo oportunidad de practicar mi alemán con la frecuencia que me gustaría.

—Estás perdonado. —Aquel intercambio dejó claro que Goethe no quería conversar con Yeats en alemán, lo cual era algo sensato, pues resultaba más sencillo resistirse a la subyugación en un idioma aprendido que en el nativo, pero también era una cobardía, por la misma razón. Yeats, dada la ocasión, se mostró de acuerdo con ello. No estaba allí para subyugar a nadie. Además, sinceramente dudaba de que Goethe fuese capaz de causarle problemas usando el inglés—. Has organizado un encuentro muy agradable. Merece mucho la pena.

—Bueno —dijo Yeats. Por primera vez se fijó en el escenario que tenía ante sí, las mesas cubiertas con manteles blancos, el cartel, de buen gusto, que había junto al

podio y en el que se leía: UN MUNDO DE ALFABETIZACIÓN—. Hacemos lo que podemos.

—He estado hablando con uno de vuestros políticos y me ha informado de que vuestro gobierno está invirtiendo cientos de millones de dólares para enseñar a leer a niños de toda Asia.

—Hacemos lo que podemos.

—A leer en inglés —subrayó Goethe.

—Bueno —dijo Yeats—, no esperarías que les enseñásemos a leer en alemán. —Cogió la mano de una mujer alta y bronceada que había atraído su atención hacía veinte segundos y había cruzado el salón como un torpedo—. Rosalía, ¡qué placer!

—William —dijo ella—. Lo juro, parece que cumples años en sentido contrario.

—De Castro —la saludó Goethe, echando un vistazo a su vestido, que era atrevido cuando estaba quieta y prácticamente escandaloso cuando se movía. De Castro le ofreció la mano y Goethe se la besó—. Yeats y yo discutíamos sobre su último plan de sembrar el mundo con misioneros de la lengua inglesa.

—Supongo que comprenderás que una lengua común a nivel mundial le vendría bien a los intereses de la organización.

—Supongo —admitió Goethe—. Pero lloro ante la perspectiva de que esa lengua sea la inglesa.

—No lo será —dijo De Castro—. Será el español. El inglés se estancó hace algún tiempo. Hará falta algo más que los misioneros de Yeats para darle la vuelta a la situación. —Miró con cierto desprecio a Goethe, que era unos treinta centímetros más bajo que ella—. Entiendo que ese tipo de cosas resultan más alarmantes para delegados cuyas lenguas están en declive.

—Ah, ya empieza —dijo Goethe—. El tradicional ataque al alemán.

—Sinceramente, admiro tu espíritu. No puede ser fácil ver cómo tu lengua se desliza hacia las notas a pie de página de la historia.

—No está ocurriendo tal cosa.

—Aunque supongo que debes de estar acostumbrado a esa humillación —siguió De Castro—. Siendo como es el alemán la segunda lengua germánica más popular.

—Niños, por favor —terció Yeats.

De Castro se volvió hacia él.

—¿Es cierto lo que he oído? ¿Pushkin se unirá a nosotros vía conferencia?

—Eso parece.

—Espero de verdad que no necesitemos otro delegado ruso. Han estado cayendo como moscas. Alexander lo estaba haciendo muy bien.

—Es la lengua —dijo Goethe—. Demasiados morfemas. Es inherentemente vulnerable.

—No puede pretender ponerse a salvo con una conferencia telefónica. La sola idea es ridícula. —De Castro utilizó la palabra alemana para «ridícula», *lächerlich*,

escurriendo levemente la primera sílaba y observando a Goethe mientras lo hacía. Yeats imaginó que De Castro había soltado una pequeña carga de profundidad lingüística. Toda la reunión sería así: los delegados sondeándose unos a otros sin parar, rastreando indicios de flaqueza. Era una consecuencia inevitable derivada del hecho de que la organización era una coalición poco rígida de entidades independientes: ningún delegado estaba por encima de los demás. Técnicamente, Yeats no era más importante que el árabe al-Zahawi o el hindi-urdu Bharatendu Harishchandra. Eso era algo que planeaba cambiar.

—Asumamos la posibilidad de que Pushkin tiene otros motivos —dijo Yeats—, y no perdamos el tiempo que vamos a estar juntos con especulaciones.

—Estoy conforme —aceptó De Castro—. Y hablando de ello, William, tenía la esperanza de que pudieras poner fin a otro tipo de especulaciones. ¿Has recuperado tu palabra desnuda?

Su teléfono móvil comenzó a vibrar contra su muslo, lo que resultaba sorprendente, puesto que todos los que conocían ese número deberían haber sabido que no era el momento adecuado de llamarle.

—Tristemente, no.

—Qué decepcionante —dijo De Castro—, y, al mismo tiempo, qué sandez. William, ninguno de nosotros cree que puedas dejar una palabra desnuda en Broken Hill durante casi un año entero.

—El concepto es extraordinario —apostilló Goethe.

—En la reunión podemos discutir lo que estéis dispuestos a creer —dijo Yeats—. Pero la reunión aún no ha comenzado.

De Castro recorrió la estancia con la mirada.

—Hay una razón por la que el resto de los delegados no se te ha acercado todavía. Imagino que es por la misma razón por la que Pushkin ni siquiera ha venido. —Sus ojos se posaron sobre él—. ¿Tienes planeado subyugarnos?

—Eso es absurdo —dijo Yeats.

De Castro mantuvo su mirada sobre él, y Goethe dijo:

—No negamos que has realizado esfuerzos para recuperarla. Sin embargo, cuanto más tiempo pasa, más se pregunta uno si lo que está viendo son esfuerzos o farsas.

—No tengo la palabra desnuda —replicó Yeats—. Como prueba de ello, por favor, admitid la obviedad de que si la tuviera la usaría para evitarme esta conversación. —Su teléfono volvió a vibrar—. Disculpadme.

Se apartó de ellos, sacó el teléfono de su bolsillo, miró la pantalla y se lo guardó de nuevo. Clavó su mirada en la lejanía, asimilando las palabras: OBSERVACIÓN 3+1@95.65 IN 24 PDI 665006.

El mensaje era automatizado, enviado por un ordenador siempre que alguno de los innumerables sistemas de vigilancia a los que Yeats tenía acceso detectaba a una

persona de interés (un PDI). Como esos sistemas no eran del todo fiables, las posibles observaciones del sujeto en cuestión solo se convertían en mensajes cuando el ordenador había acumulado una cantidad suficiente de observaciones de bastante calidad para superar un nivel particular. En este caso, el mensaje le informaba de tres observaciones durante las últimas veinticuatro horas, más otra anterior, que tenían un noventa y cinco por ciento de probabilidades de ser la Persona de Interés número 665006, que, como él sabía de memoria, era Virginia Woolf.

Regresó junto a Goethe y De Castro.

—Francamente —dijo De Castro, como si no hubiera transcurrido la mínima porción de tiempo—, no le veo mucho sentido a sentarnos a discutir sobre la interconectividad digital y los medios de información cuando un asunto de tal relevancia sigue sin resolverse.

—Está solucionado —repuso Yeats—. Honestamente, no sé de qué otra forma decíroslo. —Le resultaba muy sospechoso que hubiese un avistamiento de Woolf en aquel preciso momento, durante aquella reunión. Se preguntó cuál de los delegados sería el responsable.

—Puedes decirme la localización actual de Virginia Woolf —dijo De Castro—. Ese punto también me preocupa.

—La buscamos. No la encontramos. Parece probable que haya muerto.

Goethe miró a De Castro.

—Dice no saberla.

—William, oigo cosas —señaló De Castro— de personas de tu organización, como tú, sin duda, las oyes de gente de la mía. Y me ha llegado un relato realmente inquietante. Según él, Virginia Woolf roba la palabra desnuda y la lleva a Broken Hill no por un arranque adolescente causado por el resentimiento, como tú lo describiste, sino por orden tuya, como parte de un experimento sobre la efectividad de la palabra. Está claro que, dado que la población actual de Broken Hill es cero, ese experimento resultó un sonoro éxito. Lo cual es ya alarmante en sí mismo, William, pues por mucho que te tengamos en la máxima consideración, todos estamos en una situación complicada ante el hecho de que tú posees un método de persuasión contra el que no hay defensa. Pero la parte de ese relato que más me inquieta es la idea de que Virginia Woolf, como agente tuyo, está en alguna parte, concentrada en alguna actividad que sirve a tus propósitos. No puedo imaginar qué actividad podría ser esa. Y eso me hace sentir muy incómoda.

Durante ese discurso, el teléfono de Yeats había seguido vibrando y él tenía la molesta sospecha de que la coincidencia del avistamiento de Woolf durante la reunión podría no ser cosa de uno de los delegados. Podría ser cosa de la propia Woolf.

—Confía en nosotros —dijo Goethe—. Somos tus aliados, William.

—No tengo la palabra —contestó él—. Y Virginia Woolf está muerta. Ahora, lo

lamento profundamente, pero no voy a poder asistir a nuestra reunión, después de todo. Ha surgido algo que no puede esperar.

Subió a un helicóptero para cruzar la ciudad y aterrizó en el helipuerto de las oficinas de Washington. Eso le llevó trece minutos. Mientras tanto, trató de coordinar a su gente a través del teléfono. Resultó difícil, porque a cada pocos segundos el aparato le avisaba de un nuevo mensaje entrante, lo cual requería que pulsase para rechazarlo, y para cuando el edificio apareció a la vista Yeats ocupaba la mayor parte de su tiempo en rechazar nuevos mensajes una y otra vez para intentar utilizar el teléfono. El proceso por el que un servidor se saturaba de trabajo recibiendo peticiones a las que no tenía tiempo de responder se denominaba ataque de negación de servicio, un Nds. Eso era lo que le estaba ocurriendo a Yeats. Se rindió y dejó a un lado su teléfono.

Liberado del helicóptero, pensó en usar el ascensor pero optó por la flexibilidad de las escaleras. Bajó una planta y emergió a una iluminación suave y de buen gusto. Su secretaria se levantó de su mesa, abriendo la boca con un montón de mensajes.

—Ahora no, gracias, Frances —dijo, y cerró las puertas a su espalda. Las luces aumentaron de intensidad en respuesta a su presencia. Ese mes, su despacho era un homenaje al Japón feudal del siglo XVIII: biombos de papel y muebles bajos y sencillos. De la pared detrás de su mesa colgaba una espada samurái bajo las luces. Yeats no había elegido nada de todo aquello; la estancia era decorada periódicamente en un estilo aleatorio, para evitar delatar la estética personal. Se plantó detrás de su mesa y pulsó el teclado para que las pantallas cobrasen vida.

Su predecesor no había utilizado ordenador. Entonces los ordenadores se consideraban herramientas de una secretaria. Ahora resultaba difícil imaginarlo. Sus monitores se llenaron de cajas rojas. Ahora que las puertas del ordenador se habían activado, vomitaban avistamientos de hacía varios días, incluso semanas, que cobraban mayor validez a raíz de los datos más recientes. Una impresión vocal de un hotel en Estambul. Una mujer cuyas características coincidían en Vancouver. Yeats inspeccionó la imagen: gafas de sol, sombrero, nada sobre lo que él apostararía, pero al ordenador parecían gustarle los pómulos. Una foto de seguridad de un taxi, granulada y borrosa, de una ruta que se correspondía con lo que el ordenador sugería que podrían ser los movimientos de Woolf. Eso había sido en Seattle, el día anterior. Las cajas de notificación se movían en un torrente continuo, pero Yeats logró distinguir uno de una hora reciente. Pertenecía al sistema de seguridad del edificio. Su nivel de confianza era del noventa y nueve por ciento. Woolf estaba en el exterior del edificio, en aquel preciso instante.

Su despacho tenía un balcón. Se sintió ligeramente tentado de salir y asomarse

por encima de la barandilla para ver si podía distinguirla. Pero sería arriesgado. Eso, posiblemente, era lo que Woolf quería que hiciese. Podría producirse un ataque. Lo cierto era que, pese a lo mucho que creía que entendía a Woolf, ella llevaba un año en paradero desconocido y él no tenía ni idea de si había cambiado ni, en ese caso, hasta qué punto.

Su teléfono empezó a sonar. Percibió que su estado de agitación aumentaba y esperó hasta recuperar la calma.

—¿Sí?

—Lo lamento terriblemente. Pero hay muchísima gente que desea hablar con usted, y están diciendo cosas muy alarmantes.

—¿Alguna de esas personas es Frost? —Frost era el poeta responsable de la seguridad del edificio. Yeats había hablado con él desde el helicóptero, entre notificaciones de nuevos mensajes, y le había pedido que llevase a cabo ciertas órdenes importantes planificadas desde hacía tiempo. Específicamente, Frost tenía que llenar el vestíbulo con Personal Aislado al Entorno, hombres y mujeres con uniformes negros y armas que veían el mundo a través de una pantalla filtrada por ordenador y no oían nada aparte de palabras de una lista. Ese tipo de personal había demostrado ser insuficiente para recuperar la palabra de Broken Hill (los equipos enviados a la ciudad se habían matado de manera espectacular unos a otros), pero eso no significaba nada, porque Yeats lo había organizado así de forma deliberada. Confiaba en que podrían parar a Woolf.

—No, no he recibido nada de Frost.

—Hablaré con Frost —dijo Yeats—. Con nadie más. —Cerró el comunicador. En sus pantallas continuaban sucediéndose las cajas rojas. Distinguió la palabra VESTÍBULO. Se echó hacia atrás en su silla.

Así pues, Woolf había entrado en el edificio. Si todo ocurría tal y como él había ordenado, estaría actualmente en el suelo, con las manos esposadas y con una cinta tapándole la boca. La alzarían en vilo y cargarían con ella hasta una celda desprovista de ventanas. Una vez hecho eso, Frost le llamaría.

Plegó sus manos y esperó. Una nueva caja roja brotó en su pantalla. POSIBLE AVISTAMIENTO PDI: WOOLF, VIRGINIA. SEGUNDA PLANTA. Contempló aquel mensaje durante un rato, intentando imaginar circunstancias en las que los agentes de seguridad podrían haber decidido llevar a Woolf hacia arriba en lugar de hacia abajo. Estiró el brazo hacia el comunicador. Para cuando se llevó el auricular al oído ya había aparecido una nueva notificación. TERCERA PLANTA. ¿Había un retraso en las notificaciones? ¿Unos cuantos segundos? Nunca le había importado hasta entonces.

—Frances, ¿te importaría cerrar la planta entera?

—Sí, señor.

—Y, por favor, trata de localizar a Frost.

—Ahora mismo.

Su pantalla se quedó vacía. Las luces se apagaron. Formaba parte del cierre de la planta. Nada por lo que preocuparse. Esperó. Su respiración era regular. No sintió ninguna emoción. Pasaron los minutos. Las luces volvieron a encenderse.

Pulsó el comunicador:

—Frances, ¿por qué se ha levantado la orden de cierre?

—No lo sé. Estoy intentando averiguarlo.

Oyó ruido de fondo. Un ruido bastante alto, casi podía sentir cómo retumbaba a través de la puerta.

—¿Quién más hay ahí?

—Es... ¿En qué puedo ayudarle?

Una voz de mujer habló. Una voz poco definida que Yeats no pudo identificar. La comunicación se cortó, y Yeats colgó el auricular con parsimonia.

Había reconocido muy pronto la aptitud natural para el ataque de Woolf. Hubiera sido decepcionante que ella hubiera caído ante Frost y los soldados. En ese caso Yeats habría perdido la oportunidad de ponerse a sí mismo a prueba. Por supuesto, existía la posibilidad real de que ella entrase en el despacho y le destruyera. Eso era algo de lo que preocuparse.

Todo eso eran sentimientos. No los necesitaba. Se impondría sobre ellos o sería derrotado.

Calmó su respiración y comenzó a rezar. «Oh, Dios, quédate a mi lado y guía mi mano. Déjame trascender este cuerpo insignificante y transformarme en tu fuerza sagrada». Una sensación de calidez se extendió por su cuerpo. Su relación con Dios era su recurso más poderoso. Esa relación le había permitido convertirse en la persona que era. Muchos colegas prometedores habían caído en la tentación. Habían manejado sus necesidades fisiológicas, comiendo y respirando y jodiendo de forma deliberada y según un horario programado, cuidándose de mantener el control en todo momento, pero sus necesidades sociales (su deseo básicamente humano de amar, de pertenecer a alguien y ser amado por alguien) resultaban simple y llanamente suprimidas, porque no había manera segura de satisfacerlas. Y sin embargo se les llamaba «necesidades» por una razón. El animal humano imploraba el contacto íntimo a un nivel biológico, sin descanso, insistentemente. Yeats había visto cómo muchas carreras prometedoras descarrilaban por claudicaciones a la intimidad: hombres que susurraban confesiones a prostitutas, mujeres cuyos ojos no podían apartarse de los niños. En revelaciones tan pequeñas como esas quedaba al descubierto el alma humana. Él mismo había dejado varias al descubierto.

En los primeros años le había supuesto un esfuerzo. Ahora le parecía vagamente divertido. Infantil. Pero recordaba la soledad. El modo en que su cuerpo reaccionaba cuando una mujer le sonreía, la oleada de deseo que esa sonrisa evocaba para unirse a

ella, no solo en un sentido físico sino más allá de eso, confiar y ser entendido. Había sido casi abrumador. Después descubrió a Dios.

Había sido terriblemente alarmante. ¡La simple idea de un poeta sucumbiendo a la religión! Se sorprendió a sí mismo. Pero la sensación era innegable y crecía semana tras semana. Ya no podía seguir creyendo que estaba solo. Empezó a ver indicios de lo divino en todo, desde la caída en espiral de una hoja hasta la llegada fortuita de un ascensor. De vez en cuando, aquellos momentos en que la esterilidad de su trabajo le resultaba muy agobiante, sentía la presencia de Dios como una figura presente en la habitación. Dios estaba con él. Dios le amaba. Era ridículo, pero era así.

Se trataba de un tumor, por supuesto. Oligodendroglioma, un tumor cancerígeno en un área asociada con los sentimientos de progreso. Las sensaciones que provocaba podían ser reproducidas mediante estimulación eléctrica. No era letal, pero debía extirparse porque iba a seguir creciendo, según le había dicho su cirujano mientras Yeats examinaba las imágenes en blanco y negro del escáner. Con el paso del tiempo, habría cada vez menos y menos de él y más del tumor. Su cerebro estaba siendo devorado por Dios.

Salió de la clínica con buen estado de ánimo. No tenía intención de quitarse el tumor. Era la solución perfecta a su dilema: cómo alimentar el deseo de su cuerpo de intimidad. Estaba engañándose a sí mismo, por supuesto. No había una presencia divina llenándole de amor, poniéndole en contacto con todas las cosas. Solo era una sensación. Pero así estaba bien. Era ideal. No habría confiado en un Dios que no estuviese dentro de su cabeza.

La puerta se abrió y una mujer entró en el despacho. Llevaba puesto un abrigo largo que llegaba hasta el suelo. El dobladillo estaba manchado de un líquido negro que podría ser barro o suciedad, o podría también ser Frost. Llevaba unos guantes blancos. Y un collar, con algo en él que giraba y dolía al mirarlo. Yeats cerró los ojos. Buscó en su diafragma su voz más potente:

—¡*Vartix velkor mannik wissik!* ¡No te muevas!

Hubo un silencio.

—¡Uauh! —dijo Woolf—. Eso casi me ha dolido.

Yeats buscó a tientas el cajón de su mesa.

—Para decir algo a tu favor, Yeats, la verdad es que he dedicado mucho tiempo a prepararme por si pronunciabas esas palabras. Y aún las siento.

Yeats abrió el cajón. Sus dedos se cerraron en torno a una pistola. La levantó y apretó el gatillo. Continuó disparando hasta que el cargador estuvo vacío. Entonces la dejó caer a la alfombra y escuchó con atención.

—Sigo aquí.

Había una espada en la pared, a su espalda. Tenía trescientos años de antigüedad,

pero aún cortaba. No sabía cómo utilizarla, pero eso podría no tener importancia si ella se acercaba lo bastante. Woolf podría pensar que era una espada decorativa hasta que fuese ya demasiado tarde.

—He venido a matarte —dijo Woolf—. Lo digo por si tenías alguna duda.

Yeats inhaló. Necesitó un momento para tranquilizarse.

—Emily.

—Woolf —repuso ella—. Woolf, ahora.

Interesante. ¿Había cambiado de segmento? Era posible. Podría no solo haber mejorado sus defensas, sino también haber logrado alterar su personalidad básica en ciertos aspectos importantes. Podía hacerse, con práctica. Si ese era el caso, sería vulnerable a una selección diferente de palabras. Sí. Habría rechazado su personalidad anterior para distanciarse de lo que había hecho en Broken Hill. Así pues, él necesitaba averiguar en qué se había convertido.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Caminando, principalmente.

—Se suponía que en el vestíbulo había un número considerable de personal de seguridad.

—¿Los tipos con las gafas? Ya. Están protegidos de alguna manera, ¿verdad? Tienen un filtro anti-subyugación.

—Se supone que lo están.

—Lo están. Pero Frost no.

—Ah —dijo Yeats—. Es decir, que no había tipos con gafas.

—No.

Era difícil leer a una persona a la que no podías ver. Las pistas visuales eran muy importantes. Pero podía hacerse. Él podía hacerlo. Lo importante era que ella continuara hablando.

—¿Entiendo que te sientes engañada por mí?

—Podrías decirlo así.

—Bien —siguió Yeats—. No nos degradaré a ambos fingiendo disculparme. Pero ¿puedo señalar el hecho de que matarme no será positivo para tus intereses?

—En realidad, no estoy de acuerdo contigo en ese punto. Quiero decir, he pensado sobre ello. Venir aquí con la palabra y hacer que dirigieses la organización para mí, eso sería interesante. Y no puedo negar que me atrae la idea de convertirte en mi esclavo de por vida. Pero eso no es una opción. Tengo un pequeño problema, ¿sabes? La cogí en Broken Hill, cuando me enviaste para poner en marcha tu orden de matar. En cierto modo, la miré. Vi su reflejo. No fue suficiente como para que me subyugase. Al menos no completamente. La vi al revés, ¿sabes? Y no pude verla con nitidez. Pero creo que un trozo de ella se me metió en el ojo. Lo llamo mi estrella. Ese es el aspecto que tiene. Una estrella en mi ojo. No es muy agradable, Yeats. La

estrella quiere que yo haga cosas malas. Pero he averiguado una manera de controlarla. Solo necesito concentrarme en matarte. Cuando lo hago, la estrella no me molesta tanto. No siento que necesite hacerle daño a nadie más. Así que, ya ves, el hecho de que mueras no es algo negociable llegados a este punto.

Yeats estaba fascinado. No había reparado en esa posibilidad.

—Y después ¿qué?

—¿Disculpa?

—Después de que me asesines. ¿Qué pasará entonces?

—Eso realmente no es asunto tuyo.

—Supongo que no —dijo Yeats—. Muy bien. Dejaremos eso para más tarde.

—Pero no va a haber un «más tarde», Yeats. No para ti.

—Hummm —dijo él. La había reducido a una docena de posibles segmentos. Estaba tentado de pronunciar las palabras para todos ellos, lo que podría hacer en unos quince segundos. No obstante, era una especie de jugada a la desesperada. Provocaría una respuesta inmediata por parte de ella, del tipo que fuera. Lo mantendría como alternativa final mientras trataba de averiguar más—. Antes de proceder, me parece que debo confesar algo.

—¿Ah, sí? —Yeats oyó cómo el abrigo de Woolf rozaba el suelo.

—Estás aquí porque yo lo he querido. No hay ni una sola parte de estos acontecimientos que no haya ideado yo. Lo más difícil de este ejercicio, de hecho, era encontrar excusas de por qué dejé la palabra desnuda en Broken Hill durante tanto tiempo. Para ser sincero, esperaba que te movieses con mayor rapidez. Se estaba volviendo insostenible. Pero aquí estás. Trayéndome de vuelta la palabra, ardiendo en deseos de venganza, conforme a lo planeado.

—¿En serio? —dijo ella—. Pues tengo que decirte que, desde mi punto de vista, parece una mierda de plan.

—Cuando fui a Broken Hill en mitad de su inmolación, descubrí que estaba conmovido. Sentí deseo. Me di cuenta entonces del peligro de la palabra desnuda. Me habría corrompido. Habría sido mi perdición, como siempre lo es el poder no ganado con esfuerzo, tarde o temprano. Y no tengo intención de malgastar esta vida por una grandeza temporal. Lo que haré con la palabra una vez que te la haya arrebatado es dejar una marca en este mundo que nunca será borrada.

—No tiene sentido lo que dices, Yeats.

Él se encogió ligeramente de hombros.

—Quizá mis móviles estén más allá de tu capacidad de comprensión. Pero deseo que sepas que no necesito palabras para hacer que actúes según mi voluntad. Eres mi marioneta, pase lo que pase. Estás aquí no porque tú lo quisieras, sino porque yo lo quise. Porque derrotar a la palabra desnuda que tienes en tus manos es el desafío que me planteé a mí mismo para demostrar que estoy preparado para ejercer su poder.

—Colega, voy a matarte —dijo Woolf—. He superado todas las defensas que tienes. No hay ninguna duda de ello.

Yeats se levantó de su asiento y extendió los brazos. Comenzó a incrementar el ritmo de su respiración, aunque ella no debería notarlo. Segmento 77. Estaba seguro. Era como el 220 pero con más miedo y más dudas en uno mismo. Con frecuencia, y de manera interesante, ambos segmentos aparecían en la misma familia: un hijo mayor del 220 con un hermano del 77. Resultaba verosímil que Woolf pudiera deslizarse de uno a otro.

—Aquí me tienes —dijo—. Mátame.

La oyó acercándose. Había dos amplios sillones frente a su mesa, lo que reducía el espacio que ella podía ocupar. Un espacio que podía atravesar con una espada, si lo hacía rápido.

—No tienes ni idea de lo mucho que deseo hacer esto, Yeats. Sé que está mal visto decirlo. Que «quiero». Pero es así. Lo quiero hacer.

Yeats podía oír su respiración. Ahora estaba muy cerca. Probablemente podría extender los brazos por encima de su mesa y tocarla. Absorbió aire para meterlo en sus pulmones, preparándose para pronunciar las palabras que la harían suya.

—Eh —dijo ella—. ¿Cómo es esa palabra? ¿Cuando los japoneses hacían algo malo y expiaban su culpa destripándose a sí mismos? Ya sabes, sacándose las tripas. ¿Cómo se llama eso?

Yeats no respondió.

—*Seppuku* —siguió ella—. Creo que es eso.

En la mente de Yeats surgió una duda. Woolf era un 77, ¿o no?

—He estado planeando esto un tiempo, Yeats. Piensa en ello.

Él meditó sobre ello.

—¡*Kinnal forset hallassin aidel!* —Se volvió y sus manos se cerraron sobre un objeto de madera. Sacó la espada de su vaina—. ¡Grita! —Así podría localizarla. Podría obtener la confirmación de que la había analizado correctamente. Se abalanzó sobre la mesa y dibujó un arco horizontal con el filo de la espada, pero no cortó nada más que aire, y eso le hizo perder el equilibrio.

—Ni siquiera te has acercado —dijo ella, desde algún punto próximo a la puerta.

Yeats recuperó el equilibrio y alzó la espada. Qué estúpido. Estaba decepcionado consigo mismo. Era esa bobada de su nombre: Woolf. Una auténtica tontería, y él se lo había tragado. Era Emily, por supuesto. Siempre lo sería.

Rodeó la mesa en dirección al sonido de su voz, sosteniendo la espada preparada para golpear. Le pareció oír algo y golpeó con rapidez, por si acaso. Giró lentamente en un movimiento semicircular.

—Por aquí —dijo Emily desde el pasillo.

Yeats atravesó el umbral. En el pasillo detectó extraños susurros. ¿Las rejillas de

ventilación? Se sintió rodeado. Al parecer, Emily tenía planes para él.

—Hay gente aquí. —Su voz flotó delante de él—. Solo para que lo sepas.

Yeats avanzó dos pasos y tropezó con una silla. Notó que la punta de su zapato derecho se doblaba de un modo que sugería la formación de una arruga permanente y sintió una punzada de tristeza.

—Tengo una proposición que hacerte, Yeats. Puedes abrir los ojos, mirar esta cosa que tengo alrededor de mi cuello y seguir mis instrucciones para destriparte a ti mismo. De ese modo, nadie muere aparte de ti. O puedes quedarte ahí moviendo tu enorme cuchillo sin filo mientras te lanzo encima a tu propia gente. ¿Qué me dices?

Yeats echó a correr hacia ella. Alguien le cogió de los brazos. Le lanzó un tajo a su agresor y oyó un jadeo al tiempo que las manos lo soltaban. Movié de nuevo la espada y notó que pinchaba algo. Percibió un aumento del peso en el filo y retrocedió antes de perder su arma. Algo cayó sobre la moqueta produciendo un ruido sordo.

—Felicidades —dijo Woolf—. Has matado a tu secretaria.

Yeats se volvió hacia su voz, jadeando. El pasillo estaba lleno de gente. Podía sentir su presencia. Estaban en silencio, esperando a que él se aproximase. Para alcanzarla a ella, tendría que matarlos a todos.

—Así pues, no hay sorpresas —dijo ella—. No sé qué estaba esperando.

Continuaba siendo un 220. Había practicado sus defensas. Pero él podía encontrar un modo de superarlas. Siempre había algo. Un deseo escondido o un secreto del que uno se avergonzaba. Con ello, podría desentrañar su verdadera personalidad.

Tanteó el aire con la punta de la espada.

—Nunca ibas a ser una de nosotros. Eliot creyó que podías aprender a disciplinarte. Pero la idea era ridícula. Nunca podrías aprender a disciplinar tus excesos.

—No sé, Yeats. Puede que no me estés teniendo en mucha consideración que digamos.

Se volvió de nuevo hacia su voz.

—¿De verdad crees que puedes ocultarme a mí tu mente? —Movié la espada. La punta topó con algo y Yeats avanzó, resbalando y deslizándose, clavó el filo en algo y empujó.

—¡Vaya! —dijo Emily—. Ese era Frost.

Tal vez la violencia la perturbaba.

—¡*Vartix velkor mannik wissik!* ¡Grita!

Se produjo una pausa. Nadie gritó.

—Así que has averiguado que en realidad no he cambiado. Felicidades. Pero eso no va a ayudarte.

—Prácticamente puedo sentir tus emociones —dijo Yeats—. Las irradias. Dime una cosa, Emily. ¿Por qué me quieres muerto?

—¿No es obvio?

—Creo que es porque necesitas culparme. Necesitas creer que lo que hiciste en Broken Hill fue por mi culpa.

—Lo fue.

—Pero una parte de ti sabe la verdad. Que si te hubieses esforzado más, podrías haberlo evitado.

—Diablos, Yeats. Eres persistente. Lo admito. Pero no he venido aquí para escucharte hablar. Iba a hacer que te disculpases por tu propia voluntad, pero ¿sabes qué?, ya no importa. Abre tus malditos ojos.

—Te dices a ti misma que no tuviste opción pero no lo crees. Por eso deseas verme muerto. Esperas matar así una parte de ti misma.

—Cogedlo —dijo Emily, y Yeats no supo a quién se lo decía—. Sujétadle. Obligadle a abrir los ojos.

Yeats levantó la espada.

—¿Quién mató a aquel chico en la Academia? ¿Acaso fui yo? Él fue el primero en pagar con su propia vida por el error de amarte. Pero no el último. —Varias manos tiraron de él. Golpeó con la espada a uno y otro lado—. ¿Te hice yo una asesina, o lo eras ya?

—¡Cállate!

—¡*Vartix velkor mannik wissick!* ¡Mataste a tu amante! ¡Grita! —Las manos le agarraron—. ¡*Vartix velkor mannik wissick!* ¡Mereces ser castigada, mereces morir por lo que hiciste! ¡*Vartix velkor mannik wissick!* ¡Grita, zorra del demonio!

Varios cuerpos se abalanzaron sobre él y lo tiraron al suelo. Un montón de dedos palparon su rostro. Y por encima de ello, oyó un sonido: un aullido entusiasta, como el vapor escapándose.

—¡*Vartix velkor mannik wissick!* —insistió—. Emily, ¡tumbate y duerme!

Le tiraron de los párpados. Vio caras que reconocía, cuyas expresiones eran de concentración. Sabía sus segmentos, pero nada que él pudiera decir los disuadiría de mantenerle sujeto. Podría solucionarlo. Podría convencerlos de que le soltasen una vez que hubiese derrotado a Emily. Porque por entre la maraña de cuerpos distinguió una figura postrada, tirada en la moqueta, con su abrigo blanco alzándose y cayendo. Su corazón dio un vuelco de emoción, porque todo había terminado y él había ganado.

4 PREGUNTAS PARA CONOCER BIEN Y RÁPIDAMENTE A ALGUIEN

De: www.whufffy.com/relationships/articles/8we4y93457wer.html

1. ¿Qué haces en tu tiempo libre?
2. ¿Qué harías si te quedase un año de vida?
3. ¿De qué te sientes más orgulloso?
4. ¿Qué quieres?

[T R E S]

Eliot subió a la octava planta, donde varios hombres fornidos uniformados de gris estaban quitando la moqueta.

—¿Qué diablos?

—Ah, Eliot —lo saludó Yeats. Tenía un trapo blanco en la mano y se limpiaba el sudor de la nuca. Su camisa tenía manchas de humedad en las axilas. Eliot nunca le había visto ni tan siquiera respirando agitadamente, así que aquello resultaba desconcertante—. Hemos sufrido un pequeño altercado.

—Los delegados se han marchado. Pensaron que iba usted a volar la casa.

—¿De verdad? Es una organización benéfica a favor de los niños.

Eliot se apartó para dejar pasar a un hombre que iba cargado con una alfombra. En las paredes se distinguían algunas salpicaduras. Gotas oscuras como de llovizna.

—Le estoy preguntando a usted —dijo—, ¿qué diablos?

—Woolf ha vuelto.

Eliot no dijo nada, porque imaginó que se trataba de una broma.

—Mira —le dijo Yeats, señalando una mancha oscura en la moqueta—. Eso es de Frost.

—Le dije que no estaba muerta.

—Sí, lo hiciste.

—Pedí más tiempo. ¡Jesús! ¿Ha matado a Frost?

—En esencia —repuso Yeats—. También a unos cuantos más.

—¿Cómo lo hizo?

Yeats continuó secándose la nuca con el trapo. Había algo raro en su comportamiento, una especie de satisfacción que Eliot no podía comprender. Se le acercaron varios empleados de mantenimiento con la intención de retirar la moqueta sobre la que él estaba.

—Salgan —dijo Yeats—. Todos.

Los hombres lo miraron con gesto interrogante, pero Yeats no respondió. Los tipos se escabulleron, dejando tras de sí un aroma a cigarrillos y pegamento de moqueta.

—¿La tenía consigo?

—Sí.

—Tenía la palabra.

—Tal y como tú habías vaticinado —dijo Yeats—. Debería haberte escuchado.

—¿Dónde está?

Yeats no contestó.

—¿La ha matado?

—Tus prioridades resultan fascinantes —comentó Yeats—. Te digo que la palabra

desnuda ha vuelto a nosotros y tu primera pregunta es sobre Woolf.

—Tengo un montón de preguntas. Y no van necesariamente por orden de prioridad.

—Ah, Eliot. Mientras yo crecía, tú te encogías. Te ofrecí ayuda después de lo de Broken Hill. Te di la oportunidad de irte y encontrar al hombre que se supone que eres. Pero no. Elegiste quedarte. Querías perseguirla. Realmente dijiste esa palabra: tú «querías». Para compensar por haber fracasado cuando tenías que detenerla, o para suplicar perdón por no ser capaz de protegerla, sinceramente no lo sé. Dudo de que tú mismo lo sepas. Pero lo que está claro es que ella resquebrajó tu personalidad. Una chiquilla de dieciséis años y te permitiste preocuparte por ella. Estaba claro desde el principio, pero lo que era una señal de debilidad se transformó nada más y nada menos que en tu desintegración psicológica. Mírate. Eres solo un eco de quien solías ser.

—Bueno —dijo Eliot—, es muy refrescante oír una opinión sincera.

—Me he enfrentado a la palabra y he ganado. Eso es lo que he estado haciendo mientras tú te desmoronabas. El día que comprendí que la palabra desnuda podía corromperme, empecé a prepararme para enfrentarme a ella. Por eso la dejé en Broken Hill, para que ella la recuperase.

—¿Usted qué?

—No tengo la menor intención de provocar otro acontecimiento como el de Babel. He trabajado muy duro para ello. Solo probándome a mí mismo que soy merecedor de la palabra podía confiar en que seré capaz de resistir la tentación. Y deseo poseer la palabra durante mucho tiempo. Lo que me resulta decepcionante de los imperios, Eliot, es que son pasajeros. Si reflexionas sobre ello, parece que el poder real no debería valer tan solo para gobernar el mundo, sino para dejar una marca en él. —Se encogió de hombros—. O puede que simplemente sea cosa mía.

—Se ha vuelto jodidamente incomprensible. Woolf podría habernos matado a todos.

De nuevo, Yeats se encogió de hombros.

—No lo hizo.

—Podría haberlo hecho.

—Se la puso en un collar. Para tenerla siempre cerca, supongo. —Yeats se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y Eliot desvió la mirada—. La tengo tapada, Eliot.

Miró. Fuera lo que fuese, estaba envuelto en un trapo blanco.

—Que pienses que necesito una palabra desnuda para subyugarte resulta adorable —dijo Yeats—. Eliot, en tu actual estado, apenas necesitaría palabras.

—¿Dónde está Woolf?

—Abajo. Confinada. Durmiendo.

—¿Qué va a hacer con ella?

—Ya lo sabes, Eliot. Es hora de que te apartes de ella. Déjame ayudarte. —Eliot no dijo nada—. Es una asesina. Mató a tres mil personas. Y mientras lo hacía, casualmente, consiguió implantarse la palabra en sí misma. Vio un reflejo en Broken Hill. Un accidente, tengo entendido. Pero ahora actúa de acuerdo con la instrucción, y cito, de «matar a todos». Sobre a qué profundidad bajo la superficie yace oculta esa orden, solo podemos especular. Ella ha estado intentando resistirse canalizando todos sus pensamientos hacia mí. Pero es una parte de ella. Nunca desaparecerá. Es irredimible, Eliot. Siempre lo fue. Acéptalo. Y, por favor, hazlo rápido, porque tengo un encargo para ti en Siria.

—No voy a ayudarle a gobernar el mundo.

—Sí, sí vas a hacerlo.

—No me conoce tan bien como cree.

—Eliot —dijo Yeats—, si eso fuese cierto, no sería necesario que lo dijeras.

Emily se despertó y palpó su cuello en busca del collar, pero había desaparecido. El mundo tenía una tonalidad amarillenta. Se había reducido a una estancia de dos por tres metros. Había un banco acolchado en el que sentarse, que imaginó que podía convertirse en una cama, y una alfombra que le resultó familiar. También había una puerta gruesa y gris con un pequeño ventanuco tapado por algo en su lado exterior. Estaba vestida solo con su ropa interior. Sentía la cabeza magullada. No, la cabeza no. Algo más profundo que eso. Se incorporó para sentarse. Se llevó una mano a la frente y cerró un momento los ojos, porque todo iba muy, muy mal.

Pasó el tiempo. Se levantó. Caminó de un lado a otro. Cada vez tenía más sed. Descubrió un cubo de plástico debajo del banco convertible en cama, que supuso que sería para hacer sus necesidades. Empleó un rato en arrancar un trozo del cubo, largo y con forma triangular, y luego se lo puso en la espalda, sujeto con la cinturilla de las bragas. Cuando volvió a colocar el cubo en su sitio, no se notaba que le faltaba un trozo. Tenía la impresión de que la habitación no estaba bajo vigilancia. Tal vez no fuese necesario cuando tenías a alguien encerrado en una celda de dos por tres con la única compañía de un cubo. Pero si conseguía escapar de allí porque la organización no la estaba vigilando, sería realmente gracioso.

No eran más que pensamientos positivos. En realidad no iba a escapar. Solo pretendía mantenerse ocupada hasta que Yeats se presentase allí.

Alguien se presentó en la celda, pero no fue Yeats. En un primer momento, Emily no lo reconoció. Se había cortado el pelo. Habían pasado ocho o nueve años. Pero sus ojos eran los mismos, y todavía no había olvidado cómo se le habían hinchado en el aseo del restaurante de comida rápida, cuando había tratado de obligarla a que le

hiciese una felación.

Lanzó una retahíla de palabras, solo por si acaso.

—Por favor —dijo Lee. La puerta se cerró. Emily alcanzó a ver un grupo de gente en el otro lado, gente que supondría un obstáculo si trataba de huir. De todos modos, pensó en ello, pero decidió reservar el cuchillo artesanal. Sería una lástima malgastarlo con Lee si podía aún tener una oportunidad de emplearlo contra Yeats.

Lee se puso en cuclillas. Era una postura algo extraña, pero sirvió para que sus ojos estuviesen al mismo nivel que los de Emily, que estaba sentada en el banco. Se le había puesto la piel de gallina, sintió el impulso de cruzar los brazos, pero no lo hizo porque no quería darle la más mínima sensación de victoria a Lee.

—Escribimos informes, ¿sabes? —dijo Lee. Tenía un aspecto extraño, enfermizo, pero probablemente fuese a causa de las luces amarillas—. Cuando reclutamos a alguien, enviamos un informe en el que decimos lo que pensamos de la persona en cuestión. El tuyo... bueno, el tuyo era negativo, Emily. No te mentaré. Era extremadamente negativo. Sé lo que estás pensando: redacté un informe negativo porque tú me diste en las pelotas. No. Dejé eso a un lado, como profesional que soy. Escribí un informe negativo, Emily, porque realmente ibas a chupármela. Era tan solo un experimento. Utilicé palabras con poca fuerza. Palabras de principiante. Y aun así ibas a hacerlo. Eres frágil. No tienes defensas. Y la gente así no dura en la organización. —Extendió las manos en un gesto elocuente—. Imagina mi sorpresa cuando la Academia te aceptó. Ahora cobra sentido. Ahora sé que hiciste trampas para ser aceptada. Que Eliot sintió lástima por ti. Ahora lo entiendo. Pero en aquel entonces, me quedé alucinado. Y después te nombraron Woolf... Me lo tomé como algo personal. No me importa admitirlo. Me sentó como un insulto. Quiero decir... mi informe era muy claro. «La candidata no muestra aptitud para la disciplina mental ni la inclinación necesaria para desarrollarla». Esas fueron mis palabras. Bueno, mírate ahora. Tal y como dije que ocurriría. ¿Y sabes qué? La forma en que ha sucedido todo es realmente positiva para mí. Ahora parezco un genio. Me llevó un tiempo pero al fin logré que me enviaran a Washington.

Hizo una pausa, como si esperase una respuesta, pero Emily no se la dio porque todavía no había averiguado por qué estaba Lee allí. Lee resopló y se incorporó, alisando las arrugas de sus pantalones. Emily no sintió ninguna emoción ante el cambio de perspectiva.

—En definitiva —prosiguió Lee—, como habrás podido suponer, vas a morir muy pronto. De hecho, según tengo entendido, la única razón por la que aún estás aquí es porque Yeats está muy atareado con un proyecto nuevo como para tomarse la molestia de encargarse de ti. Cuando digo «encargarse de ti», me refiero a subyugarte y hacer que vacíes todo lo que contiene tu cerebro, por si acaso hay algo ahí dentro que pueda sernos de utilidad. Ahora, eso es lo que va a ocurrir. No hay nada que

puedas hacer para evitarlo. Pero mi idea, Emily, era ahorrarle a Yeats alguna molestia. Ya ves, el hecho de que yo esté aquí es una gran oportunidad para mí. Un test, podríamos decir. Y si soy capaz de llevarle a Yeats la información que desea, bueno, sería algo muy bueno. —Se quitó la chaqueta y comenzó a remangarse la camisa—. ¿Por qué te estoy contando esto, cuando está claro que no tienes el menor interés en hacer lo que quiero que hagas? Te lo diré. Es porque quiero que entiendas, Emily, lo extremada e intensamente motivado que estoy ahora mismo.

—¿Ah, sí, Lee? —respondió ella—. La simple idea de que tú puedas subyugarme es absurda.

—Oh, me doy perfecta cuenta de que ya no tienes dieciséis años. No espero que resulte otra vez tan fácil como entonces. De hecho, he oído que has trabajado mucho en mejorar tus defensas. —Empezó a desabrochar su cinturón—. La cuestión es, Emi, que creo que en el fondo sigues siendo la misma. Creo que eres frágil. Te acogiste a la idea de que la mejor defensa es un buen ataque, y te ha ido bien, desde luego, pero... aquí estamos ahora. —Sacó el cinturón de las presillas del pantalón y comenzó a enroscarlo en su puño—. Creo que una vez que pongamos a prueba esa defensa, y me refiero a poner presión sobre ella... podremos ver cómo se va agrietando. Tengo mucha confianza en ello. Porque una vez que una persona se encuentra bajo un estrés físico severo, muchas de las funciones del cerebro dejan de estar operativas. El pensamiento crítico. Los comportamientos aprendidos. —Se dio unos golpecitos en la frente—. ¿Qué estoy diciendo? Tú ya sabes todo eso. Estuviste en la escuela hace menos tiempo que yo. Sabes de lo que estoy hablando. Y sabes que no voy a salir de esta habitación sin conseguir lo que quiero. La única duda es cómo de difícil me lo vas a poner. —Dejó que la hebilla del cinturón quedase colgando de su puño—. Así que, ¿cómo vamos a hacerlo?

Entraron dos hombres enormes con uniformes blancos que Emily reconoció de los Laboratorios. Avanzaron hacia ella con las manos como garras. Para entonces ella se encontraba en un estado bastante alterado, gritando y blandiendo su cuchillo artesanal, cubierta de sangre de los pies a la cabeza. Lee yacía en el suelo, perdiendo la vida a borbotones a través de su garganta. Atacó a uno de los celadores al tiempo que chillaba palabras al azar, pero el tipo le agarró la muñeca y la envolvió con sus brazos, lo que a Emily le resultó extrañamente reconfortante. Le retorcieron las manos, le arrebataron el cuchillo de entre los dedos y la sujetaron contra el suelo durante lo que se le antojaron varias horas. Otros celadores se llevaron a Lee. Esa fue la última ocasión en la que alguien que no fuese Yeats entró a verla.

Desprendió de su cuerpo la sangre de Lee copo a copo. Se había secado, de modo que

haciéndolo así fue capaz de limpiarse por partes. Quizá «limpiar» no fuese la palabra adecuada. Resultaba muy desagradable, pero continuó haciéndolo porque la alternativa era aún peor. Cada copo de sangre seca de Lee que se quitaba de encima le hacía sentirse un poco mejor.

Pasaron varios días. O al menos le parecieron días. Estaba muy sedienta. Después de un tiempo así, se apoderó de su cuerpo un temblor que no desaparecía. Sus intestinos y su vejiga se cerraron herméticamente. Podía sentirlos en su interior como si fueran piedras. Asumió que la estaban torturando. Deliberadamente, sus necesidades físicas no estaban siendo satisfechas.

Pensó en Eliot. En si él sabía que ella estaba allí. Imaginó que no, porque si lo hubiese sabido se habría presentado en la celda. Emily tenía esa sensación. Claro, que ella lo había dejado tumbado boca abajo en una zanja en Broken Hill, y tendría todo el sentido del mundo que ahora Eliot la odiase con encendida pasión. Pero tenía la impresión de que el tipo de relación que ambos mantenían permitía los errores, incluso los grandes. Y creía que cuando aquella puerta volviese a abrirse, no entraría Yeats sino Eliot, y sus ojos estarían cargados de reproche pero también habría en ellos perdón y esperanza.

Consideró la posibilidad de quitarse la ropa interior, que estaba salpicada de manchas marrón oscuro de la sangre de Lee y le hacía sentirse permanentemente manchada. Estar desnuda podría incluso resultar amedrentador para Yeats. Aquí no hay nada más que Emily, colega. Pero no lo hizo. No era tan bravucona. Cada poco tiempo se obligaba a bajar de la cama y dar saltitos sin moverse del sitio, o al menos a moverse para no limitarse a estar todo el rato tumbada. La luz nunca se apagaba. Emily no sabía cuánto tiempo estaba pasando. Sus pensamientos no hacían más que dar vueltas y vueltas en su cabeza. A veces se sorprendía a sí misma canturreando.

Eliot se adentró con el coche por el sendero de entrada a la Academia y avanzó con lentitud hacia el edificio. Era tarde y la mayoría de las ventanas estaba a oscuras, pero la de Brontë no. Se quedó sentado en el coche durante un rato. Después bajó y entró.

Los pasillos estaban vacíos. Hacía tiempo desde la última vez que había estado allí y el lugar se le antojaba extraño, aunque no había nada diferente. Entró en el ala este y se cruzó con un chico con una cinta blanca atada a la muñeca y ojeras marcadas bajo los ojos, que recitaba algo en latín. El chico vio a Eliot y se interrumpió para luego poner una mueca de dolor. Eliot no se detuvo.

Llamó con los nudillos a la puerta del despacho de Brontë y ella le dijo que entrase con el tono imperioso de voz que adoptaba para dirigirse a los estudiantes. Eliot pasó adentro. Charlotte estaba detrás de su mesa, rodeada de exámenes y con el pelo recogido con horquillas pero amenazando con escaparse. Dejó el bolígrafo y se reclinó en su silla.

—Justo a tiempo. Estaba a punto de empezar a poner nota a los exámenes. —Le hizo un gesto—. ¿Te sientas?

—Me voy a Siria.

—Oh —dijo ella—. ¿Cuándo?

—Ahora. Esta noche.

Charlotte asintió.

—Deberías intentar visitar el museo de Damasco. Tienen una tabla con el alfabeto lineal más antiguo del mundo. Es una verdadera lección de humildad.

—Quiero que vengas conmigo.

Charlotte se quedó muy quieta.

—No estoy segura de lo que quieres decir.

Eliot paseó la mirada por la habitación.

—¿Te acuerdas del reloj que tenía? El digital que usaba para despertarme y poder volver a mi habitación antes de que amaneciese. Me aterraba que no sonase. O que lo hiciese pero yo me quedase durmiendo.

—Eliot. Por favor.

—Atwood lo sabía —dijo él—. Me lo dijo, muchos años después.

—Por favor —dijo Brontë.

—Creíamos que éramos muy listos. Seguimos haciéndolo delante mismo de sus narices. Y cuando... cuando tuvimos que parar, creímos que lo hicimos en secreto, también. Lo hicimos porque nos daba pánico que nos descubrieran. Pero ellos lo sabían.

Los ojos de Charlotte despidieron un brillo trémulo.

—¿Por qué estás diciendo todo esto? ¿Has venido a subyugarme?

—No. ¡Dios, no!

—Entonces, déjalo.

—Ellos nos persuadieron. Sin decir una sola palabra.

—No había alternativa, Eliot.

—Ya no me creo eso. No puedo. Lo siento.

—Es la verdad.

—Tengo el presentimiento de que habría sido una niña —dijo Eliot—. No sé por qué. Pero lo llevo pensando una temporada. Me cuesta deshacerme de esa idea.

Brontë hundió el rostro en sus manos.

—¡Para!

—Ya habría crecido. Sería una jovencita.

—¡Para ya!

—Lo siento. —Consiguió contenerse—. Lo siento.

—Quiero que te vayas.

Eliot hizo un gesto de asentimiento. Dudó, estuvo a punto de disculparse de

nuevo y fue hacia la puerta. Antes de cerrarla, miró hacia atrás por si ella había levantado la vista de sus manos. Pero no lo había hecho.

Aterrizó en Damasco. El calor lo envolvió en el mismo instante en que cruzó el umbral de la puerta del avión, un toque de Australia con un olor diferente. Atravesó la pista hacia el edificio de la terminal y se sometió a los ojos impacientes de varios agentes bigotudos. Su documentación era impecable, de manera que le autorizaron enseguida a pasar al vestíbulo principal, que era grande y estaba enmarcado por ventanas enrejadas con forma de cerradura, y disponía de aire acondicionado. Un hombre de baja estatura y traje ajustado sostenía en alto un cartel en el que se leía:

إليوت

—Yo soy Eliot —dijo—. ¿Eres Hossein?

El tipo asintió y extendió su mano al modo occidental.

—مهينة صيرحيخاف الأبد. —dijo Eliot. La mano del hombre se desplomó. La expresión de su cara se relajó—. Mi avión está retrasado. Llegará dentro de diez horas. Tú esperarás aquí a que llegue y eso es lo que creerás. —Podía ver la salida de la terminal. Había un buen número de conductores esperando fuera—. Y cuando Yeats te pregunte qué ha pasado —siguió—, dile que me he retirado.

Alguien entró en la habitación. Emily cerró con fuerza los ojos en cuanto se dio cuenta, de modo que solo captó una impresión muy breve: un hombre de hombros anchos y pelo plateado, vestido con un traje oscuro.

—Hola, Emily —dijo Yeats.

Emily se sentó. Sentía el cerebro blando. Lee había tenido razón: era más complicado manejar las defensas mentales cuando uno se hallaba bajo estrés fisiológico. Necesitaba pensar con claridad, pero lo único que quería era un sándwich.

—Lee está muerto. Tal vez ya lo habías dado por hecho. Pero por si acaso estabas pensando en la posibilidad de alguna heroicidad de los médicos en el último minuto... no. Ha muerto. Otro más para tu colección.

—Me apuntaré uno más y luego pararé.

—No —dijo Yeats—. No lo harás. Creo que ambos lo entendemos. Estás infectada con un impulso asesino. Has logrado mejorarlo hasta el momento planificando mi fallecimiento. Si hubieras tenido éxito... bueno, habría sido un problema, ¿verdad? Porque entonces empezarías inevitablemente a... bueno... a matar a todos. Creo que debes darte cuenta de ello. Debes planear cómo matarme. Pero debes no hacerlo. Es una especie de rompecabezas.

Emily se preguntó con qué rapidez sería capaz de levantarse de la cama y lanzar sus manos al cuello de Yeats. Probablemente no la suficiente. Probablemente no conseguiría gran cosa, aunque lo hiciese muy rápido. Necesitaba actuar de forma inteligente. Aquella era su oportunidad, no volvería a estar a solas con él. Necesitaba que el martilleo cesase en su cabeza.

—¿Todo esto era una misión suicida? No lo creo. Eso va contra tu carácter. Creo que viniste aquí con un plan preconcebido para matarme y la vaga esperanza de que de algún modo quedarías redimida. Porque eres una chica que solo piensa en la inmediatez. Vives de oportunidad en oportunidad. ¿Tengo razón?

«Tal vez», pensó Emily. No lo sabía. Estaba hambrienta. Se preguntó dónde estaba Eliot.

—Estoy fundando una religión —dijo Yeats—. Empleo el término «religión» con cierta libertad. Pero, bueno, lo mismo hace todo el mundo. Supone mucho trabajo, incluso con la palabra desnuda, y una vez que esté hecho, en realidad no será más que el primer paso. Así que no perderé ni un segundo más. Esto es lo que va a ocurrir a partir de ahora: abrirás los ojos, mirarás la palabra desnuda. Te diré que sirvas para siempre a mis intereses. —Yeats se le acercó más, de forma amenazadora, pero Emily no podía ver con nitidez su silueta—. Por la expresión de tu cara veo que lo que te digo te resulta inesperado. Creías que ibas a morir. Una suposición natural. Pero de lo que me he dado cuenta, Emily, es de que te has convertido en una persona útil. Eres hábil, tienes recursos, te sabes adaptar, y tienes una orden de matar en tu cabeza que será activada en la eventualidad de mi muerte. Eres, de hecho, la guardaespaldas perfecta.

—No. No haré eso.

—Por supuesto que lo harás. No tienes forma de evitarlo.

Emily mostró sus dientes e intentó incorporarse de la cama. Yeats tenía razón. Estaba sola en una celda. Ni siquiera tenía un cubo. Pero tenía que haber algo. Siempre lo había habido antes.

—Pese a toda la gente a la que he cautivado, creo que nunca me he encontrado con nadie que me odie tanto como lo haces tú. Lo cual hace que esto resulte fascinante, Emily, puesto que, siendo el cerebro lo que es, tu mente inventará una serie de razonamientos para justificar por qué has elegido ponerte a mi servicio. ¿Hasta dónde tendrás que doblegarte para llegar a eso? Tengo curiosidad por saberlo. Me pregunto si el resultado final todavía podrá llamarse con propiedad «tú».

—Te mataré.

—Bueno —dijo Yeats—, querrás hacerlo.

—¡Apártate de mí! —Creyó oír cómo se le acercaba y extendió los brazos para evitarlo—. ¡Apártate, hijo de puta!

—No voy a luchar contigo, Emily. Abrirás los ojos por propia voluntad. Lo harás

porque verás que no hay otra alternativa.

—Eliot —dijo Emily—. Quiero ver a Eliot.

—Me temo que Eliot está en Siria. Se marchó anoche.

—Dile que estoy aquí.

—Oh, Emily —repuso Yeats—. Ya lo sabe.

No quiso creerle. Pero no pudo detectar falsedad en su voz. «Eliot —pensó—, Eliot, eras mi última esperanza».

—Abre los ojos, por favor —dijo Yeats, y ella notó que todo su cuerpo empezaba a temblar, porque iba a abrirlos.

palabra (pa'laβra)

(sustantivo)

1. una sola unidad de lenguaje dotada de significado
2. una unidad básica de datos en un ordenador
3. algo dicho o escrito: *una palabra de advertencia*
4. (en negativo) la cantidad más pequeña de algo dicho o escrito: *no creas una palabra de ello*
5. forma de hablar conflictiva o enfadada: *tuvo unas palabras con ella*
6. una orden, contraseña o señal: *le cedió la palabra para que empezase*
7. la versión de uno de la verdad: *mi palabra contra la suya*
8. una promesa o garantía: *te doy mi palabra de que volveré*

[C U A T R O]

—Entonces la abandonaste —dijo Harry.

Eliot se frotó la frente. Le dolía la garganta, porque llevaba hablando un buen rato. Le estaba suponiendo un gran esfuerzo, porque se estaba recuperando de una experiencia cercana a la muerte y al otro lado de las ventanas se estaban agrupando fuerzas cuyo objetivo era matarlo.

—¿Eso es lo que extraes de la historia? ¿Que me fui? —Harry no le contestó—. Sí. Me fui. No había alternativa.

—Siempre hay una alternativa.

—Bueno —dijo Eliot, que se sentía muy cansado—, pues no parecía haberla.

—¿Qué sucedió después?

—Yeats la envió a por mí. Se me ocurrió la absurda idea de que me dejarían en paz si me iba lo suficientemente lejos. De que podría empezar una nueva vida. Pero ella vino tras mis pasos y mató sistemáticamente a todo el que se ponía en su camino.

—Puede que esté subyugada.

—¿Crees que eso cambia las cosas?

—Sí —dijo Harry—, porque yo puedo... ¿cómo se dice? Hacer que deje de estar subyugada, con la palabra desnuda.

—No puede hacerse.

—¿Por qué no?

—No puedes borrar una instrucción. Ni siquiera con eso. Solo crearás un conflicto de instrucciones.

—¿Qué coño significa eso?

—Es impredecible.

—Bueno, eso ya es algo.

—La instrucción original no desaparecerá. Podría imponerse en cualquier momento, a causa de factores situacionales, como en qué lugar se encuentre ella, o cómo se sienta en un momento dado. ¿Quieres correr ese riesgo cuando una de las instrucciones es que mate a todo el mundo?

—Sí.

—Bien, pues no puedes.

En el exterior comenzó a oírse un leve repiqueteo. Harry se asomó por la ventana y miró al cielo.

—La amo.

Eliot negó con la cabeza.

—Tus recuerdos no son correctos.

—Eso lo recuerdo.

—Escúchame con atención —dijo Eliot—, porque durante los últimos doce

meses, me he preocupado mucho de averiguar con exactitud qué ocurrió en Broken Hill, y el resultado es que sé con toda certeza que tus movimientos se separaron de los de ella poco después de que me dejase tirado en una zanja. La conclusión que se saca de ahí es que cuando ella fue a ti y te pidió que te marchases con ella, le respondiste que no. Fue así como empecé a sospechar de tu existencia como inmune. Y también fue así como ahora sé que no la amabas.

—Dijo que la gente se define por lo que quiere. Que eso es lo más importante. ¿No?

—Sí.

—Entonces sé quién soy —sentenció, volviendo a mirar por la ventana.

—Genial. Estupendo. Eso es genial, Wil. Me alegro mucho de que hayas podido encontrar tu identidad emocional antes de que tu ex novia nos mate. Imagina lo que sucedería si volviera a poner sus manos sobre una palabra desnuda. Imagínatelo.

—No le dejaré hacerse con la palabra.

—De acuerdo —dijo Eliot—. Muy bien, ahora volvemos a adentrarnos en un lugar mágico y fantástico, porque, con todo el respeto a tus recién recuperadas energías, no tienes la más mínima esperanza de evitar que ella haga lo que quiera hacer. ¿Qué es ese ruido?

—Helicópteros.

—¿Más de uno? ¿Qué aspecto tienen?

—¿Por qué iba ella a hacer nada para ayudar a ese tipo, Yeats? Tiene que estar subyugada. Él la está obligando a darnos caza y usted dice que por eso tiene que morir.

—¿Crees que a mí me gusta la idea?

—Sí. Lo creo. Por lo de Charlotte.

Eliot clavó la mirada en el techo.

—Bueno. Tal vez tengas razón.

—¿Y entonces?

—Entonces nada cambia. ¿Es una elección de Woolf? Quizá no, pero ella es lo que es. Tú, en este mismo instante, estás disparando a gente cuyo crimen es estar subyugada. ¿Por qué Woolf ha de ser diferente? Además, si me permites añadirlo, ella no se transformó así como así. Yeats plantó la semilla en un terreno fértil.

Harry alzó la voz por encima del estruendo de los helicópteros:

—¿Qué quiere decir con eso?

—¡Quiero decir que ella arrasó Broken Hill!

—¡Tal vez estuviese subyugada ya entonces!

—¡Estás eligiendo lo que quieres creer! ¡Dios! Me encantaría poder creer que no permití que muriesen tres mil personas solo porque no supe verla como lo que realmente era. Pero no puedo. Lo cierto es que ella siempre fue así y yo me negué a

verlo.

—Una cosa, ¿y si nosotros matamos a Yeats?

—Claro, le pediremos a Woolf que se eche a un lado un momento para dejarnos pasar. No me mires como si esa fuese una posibilidad realista. Ella le defenderá hasta la muerte. E incluso si pudiéramos burlarla de algún modo, el hecho de que Yeats esté vivo es lo que la mantiene bajo control. Si lo eliminamos a él, ella seguirá de todos modos con la instrucción de matar a todo el mundo.

Harry estaba mirando hacia el exterior. El ruido de los helicópteros parecía haberse suavizado.

—¿Quieres un escenario de pesadilla? Imagina que Yeats cae y Woolf se adueña de la palabra desnuda. Yeats no puede morir. No antes que Woolf. —Harry no reaccionó a lo que le decía—. ¿Qué está pasando ahí fuera?

—Unos tipos están saliendo de los helicópteros.

—¿Qué clase de tipos?

—Militares. Llevan cascos negros y enormes y gafas. No veo sus caras.

—Ah —dijo Eliot—. Entonces estamos completamente jodidos.

Harry lo miró.

—Personal Aislado al Entorno. Ven el mundo a través de unos filtros que los protegen de ser subyugados.

—¿Debería dispararles?

—Claro, ¿por qué no?

Harry levantó el rifle. Un fragmento del marco de la ventana, cerca de su cabeza, explotó por los aires y se agachó pegado a la pared.

—Mierda.

—Sí —asintió Eliot.

Harry se pasó a la otra ventana y comprobó el exterior.

—Nos están rodeando.

—Imagino que estarán también aterrizando en el techo —dijo Eliot—. Descolgándose desde los helicópteros.

—¿Qué le ocurrió a Charlotte?

—¿Qué?

—Cuando le conocí, usted tenía un compañero. Y un puñado de tipos en aquel rancho. Incluida Charlotte. ¿Cómo llegaron ellos allí?

—¿A quién le importa ya? Sinceramente, Harry. Llegados a este punto, ¿qué importa eso? ¿Crees que van a apresarnos vivos?

Harry se frotó la barbilla en un gesto que Eliot no le había visto hacer antes.

—Debajo del colchón.

—¿Qué?

—Le he cogido una pistola de la armería. Está debajo del colchón.

Eliot lo miró fijamente.

—Tal vez quiera sacarla de ahí.

—Tal vez quiera dispararte con ella, si eso sirviese para algo.

—Todo saldrá bien, Eliot.

—No —repuso Eliot—, esos tipos van a matarnos mientras Woolf lo observa todo desde lejos. Y algún tiempo después un número inimaginable de gente va a dedicar su vida a remover porquería y polvo, porque Yeats se ha empeñado en cavar un agujero enorme y profundo en un lugar y apilar lo que saque de él en otro. Eso es lo que va a ocurrir, estúpido gilipollas. ¿Los tipos del rancho? Eran a los que pude persuadir para que dejaran la organización. Creí que Charlotte era una de ellos, pero ha quedado muy claro que estaba subyugada por Woolf y que le pasaba información, como por ejemplo la de tu existencia, lo que estábamos planeando hacer y todo lo demás, todo el tiempo, y después Woolf puso a Charlotte contra mí y ¡tuve que dispararle! ¡Tuve que matarla, Wil!

—Limítese a coger la pistola.

—¿Para qué molestarme? —gritó—. Si el único propósito de Woolf es darnos unas chocolatinas y cubrirnos de besos.

Harry dio un par de vueltas por la habitación.

—Oh —dijo Eliot—. Vaya, vaya, ¿estás arrepintiéndote de algo?

—Cállese.

—Veinte años —siguió Eliot—. Toda mi vida adulta, he tenido cuidado con cada palabra que salía de mi boca. ¿Y sabes qué? Me he hartado de ello. He acabado jodidamente harto. Así que, ¡que te jodan, Wil Parke! ¡Harry Wilson! ¡Quienquiera que seas! ¡Que te jodan bien jodido! ¡Y que jodan también a Yeats! ¡Y a ti, Emily Woolf! ¡A ti más que a nadie! —Retiró las sábanas, deslizó una mano debajo del colchón y sintió el tacto del metal—. ¡Vamos allá! —Le dolía cada centímetro de su cuerpo, pero su mente había remontado el vuelo—. ¡Allá vamos, eh, a por ellos!

Emily salió del helicóptero y corrió hacia el refugio que ofrecía un edificio en ruinas que, por lo que parecía, en otro tiempo había vendido vallas de alambre. Se había olvidado de tiendas como aquella. Tiendas en las que solo se vendía una cosa que ella no podía concebir que nadie fuese a querer. Podías vivir una vida entera en Washington y no ver nunca una tienda de vallas de alambre. Si querías una de esas vallas, ibas a un hipermercado de artículos de ese tipo y la encontrarías en una estantería del pasillo doce. Pero aquí había toda una tienda dedicada a ese artículo. Entrabas y pedías un trozo porque los canguros habían vuelto a romper una sección de tu valla, e incluso tendrías una conversación sobre el tema.

No había querido regresar a Broken Hill. Ya llevaba un tiempo operando como persona compartimentalizada, poniendo diferentes piezas de sí misma en distintos

lugares, e ignoraba qué efecto tendría Broken Hill sobre eso. Pero ahora estaba allí, porque ya no tomaba decisiones como aquella y tenía que conformarse con hacerlo lo mejor posible. Una parte de ella, uno de los compartimentos, se alegraba. Pensaba que estaba volviendo a casa. Todas las demás partes en que se dividía ahora su mente estaban alucinadas.

—Nos estamos desplegando —dijo Plath. Corría de un lado a otro con unos cascos que no se le mantenían en su sitio, hablando con los agentes de seguridad. Emily no estaba muy contenta con ella. Se había cruzado en el camino de Plath en alguna que otra ocasión y el resultado era que Plath estaba cada vez más neurótica. Había en sus ojos algo salvaje y nervioso que a Emily no le daba confianza. Además, Plath se le había unido poco después del terrible fracaso en el intento de arrinconar a Eliot y a su inmune en el aeropuerto de Portland, operación durante la que había fallecido la poetisa Raine, y aunque Plath no había dicho nada, Emily sabía que veía el incidente como una vergonzosa cagada por su parte—. ¡Qué calor hace! —Plath comenzó a quitarse la chaqueta. Emily no llevaba, porque había sido obvio que en el desierto haría calor—. Esto parece un horno.

—Sí. —Observó cómo Plath metía su chaqueta hecha una bola dentro de su casco.

—Llamaré a Yeats para decirle que hemos aterrizado.

—No.

—Pidió que le mantuviésemos...

—No llames a Yeats —dijo Emily. Todavía era ella la que estaba al mando. Seguía siendo la mejor de la organización a la hora de cazar y matar.

—Necesitamos un centro de mando —dijo un hombre. Su voz, al salir de su casco, sonaba como modulada por una máquina. Se llamaba Masters. Estaba a cargo de los soldados. Actualmente, Masters tenía PAEs desplegándose por Broken Hill como un vertido tóxico, estableciendo perímetros, tomando posiciones y todo lo que fuera que se suponía que tenían que hacer. Era para ayudarla a neutralizar a Eliot, pero a ella no le gustaba estar rodeada de gente a la que no podía subyugar.

Le vino a la memoria una hamburguesería. Estaba bastante apartada del hospital, cerca como para coordinar la acción pero no lo suficiente como para que Eliot fuese capaz de presentarse allí y dispararle. Ella había comido allí, algunas veces sola, otras no. Pero no estaba pensando en eso. Harry estaba intentando asomarse a la superficie de su mente, pero no pensaba permitirselo. La cuestión era que la hamburguesería era un lugar idóneo.

—Sé dónde.

Un pequeño escuadrón comprobó el local mientras ella y Plath esperaban fuera, cubriéndose la cara del sol. Un helicóptero pasó por encima de sus cabezas arrojándoles una oleada de calor y arena.

—¡Aggh! —murmuró Plath—. ¡Qué asco de sitio!

Un soldado abrió la puerta de atrás y les hizo un gesto. Emily atravesó una pequeña cocina donde vio una sartén cubierta por una capa de polvo. Varios utensilios colgaban de barras colocadas en lo alto, sorprendentemente brillantes. Luego pasó al área pública, donde había varias mesas que le resultaban familiares. No había cadáveres. Quizá los soldados se habían encargado de retirarlos. Plath se quedó atrás por alguna razón, pero Emily fue a la parte delantera del local. En el exterior se veían formas oscuras que eran difíciles de identificar a causa de la suciedad que impregnaba los cristales, así que se acercó con cierta inquietud. Mesas al aire libre. En una de ellas había una sombrilla deshilachada. Unos cuantos coches. Si pegaba la cara al cristal, podía ver calle abajo. No se fijó en los detalles, pero pudo distinguir la silueta del hospital. En alguna parte del interior de ese edificio estaba Eliot con su inmune.

Su teléfono sonó y lo sacó del bolsillo.

—He oído que estás en Broken Hill —dijo Yeats.

—Sí. —Emily miró a Plath, la chivata.

—No puedo evitar preguntarme por qué Eliot iría allí, precisamente allí.

—Bueno, supongo que quería hacerse con la palabra —contestó—. El inmune puede cogerla sin problemas. —Se produjo un silencio—. ¿Hola?

—Lo siento. Me he quedado un momento sin habla.

—La palabra desnuda —dijo ella— está en el pabellón de Urgencias.

—Yo tengo la palabra desnuda.

—Usted tiene la copia que yo hice. El original sigue estando aquí.

—Me hubiera resultado muy útil tener esa información mucho antes.

—Oh, lo siento. —Emily lo había sabido, en uno de sus compartimentos.

—Matarás a Eliot —dijo Yeats—, y al inmune, y ya de paso a todo el que Eliot haya podido conjurar y que no trabaje directamente para mí. Después acordonarás el hospital hasta que yo llegue. ¿Está claro?

—Sí. —En el interior de su cabeza, añadió: «capullo». Lo hacía de vez en cuando. Era una especie de juego.

—Estoy realmente perplejo por el asunto del inmune. Me siento muy incómodo sabiendo que existe alguien inmune. Supone una distracción muy desagradable para mi trabajo.

—Puedo imaginarlo. —*Capullo*.

—Llámame cuando Eliot esté muerto —dijo Yeats—. No pondré un pie en Broken Hill hasta entonces. Ah, y otra cosa, Emily. En algún momento me tendrás que explicar con todo detalle cómo te las ingeniaste para copiar un objeto al que no puedes mirar.

—Lo haré —confirmó ella. La comunicación terminó. Notó que la mandíbula se

le movía y por un momento pensó que iba a decirlo en voz alta. Pero solo emitió un pequeño gruñido. Miró a Plath, pero nadie parecía haberlo notado, así que lo dejó estar.

Al principio ni siquiera había sido capaz de pensarlo. Tal vez con el tiempo podría decírselo a la cara. *¡Eh, Yeats! ¡Eres un capullo!* Era una idea divertida. Pero inverosímil. Lo más probable es que no pasase de allí, de ser un juego mental. Ya se vería. Por ahora, lo importante era que una parte de ella seguía siendo ella.

Eliot avanzó hasta la puerta, la abrió y desapareció al otro lado. Eso ocurrió con mayor rapidez de lo que Harry esperaba, porque hasta hacía un momento Eliot había tenido el aspecto de quien se estaba recuperando de una herida de bala casi mortal. No sabía qué era lo que de repente le había revivido.

—Espere —le dijo. Pero Eliot corría ya pasillo abajo y lo único que Harry pudo oír fueron sus pisadas.

Levantó su rifle, aunque iba a resultarle del todo inútil para un combate cuerpo a cuerpo. No había tenido intención de salir de la habitación. Su plan era quedarse allí e ir eliminando a todo el que se acercase hasta que Emily pillase el mensaje y fuese a verle. Expulsó el aire entre los dientes.

—Mierda —dijo, y echó a correr detrás de Eliot. Recorrió el pasillo, dejando atrás dos salas de maternidad que en el pasado habían estado dirigidas por una mujer llamada Helen que siempre tenía donuts de color rosa, a cualquier hora del día o de la noche. Harry nunca la había visto comerse uno. Solo los tenía. Él solía visitar aquella zona con frecuencia, por los donuts.

Llegó a la esquina y asomó la cabeza. No había rastro de Eliot. Había desaparecido. Harry dudó si abrir la boca para emitir el tipo de sonido que podría atraer hacia allí a hombres armados, pero entonces se produjo un rápido intercambio de disparos no muy lejos de donde estaba y eso le hizo decidirse.

Alcanzó la escalera y se asomó por encima de la barandilla para ver a Eliot más abajo. A los pies de Eliot había un hombre uniformado de negro pero sin casco. El tipo parecía mareado. Su arma, una semiautomática, estaba a menos de un metro de distancia.

—Dispárales a la cara —dijo Eliot—. Llevan protección, pero no es más que una distracción.

—¿Qué ha hecho? —Harry vio cómo el hombre uniformado se movía para recoger su arma—. ¡Se está moviendo! —Le apuntó con el rifle.

—¡No dispaes! —gritó Eliot—. Ahora está en el bando de los ángeles.

El tipo recuperó su arma y se incorporó. Luego levantó la mirada hacia Harry, interrogante.

—Es de los nuestros —le dijo Eliot al tipo—. No os disparéis el uno al otro. —

Empezó a bajar las escaleras.

—¿Cómo ha...? —Pero Eliot había vuelto a desaparecer. Harry corrió tras él saltando los peldaños de tres en tres. Le dio alcance en la segunda planta, que era el ala de cirugía del hospital—. ¿Puede esperarme de una puta vez? —Intentó sujetar a Eliot, pero el otro hombre se colocó la culata del arma en el hombro y apuntó el cañón contra Harry.

—No asustes a mi nuevo compañero —dijo Eliot—. Quiere protegerme.

—¿Qué cree que está haciendo?

—Buscando a Woolf.

—Podría estar en cualquier parte.

—Sí. Pero es una opción mejor que la de quedarse sentado en esa habitación. —Eliot echó un vistazo a su alrededor. Tenía las pupilas dilatadas—. Tú solías trabajar aquí. ¿Cuál es la forma más inteligente de salir de aquí?

—No lo sé. ¿Puede decirle a este tipo que deje de apuntarme con su arma?

—Tu actitud le resulta amenazante. Y a mí también, la verdad.

—Y usted parece estar drogado.

—Estoy soltando un montón de dopamina —repuso Eliot—. Es un colocón natural. ¡Joel! Baja el arma.

El soldado hizo lo que se le decía, pero mantuvo los ojos clavados en Harry, con una mirada de acritud.

—¿Qué tal el vertedero de la lavandería?

—¿Qué?

—Un vertedero —explicó Eliot—. ¿Qué tal si nos deslizamos a un sótano o algo parecido?

—No. Aquí no funcionan así. Esto es un hospital, se correría el riesgo de perder a algún niño en uno de esos vertederos.

—Entonces, ¿qué?

—No lo sé.

—Piensa —le instó Eliot—. Debes de haber perdido a algún paciente. Gente que salió de alguna manera. Esto no es Fort Knox.

—A nadie... De acuerdo, una vez un tipo se coló en un almacén escalando al techo del edificio de al lado. Podríamos...

—Sí. Eso. —Eliot miró al soldado—. Ve y provoca una distracción. Dispara a la nada. Informa de algo falso. Cosas así. —El tipo asintió y comenzó a correr escaleras abajo—. Vamos a ese almacén.

—¿Cómo ha subyugado a ese tío?

—Lo conozco. Estuve trabajando para la organización, ya lo sabes. Al almacén.

Harry guio a Eliot a través de unas puertas de doble hoja. Nunca le había gustado ir a esa zona. Allí era donde trabajaban los cirujanos. Nunca había estado del todo

seguro de si a ellos les importaba lo que hacían. Parecía que disfrutaban más por el desafío en sí que por el hecho de salvar al paciente.

—Entonces, ¿qué hizo? ¿Le disparó a la cara, le quitó el casco y utilizó unas cuantas palabras?

—Correcto —asintió Eliot.

Llegaron al almacén y probó el pomo. Nadie había pasado por allí durante un año para abrirlo, por lo que parecía. Pero Harry sabía dónde se guardaba la llave. Corrió pasillo abajo, abrió el segundo cajón del puesto de enfermeras y la encontró entre varias hojas de papel y gomas elásticas. Cuando volvió, Eliot estaba tirando de la puerta.

—Rápido —le dijo.

—Estoy siendo rápido.

—Más rápido.

Abrió la puerta. El nuevo Eliot le estaba resultando inquietante. De algún lugar, a lo lejos, llegó el martilleo de un tiroteo. Esperaron, pero no se repitió.

—Joel —dijo Eliot, con cariño.

Entraron en el almacén. En la ventana se habían colocado nuevos cerrojos después del episodio del intruso, pero desde dentro no supondrían más que un pequeño impedimento. Harry echó un vistazo a través del cristal. Había una pequeña bajada hasta una zona apartada del tejado, después habría que correr y saltar al tejado de la farmacia que había al lado. No vio a ningún soldado.

—El auténtico problema es encontrar a Woolf —murmuró Eliot junto a su oído.

Harry se estremeció. No le había oído acercarse. Eliot lo miró.

—¿Dónde crees que está?

—¿Puede echarse un poco hacia atrás?

—Creo que tú lo sabes —insistió Eliot, dándole unos toquitos en la frente.

—No me toque la cabeza, joder. —Comenzó a arrancar la ventana de su marco.

—Este lugar te hizo volver a ser quien eres. Tal vez tenga un efecto similar en ella. Y tú la conoces. Así que dime, ¿dónde está?

—Ese plan del que habló antes, el de salir de Broken Hill. Está empezando a convencerme.

—¿Dónde? —repitió Eliot.

Harry tiró el marco de la ventana al suelo y trepó por las estanterías. El hueco era estrecho, pero se las ingenió para pasar el rifle y dejarse caer a la azotea que había a metro y medio por debajo. Se agachó contra la pared hasta que Eliot se reunió con él.

Eliot miró a su alrededor.

—Esto ha sido una buena idea. —Se levantó y corrió hacia el borde, saltó por encima del vacío y aterrizó en el tejado de hojalata de la farmacia. Harry le vio mover la cabeza a izquierda y derecha. Luego dejó de moverse. Harry se quedó inmóvil.

Eliot se arrastró de vuelta hacia el borde, se asomó y se dejó caer, quedando fuera de la vista.

Harry corrió tras él. A mitad de camino, oyó a Eliot gritando unas palabras en una lengua extraña y gutural. Cuando alcanzó el borde, lo vio en el callejón, encima de otro soldado sin casco. Este era calvo.

Lanzó el rifle hacia abajo y se descolgó por el borde.

—Estoy empezando a sentir que ni siquiera me necesita.

—Oh, desde luego que te necesito —dijo Eliot—. No sé dónde está Woolf. —
Miró hacia la farmacia.

—No está ahí dentro. No recuerdo que entrase ni una sola vez en esa farmacia.

Eliot. ¿Eliot?

—¿Qué?

—Está mirando al vacío.

—Oh, estaba pensando en tapones para los oídos.

—¿Eso...? Eso suena genial.

—Es genial para evitar la subyugación verbal. No tanto para poder oír que alguien se te acerca por la espalda con un arma. Así que tiene su parte negativa.

—Entiendo.

—Prefiero que me disparen a que me subyuguen, de todos modos. —Eliot miró a Harry—. Dispárame si ella consigue subyugarme. ¿Te lo había dicho ya?

—No.

—Bien, pues hazlo. Lo digo en serio.

—Estamos en la tercera planta —dijo el tipo calvo—. Sabemos que no estáis ahí.

—Gracias, Max —respondió Eliot—. Harry. ¿Dónde está ella?

—¿Cómo coño voy a saberlo?

—Piensa.

Harry miró a su alrededor. Si él fuese Emily, ¿adónde iría? A algún lugar cerca del hospital. Había una cafetería al otro lado de la manzana, pero a Emily nunca le había gustado, decía que olía igual que los hombres. Solían ir a la hamburguesería que había más abajo. En realidad allí era donde se habían encontrado por primera vez. Sin contar la ocasión en la que ella había sido su paciente. Ella había estado comiendo y Harry había pasado por delante del local con una chica con la que salía en aquella época, y ella le había llamado. Recordó haber pensado entonces que era una chalada. ¿Por qué lo había pensado? Por la tarjeta. Ella le había enviado una tarjeta con una estupidez escrita en ella, A MI HÉROE, O ME SALVASTE LA VIDA, algo parecido. Pero entonces habían hablado y había dejado de parecerle una loca. Había habido algo en ella. Algo brillante a lo que él había respondido.

—Has pensado algo —dijo Eliot—. Lo veo en tu cara.

Harry negó con la cabeza.

—No me lo ocultes —insistió Eliot, inclinándose hacia él—. Venga, dímelo, Harry.

—Ahora mismo me está dando miedo.

—Mi estado es temporal. Necesito sacar el mayor partido posible, porque la bajada va a ser muy dura.

—Le ofrezco un trato.

—Sí.

—Podría saber dónde está. Pero si se lo digo, yo entraré primero. Hablaré con ella. Si no da resultado, bien. Usted hace lo que tenga que hacer. Pero antes me concede cinco minutos.

—Trato hecho —dijo Eliot, tendiéndole la mano.

Harry vaciló, receloso.

—No lo dice de verdad.

—¿Qué quieres que diga? —gritó entonces Eliot—. ¡Te estás enfrentando a la futilidad de tu propia propuesta! ¡Dispárale a ese! —Esa última frase iba dirigida al soldado calvo, que hincó una rodilla en el suelo y levantó su semiautomática. Harry se volvió a tiempo para ver a un par de figuras uniformadas de negro al fondo del callejón. Eliot le agarró del brazo y los dos echaron a correr.

—Es la hamburguesería —jadeó Harry—. Derecha, derecha, y rodeando la manzana. —Doblaron la esquina—. Cinco minutos. Prométamelo.

—De acuerdo, vale —dijo Eliot—. Bien. —Se detuvo y sus ojos parecieron aumentar de tamaño al fijarse en algo que había en el arma de Harry—. Uauh, mierda, joder.

—¿Qué? —preguntó Harry. No veía cuál era el problema, así que miró a Eliot, y la culata de la pistola de este avanzaba con rapidez hacia su rostro. Eso fue todo lo que supo.

Los soldados entraron y entonces se produjo un problema. Emily se dio cuenta porque al principio Masters emitía nuevos informes a intervalos de quince segundos: quién estaba dónde, haciendo qué, y durante cuánto tiempo se esperaba que lo hiciera; un catálogo sin fin de hechos físicos del que Masters parecía disfrutar a un nivel profundo, sexual incluso. Pero entonces, sin ningún motivo, pasó un minuto entero sin que oyesen nuevos informes. Aquello se manifestó en el hecho de que Plath corrigiese la posición de su peinado con gestos cada vez más dramáticos, y, finalmente, formulase una pregunta. Masters giró sus gafas hacia ella y contestó con su voz maquina:

—Estamos tratando de fijar la localización del objetivo.

—Creía que ya tenía esa localización —dijo Plath. Masters no respondió—. ¿No habíamos empezado con la localización del objetivo?

—Eliot es muy resbaladizo —intervino Emily.

—No vamos a tener otro caso Portland. —Plath dirigió aquel comentario a Masters, pero lo que Masters pensó de ello no podía saberse.

Emily casi deseó que Masters se enfadase hasta tal punto con Plath que cogiese una de las muchas armas que llevaba sujetas a diferentes partes de su cuerpo e hiciera algo indescriptible con ella. «Yeats, Yeats —pensó, como hacía en ocasiones como aquella—, eres un capullo».

Se levantó de la mesa. La cristalera estaba muy sucia, pero podía ver a través de ella. Un helicóptero estaba sobrevolando el hospital, pero aparte de eso, no parecía estar ocurriendo nada.

—Estamos reagrupándonos —informó Masters—. Puede que tengamos una nueva posición.

—Consigue una nueva posición —dijo Plath—. Consigue una maldita posición ahora mismo o lo lamentarás durante el resto de tu vida. —Se había sonrojado. En la línea donde le nacía el pelo se le habían formado glóbulos de sudor. Para ser una poetisa, estaba mostrando demasiadas emociones, lo que a Emily le hizo pensar que Plath tenía razones para creer que las consecuencias del fracaso serían particularmente terribles.

Continuó contemplando la calle. Necesitaba pensar como Eliot. Lo conocía bastante mejor que la mayoría. Podía imaginarse a Eliot escondiéndose allí, olfateándola para dar con ella. Eso era lo que él estaría pensando. No en escapar. Vendría a por ella.

Un soldado uniformado de negro emergió del cruce y corrió hacia la hamburguesería.

—¿Quién es ese tío? —quiso saber. Nadie le respondió, así que lo volvió a preguntar—: ¿Quién coño es ese capullo de ahí?

Plath se colocó a su lado.

—Personalmente, no me importa añadir un poco de mano de obra a este lugar.

—Estamos redibujando nuestras zonas —informó Masters.

Aquello a Emily le sonó a tontería, porque si su posición actual había pasado a ser parte de la zona operativa de Masters, él debería haberlo mencionado. Soldados cambiando de posición: de eso era de lo que él estaba hablando. Observó al que se acercaba.

—Oh —masculló—. Es Eliot.

—Ese... Eso es imposible —repuso Plath. Pero su voz dejó traslucir su inseguridad. Estaba empezando a comprender lo que Emily llevaba ya un tiempo sabiendo: que no se podía infravalorar a Eliot. Siempre que creías haberlo cogido, te equivocabas—. Vamos a... Necesitamos seguridad aquí, ¿eh? —Alargó el brazo por detrás de Emily para atraer la atención de Masters, que podría haber estado ladrando

órdenes por su radio o podría simplemente estar allí, resultaba imposible decirlo—. ¡Masters, Masters!

—Esa unidad no responde —dijo Masters, al tiempo que desenfundaba una pistola enorme—. Puede que sea hostil. Aconsejo la retirada.

Plath desapareció. Emily vaciló. Realmente quería enfrentarse a Eliot y acabar con él. Pero aquella no era la forma de hacerlo: con Eliot enfundado en una armadura dotada de filtros contra la subyugación. Una cosa era correr riesgos y otra era suicidarse. Se volvió para seguir a Plath, pero entonces se le ocurrió otra idea. Siempre existía la posibilidad de que aquello fuese una estrategia. Eliot podría haber enviado deliberadamente a alguien hacia la parte delantera de la hamburguesería para que fuese detectado (al inmune, quizás, o a cualquier soldado que hubiese conseguido subyugar) y de ese modo ella saldría por la parte de atrás. Era el tipo de cosas que Eliot podría hacer. Meditó un instante. Había una puerta lateral que daba al contenedor de basura. Decidió ser prudente.

Se abrió paso al exterior y se encontró de frente con la pared de ladrillo de la tienda de al lado. Ese era el tipo de cosas que a Emily le gustaba: una ruta de escape oculta. Aquel era su elemento. Entonces se detuvo, porque se le ocurrió que tal vez aquello fuese un problema. Quizá lo último que debiera hacer en aquella situación fuese seguir sus instintos, pues alguien que la conociera bien podría preverlos. Eliot apareció doblando la esquina.

—Mierda —dijo Emily.

De las orejas de Eliot sobresalían pequeños tapones amarillos. Sostenía una pistola. Tenía los ojos muy abiertos y había un brillo de sudor en su cara que le indicó a Emily que Eliot se hallaba en un estado mental intensificado. Los poetas podían hacerlo, si lo querían de verdad. Ella les había visto hacerlo. Hablaban y se movían muy rápido durante alrededor de una hora, y luego dormían durante varios días seguidos.

—Te pillé —dijo Eliot.

Emily levantó las manos. Quería hablar, pero le dio la impresión de que si abría la boca, él le dispararía. Le dispararía de todos modos, por supuesto. Para eso estaba allí.

Se miraron el uno al otro durante un momento. Tal vez apareciesen unos cuantos soldados por la puerta y se hiciesen cargo de Eliot. Eso le vendría muy bien.

Eliot se quitó los tapones con la mano libre.

—He tenido que dejar al inmune inconsciente. No podía confiar en él.

—Bien —dijo ella.

—Me culpo por lo que ocurrió. Debería haberlo evitado. —Emily no supo qué responder a eso—. Tengo que matarte.

Ella asintió. Hacía tiempo que lo sabía.

Eliot flexionó sus dedos sobre la pistola.

—Siento no haberte enseñado mejor —dijo. La expresión de su cara era muy extraña.

—Eliot.

—Tienes que parar.

—Eliot.

Había soldados aproximándose. Podía sentirlos. La idea se le antojó angustiosa de un modo que no lo había sido unos meses atrás.

—Cometí errores —continuó Eliot.

Alrededor de Emily, los soldados emergían del aire como hormigas. Había una gran cantidad de ruido y Eliot podría haberle disparado, pero no lo hizo, sino que cayó al suelo y murió.

Después de eso, Emily se sintió extraña. La gente iba y venía, soldados y poetas, y de vez en cuando se detenían para hablar con ella, pero no les escuchaba. Cuando empezaron a empaquetar a Eliot, fue a la parte delantera de la hamburguesería y se sentó a una mesa. Alguien pasó a su lado un par de veces, pero la mayor parte del tiempo estuvo sola. Empezó a llorar. No comprendía por qué, porque había deseado que Eliot muriese. Lo había querido con intensidad. Pero la pena emanaba de ella de todas maneras, vertiéndose desde sus compartimentos, y recordó que no todos sus deseos eran realmente suyos.

Una sombra se proyectó a su lado. Levantó la vista para ver quién era lo bastante idiota para molestarla en aquel momento, y vio a Yeats.

Yeats recogió una silla caída y se sentó en ella. Llevaba puesto un hermoso traje gris y su pelo parecía fresco y brillante. Tenía gafas de sol, pero se las quitó y las dejó sobre la mesa, y sin ellas sus ojos carecían de expresión alguna.

—Oh —dijo Emily. Se sintió estúpida. Por supuesto que Yeats estaba allí. Debería haberlo entendido.

—Felicidades. —Yeats contempló la hilera de edificios cubiertos de polvo que había al otro lado de la calle—. Ahora entiendes por qué te quería a ti específicamente para que te encargases de Eliot. —Emily no contestó—. La persuasión se deriva del entendimiento. Subyugamos a otros aprendiendo quiénes son y volviéndolo contra ellos. Todo esto, la persecución, las armas... —Hizo un gesto vago—. Esto son solo detalles. Lo que Eliot no podía evitar era el hecho de que yo lo comprendía mejor de lo que él se comprendía a sí mismo. —Plath apareció en algún lugar al borde de los sentidos de Emily. Yeats dijo—: Un vaso de agua, por favor. Que sean dos.

Una vez que Plath se hubo ido, Yeats se quitó la chaqueta y se la pasó a Masters, que estaba allí como si lo hubiesen plantado.

—He estado visitando a algunos delegados. No todos ellos están de acuerdo con la nueva dirección que le estoy dando a la organización. Algunos intentaron hacer movimientos contra mí. Movimientos esperados, por supuesto. Inútiles, puesto que los entiendo. Intentamos ocultar nuestra personalidad, Emily, pero la verdad es que no queremos quedar ocultos, no del todo al menos. Queremos ser encontrados. Todo poeta, tarde o temprano, descubre que dentro de unos muros perfectos no hay nada que merezca ser protegido. De hecho, no hay nada. Así que cambiamos privacidad por intimidad. Nos la jugamos, esperando que al mostrarnos, alguien encuentra el modo de entrar. Por eso es por lo que el animal humano siempre será vulnerable: porque quiere serlo. —Plath se presentó con dos vasos de un estilo que Emily reconoció de años atrás, y los puso en la mesa.

—Me siento mal por Eliot.

—Sí, bueno —dijo Yeats—. Algún tipo de derrame de emociones reprimidas, imagino.

—Y estoy recordando cosas.

—¿Oh? ¿Como cuáles?

—Salí de Urgencias. Por esa puerta —dijo, señalándola—. Fui hacia allí. La gente se estaba matando entre sí. Por culpa de la palabra. Harry vino detrás de mí. Él sabía lo que había hecho. Pero, de todos modos, me salvó.

—No estoy seguro de por qué me estás contando esto —dijo Yeats—. Es irrelevante.

—No estoy hablando con usted.

Una figura caminaba hacia ellos desde el hospital. En la calina que provocaba el calor, podría ser cualquiera. Pero Emily tuvo un presentimiento.

—Harry —dijo.

Harry se asomó por el murete de la azotea a la calle. Le dolía la cabeza. Eliot le había golpeado. Había fruncido el ceño ante algo que había visto en el rifle de Harry, y Harry había seguido la dirección de su mirada, y luego se había despertado tirado en un soportal. Ahora Eliot había desaparecido y Harry estaba en el tejado de una tienda de muebles, intentando ver qué era lo que estaba ocurriendo.

Hacía unos minutos un soldado había ido hacia la hamburguesería y otro había salido por la puerta principal del local y se le había acercado empuñando su pistola. Dio la impresión de que iban a enfrentarse entre ambos, pero se detuvieron dejando un metro de separación y se quedaron allí como si estuvieran comunicándose telepáticamente. Luego los dos corrieron hacia la hamburguesería y aparecieron nuevos soldados, tras lo cual se produjo un tiroteo. Un rato más tarde, una joven salió del local y se sentó a una mesa. Harry se le quedó mirando fijamente, porque la joven era Emily.

Había empezado a dudar si ella seguiría siendo la misma, a causa de lo que le había dicho Eliot. Pero ahora todo estaba claro. Se escabulló del tejado. Siempre sucedía lo mismo: cuanto más hablaba una persona, más borrosa se volvía. No era necesario discutir para hallar la verdad. Podías verla. Había estado a punto de olvidarlo. Aferró el rifle y fue en busca de Emily.

Yeats se dio la vuelta para mirar a la figura que se les acercaba envuelta en la calina.

—¿Quién?

—El inmune, podría ser —dijo Plath, mirando con la mano a modo de visera. El inmune tenía los brazos extendidos a los lados. Llevaba unos vaqueros y una camiseta—. Wil Parke. Parece desarmado.

—Bueno, ¿qué tal si le disparamos?

—Estoy en ello —dijo Masters. Hizo una señal y dos soldados salieron a la calle.

—Conocemos a Parke —dijo Plath—. Es una persona indecisa. No posee entrenamiento con armas. Es carpintero.

—Emily, pareces ansiosa —comentó Yeats—. ¿Hay algo que yo debería saber?

—Sí.

—Cuéntame.

—Creí que Harry había muerto. Pero no fue así. Solo me obligué a mí misma a creerlo.

—¿Quién es Harry? —preguntó Plath.

—Su amante —dijo Yeats—, hace algún tiempo. ¿Es él el inmune?

Emily asintió y Yeats tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Esto no cambia nada.

Observaron cómo se desplegaban los soldados. Harry comenzó a reducir el ritmo de sus pasos. Emily ya podía distinguir su rostro.

—Espera —dijo Yeats—. Me estoy perdiendo algo, ¿no es cierto?

Emily tuvo que responderle:

—Sí.

—¿Qué me estoy perdiendo? —Chasqueó los dedos hacia alguien que estaba detrás de ella—. Tú también. —Un poeta, Rosenberg, un chico joven con el pelo largo, salió a la calle y siguió a los soldados—. ¿Emily?

—Dos cosas.

—Dímelas. Te estoy ordenando que me las digas.

—No creo que usted haya estado enamorado. No recientemente, al menos. No estoy segura de que recuerde cómo es estar enamorado. La sensación te subyuga. Se apodera de tu cuerpo. Como una palabra desnuda. Creo que «amor» es una palabra desnuda. Esa es la primera de las dos cosas. —Yeats no reaccionó. Si acaso, parecía desconcertado—. La segunda es que yo no definiría a Harry como indeciso y carente

de entrenamiento con las armas.

—Tal vez deberíamos ir adentro —sugirió Plath.

—Sí —dijo Yeats—. Correcto. —Se alisó los pantalones y comenzó a incorporarse. Pero entonces se detuvo, porque Emily le había sujetado por la corbata.

—Además —dijo ella—, eres un capullo.

Avanzó hacia la hamburguesería hasta que un grupo de soldados se echó a la calle para interceptarlo. Entonces giró y se dirigió hacia la inmobiliaria. Entró a través de un hueco en el que antes había habido una ventana, recogió el rifle de donde lo había dejado, en el mostrador, y corrió hacia los despachos del fondo. Había estado allí alguna vez cuando salía con Melissa, la agente inmobiliaria. Las suficientes como para conocer la distribución del local. Tomó posición en el despacho de Melissa y esperó.

Unos pocos minutos más tarde, un soldado entró arrastrándose. Harry aguardó hasta que apareció el segundo y entonces introdujo una bala en su cargador. Los dos hombres se desvanecieron como el humo. Harry abrió el cargador y puso otra bala mientras corría hacia el pasillo. Fue a la derecha en lugar de a la izquierda, abrió la puerta trasera y salió a la luz del sol. Corrió por el lateral del edificio hasta las rejillas de ventilación y atisbó a través de ellas. El segundo soldado se alejaba de él, agachado. Harry levantó el rifle y le disparó en la parte de atrás de la cabeza.

Cuando volvió a entrar en el edificio, le sorprendió encontrar a los dos tipos aún con vida. No hubiera creído que un casco podría detener una bala del calibre 28. Pero supuso que el impulso de la bala tenía que ir a alguna parte. Uno de los soldados se había quitado el casco y estaba vomitando. El otro se arrastraba con dificultad hacia la puerta principal.

Levantó el rifle. El soldado que se había despojado del casco alzó una mano, pero Harry le disparó igualmente. Caminó hacia el otro mientras recargaba el rifle. Un hombre apareció inesperadamente en la ventana, un tipo joven con traje barato y corbata, profiriendo palabras sin sentido, y Harry le disparó. Miró al otro soldado, que había dejado de arrastrarse.

Recargó su arma otra vez. Oyó el ruido de un helicóptero acercándose. Supuso que habría soldados viniendo por ambos lados. Estarían corriendo sin prisas, como habían hecho aquellos dos tipos, puesto que estaban envueltos en armaduras de veinte kilos de peso que eran como hornos andantes. Llevaban alrededor de una hora moviéndose bajo el sol del mediodía. Ni siquiera podía imaginarse cómo sería eso. Había visto a gente cayendo muerta por un golpe de calor al intentar hacer demasiadas cosas. Muchos creían que lo peor que el sol podía causarles era una sensación de incomodidad. Se ponían crema de protección solar y sombreros y salían bajo el sol hasta que se desplomaban al suelo.

Entró en el aseo y abrió la ventana. Había una pequeña valla que le ofrecía un poco de refugio hasta el edificio de al lado, y desde allí pensó que podría ir sin que le viesen hasta prácticamente donde quisiera. Se descolgó por la ventana y empezó a arrastrarse.

Los ojos de Yeats se abrieron como platos. Emily no le había visto nunca antes aquella expresión de sorpresa. En realidad, nunca le había visto una expresión de ningún tipo.

—Suéltame —dijo Yeats.

—Suélteme usted a mí —repuso ella, aunque no era más que para ganar tiempo. Solo había una forma de que pudiera quedar libre de Yeats, e iba a tener que hacer que ocurriese por sí misma. Yeats tiró hacia atrás al tiempo que se llevaba la mano al bolsillo de la chaqueta para coger el objeto que le permitiría adueñarse otra vez de la mente de Emily. Lo cual le indicó a ella que Yeats de verdad no lo pillaba. Él pensaba que la influencia de la palabra se había borrado de algún modo, que ella ya no se sentía obligada a obedecerle.

Se incorporó para seguir el movimiento de retirada de Yeats, pero se encontró con los brazos de Plath, que la sujetaba por detrás. Plath era delgada y enjuta, es decir, no era el tipo de persona que podría retener a Emily durante demasiado tiempo, pero ella no había esperado siquiera que lo intentase, y eso le dio a Yeats tiempo para sacar la palabra.

—Siéntate y deja de moverte —le ordenó.

—No.

La incredulidad se extendió por su rostro. Los brazos de Plath ya estaban flaqueando, pues había supuesto que Emily quedaría de inmediato subyugada. Pero la mano de Yeats estaba saliendo de su chaqueta y ella no quería ver lo que iba a sacar, así que echó su cabeza hacia atrás. Se produjo una conexión satisfactoria. Emily se echó hacia delante, cogió un vaso de la mesa y lanzó el agua sobre los zapatos de Yeats.

Yeats soltó un grito agudo de temor. Aquel sonido resultó hermoso a oídos de Emily, pero la cuestión era que Yeats no estaba emitiendo ningún otro sonido, sonidos que ordenasen a alguien que la matase, así que mientras él estaba ocupado con el horror de ver cómo se estropeaba el cuero de sus zapatos, ella rompió el vaso contra el borde de la mesa y le rebanó la garganta.

Yeats trató de hablar. Pequeñas burbujas rojas le salpicaron los labios. Emily le arrebató la palabra desnuda de los dedos con total suavidad. Yeats cayó de rodillas, y ella debería estar en aquel instante volviéndose para hacer frente a Plath y a Masters y a quien fuera que estuviera a su espalda, pero en lugar de eso, se quedó allí viéndole morir.

Harry corrió hacia la hamburguesería. Imaginó que debía haber soldados por allí, pero no podía verlos. Los helicópteros se habían retirado, y no podía entender por qué. Rodeó el edificio sin ver a nadie, así que se dirigió hacia la parte delantera. Emily estaba allí. Varios cuerpos yacían en el suelo. Había un soldado con uniforme negro, pero se había quitado el casco y tenía las piernas separadas, sin empuñar ningún arma, mirando la ciudad como si estuviera allí de vacaciones.

Harry mantuvo el rifle preparado y empezó a cruzar la calle. Emily se volvió hacia él. Tenía algo en su mano y la expresión de su cara era extraña.

—Eh —dijo Harry—. Emi, soy yo.

Avanzó hacia ella y por un momento Emily no supo quién era. Acababa de matar a un puñado de gente y de subyugar a Masters, y sentía un avispero dentro de su cabeza.

Pero reconoció la expresión de su cara. Era como la última vez que ella había estado también rodeada de muerte y él había ido en su busca. Vio que Harry iba a salvarla de nuevo. Por supuesto que iba a hacerlo. Iba a perdonarla por todo lo que había hecho, otra vez.

—Oh, Harry —dijo Emily—. ¡Me alegro tanto de verte!

Él sonrió. Ella había creído que no volvería a ver nunca aquello, su sonrisa, y eso la mató, porque sabía que no podía durar. Nada de aquello podía durar.

—Te quiero —dijo—, pero lo siento, necesito que hagas algo.

—Claro. —Harry se colgó el rifle al hombro y caminó hacia ella con las manos extendidas para coger las de ella—. ¿Qué necesitas?

—*Kikkhf fkattkx hfkixu zttkcu* —explicó Emily—. Dispárame.

BROKEN HILL PERMANECERÁ SELLADO

The Sydney Morning Herald, Vol. 183 Núm. 217 Página 14

Una comisión del gobierno encargada de revisar la toxicidad de Broken Hill (escenario en 2011 del desastre que acabó con la vida de más de tres mil personas) ha recomendado que la ciudad continúe vallada durante un tiempo indeterminado.

La comisión fue motivada por fotografías aparecidas el pasado verano en las que se veían lo que parecían ser dos grandes helicópteros sobrevolando la ciudad. Dichas imágenes alimentaron rumores ya existentes de que la ciudad no era inhabitable, incluyendo teorías de conspiración que proclamaban que la ciudad albergaba desde un tesoro secreto de la mafia hasta programas militares del gobierno.

La comisión, que ha hecho público hoy un informe de 300 páginas, debería enfriar semejantes habladurías, pues los científicos han detectado niveles críticos de isocarbonato de metilo en el terreno.

«Pese a lo mucho que disfruto de una buena historia, sería altamente peligroso empezar a pensar que estaría bien acercarse a echar un vistazo a Broken Hill», dijo el portavoz, Henry Lawson. «La ciudad es, desafortunadamente, una lúgubre advertencia de lo que puede ocurrir cuando la gente y las empresas operan sin la correcta supervisión».

Broken Hill sigue siendo el escenario de uno de los peores desastres medioambientales del mundo.

MEMO

Tema: Re: revisiones a los modelos post-BH

Actualización según solicitud «informe no finalizado, no me citéis en esto, etc., etc.».

Nuestro principal descubrimiento es que lo que presenciamos en BH fue un efecto plurilingüe. Lo cual me doy cuenta de que no tiene sentido si solo nos fijamos en las apariencias, puesto que ninguna de las partes involucradas son/eran plurilingües, al menos que se sepa. Pero siempre que hemos visto en el pasado un rechazo de esta magnitud, ha sido porque el destinatario tiene fluidez en más de una lengua. (Puede ser fielmente reproducido en experimentos: por ejemplo, mientras cuenta en holandés, un sujeto bilingüe muestra un aumento de resistencia a ser subyugado en inglés). Hemos desarrollado la teoría de que cuando el cerebro está activado en una lengua, las palabras de otra tienen más posibilidades de ser interpretadas en un primer filtro como sílabas sin sentido y no procesadas como palabras, es decir, como portadoras de significado.

Así que la pregunta es: ¿cuál era en este caso la segunda lengua? Y (de nuevo, no me citéis, los datos serán eliminados) nuestra respuesta es que la segunda lengua era la lengua de la palabra desnuda. Sea cual sea esa lengua. No nos hemos enfrentado a una palabra desnuda con anterioridad, por lo que nuestro conocimiento en este punto es incompleto. Pero creemos que una palabra desnuda pertenece a un lenguaje fundamental de la mente humana (la lengua en la que el animal humano se habla a sí mismo al nivel más básico). La lengua maquinal, en esencia.

Todavía no tenemos claro cuál era la relación exacta que existía entre V. Woolf y el inmune Harry Wilson; ¿quizás algún tipo de relación amorosa? Pero damos por seguro que, al descubrir que él estaba vivo, ella cambió a un estado primitivo, animal. Mentalmente, Woolf estaba operando en esa lengua subyacente, sintiendo deseos como una palabra desnuda.

Como sabemos, cuando un sujeto experimenta un conflicto producido por instrucciones de similar poder compulsivo, los resultados dependen de la situación, es decir, son impredecibles. En este caso, básicamente estamos hablando del libre albedrío.

(Fijaos en que cuando las instrucciones entran en conflicto, no se cancelan. El sujeto experimenta deseo de obedecer ambas instrucciones. Merece tener esto en cuenta).

Como balance final, no vemos razón para descartar los modelos ya establecidos. No hay necesidad de deshacerse de algo que sí es válido. Esto puede sonar a que estamos intentando salvar el pellejo, o, en otras palabras, que evitamos admitir fallos en investigaciones anteriores, pero es nuestra sincera opinión.

Comprendo que esto puede crear un cierto altercado político, dado el actual estado de reestructuración/baño de sangre en la organización. Lo lamento. No obstante, en mi opinión, la cuestión más importante es lo referente a las preguntas que se extraen de este léxico subyacente. ¿Cuáles son sus palabras? ¿Cuántas hay? ¿Pueden ser reveladas por medio de investigación en el laboratorio, es decir, por medio de una excavación directa en el cerebro? ¿Podemos aprender a hablarlas? ¿Cómo suena cuando nuestra verdadera personalidad es expresada en su forma más fundamental?

Da que pensar.

R. Lowell

[C I N C O]

Se levantó a las cuatro y se puso los pantalones, las botas y la chaqueta. La casa estaba fría como el hielo, así que trató de reavivar los restos del fuego de la chimenea, pero ya no había nada que reavivar. Se metió las manos bajo las axilas y salió afuera. El aire era gélido, el cielo, una caja abierta sin el menor indicio aún de luz solar. Atravesó penosamente el patio en dirección al granero. La vaca, *Hong*, le oyó acercarse y mugió esperanzada. La guio al interior, colocó el cubo y tomó asiento en el taburete. La ordeñó mientras apoyaba la frente contra ella en busca de un poco de calor. A veces se quedaba dormido así, deslizándose a un sueño de muerte y palabras. Entonces *Hong* se apartaba un par de pasos y lo despertaba de una sacudida.

Llenar el cubo le llevó ocho minutos. Al principio había parecido un proceso ridículamente lento. Había anhelado una mayor eficiencia. Pero era una buena lección para reconectar. Ahora lo disfrutaba como una oportunidad para existir en el momento. No había pasado ni futuro cuando estabas ordeñando una vaca. Solo existía el proceso de ordeñarla.

Cargó con el cubo de vuelta a la casa y transfirió su contenido a seis botellas. La gata se enroscó entre sus botas, ronroneando como un tractor, así que le dio también a ella un poco. Construyó un pequeño tipi con palillos y papel de periódico y encendió el fuego. Para entonces los primeros rayos de sol avanzaban con parsimonia sobre las copas de los árboles, y se detuvo a contemplar el espectáculo. Lo mejor de aquella casa eran las vistas. Podía caminar por los alrededores y ver hasta sesenta kilómetros en todas direcciones. Si un coche se acercaba, lo sabría treinta minutos antes de que llegase. El cielo era amplio y estaba vacío. Era una buena casa.

Oyó pies desnudos sobre los tablones de madera y apareció Emily, con ojos soñolientos y su camisón de algodón colgando de sus hombros.

—Deberías estar durmiendo —le dijo.

—No puedes decir qué tengo que hacer.

—No —repuso él—. Lo has entendido al revés.

Emily avanzó hasta él. Se besaron. El fuego crepitó. Ella se pegó contra él.

—¿Quieres ver cómo sale el sol?

—Claro —asintió ella.

Harry cogió dos mantas de una pila y cubrió con una de ellas el banco que había construido en la terraza. La rodeó con un brazo y se cubrió con la otra manta. Ella apoyó la cabeza en su hombro. El sol ascendió más allá de la línea de árboles y Harry sintió su calor en la cara.

—Te quiero —dijo Emily. Se recostó aún más contra él, mientras le acariciaba la nuca. El viento aumentó de intensidad.

—No me mates —pidió él.

—No voy a hacerlo.

¡ÚNETE A NUESTRA LISTA DE CONTACTOS!

Esperamos que hayas disfrutado de este producto. ¡Para conocer en exclusiva nuestros próximos títulos y tener además la oportunidad de ganar premios, solo tienes que rellenar el siguiente cuestionario!

1. Nombre:
2. Dirección:
2. Dirección:
3. E-mail:
4. ¿Te gustan más los gatos o los perros?
5. ¿Cuál es tu color favorito?
6. Por favor, elige un número al azar. (Rodéalo con un círculo)
6. 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10
7. ¿Amas a tu familia?
8. ¿Por qué lo hiciste?

AGRADECIMIENTOS

Los agradecimientos solían ser extraños destellos del interior de la mente del autor cuando él o ella no intentaban mentirte. Stephen King tenía algunos de los mejores. Eran largos y farragosos, como si le hubieras pillado después de cenar y beberse unas cuantas copas de vino. Yo crecí en la Australia rural, donde la librería más cercana estaba a una ciudad de distancia, y Stephen King nunca fue por allí en sus giras de presentación de algún libro, ni siquiera en moto^[2]. Yo entonces ni siquiera sabía que los autores realizaban giras. Los Agradecimientos eran lo único que tenía. Había blogs, antes de que los blogs fuesen algo.

Ahora los blogs son algo, y los *twits*, y ya nunca necesitas preguntarte qué piensa un autor sobre algún tema en particular. Lo cual es un poco triste, me parece, para los Agradecimientos. Se han reducido a un desfile de nombres. Nombres importantes, si tú eres el autor, o uno de los nombres. Los nombres son la razón por la que existen los Agradecimientos. Pero aun así, yo prefería las divagaciones.

Mis nombres importantes empiezan con los sospechosos habituales: esa gente que lee mis primeros borradores y luego, seis meses más tarde, mis segundos borradores («Haz como si no supieses lo que va a pasar»), y así una y otra vez, durante un montón de tiempo. Podría parecerte que eso no suena demasiado mal, recibir una especie de preestreno de un libro, pero eso es porque no sabes lo terribles que son mis borradores. Imagina tu historia favorita, solo que a cada dos por tres los personajes hacen cosas estúpidas sin ningún motivo y después nada termina como debiera. Es horrible, ¿verdad? No es simplemente «menos bueno», sino que arruina la obra entera. Estoy muy agradecido a esa gente que me permite arruinar historias para ellos, especialmente a Todd Keithley, Charles Thiesen, Kassy Humphries, Jason Laker, Jo Keron y John Schoenfelder.

Gracias a todos los que siguen publicándome. Mucha gente pone un gran esfuerzo en todos y cada uno de los libros, y si hacen un buen trabajo, el autor se lleva todo el mérito. Hay editores y gente de *marketing*, asistentes de editores y copistas, traductores y comerciales, compradores y empleados de librerías, diseñadores y técnicos, y muchos más. Gracias por todas las veces que hicisteis un poco más de lo que teníais que hacer. En particular, gracias a mis editores de Estados Unidos y Reino Unido, Colin Dickerman y Ruth Toss, que me guiaron a través del último borrador con perspicacia y precisión, lo cual es un regalo para un autor.

Luke Janklow es el tipo que se encarga de todo por mí, agente literario y ángel guardián. No sé qué haría sin él, pero apuesto a que no sería gran cosa. Claire Dippel, el viento bajo las alas de Luke, puede hacer al parecer prácticamente cualquier cosa, mientras sigue resplandeciente y agradable. Hasta extremos casi sospechosos. Gracias a ambos.

Y más que a nadie, gracias a ti, Jen, por hacer que esto sea posible. No hay una sola parte de esto que funcione sin ti. Ni el libro, ni la escritura, ni yo. Desde luego no yo.

Y, eh, gracias a ti. Gracias por ser el tipo de persona a la que le gusta coger un libro. Eso es, genuinamente, algo grande. Recientemente conocí a una librera que me dijo que ella no lee porque los libros son su trabajo y cuando se va a casa lo único que quiere hacer es cambiar el chip. Creo que estaremos de acuerdo en que eso es algo espeluznante. Gracias a ti por buscar historias, de esas que tienen lugar en tu cerebro.



MAX BARRY. Nació en 1973, es un escritor y experto en informática australiano. Se mueve en el terreno del *cyberpunk* y la ficción especulativa. Vive en Melbourne con su esposa e hijas y trabajó como vendedor para *Hewlett-Packard* antes de convertirse en novelista.

Es el aclamado autor de cinco novelas, incluidas la presente *Lexicón*, *Jennifer* *Gobierno* y *Syrup*, llevada al cine y protagonizada por Amber Heard.

Notas

[1] Excepto en casos en los que lo exige la ley. Los clientes deberían estar al tanto de que en algunas jurisdicciones TruCorp puede verse obligada a facilitar información a las autoridades competentes y no tener la capacidad de informar a sus clientes de dicha situación. Pese a que se realizan todos los esfuerzos para salvaguardar los datos, TruCorp no es responsable de ninguna infracción en los datos y/o publicación de información personal, sea cual sea la forma en que esta suceda (incluida, pero no limitada a, la publicación por orden judicial, requerimiento de agencia gubernamental, acceso no autorizado por parte de empleados y subcontratistas, y piratería informática). TruCorp puede compartir estadísticas de conjunto derivadas de los datos personales de clientes de forma anónima con otras organizaciones de su elección. TruCorp no está obligada por medio de esta cláusula a clientes que tengan más de 28 días de retraso en sus pagos o no puedan ser contactados. Estos términos y condiciones pueden variar en el futuro y es responsabilidad suya comprobar nuestra página web para seguir informado. <<

[2] En 1997 Stephen King recorrió Australia en una Harley Davidson. «Hasta que no estás aquí, no te das cuenta de lo diferente que es», le dijo al *Kalgoorlie Miner*. «El Oeste de América es un vacío, pero siempre ves un poste telefónico o la luz de una casa parpadeando a lo lejos. Aquí no hay nada de nada». <<